CUENTOS IRLANDESES CONTEMPORÁNEOS

SINÉAD MAC AODHA & JORGE FONDEBRIDER (COORDS.)



YARUMO LIBROS

CUENTOS IRLANDESES CONTEMPORÁNEOS

VVAA

Cuentos irlandeses contemporáneos

Selección y prólogo de
Sinéad Mac Aodha y Jorge Fondebrider









Este libro se ha publicado con la colaboración de Literature Ireland, la agencia nacional para la promoción de la literatura irlandesa en el exterior. El objetivo de Literature Ireland es generar el interés y fomentar el conocimiento de la valiosa literatura irlandesa apoyando la traducción a otros idiomas.

Diseño de páginas internas y montaje de tapa: Martha Cadena Diseño de tapa: Juan Manuel Betancourt Ilustración de tapa: William Camden. "The Harp of Brien Boromh and the Irish Crown". En *Britannia: or, a Chorographical Description of the Flourishing Kingdoms of England, Scotland, and Ireland, and the Islands Adjacent, Vol. 4*. Londres, Inglaterra: John Stockdale, 1806. https://digital.sciencehistory.org/works/1su9to8
Logo de Yarumo Libros: Óscar Achury
Corrección de estilo: Ludwing Cepeda

ISBN Yarumo: 978-628-95985-0-6
ISBN Yarumo (ebook): 978-628-95985-1-3

ISBN Universidad de Guadalajara: 978-607-581-027-0
ISBN Universidad de Guadalajara (ebook): 978-607-581-028-7

Yarumo Libros Editorial Universidad de Guadalajara
www.yarumolibros.com José Bonifacio Andrada 2679
info@yarumolibros.com Lomas de Guevara Bogotá, Colombia 44657
Guadalajara, Jalisco
Primera edición electrónica: noviembre de 2023
Edición: Editoral Universidad de Guadalajara, José Bonifacio andrada 2679, Col. Lomas de Guevara, 44657, Zapopan, Jalisco.

Hecho en México - *Made in Mexico*

PALABRAS PRELIMINARES

Como en Francia, Rusia y los Estados Unidos, el cuento tiene un largo e ilustre linaje en Latinoamérica. Para limitarnos a unos pocos, la mera mención de los nombres de Tomás Carrasquilla, Baldomero Lillo, Roberto J. Payró, Horacio Quiroga, Arturo Cancela, Juan Emar, Julio Garmendia, Jorge Luis Borges, Felisberto Hernández, Silvina Ocampo, Arturo Uslar Pietri, Juan Carlos Onetti, José María Arguedas, Julio Cortázar, Armonía Sommers, Elena Garro, Juan Rulfo, Álvaro Cepeda Samudio, Gabriel García Márquez, Salvador Garmendia, Julio Ramón Ribeyro, Salvador Elizondo, Juan José Saer, Rodolfo Fogwill, y más acá, Daniel Sada, Fabio Morábito y Juan Villoro bastarían para demostrar esa afirmación. Otro tanto ocurre en Irlanda, donde, de acuerdo con un consenso más o menos unánime de escritores y críticos, la tradición contemporánea del género tuvo su origen en algunos de los cuentos de *The Untilled Field* (1903), de George Moore (1852-1933) y, fundamentalmente, en los de *Dubliners* (1914), de James Joyce (1882-1941).

Para ser más precisos, los cuentistas decimonónicos irlandeses —como, por ejemplo, Maria Edgeworth (1768-1849), William Carleton (1794-1869), Gerald Griffin (1803-1840), Edmund Leamy (1848-1904), Oscar Wilde (1854-1900), M. E. Francis (1859-1930), Seumas O'Kelly (1881-1918), Sheridan Le Fanu (1914-1873) y Bram Stoker (1847-1912)— se habían atenido a técnicas que los acercaban a las fórmulas de la muy presente tradición oral irlandesa, aprovechando temas surgidos del exuberante folklore de la isla, o habían seguido a rajatabla el estilo de narración que fijaba la preceptiva inglesa de la época, según la cual el narrador era también un comentarista de lo narrado, lo que limitaba la diversidad de puntos de vista. Todo eso determinaba una continua oscilación entre una matriz fantástica que remitía a mundos maravillosos y al más pedestre realismo, con su correspondiente carga de chatura. En cambio, Moore y Joyce acusaron el impacto de algunos autores clave de la Europa continental, quienes, a lo largo del siglo xix, fueron transformando el cuento y el relato en una forma verdaderamente artística. Encontraron sus modelos en Gustave Flaubert (1821-1880), en Guy de Maupassant (1850-1893), en Ivan Turguenev (1818-1883) y, sobre todo, en Anton

Chejov (1860-1904), quien resultaría una presencia recurrente, incluso más allá del siglo xx, en las preferencias de los autores irlandeses. El punto culminante de este auténtico paso hacia la modernidad es "The Dead" ("Los muertos"), texto con el que precisamente se abre esta antología. Allí, según la crítica Heather Ingman, "Joyce perfeccionó su técnica de trasladarse con flexibilidad desde la narración externa a los pensamientos de su protagonista". Lo hace sirviéndose del diálogo, lo que permite que, paulatinamente, aflore el inconsciente de Gabriel Conroy, el personaje central. Corresponde agregar que, aunque hoy el recurso tal vez no asombre, nunca antes había sido empleado en la narrativa irlandesa.

Durante las dos décadas siguientes, tuvieron lugar la lucha por la independencia y la guerra civil, a lo que deben sumarse las distintas instancias en la construcción de una identidad nacional. Súmese a esto último la manera traumática en que fue edificada la sociedad irlandesa, sobre todo por la injerencia prácticamente total de la Iglesia católica, primero a cargo de la salud y de la educación, y luego desplegando sus puntos de vista conservadores que, inevitablemente, desembocaron en más de una oportunidad en la censura. Esos son los años en que surgen los nombres de Liam O'Flaherty, Sean O'Faolain, James Stephens, Daniel Corkery, Frank O'Connor, Margaret Barrington, Norah Hoult, Elizabeth Bowen, Olivia Manning y, algo después, Michael McLaverty. Mucho de lo escrito por estos autores debe inscribirse en el realismo, cuya discusión —algo tardía respecto de, por ejemplo, la que en su momento había tenido lugar en Francia — en Irlanda estaba a la orden del día. Y esa postura realista se aplicaba a temas recurrentes, muchas veces vinculados a la historia reciente de la isla. Las vacilaciones estilísticas —sobre todo cuando en muchos de los cuentos aparecen elementos propios de la tradición oral — llevaron a los críticos a juzgar a estos autores como de transición, lo cual no obsta para que cada uno de ellos, al cuestionar las bases sobre las que se estaba constituyendo la nueva sociedad, haya producido piezas que pueden ser consideradas obras maestras de la tradición cuentística irlandesa.

A partir de la Segunda Guerra Mundial y hasta fines de la década de 1950, algunos autores —como el prestigioso crítico Declan Kiberd — señalan que Irlanda, primero por la necesidad de construirse una identidad diferenciada de la británica, luego por la política de neutralidad instaurada por Eamon de Valera y, finalmente, por la cada vez más sofocante presencia de la Iglesia en cada aspecto de la vida pública y privada de los irlandeses, perdió muchos de sus vínculos con la Europa continental, lo que, como atestiguan autores como Anthony Cronin, Patrick Kavanagh y Louis MacNeice, entre otros, se tradujo en un virtual aislamiento. Precisamente, ese aislamiento respecto del

mundo, rechazado por muchos autores, llevó a Sean O'Faolain (seudónimo de John Francis Whelan), editor de la importante revista *The Bell*[1], a reflexionar sobre la naturaleza del cuento irlandés. En su importante ensayo *The Short Story* (1948 y, en edición revisada, 1972), analizó detenidamente la obra de Alphonse Daudet, Guy de Maupassant y, especialmente, Anton Chejov. Luego declaró que, en el cuento, la anécdota no es lo central, sino lo que él llama "la situación" —en su caso, la vida de los irlandeses, que a diario tienen que lidiar con las exigencias del nacionalismo y una sociedad dominada por la religión— y luego afirmó que la técnica no es lo determinante, porque lo fundamental es la personalidad de quien escribe.

A partir de los años cincuenta, Mary Lavin, Maeve Brennan, James Plunkett, Bryan MacMahon, Brian Friel, Sam Hanna Bell, Walter Macken y, algo más tarde, Edna O'Brien, Benedict Kiely y William Trevor son algunos de los nombres dominantes. Cada cual, a su manera, toca el tema de la soledad, sin que ésta responda a un único patrón, sino a las diversas formas en que se presenta en la sociedad irlandesa. La recurrencia temática, años más tarde, llevó a Frank O'Connor —luego de una prolongada ausencia de Irlanda— a publicar *The Lonely Voice: A Study of the Short Story* (1962), donde, luego de analizar la obra de Turguenev, Maupassant, Chejov, Kipling, Joyce, Katherine Mansfield, D. H. Lawrence, Hemingway, A. E. Coppard, Isaac Babel y su contemporánea Mary Lavin, argumenta que una de las características que distingue el cuento de la novela es su "intensa conciencia de soledad humana". Para él, en la mayoría de los cuentos "no hay personaje con el que el lector pueda identificarse a sí mismo", circunstancia que identifica con la soledad, o con una sensación de desconsuelo propia del desencanto. Por lo tanto, el cuento es algo así como un "arte privado", lo que le permite establecer una identidad entre Irlanda y el género, que, junto con la poesía, resulta el más distintivo de la literatura irlandesa.

Los años sesenta son los de la definitiva profesionalización del escritor. Por un lado, hay que considerar la publicación de cuentos en periódicos irlandeses, algo que durante muchas décadas constituyó una importante vidriera para los cuentistas de Irlanda. En este sentido, el editor David Marcus desempeñó un papel principal en la promoción del cuento a través de su página *New Irish Writing*, lanzada en 1968 en *The Irish Press*[2]. En palabras del crítico Fintan O'Toole, Marcus fue "el editor literario más importante de Irlanda en la segunda mitad del siglo XX". Por otro, hubo muchos cuentistas —como O'Connor, Friel, Brennan, Kiely, Trevor y Edna O'Brien— que se ganaron la vida publicando en revistas británicas y, fundamentalmente, estadounidenses, como la prestigiosa *The New Yorker*. A su vez, algunos se instalaron en universidades extranjeras. Otros se vieron

forzados a emigrar al exterior para sobrevivir y, de paso, escapar de la censura. Entre estos últimos, sin duda destaca John McGahern, acaso el más extraordinario narrador irlandés de la segunda mitad del siglo xx, quien manifestó que, en Irlanda, el cuento florece porque “es más fuerte en las sociedades menos estructuradas donde la localía y el individualismo se manifiestan descontroladamente”.

Esta nueva internacionalización sirvió, entre otras cosas, para ampliar el espectro temático y añadir una nueva mirada a las particulares circunstancias de la vida irlandesa. Aparecen entonces las narraciones sobre los conflictos soterrados por años de discreto silencio, si no franca censura: la sexualidad, el poder de la Iglesia, la conflictiva cohabitación entre católicos y protestantes en Irlanda del Norte, *etc.* A este respecto, corresponde aquí señalar la importancia de *Exploring English 1*, una antología de cuentos irlandeses, editada por Augustine Martin. Publicada para uso escolar por primera vez en 1967, los textos que incluía se leían y discutían en clase, dejando muy en claro la primacía del género en Irlanda. Los cuentos variaban ampliamente de tema: tenían escenarios tanto urbanos como rurales y contaban historias sobre niños y abuelas ancianas, granjeros y habitantes de la ciudad, los afligidos y los intrigantes, los solitarios y los engreídos. En síntesis, toda la vida estaba contenida dentro de esos cuentos que, por peso y contenido, y por haber sido muy bien elegidos, resistieron su examen regular y superaron el marco de la escuela para ser vueltos a leer por mero placer durante las vacaciones[3].

Otros nombres de muy distintas características que se suman a los ya mencionados son los de Julia O’Faolain, un joven John Banville y, algo después, Desmond Hogan, Neil Jordan, Dermot Healy, Aidan Higgins y Eugene McCabe. Ya en los años ochenta y noventa, esa lista podría continuar con Bernard MacLaverty, Colm Tóibín, Roddy Doyle, Anne Enright, Colum McCann, Evelyn Conlon, Clare Boylan, Patrick Boyle y Éilís Ní Dhuibhne. A ellos hay que añadir a Colum McCann, Claire Keegan, Wendy Erskine, Louise Kennedy, Kevin Barry, Colin Barrett, Sheila Armstrong y Nicole Flattery —autores presentes en esta antología— a quienes podrían sumarse Mike McCormack, Philip Ó Ceallaigh, Danielle McLaughlin, Donal Ryan, Jan Carson, Lucy Caldwell, Lisa McInerney y Andrew Fox, quienes son algunos de los actuales representantes de la gran tradición del cuento irlandés contemporáneo.

Muchos de los autores nombrados publicaron sus primeros trabajos en *The Stinging Fly*, revista fundada por Declan Meade y Aoife Kavanagh. Esa publicación ha sido de particular importancia para el desarrollo del género en los últimos veinticinco años. El éxito excepcional de la revista, una incubadora del talento literario irlandés,

llevó a la creación de la editorial The Stinging Fly Press, que se ha convertido en sinónimo del cuento en Irlanda y en un referente de calidad. Muchas otras revistas han seguido sus pasos; entre otras, *Banshee, Gorse* y *The Tangerine*, por nombrar sólo algunas.

Asimismo, cabe mencionar a la editorial británica Faber & Faber que, con sede en Londres, ha reconocido la fuerza perdurable de este género en Irlanda, encargando regularmente nuevas colecciones de cuentos irlandeses. Probablemente, eso sea por haber reconocido lo que, brillantemente, la narradora Anne Enright destaca en su introducción a *The Granta Book of the Irish Short Story*, antología de la cual fue editora. Allí, luego de reflexionar sobre una amplia gama de perspectivas respecto de la tradición del cuento, concluye que, para ella, "el cuento trata sobre el cambio. Algo ha cambiado. Al final de un cuento se sabe algo que no se sabía antes".

Con esa idea, Literature Ireland —institución dedicada a la promoción de la literatura irlandesa en el extranjero— propone a los lectores de lengua castellana esta primera antología de cuentos irlandeses contemporáneos. La idea es que los avezados lectores latinoamericanos, al terminar la lectura, no sólo descubran una nueva constelación de autores, sino que, como lo sugiere Enright, sepan, gracias a esta antología, algo que antes no sabían y que de esa forma encuentren conocimiento, compañía y consuelo. Ésa es nuestra mayor ambición.

Sinéad Mac Aodha y Jorge Fondebrider
Dublín y Buenos Aires, agosto de 2023

JAMES JOYCE

Traducción de Matías Battistón

James Joyce (Dublín, 1882 - Zúrich, Suiza, 1941) publicó *Chamber Music* (1907), *Dubliners* (1914), *A Portrait of the Artist as a Young Man* (1916), *Exiles* (1918), *Ulysses* (1922), *Pomes Penyeach* (1927) y *Finnegans Wake* (1939).

Sus traducciones al castellano son *Música de cámara* (traducción de José María Martín Triana; Visor, 1979), *Gente de Dublín* (traducción de L. Abelló; Tartesos, 1942), *Dublineses* (traducción de Luis Alberto Sánchez; Ercilla, 1945 *traducción de Guillermo Cabrera Infante; Salvat-Alianza, 1972* traducción de Eduardo Chamorro; Cátedra, 1993 *traducción de Marcos Mayer; Losada, 2004* traducción de Fernando Velasco Garrido; Akal, 2015 *traducción de Marina Mena Guardabrazo; Mirlo Ediciones; 2016* traducción de Edgardo Scott; Godot, 2021 / traducción de Damiá Alou; Cátedra, 2022), *Cuentos y prosas breves* (traducción de Diego Garrido; Páginas de Espuma, 2022), *Esteban el héroe* (traducción de Roberto Bixio; Sur, 1960), *Stephen el héroe* (traducción y prólogo de José María Valverde; Lumen, 1978), *Stephen Hero* (traducción de Diego Garrido; Firmamento, 2022), *Retrato del artista adolescente* (traducción de Dámaso Alonso; Biblioteca Nueva, 1926 / traducción de Pablo Ingberg; Losada, 2012 / traducción de Martín Schifino; La Oficina de Artes y Ediciones, 2017), *Retrato del joven artista* (traducción de Damiá Alou; Cátedra, 2022), *Desterrados* (traducción de A. Jiménez Fraud; Sur, 1937), *Exiliados* (traducción de Osvaldo López Noguerol; Fabril Editora, 1961 / traducción de Javier Fernández de Castro; Barral Editores, 1971 / traducción de Fernando Toda; Cátedra, 1987), *Ulises* (traducción de José Salas Subirat; Santiago Rueda, 1945 / traducción de José María Valverde; Lumen, 1976 *traducción de Francisco García Tortosa y María Luisa Venegas; Cátedra, 1999* traducción de Marcelo Zabaloy; Cuenco de Plata, 2015 / traducción de Rolando Costa Picazo; Edhasa, 2017), *Poemas manzanas* (traducción de José María Martín Triana; Visor, 1986), *Poesía completa* (traducción de José Antonio Álvarez Amorós; Visor, 2007) y *Finnegan's Wake* (traducción de Marcelo Zabaloy; Cuenco de

Plata, 2016).

LOS MUERTOS

Lily, la hija del encargado, estaba literalmente de acá para allá. Apenas terminaba de hacer pasar a un caballero a la pequeña despensa detrás de la oficina en la planta baja y de ayudarlo a sacarse el abrigo, cuando ya volvía a sonar la campanilla estridente de la puerta y tenía que salir disparada por el vestíbulo vacío para abrirle a otro invitado. Por suerte no le tocaba atender también a las damas. Pero Miss Kate y Miss Julia habían pensado en eso y convertido el baño de arriba en un vestidor para mujeres. Ahí estaban las dos, cuchicheando y riéndose y ocupándose de esto o aquello, caminando una después de la otra hasta el rellano de la escalera, espiando hacia abajo por encima de la baranda para preguntarle a Lily a los gritos quién había llegado.

Siempre era un gran acontecimiento, el baile anual de las Morkan. Iban todos los conocidos, los miembros de la familia, los viejos amigos de la familia, los miembros del coro de Julia, los alumnos de Kate que tenían edad suficiente y hasta algunos de los alumnos de Mary Jane también. Nunca había fallado. Durante años y años había salido todo de mil maravillas, hasta donde se remontaba la memoria, desde que Kate y Julia, tras la muerte de su hermano Pat, dejaron la casa en Stoney Batter y se llevaron a Mary Jane, su única sobrina, a vivir con ellas a la oscura y lúgubre casa en Usher's Island, alquilándole el piso de arriba a Mr. Fulhalm, el comerciante de granos instalado en la planta baja. De eso hacía ya sus buenos treinta años. Mary Jane, que entonces era una niña de vestidito corto, ahora era el principal sostén de la familia, porque era la organista de la iglesia en Haddington Road. Había estudiado en la Royal Irish Academy y organizaba un concierto con sus alumnos todos los años en la sala de arriba del auditorio Antient. Muchos de ellos pertenecían a familias acomodadas que vivían a lo largo del recorrido del tren a Kingstown y Dalkey. Aunque ya fueran mayores, sus tías también aportaban lo suyo. Julia, canosa y todo, seguía siendo la soprano principal en Adán y Eva, la iglesia franciscana, y Kate, demasiado frágil como para moverse mucho, daba clases de música para principiantes en el viejo piano de mesa que tenían en el cuarto del fondo. Lily, la hija del encargado, se ocupaba de las tareas domésticas. Aunque vivían modestamente, creían que era importante comer bien, siempre de lo mejor: costilla con lomo, té de tres chelines y las mejores botellas de *stout*. Pero Lily rara vez se equivocaba con los pedidos, así que se llevaba de lo más bien con las tres inquilinas. Eran detallistas, nada más. Lo único que

no toleraban eran las contestaciones.

Por supuesto, tenían sobrados motivos para preocuparse por los detalles en una noche como esa. Además, ya eran muy pasadas las diez y todavía no había noticias de Gabriel ni de su mujer. Por si fuera poco, les daba pánico que Freddy Malins llegara borracho. Lo último que querían era que los alumnos de Mary Jane lo vieran así; a veces era muy difícil controlarlo en esas circunstancias. Freddy Malins siempre llegaba tarde, pero se preguntaban qué podía haberle pasado a Gabriel: por eso se asomaban cada dos minutos a la baranda para preguntarle a Lily si uno de los dos había llegado.

—Ah, Mr. Conroy —le dijo Lily a Gabriel al abrirle la puerta—, Miss Kate y Miss Julia pensaban que nunca vendría. Buenas noches, Mrs. Conroy.

—Ya me lo imagino —dijo Gabriel—, pero se olvidan que mi mujer tarda tres horas en vestirse.

Mientras él se limpiaba la nieve de las galochas con el felpudo, Lily llevó a su esposa hasta el pie de las escaleras y exclamó: —¡Miss Kate, llegó Mrs. Conroy!

Kate y Julia bajaron enseguida la oscura escalera dando pasos cortos y apurados. Las dos saludaron a Mrs. Conroy con un beso, le dijeron que debía estar muerta de frío y le preguntaron si Gabriel había venido con ella.

—¡Aquí estoy, puntual como el cartero, tía Kate! Ustedes suban, ahí voy —exclamó Gabriel desde la oscuridad.

Siguió refregándose los pies con fuerza mientras las tres mujeres subían, riéndose, y se dirigían al vestidor. Una delgada película de nieve le cubría como una capa los hombros, y como punteras los extremos de las galochas; y cuando los botones del abrigo salieron de sus ojales, rechinando por la lana helada y rígida, algo del aire frío y fragrante del exterior se escapó de entre sus pliegues y recovecos.

—¿Está nevando otra vez, Mr. Conroy? —preguntó Lily.

Lo había acompañado a la despensa para ayudarlo a sacarse el abrigo. Gabriel sonrió al escucharla pronunciar su apellido como si tuviera tres sílabas y la miró. Era una chica delgada, todavía en pleno crecimiento, de tez pálida y pelo de color pajizo. La lámpara a gas de la despensa la hacía verse más pálida todavía. Gabriel la había conocido cuando era una niña y solía sentarse en el escalón más bajo acunando una muñeca de trapo.

—Sí, Lily —respondió—, y me parece que va a seguir toda la noche.

Levantó la mirada hacia el techo, que temblaba con los taconazos y los pies que se arrastraban por el piso de arriba, escuchó un momento el piano y después echó un vistazo hacia la joven, que estaba

doblando el abrigo con cuidado para guardarlo en la esquina de un estante.

—¿Y Lily? —dijo en un tono amistoso—. ¿Todavía vas a la escuela?

—Ay, no, señor —respondió ella—. Ya terminé el año, y no pienso volver.

—Ah, bueno —dijo Gabriel, alegre—, me imagino entonces que un día de estos nos vas a invitar al casamiento con tu novio, ¿no?

Lily lo miró fugazmente por encima del hombro y dijo con mucha amargura:

—Los hombres de hoy son pura cháchara y te usan para lo que quieren.

Gabriel se ruborizó como si hubiera cometido un error y, sin mirarla, se sacó las galochas sacudiendo los pies y le dio unos golpes con la bufanda a sus zapatos de charol.

Era un joven corpulento y más bien alto. El rubor le subía parejo de las mejillas hasta la frente, donde se dispersaba en unas pocas manchas amorfas de un rojo pálido, y en la cara imberbe brillaban siempre los lentes pulidos y el marco dorado que protegían sus ojos delicados e incansables. Tenía el pelo negro y reluciente, peinado con raya al medio y con una larga curva detrás de las orejas, donde se encrespaba ligeramente debajo de la marca dejada por el sombrero.

Una vez que sus zapatos recuperaron su lustre, se levantó y se acomodó el chaleco, bien apretado alrededor de su cuerpo rechoncho. Después sacó rápidamente una moneda del bolsillo.

—Ah, Lily —dijo, encajándosela—, es Navidad, ¿no? A ver… este es un pequeño…

Se dirigió a toda prisa hacia la puerta.

—¡Ay, no, señor! —gritó la chica, siguiéndolo—. Realmente, señor, no podría aceptarlo.

—¡Es Navidad! ¡Es Navidad! —dijo Gabriel, yendo casi al trote a la escalera y agitando la mano como restándole importancia.

La chica, al verlo subir la escalera, exclamó:

—¡Bueno, gracias, señor!

Él se quedó esperando afuera del salón a que terminara el vals, escuchando cómo las faldas barrían el piso y cómo la gente arrastraba los pies. Seguía turbado por la respuesta súbita y amarga de la chica. Trató de levantarse el ánimo arreglándose los puños de la camisa y el nudo de la corbata, antes de sacar del bolsillo del chaleco un papelito donde había escrito los temas para su discurso. No lo convencía mucho la idea de recitar versos de Robert Browning, porque temía que fueran demasiado sofisticados para su público. Algunas citas más reconocibles de Shakespeare o de las melodías irlandesas de Thomas

Moore serían más pertinentes. Los taconazos bruscos de los hombres y la manera en que arrastraban las suelas por el piso le recordaron la diferencia entre el nivel de cultura de ellos y el suyo. Si les citaba poesía que no podían entender, iba a pasar vergüenza. Pensarían que estaba dándose ínfulas por ser más instruido. Fracasaría con ellos igual que había fracasado con la chica en la despensa. Había adoptado un tono que no convenía. Todo el discurso era un error de principio a fin, un fracaso absoluto.

Justo en ese momento salieron sus tías y su esposa del vestidor de damas. Sus tías eran dos viejitas vestidas con sencillez. La tía Julia era alrededor de una pulgada más alta. Tenía el pelo gris, recogido por encima de las orejas, y gris también la cara, grande y flácida, con sombras más oscuras. Aunque era robusta y mantenía la espalda bien erguida, sus ojos lentos y sus labios entreabiertos le daban la apariencia de una mujer que no sabía ni dónde estaba ni a dónde iba. La tía Kate era más despierta. Su cara, más saludable que la de su hermana, estaba llena de arrugas y pliegues, como una manzana roja marchita, y el pelo, trenzado a la antigua, no había perdido su color castaño.

Las dos saludaron a Gabriel cariñosamente, con un beso. Era su sobrino favorito, el hijo de su difunta hermana, Ellen, que se había casado con T. J. Conroy, del Consejo de Puertos y Diques.

—Gretta me contó que no van a volver en coche a Monkstown hoy, Gabriel —dijo la tía Kate.

—No —dijo Gabriel, girando hacia su esposa—, con la experiencia del año pasado nos sobra y basta, ¿no? ¿Te olvidaste, tía, del tremendo frío que chupó Greta? Las ventanillas del coche no paraban de temblar, y el viento del este empezó a soplar de lo lindo cuando pasamos Merrion. Todo muy divertido. Gretta terminó con un resfrío espantoso.

La tía Kate fruncía mucho el entrecejo y asentía con la cabeza después de cada palabra.

—Muy cierto, Gabriel, muy cierto —dijo—. Siempre es mejor prevenir.

—Pero si fuera por Gretta —dijo Gabriel—, ella se volvería caminando en medio de la nevada.

Mrs. Conroy se rio.

—No le prestes atención, tía —dijo ella—. Realmente no nos deja en paz, entre las lentes verdes que le hace usar a Tom para que descanse la vista de noche, y las pesas que lo obliga a levantar, y la avena que le dice a Eva que tiene que comer… ¡Pobre chica! ¡No puede ni verla…! ¡Ah, y no vas a adivinar lo que me hace ponerme ahora!

Lanzó una carcajada y miró a su esposo, embelesado y feliz, que se había quedado admirando su vestido, su cara y su pelo. Las dos tías se rieron de buena gana también, porque la solicitud excesiva de Gabriel siempre era objeto de burlas entre ellas.

—¡Galochas! —dijo Mrs. Conroy—. Esa es la última. Cada vez que el suelo esté mojado afuera tengo que ponerme mis galochas. Hasta quería que me las pusiera hoy, pero me negué. La próxima, me va a comprar un traje de buzo.

Gabriel se rio, nervioso, y se dio unas palmaditas en la corbata como para recuperar la confianza, mientras que la tía Kate se retorcía de risa, porque el chiste le había encantado. La tía Julia pronto dejó de sonreír, y clavó los ojos serios en la cara de su sobrino. Después de una pausa, preguntó: —¿Y qué son las galochas, Gabriel?

—¡Galochas, Julia! —exclamó la hermana—. Por favor, ¿cómo no vas a saber qué son las galochas? Se usan encima de las… encima de las botas, ¿no, Gretta?

—Sí —dijo Mrs. Conroy—. Son unas cosas de goma. Ahora tenemos un par los dos. Gabriel dice que las usa todo el mundo en el continente.

—Ah, en el continente —murmuró la tía Julia, asintiendo lentamente con la cabeza.

Gabriel frunció las cejas y dijo, como si ya estuviera un poco molesto:

—No es nada extraordinario, pero Gretta piensa que es muy cómico porque dice que la palabra le recuerda los cantos negros de los *minstrels*.

—Gabriel —dijo la tía Kate de inmediato, cambiando de tema diplomáticamente—, me imagino que ya habrás conseguido habitación. Gretta decía…

—Ah, la habitación está bien —replicó Gabriel—. Reservé una en el Gresham.

—Claro —dijo la tía Kate—, es lo mejor. ¿Y los niños, Gretta? ¿No estás preocupada?

—Ay, es por una noche —dijo Mrs. Conroy—. Además, los va a cuidar Bessie.

—Claro —dijo la tía Kate de nuevo—. ¡Qué comodidad tener a una chica así, tan confiable! A Lily no sé qué bicho le picó últimamente. Está cambiadísima.

Gabriel estuvo a punto de hacerle algunas preguntas al respecto a su tía, pero ella se calló de repente para mirar a su hermana, que había empezado a bajar las escaleras, estirando el cuello por encima de la baranda.

—¿Se puede saber a dónde está yendo Julia ahora? —preguntó

ella, casi de mal humor—. ¡Julia! ¡Julia! ¿A dónde vas?

Julia, que había bajado medio tramo de escaleras, subió de nuevo y anunció, en un tono lánguido:

—Llegó Freddy.

Al mismo tiempo, unos aplausos y la última floritura de la pianista indicaron que el vals había llegado a su fin. Las puertas del salón se abrieron desde adentro y salieron algunas parejas. La tía Kate llevó a Gabriel a un costado rápidamente y le susurró al oído: —Gabriel, necesito que me hagas un favor y bajes para ver si está bien, y no lo dejes subir si vino borracho. Estoy segura de que está borracho. Estoy segura.

Gabriel se acercó a la escalera, se asomó por la baranda y se puso a escuchar. Podía oír a dos personas hablando en la despensa. Reconoció la risa de Freddy Malins, y se puso a bajar, haciendo retumbar los peldaños.

—Es un alivio que esté Gabriel —le dijo la tía Kate a Mrs. Conroy —. Siempre me siento más tranquila cuando está él… Julia, aquí están Miss Daly y Miss Power, que van a tomar algo. Gracias por ese vals tan bello, Miss Daly. Un ritmo precioso.

Un hombre alto con cara arrugada, bigote canoso y duro, y piel oscura, que justo salía con su pareja, dijo: —¿Y nosotros podemos tomar algo también, Miss Morkan?

—Julia —dijo la tía Kate automáticamente—, aquí están Mr. Browne y Miss Furlong. Que pasen con Miss Daly y Miss Power.

—Yo me encargo de las damas —dijo Mr. Browne, frunciendo los labios hasta que se le erizó el bigote y sonriendo con todas sus arrugas —. Sabe, Miss Morkan, la razón por la que les caigo tan bien a las mujeres es que…

No pudo terminar la oración, pero al ver que la tía Kate ya estaba demasiado lejos como para oírlo se apresuró a conducir a las tres jovencitas al cuarto del fondo. En el medio había dos mesas cuadradas puestas una contra la otra, sobre la cual la tía Julia y el encargado estaban alisando y acomodando un gran mantel. En el aparador había fuentes, platos, copas y pilas de cuchillos, tenedores y cucharas. La parte de arriba del piano de mesa cerrado también servía de aparador para la comida y los dulces. Frente a un aparador más pequeño en un rincón, había dos jóvenes de pie tomando cerveza amarga.

Mr. Browne llevó a sus protegidas ahí y las invitó a todas, en broma, a tomar un poco de ponche para mujeres, caliente, fuerte y dulce. Como le dijeron que nunca tomaban nada fuerte, les abrió tres botellas de limonada. Después le pidió a uno de los jóvenes que se corriera y, agarrando el botellón, se sirvió un buen trago de whisky. Los hombres lo miraron con respeto mientras él le daba un sorbo para

probarlo.

—Dios mío —dijo, sonriendo—, es justo lo que me recetó el médico.

En su cara arrugada se dibujó una sonrisa aún más amplia, y las tres muchachas se rieron melodiosamente, como un eco del chiste, moviendo el cuerpo de atrás para adelante, agitando los hombros. La más atrevida dijo: —Ay, vamos, Mr. Browne, estoy segura de que el médico no le recetó nada por el estilo.

Mr. Browne dio otro sorbo y dijo, en tono burlón:

—Bueno, saben, soy como la famosa Mrs. Cassidy, que supuestamente dijo una vez: *A ver, Mary Grimes, si no me lo trago, oblígueme a tragarlo, porque siento que me hace mucha falta.*

Había inclinado el rostro acalorado hacia adelante con demasiada confianza y adoptado un acento dublinés muy bajo, de modo que todas las chicas recibieron instintivamente sus palabras en silencio. Miss Furlong, una de las alumnas de Mary Jane, le preguntó a Miss Daly cómo se llamaba ese vals tan lindo que había tocado; y Mr. Browne, viendo que lo ignoraban, giró enseguida hacia los dos jóvenes, mucho más receptivos.

Una muchacha de cara roja y vestido violeta entró muy agitada, aplaudiendo y gritando:

—¡Cuadrillas! ¡Cuadrillas!

Pisándole los talones vino la tía Kate, gritando: _

—¡Dos caballeros y tres damas, Mary Jane!

—Ah, aquí tenemos a Mr. Bergin y a Mr. Kerrigan —dijo Mary Jane—. ¿Mr. Kerrigan, no bailaría con Miss Power? ¿Miss Furlong, quisiera bailar con Mr. Bergin? Bueno, con eso estamos.

—Tres damas, Mary Jane —repitió la tía Kate.

Los dos jóvenes le preguntaron a las chicas si les gustaría bailar con ellos, y Mary Jane se dirigió a Miss Daly.

—Ay, Miss Daly, ya sé que es mucho pedir, después de haber tocado durante los últimos dos bailes, pero la verdad es que estamos cortas de mujeres hoy…

—No me molesta en lo más mínimo, Miss Morkan.

—Pero no se preocupe, porque tengo la pareja perfecta para ofrecerle, Mr. Bartell D’Arcy, el tenor. Le voy a pedir que cante después. Todo Dublín está hablando de él.

—¡Una voz hermosa, hermosa! —dijo la tía Kate.

Como el piano ya había tocado dos veces el preludio de la primera figura, Mary Jane se llevó a toda prisa a los bailarines que acababa de reclutar. Apenas se fueron, la tía Julia entró pesadamente al cuarto, mirando algo a sus espaldas.

—¿Qué pasa, Julia? —preguntó la tía Kate, nerviosa—. ¿Quién es?

Julia, que traía una pila de servilletas, giró hacia su hermana y le dijo, sencillamente, como si la pregunta la hubiera tomado por sorpresa: —Es Freddy nada más, Kate, y Gabriel, que lo acompaña.

De hecho, justo detrás de ella podía verse a Gabriel piloteando a Freddy Malins por el rellano de la escalera. Este último, un joven de unos cuarenta años, era alto y corpulento como Gabriel, con hombros muy redondos. La cara era mofletuda y pálida, con algo de color solamente en los gruesos lóbulos que le colgaban de las orejas y en las anchas aletas de la nariz. Tenía rasgos toscos, la nariz aplastada, la frente convexa y alta, los labios hinchados y protuberantes. Sus párpados pesados y su pelo ralo y revuelto le daban un aire a dormido. Se estaba riendo a carcajadas en una voz muy aguda de una historia que le había contado a Gabriel en las escaleras mientras se frotaba los nudillos de su puño izquierdo contra el ojo izquierdo de atrás para adelante.

—Buenas noches, Freddy —dijo la tía Julia.

Freddy Malins saludó a las Morkan de una manera que pareció despectiva, porque siempre hablaba como si tuviera un nudo en la garganta, y luego, al ver que Mr. Browne le sonreía desde el aparador, cruzó el cuarto a los tumbos y empezó a repetirle por lo bajo la historia que acababa de contarle a Gabriel.

—No está tan mal, ¿no? —le dijo la tía Kate a Gabriel.

Gabriel tenía un gesto sombrío, pero alzó enseguida las cejas y respondió:

—Oh, no, apenas se le nota.

—¡Qué tipo terrible! —dijo ella—. Y eso que su pobre madre le hizo jurar en Año Nuevo que iba a dejar de beber. Pero bueno, vamos, Gabriel, pasemos al salón.

Antes de salir del cuarto con Gabriel, le dirigió una mirada a Mr. Browning, frunciendo el entrecejo y agitando el índice en señal de advertencia. Mr. Browning respondió asintiendo con la cabeza y, una vez que ella se hubo ido, le dijo a Freddy Malins: —Bueno, Teddy, ahora te voy a servir un buen vaso de limonada para que te recuperes.

Freddy Malins, a punto de llegar al remate de la historia, desestimó la invitación con un gesto impaciente de la mano, pero Mr. Browne le hizo notar su aspecto desaliñado y le dio un vaso de limonada, lleno hasta el borde. Freddy Malins aceptó el vaso mecánicamente con la mano izquierda, mientras se ocupaba, también mecánicamente, de acomodarse la ropa con la diestra. Mr. Browne, con la cara arrugada una vez más de tanto sonreír, se sirvió otro whisky mientras Freddy Malins, antes de haber llegado siquiera al remate, estallaba en una seguidilla de carcajadas agudas y bronquíticas y, apoyando sobre el aparador su vaso de limonada intacto, haciéndolo rebalsar, empezaba

a frotarse los nudillos de su puño izquierdo contra su ojo izquierdo de atrás para adelante, repitiendo palabras de la última frase que había pronunciado, hasta donde se lo permitía el ataque de risa.

*

Gabriel no podía escuchar cómo Mary Jane ejecutaba esa pieza tan académica, llena de notas y partes complicadas, ante el callado público del salón. Le gustaba la música, pero esa pieza no tenía la menor melodía para él, y dudaba que la tuviera para ninguno de los demás oyentes, que le habían suplicado a Mary Jane que tocara algo. Los cuatro jóvenes que, al oír el piano, habían salido del cuarto donde estaban los aperitivos para quedarse en el umbral del salón se habían ido disimuladamente, de dos en dos, a los pocos minutos. Las únicas que parecían seguir la música eran la propia Mary Jane, deslizando las manos a toda velocidad por el teclado o alzándolas durante las pausas como una sacerdotisa en plena imprecación, y la tía Kate, plantada a su lado para dar vuelta a las páginas de la partitura.

Los ojos de Gabriel, irritados por el piso, que lo encandilaba con los reflejos del enorme candelabro en la cera, deambularon hacia la pared sobre el piano. Había un cuadro de la escena del balcón en *Romeo y Julieta*, y al lado otro de los dos príncipes asesinados en la Torre de Londres, que la tía Julia había tejido en lana roja, azul y marrón cuando era niña. Probablemente fuera algo que les enseñaban en la escuela en aquella época, porque una vez su madre le había regalado a Gabriel para su cumpleaños un chaleco de tabinete violeta, decorado con cabecitas de zorros, y con un forro de raso marrón y botones redondos y morados. Era extraño que su madre no tuviera ningún talento para la música, aunque la tía Kate solía llamarla el cerebro de la familia Morkan. Ella y Julia siempre habían parecido algo orgullosas de su hermana, tan seria y tan señora. Había una foto suya al lado del espejo trumeau. Tenía un libro abierto sobre las rodillas y le estaba señalando algo a Constantine, quien, vestido de marinerito, estaba acostado a sus pies. Se había encargado de elegir los nombres de sus hijos, porque estaba muy atenta a la dignidad de la familia. Gracias a ella, Constantine ahora era el cura párroco en Balbriggan, y gracias a ella también el mismo Gabriel había egresado de la Royal University. Una expresión sombría le cruzó por la cara cuando recordó la terquedad con la que su madre se había opuesto a su matrimonio. Aún tenía algunas de sus frases desdeñosas grabadas en la memoria; una vez había dicho que Gretta era taimada como cualquier campesina, lo que no era cierto. Gretta fue la que la cuidó a lo último, durante su larga enfermedad, en la casa de ellos, en

Monkstown.

Sabía que a Mary Jane le debía faltar poco para terminar, porque estaba tocando otra vez la melodía del principio, con florituras después de cada compás, y mientras esperaba, el resentimiento que sentía en el pecho se fue disipando. La pieza concluyó con un trino de octavas en los agudos y una octava profunda final en los graves. Mary Jane recibió un enorme aplauso cuando, sonrojándose y enrollando la partitura nerviosamente, escapó del salón. Los que más aplaudieron fueron los cuatro jóvenes en el umbral que se habían ido al cuarto con los aperitivos al comienzo de la pieza, y que habían regresado cuando oyeron que el piano no sonaba más.

Luego se empezaron a bailar lanceros. Gabriel terminó con Miss Ivors de pareja. Era una joven franca y parlanchina, de cara pecosa y prominentes ojos marrones. No llevaba escote, y el broche grande que tenía sobre el cuello mostraba un emblema irlandés.

Cuando ocuparon sus lugares, ella le dijo de repente:

—Justo lo estaba buscando para levantarlo en peso.

—¿A mí? —dijo Gabriel.

Ella asintió con la cabeza, muy seria.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó él, sonriendo al verla tan solemne.

—¿Quién es G. C.? —respondió Miss Ivors, clavándole la mirada.

Gabriel se puso colorado y estaba por fruncir las cejas, como si no entendiera, cuando ella dijo sin tapujos: —¡Ay, qué inocente! Ya descubrí que usted está escribiendo para *The Daily Express*. ¿No le da vergüenza?

—¿Por qué debería darme vergüenza? —dijo Gabriel, parpadeando y tratando de sonreír.

—Bueno, a mí me da vergüenza usted —dijo Miss Ivors, con total honestidad—. Cómo va a escribir para un pasquín como ese. No me imaginaba que fuera proinglés.

La perplejidad de Gabriel podía leérsele en la cara. Era cierto que escribía una columna literaria todos los miércoles para *The Daily Express*, por la que le pagaban quince chelines. Pero no por eso era proinglés, claramente. Por poco, se alegraba más de recibir los libros para reseñar que de aquel cheque miserable. Disfrutaba muchísimo de acariciar la tapa y la contratapa y de pasar las páginas de los libros recién impresos. Casi todos los días después de dar clases en el instituto solía ir caminando por los muelles a las librerías de viejo, a Hickey's en Bachelor's Walk, a Webb's o Massey's en Aston Quay, o a O'Clohissey's en el pasaje. No sabía cómo defenderse de su acusación. Quería decir que la literatura estaba por encima de la política. Pero eran amigos desde hacía muchos años y sus carreras habían tomado

caminos paralelos, primero en la universidad y después como docentes: no podía arriesgarse a contestarle con una frase pomposa. Siguió parpadeando y tratando de sonreír, y murmuró sin mucha seguridad que no veía nada de político en escribir reseñas de libros.

Cuando les tocó cruzarse, él seguía perplejo y distraído. Miss Ivors lo tomó de la mano con cariño y le dijo, en un tono amistoso: —Le estaba haciendo un chiste, obviamente. Vamos a hacer el cruce.

Cuando volvieron a juntarse, ella se puso a hablarle de la cuestión universitaria y Gabriel se relajó. Una amiga le había mostrado su reseña de los poemas de Browning. Así es como se había enterado de su secreto, pero la reseña le gustó mucho. Después le dijo, bruscamente: —Ah, Mr. Conroy, ¿no nos acompañaría en una excursión a las Islas Aran este verano? Vamos a quedarnos un mes entero. Va a ser espléndido estar ahí, en el Atlántico. Debería sumarse. Vienen Mr. Clancy, y Mr. Kilkelly y Kathleen Kearney. Gretta lo pasaría espléndido también, si viniera. Es de Connacht, ¿no?

—Su familia —dijo Gabriel, cortante.

—Pero usted va a venir, ¿no? —dijo Miss Ivors, entusiasmada, apoyando su mano cálida sobre el brazo de él.

—La verdad —dijo Gabriel— es que ya hice planes para ir a…

—¿Ir a dónde? —preguntó Miss Ivors.

—Bueno, ya sabe que todos los años hago un viaje en bicicleta con unos amigos y…

—¿Pero a dónde? —preguntó Miss Ivors.

—Bueno, en general vamos a Francia o a Bélgica, o quizás Alemania —dijo Gabriel, incómodo.

—¿Y por qué va a Francia y Bélgica —dijo Miss Ivors—, en lugar de visitar su propio país?

—Bueno —dijo Gabriel—, en parte para practicar idiomas y en parte para cambiar un poco.

—¿Y no tiene su propio idioma para practicar, el irlandés? —preguntó Miss Ivors.

—Bueno —dijo Gabriel—, si es por eso, sabe, el irlandés no es mi idioma.

Sus vecinos se habían dado vuelta para escuchar el interrogatorio. Gabriel, nervioso, echó un vistazo a ambos lados y trató de mantener su buen humor, aunque ese calvario lo estaba haciendo sonrojarse hasta la frente.

—¿Y acaso no tiene su propio país para visitar? —agregó Miss Ivors—. ¿Un país que usted desconoce por completo, así como a su propia gente y sus propias tierras?

—Oh, para serle honesto —replicó Gabriel de golpe—, ya estoy harto de mi propio país, ¡harto!

—¿Por qué? —preguntó Miss Ivors.

Gabriel no contestó, porque su respuesta anterior lo había alterado.

—¿Por qué? —repitió Miss Ivors.

El baile ahora los obligaba a estar juntos y, como él no le había contestado, Miss Ivors dijo, en un tono afectuoso: —Claro, no sabe qué responder.

Gabriel trató de disimular su agitación bailando con más energía. Él le esquivaba la mirada, porque le había visto una expresión amarga en el rostro. Sin embargo, cuando se cruzaron en la larga fila, se sorprendió al sentir que ella le apretaba la mano. Ella lo miró, alzando los ojos inquisitivamente por un momento hasta que él le dirigió una sonrisa. Y entonces, justo cuando la fila estaba por volver a empezar, ella se puso en puntas de pie y le susurró al oído: —¡Proinglés!

Cuando los lanceros terminaron, Gabriel se fue a una esquina en la otra punta del salón, donde estaba sentada la madre de Freddy Malins. Era una mujer vieja, frágil y corpulenta, con el pelo canoso. Hablaba como si tuviera un nudo en la garganta como su hijo, y tartamudeaba un poco. Le habían dicho que Freddy había llegado y que, dentro de todo, estaba bien. Gabriel le preguntó si había tenido un buen viaje. Vivía con su hija casada en Glasgow y venía de visita a Dublín una vez al año. Le respondió plácidamente que había tenido un viaje precioso y que el capitán fue muy atento con ella. Le habló también de la casa preciosa que tenía su hija en Glasgow, y de todos los amigos que se habían hecho ahí, todos muy simpáticos. Mientras ella le daba a la lengua, Gabriel trató de olvidar el incidente desagradable con Miss Ivors. Por supuesto, esa chica o esa mujer, o lo que fuera, era una fanática, pero había un momento para todo. Quizá no debería haberle respondido así. Pero no tenía derecho a decirle proinglés en frente de los demás, ni siquiera en broma. Había tratado de ponerlo en ridículo en público, hostigándolo y mirándolo con esos ojos de conejo.

Vio que su esposa se dirigía hacia él abriéndose camino entre las parejas que valsaban. Cuando llegó, le dijo al oído: —Gabriel, la tía Kate quiere saber si vas a cortar el ganso como siempre. Miss Daly va a cortar el jamón y yo me encargo del budín.

—Está bien —dijo Gabriel.

—Ella va a hacer pasar a los más jóvenes primero cuando termine este vals, así tenemos la mesa para nosotros solos.

—¿Bailaste? —preguntó Gabriel.

—Claro. ¿No me viste? ¿Qué pasó con Molly Ivors?

—Nada. ¿Por qué? ¿Dijo que había pasado algo?

—Más o menos. Estoy tratando de hacer que Mr. D'Arcy cante. Es un creído, me parece.

—No pasó nada —dijo Gabriel, de mal humor—, ella quería que yo

me sumara a una excursión al oeste de Irlanda y yo dije que no, nada más.

Su esposa juntó las manos, entusiasmada, y dio un saltito.

—¡Ay, vamos, Gabriel! —exclamó—. ¡Me encantaría volver a Galway!

—Por qué no vas, si se te antoja —dijo Gabriel con frialdad.

Ella lo miró un momento, giró hacia Mrs. Malins y dijo:

—Qué marido simpático que tengo, ¿no, Mrs. Malins?

Mientras ella se abría paso para volver a la otra punta del salón, Mrs. Malins, como si no la hubieran interrumpido, siguió contándole a Gabriel sobre los lugares preciosos que había en Escocia y lo preciosos que eran los paisajes. Su nuero las llevaba todos los años a los lagos y solían ir a pescar. Era un pescador espléndido. Un día atrapó un pez precioso, enorme, enorme, y el encargado del hotel se los cocinó para la cena.

Gabriel apenas la oía. Ahora que se acercaba la hora de la cena, empezó a pensar de nuevo en su discurso y en la cita. Cuando vio que Freddy Malins atravesaba el salón para ver a su madre, Gabriel le dejó libre la silla y se retiró al alféizar de la ventana. El salón ya estaba casi vacío, y desde el cuarto del fondo se oía el tintineo de los platos y los cuchillos. Los pocos que seguían en el salón parecían cansados de bailar y estaban charlando en grupitos. Los dedos de Gabriel, tibios y trémulos, tantearon el vidrio frío de la ventana. ¡Qué fresco debe estar afuera! ¡Qué lindo sería salir a caminar solo, primero bordeando el río y después por el parque! La nieve cubriría las ramas de los árboles y formaría una capa brillante sobre la punta del monumento a Wellington. ¡Mucho mejor estar ahí que en la mesa cenando!

Repasó mentalmente los temas de su discurso: la hospitalidad irlandesa, las memorias tristes, las tres Gracias, Paris, la cita de Browning. Repitió para sí una frase que había escrito en su reseña: *Uno siente que está escuchando una música atormentada por los pensamientos*. A Miss Ivors la reseña le había gustado. ¿Lo decía en serio? ¿Tenía vida propia más allá de toda esa propaganda política suya? Nunca antes habían tenido ningún roce por nada. Lo inquietaba pensar que ella estaría en la mesa, mirándolo con esos ojos inquisitivos mientras él hablaba. Quizá no le molestaría ver fracasar su discurso. Entonces se le ocurrió algo que lo envalentonó. Diría, aludiendo a la tía Kate y a la tía Julia: *Damas y caballeros, la generación que hoy atraviesa su ocaso entre nosotros quizá haya tenido sus defectos, pero por mi parte creo que tuvo ciertas cualidades, la hospitalidad, el humor, la humanidad, que a la nueva generación que hoy nos rodea, tan seria y tan hiperinstruida, parece faltarle*. Muy bien: ese sería un dardo para Miss Ivors. ¿Qué le importaba a él que sus tías en realidad fueran dos viejas ignorantes?

Un murmullo en la sala le llamó la atención. Mr. Browne había cruzado la puerta, escoltando gallardamente a la tía Julia, que se apoyaba en su brazo y sonreía, cabizbaja. Una mosquetería de aplausos la acompañó hasta el piano y después, mientras Mary Jane se sentaba en el banquito y la tía Julia, que ya no sonreía, giraba a medias hacia los demás para proyectar la voz, se fue apagando poco a poco. Gabriel reconoció el preludio. Era de una vieja canción de la tía Julia, *Arrayed for the Bridal*. Su voz, fuerte y clara, se lanzó con brío a entonar las notas que adornaban la melodía, y aunque cantaba muy rápido no omitía ni una de las apoyaturas. Seguir aquella voz, sin mirar la cara de la cantante, era sentir y compartir la emoción de un vuelo rápido y seguro. Gabriel aplaudió con ganas, al igual que los otros al final de la canción, y de la mesa invisible en el cuarto del fondo llegó otro aplauso igual. Sonaba tan genuino que la tía Julia se ruborizó un poco mientras se agachaba para sacar del atril el viejo cancionero encuadernado de cuero que tenía sus iniciales en la tapa. Freddy Malins, que había escuchado con la cabeza inclinada hacia un costado para oír mejor, siguió aplaudiendo largo rato después de que los otros hubieran dejado de hacerlo, hablándole muy animadamente a su madre, que asentía con la cabeza con mucha seriedad y lentitud. Cuando al fin no pudo aplaudir más, se levantó de repente y cruzó el salón a toda velocidad para tomar con sus dos manos la mano de la tía Julia, estrechándosela cuando se quedaba sin palabras o cuando el nudo en la garganta le impedía seguir hablando.

—Justo le estaba diciendo a mi madre —dijo—, nunca la había escuchado cantar tan bien, nunca. No, nunca le había escuchado la voz como esta noche. ¡En serio! Créame, ¿no me cree? Es la verdad. Le juro que es la pura verdad. Nunca le escuché una voz tan fresca y tan… tan clara y fresca, nunca.

La tía Julia sonrió de oreja a oreja y murmuró algo sobre los cumplidos mientras liberaba su mano de entre las suyas. Mr. Browne extendió la mano abierta hacia ella y les dijo a quienes tenía cerca, como un animador que estuviera presentándoles un prodigio a sus espectadores: —¡Miss Julia Morkan, mi último descubrimiento! __

Se estaba riendo con ganas de su propio chiste cuando Freddy Malins giró hacia él y le dijo:

—Bueno, Browne, no sé si habla en serio, pero hay descubrimientos peores. Lo único que puedo decir es que nunca la había escuchado cantar tan bien como ahora desde que vengo a esta casa. Y esa es la más pura verdad.

—Yo tampoco —dijo Mr. Browne—. Creo que su voz ha mejorado mucho.

La tía Julia se encogió de hombros y dijo, con tímido orgullo:

—Hace treinta años tampoco tenía tan mala voz, dentro de todo.

—Muchas veces le dije a Julia —señaló la tía Kate, enfática— que era un desperdicio que cantara en ese coro. Pero nunca me hizo caso.

Se dirigió a los demás, como si les estuviera hablando de una nena caprichosa y apelara a su sentido común, mientras la tía Julia miraba hacia adelante, con una vaga sonrisa de reminiscencia en la cara.

—No —agregó la tía Kate—, no hacía caso nunca, se deslomaba en ese coro noche y día, noche y día. ¡A las seis de la mañana en Navidad! ¿Y todo eso para qué?

—Bueno, ¿no es para honrar a Dios, tía Kate? —preguntó Mary Jane, girando sobre el banquito del piano y sonriendo.

La tía Kate se dirigió a su sobrina y dijo con ferocidad:

—Sé muy bien lo que es honrar a Dios, Mary Jane, pero lo que no me parece honroso es que el papa expulse a las mujeres de los coros cuando estuvieron deslomándose ahí toda la vida para reemplazarlas por unos mocosos que no saben lo que hacen. Supongo que es por el bien de la Iglesia si el papa lo dice. Pero no es justo, Mary Jane, y no está bien.

Se había embalado, y hubiera seguido defendiendo a su hermana, porque para ella era un tema sensible, cuando Mary Jane vio que todos habían vuelto y dijo, para calmar los ánimos: —Basta, tía Kate, estás escandalizando a Mr. Browne, que tiene otras creencias.

La tía Kate se dirigió a Mr. Browne, que sonrió al oír esa alusión a su fe, y se apresuró a decir: —Ay, no estoy poniendo en duda la decisión del papa. Soy una vieja tonta nada más, nunca se me ocurriría. Pero existe algo que se llama cortesía y algo que se llama gratitud. Y si yo fuera Julia, le diría al padre Healy en la cara que…

—Y además, tía Kate —dijo Mary Jane—, tenemos todos mucha hambre, y cuando hay hambre nos peleamos por cualquier cosa.

—Y cuando hay sed también —agregó Mr. Browne.

—Así que lo mejor sería pasar a la mesa —dijo Mary Jane— y dejar el tema para más tarde.

En el rellano afuera del salón Gabriel vio a su esposa y a Mary Jane tratando de convencer a Miss Ivors para que se quedara a cenar. Pero ella tenía el sombrero puesto y se estaba abrochando el abrigo, decidida. No tenía hambre y ya se había quedado demasiado tiempo.

—Diez minutitos aunque sea, Molly —dijo Mrs. Conroy—. Nadie se retrasa por diez minutitos.

—Para picar un poco —dijo Mary Jane—, después de tanto baile.

—No puedo, de verdad —dijo Miss Ivors.

—Me parece que no la pasó muy bien hoy —dijo Mary Jane, triste.

—Para nada, me encantó, se los aseguro —dijo Miss Ivors—, pero me tengo que ir corriendo.

—¿Pero cómo va ir a su casa? —preguntó Mrs. Conroy.

—Ay, estoy a dos pasos del muelle.

Gabriel dudó un momento y dijo:

—Si me lo permite, Miss Ivors, yo la acompaño, si no se puede quedar.

Pero Miss Ivors se apartó de ellos.

—¡Ni se les ocurra! —gritó—. Por el amor de Dios, vayan a cenar y no se preocupen por mí. Puedo cuidarme sola.

—Bueno, qué reacción más cómica, Molly —dijo Mrs. Conroy con franqueza.

—*Beannacht libh!*[4] —exclamó Miss Ivors, soltando una risa y bajando la escalera a toda velocidad.

Mary Jane la vio irse, con una expresión perpleja y sombría, mientras Mrs. Conroy se asomaba por la baranda para escuchar si cerraba la puerta de calle. Gabriel se preguntó si él habría sido la causa de que se fuera tan abruptamente. Pero no parecía de mal humor: se estaba riendo cuando se fue. Se quedó mirando las escaleras, confundido.

En ese momento, salió del cuarto la tía Kate, dando pasitos rápidos y cortos, desesperada y casi estrujándose las manos.

—¿Dónde está Gabriel? —gritó—. ¿Dónde se metió? ¡Están todos esperando, está la mesa puesta, y no hay nadie para cortar el ganso!

—¡Acá estoy, tía Kate! —exclamó Gabriel, despabilándose de repente, listo para cortar una bandada de gansos si hacía falta.

Había un ganso grande y dorado en un extremo de la mesa, y en el otro, sobre un papel arrugado y adornado con ramitos de perejil, había un jamón enorme, sin piel y cubierto de pan rallado, con un voladito de papel alrededor de la canilla, y rodajas de carne condimentada dispuestas en abanico al lado. Entre los dos extremos había hileras paralelas de entremeses: dos pequeñas catedrales de gelatina, roja y amarilla; un plato playo lleno de cuadraditos de manjar blanco y mermelada roja, un plato grande en forma de hoja y con el mango en forma de tallo, donde había montoncitos de pasas violeta y almendras peladas, un plato adicional con un rectángulo sólido de higos de Esmirna, un plato de crema agria con nuez moscada, un bol pequeño lleno de chocolates y dulces envueltos en papel dorado y plateado, y un jarrón de vidrio con largos tallos de apio. En el medio de la mesa, como si estuvieran custodiando una frutera con una pirámide de naranjas y manzanas americanas, había dos botellones bajitos y antiguos de vidrio tallado, uno con oporto y el otro, con jerez oscuro. Sobre el piano de mesa cerrado los esperaba un budín en una fuente amarilla inmensa, y detrás había tres pelotones de botellas de *stout*, de *ale* y de agua mineral, ordenados según el color de su uniforme, negros los dos primeros, con etiquetas marrones y

rojas, y blanco el tercero y más pequeño, con bandas transversales verdes.

Gabriel ocupó su lugar en la cabecera de la mesa sin vacilar y, después de haber controlado el filo de la cuchilla, hundió bien el tenedor en el ganso. Se sentía más tranquilo ahora, porque era un experto a la hora de trozar aves, y nada le gustaba más que estar en la cabecera de una mesa llena de comida.

—Miss Furlong, ¿qué quiere que le sirva? —preguntó—. ¿El ala o una rodaja de pechuga?

—Una rodajita de pechuga.

—¿Y usted, Miss Higgins?

—Ay, lo que sea, Mr. Conroy.

Mientras Gabriel y Miss Daly intercambiaban platos de ganso y platos de jamón y carne condimentada, Lily iba de invitado a invitado con una fuente de papas harinosas calientes envueltas en una servilleta blanca. Esa era idea de Mary Jane, que también habían sugerido acompañar el ganso con salsa de manzana, pero la tía Kate había respondido que ella siempre había comido ganso asado solo y nunca había echado de menos ninguna salsa, y esperaba que eso no cambiara. Mary Jane les sirvió a sus alumnos y se aseguró de que recibieran las mejores tajadas, y la tía Kate y la tía Julia abrieron y llevaron del piano las botellas de *stout* y de *ale* para los caballeros y las de agua mineral para las damas. Hubo mucha confusión y risas y ruido, el ruido de las órdenes y las contraórdenes, de los cuchillos y los tenedores, de los corchos y las tapas de vidrio de los botellones. Gabriel empezó a cortar una segunda tanda de rodajas de ganso apenas terminó la primera, sin llegar a servirse él. Todos protestaron enfáticamente, así que cedió tomando un largo trago de *stout*, porque se estaba acalorando de tanto cortar. Mary Jane se sentó a comer en silencio, pero la tía Kate y la tía Julia seguían dando vueltas alrededor de la mesa, pisándose los talones, entorpeciéndose el paso la una a la otra y dándose órdenes que la otra no escuchaba. Mr. Browne les suplicó que se sentaran y comieran, y Gabriel hizo lo propio, pero ellas decían que ya habría tiempo para eso hasta que, al final, Freddy Malins se levantó, capturó a la tía Kate y la plantó en su silla entre las risas del resto.

Cuando ya les había servido bien a todos, Gabriel dijo, sonriendo:

—Ahora, si alguien quiere un poco más para llenarse el buche, como dice la gente vulgar, que avise.

Un coro de voces lo invitó a que empezara a comer él, y Lily se le acercó con tres papas que le había reservado.

—Muy bien —dijo Gabriel, de buena gana, tomando otro trago preliminar—, háganme el favor de olvidarse de que existo, damas y

caballeros, por unos pocos minutos.

Se concentró en su cena y no participó en la charla de los otros comensales, que tapaba el ruido que hacía Lily mientras levantaba los platos. El tema en cuestión era la compañía de ópera que en aquel momento estaba en el Theatre Royal. Mr. Bartell D'Arcy, el tenor, un hombre de tez oscura con un bigote elegante, alabó mucho a la primera contralto, pero Miss Furlong pensaba que tenía un estilo más bien vulgar. Freddy Malins dijo que había un cantante negro que hacía del jefe de una tribu en la segunda parte de la pantomima que estaban representando en el teatro Gaiety y que tenía una de las mejores voces de tenor que él había escuchado.

—¿Lo ha escuchado? —le preguntó a Mr. Bartell D'Arcy desde el otro lado de la mesa.

—No —respondió Mr. Bartell D'Arcy, sin prestarle mucha atención.

—Porque me gustaría saber qué opina de él —explicó Freddy Malins—. Me parece que tiene una voz espectacular.

—Menos mal que tenemos a Teddy para descubrir lo que es bueno de verdad —dijo Mr. Browne, confianzudo, dirigiéndose a toda la mesa.

—¿Y por qué no puede tener una buena voz él también? —preguntó Freddy Malins bruscamente—. ¿Nada más porque es negro?

Nadie respondió a la pregunta y Mary Jane dirigió la conversación de vuelta a la ópera legítima. Uno de sus alumnos le había dado una entrada para *Mignon*. Por supuesto, la obra era muy buena, dijo ella, pero le hizo acordar a la pobre Georgina Burns. Mr. Browne podía remontarse más atrás todavía, a las viejas compañías italianas que solían venir a Dublín: Tietjens, Ilma de Murzka, Campanini, el gran Trebelli, Giuglini, Ravelli, Aramburo. Qué épocas aquellas, dijo, cuando podían escucharse cantantes de verdad en Dublín. También contó que la galería del viejo Theatre Royal solía llenarse noche tras noche, y que una vez un tenor italiano cantó cinco bises de *Let me Like a Soldier Fall*, llegando al do agudo siempre, y cómo algunos de los jóvenes de la galería se dejaban llevar por su entusiasmo cada tanto y desenganchaban los caballos del carruaje de alguna gran *prima donna* y tiraban de él ellos mismos por la calle para llevarla a su hotel. ¿Por qué ya nunca montaban ninguna de las grandes óperas, se preguntaba él, como *Dinorah*, o *Lucrezia Borgia*? Porque no conseguían a nadie con la voz necesaria para cantarlas: por eso.

—Ah, vamos —dijo Mr. Bartell D'Arcy—, me imagino que hay cantantes tan buenos hoy como en aquel entonces.

—¿Y dónde están? —preguntó Mr. Browne, desafiante.

—En Londres, París, Milán —replicó Mr. Bartell D'Arcy, animado—. Supongo que Caruso, por ejemplo, es tan bueno o mejor que

cualquiera de los hombres a los que usted mencionó.

—Quizás —respondió Mr. Browne—. Pero déjeme decirle que lo dudo mucho.

—Ay, daría cualquier cosa por escuchar a Caruso —dijo Mary Jane.

—Para mí —dijo la tía Kate, que había estado picoteando un hueso —, solo hubo un tenor. Que me gustara, quiero decir. Pero supongo que ninguno de ustedes lo habrá oído nombrar.

—¿Quién, Miss Morkan? —preguntó Mr. Bartell D'Arcy, educado.

—Su nombre —dijo la tía Kate— era Parkinson. Lo escuché cuando estaba en su mejor momento, y creo que en esos años tenía la voz de tenor más pura que haya salido de la boca de un hombre.

—Qué raro —dijo Bartell D'Arcy—. Nunca lo oí nombrar.

—Sí, sí, Miss Morkan tiene razón —dijo Mr. Browne—. Recuerdo haber oído del viejo Parkinson, pero es de una época anterior a la mía.

—Un tenor inglés hermoso, puro, dulce y medido —dijo la tía Kate con entusiasmo.

Cuando Gabriel terminó, llevaron a la mesa el enorme budín. El ruido de los tenedores y las cucharas volvió a empezar. La esposa de Gabriel servía unas cucharadas del budín y hacía circular los platitos. A mitad de camino, Mary Jane los interceptaba para agregarles gelatina de frambuesa o naranja, o algo de manjar blanco y mermelada. El budín lo había hecho la tía Julia, y se lo festejaron todos. Ella decía que no estaba lo suficientemente marroncito.

—Bueno, Miss Morkan, espero que no opine lo mismo de mí, porque si de marrón se trata, yo soy bien *brown* —dijo Mr. Browne.

Todos los caballeros, salvo Gabriel, probaron el budín por respeto a la tía Julia. Como Gabriel nunca comía nada dulce, le habían dejado el apio. Freddy Malins también tomó un tallo y se lo comió con el budín. Le habían dicho que el apio era importantísimo para la sangre, y él estaba bajo tratamiento médico. Mrs. Malins, que había estado callada toda la cena, dijo que su hijo iría a Mount Melleray dentro de una semana más o menos. Todos se pusieron a hablar entonces de Mount Melleray, de lo tonificante que era el aire, de lo amables que eran los monjes y del hecho de que nunca les pedían ni un penique a sus huéspedes.

—¿O sea —preguntó Mr. Browne, incrédulo— que uno puede ir a ese lugar y hospedarse como si fuera un hotel y vivir a lo grande y después irse sin pagar ni una moneda?

—Oh, la mayoría hace alguna donación al monasterio cuando se va —dijo Mary Jane.

—Ojalá tuviéramos una institución como esa en nuestra Iglesia — dijo Mr. Browne cándidamente.

Le asombró oír que los monjes nunca hablaban, se levantaban a las dos de la mañana y dormían en ataúdes, y preguntó por qué lo hacían.

—Son las reglas de la orden —dijo la tía Kate con firmeza.

—Sí, ¿pero por qué? —preguntó Mr. Browne.

La tía Kate repitió que eran las reglas, eso era todo. Mr. Browne parecía seguir sin entender. Freddy Malins le explicó como pudo que los monjes trataban de expiar los pecados cometidos por todos los pecadores del mundo fuera del monasterio. La explicación no quedó muy clara, porque Mr. Browne sonrió y dijo: —Me gusta mucho la idea, ¿pero no podrían hacerlo en una cama más cómoda con un colchón de muelles en vez de un ataúd?

—El ataúd —dijo Mary Jane— es para recordarles su destino final.

Como el asunto se había puesto lúgubre, se hizo un silencio en la mesa, durante el cual se oyó que Mrs. Malins le decía por lo bajo a su vecino: —Son hombres muy buenos los monjes, muy devotos.

Las pasas y las almendras y los higos y las manzanas y las naranjas y los chocolates y los dulces circularon entonces por la mesa, y la tía Julia invitó a todo el mundo a tomar oporto o jerez. Al principio Mr. Bartell D'Arcy se negó a beber nada, pero uno de sus vecinos le dio un codazo y le susurró algo y él levantó la copa para que se la llenasen. Poco a poco, mientras se servían las últimas copas, la conversación fue mermando. Se hizo entonces una pausa, quebrada solamente por el ruido del vino y las sillas. Las Morkan, las tres, se quedaron mirando el mantel. Alguien tosió una o dos veces y después algunos caballeros dieron unos golpecitos en la mesa para pedir silencio. Una vez que el silencio fue total, Gabriel corrió hacia atrás su silla y se levantó.

Los golpecitos se hicieron más fuertes, para alentarlo a hablar, y después cesaron. Gabriel apoyó sus diez dedos temblorosos sobre el mantel y les sonrió a los presentes, nervioso. Al ver una hilera de caras apuntando hacia él, levantó los ojos al candelabro. En el piano estaban tocando un vals y él podía oír cómo las faldas barrían el piso del salón. Afuera quizá hubiera gente parada en el muelle, mirando las ventanas iluminadas más arriba y escuchando el vals mientras nevaba. Ahí se respiraba aire puro. A lo lejos estaba el parque con los árboles cubiertos de nieve. La nieve en la punta del monumento a Wellington proyectaba destellos hacia el oeste, por encima del campo blanco de Fifteen Acres.

Empezó:

—Damas y caballeros, esta noche, como otros años, me toca realizar una tarea muy placentera, aunque no creo que mis pobres habilidades como orador estén a la altura.

—¡No, no! —exclamó Mr. Browne.

—Sin embargo, sea como fuere, solo puedo pedirles hoy que

valoren más las intenciones que los resultados y que me escuchen un momento mientras trato de expresar en palabras lo que siento en esta ocasión.

”Damas y caballeros, no es la primera vez que nos hemos reunido bajo este hospitalario techo, alrededor de esta hospitalaria mesa. No es la primera vez que hemos sido los beneficiarios (o quizá debería decir las “víctimas”) de la hospitalidad de ciertas mujeres muy amables.

Trazó un círculo en el aire con el brazo y después hizo una pausa. Todos se rieron o les dirigieron una sonrisa a la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane, que se pusieron rojas de contentas. Gabriel siguió, más audaz: —Cada año estoy más convencido de que nuestro país no tiene ninguna tradición que respete más y que guarde mejor que la hospitalidad. En mi experiencia (y no son pocos los países que he visitado en el extranjero), es una tradición única entre las naciones modernas. Algunos dirán, quizá, que en nosotros es un defecto más que una virtud de la cual enorgullecerse. Pero aunque así fuera, se trata, en mi opinión, de un defecto majestuoso, que confío que se seguirá cultivando entre nosotros durante mucho tiempo. De una cosa, al menos, estoy seguro. Mientras se encuentren bajo este techo las tres mujeres ya mencionadas (y espero de todo corazón que así sea por muchos, muchos años), la tradición de la cálida y genuina hospitalidad irlandesa, que nuestros antepasados nos legaron a nosotros y que nosotros a la vez legaremos a nuestros descendientes, seguirá viva.

Un gran murmullo de asentimiento se expandió por la mesa. A Gabriel se le cruzó por la mente que Miss Ivors no estaba y que su partida había sido un gesto de mala educación, y dijo, confiado: —Damas y caballeros, una nueva generación está emergiendo entre nosotros, una generación impulsada por nuevas ideas y nuevos principios. Es una generación seria, llena de entusiasmo por esas nuevas ideas, y ese entusiasmo, incluso cuando está errado, me parece generalmente sincero. Pero vivimos en una época escéptica, una época, si se quiere, atormentada por los pensamientos, y a veces me temo que a esta nueva generación, por más instruida o hiperinstruida que sea, le falten esas cualidades que pertenecen a otros tiempos: la humanidad, la hospitalidad, el humor magnánimo. Cuando hoy escuché los nombres de todos esos grandes cantantes del pasado me pareció, debo confesarlo, que vivimos en una época menos generosa. Podemos decir, sin exagerar, que aquellos fueron días generosos, y si se han ido para no volver esperemos, por lo menos, que en estas reuniones sigamos hablando de ellos con orgullo y afecto, que sigamos albergando en nuestros corazones la memoria de los muertos, de los grandes que ya se han ido y cuya fama el mundo no dejará morir

mientras pueda evitarlo.

—¡Así se habla! —exclamó Mr. Browne.

—Y, sin embargo —agregó Gabriel, adoptando un tono más suave —, en estas reuniones siempre nos vendrán a la mente pensamientos más tristes: pensamientos del pasado, de la juventud, de los cambios, de las caras que ya no están y que hoy extrañamos. Nuestro camino por la vida está lleno de muchas memorias así, y si no les hiciéramos un lugar no encontraríamos las fuerzas para seguir valientemente con nuestros deberes entre los vivos. Todos tenemos obligaciones vivas y vínculos vivos que reclaman, y con todo derecho, nuestros mayores esfuerzos.

”Así que no me demoraré en el pasado. No dejaré que ninguna moralina melancólica nos importune esta noche. Estamos aquí reunidos por un momentito, lejos del bullicio y el ajetreo de nuestra rutina de todos los días. Nos reunimos como amigos, en un espíritu de hermandad, como colegas, y también hasta cierto punto en un espíritu de auténtica *camaraderie*, y como invitados de… ¿cómo las llamaré? Las tres Gracias del mundo musical de Dublín.

La mesa estalló en aplausos y risas por el chiste. La tía Julia le pidió inútilmente a cada uno de sus vecinos de mesa que le repitieran lo que Gabriel había dicho.

—Dice que somos las tres Gracias, tía Julia —dijo Mary Jane.

La tía Julia no entendió, pero alzó la vista y le sonrió a Gabriel, que siguió en el mismo tono:

—Damas y caballeros, no trataré de hacer lo que Paris hizo en otra ocasión. No trataré de elegir a una de ellas por sobre las demás. Sería una tarea ingrata y muy superior a mis pobres capacidades. Porque cuando las veo, ya sea a nuestra principal anfitriona, cuya bondad, cuya excesiva bondad, es famosa entre todos los que la conocen, o a su hermana, que parece dotada de una juventud eterna, y cuya voz ha sido una sorpresa y una revelación para todos hoy, o a nuestra anfitriona más joven, la sobrina más talentosa, alegre y trabajadora de todas, la mejor sobrina del mundo, debo confesar, damas y caballeros, que no sé con cuál quedarme. _

Gabriel bajó la vista hacia sus tías y, al ver la gran sonrisa en la cara de la tía Julia y las lágrimas en los ojos de la tía Kate, se apresuró a terminar su discurso. Levantó su copa de oporto con delicadeza, mientras todos los demás agarraban sus copas, expectantes, y alzó la voz para decir: —Brindemos por las tres juntas. Brindemos por su salud, fortuna, larga vida, felicidad y prosperidad, y por que mantengan durante mucho tiempo esa posición digna y bien merecida que supieron conseguir en sus carreras, y ese lugar de honor y afecto que tienen en nuestros corazones.

Todos los invitados se pusieron de pie, copa en mano, y girando hacia las tres mujeres sentadas cantaron al unísono, con Mr. Browne a la cabeza:

Porque son buenas compañeras,
porque son buenas compañeras,
porque son buenas compañeras,
y nadie lo puede negar.

La tía Kate estaba haciendo amplio uso de su pañuelo, y hasta la tía Julia parecía conmovida. Freddy Malins marcaba el pulso con el tenedor del budín y los cantantes giraron para verse entre sí, como en una conferencia melódica, mientras cantaban enfáticamente:

A menos que quiera mentir,
a menos que quiera mentir.

Entonces, girando una vez más hacia las anfitrionas, cantaron:

Porque son buenas compañeras,
porque son buenas compañeras,
y nadie lo puede negar.

La aclamación que vino luego recibió el espaldarazo de muchos de los invitados del otro lado de la puerta, y se repitió una y otra vez, con Freddy Malins actuando de director con su tenedor en alto.

*

El aire punzante de la mañana entró al vestíbulo donde estaban todos parados, y la tía Kate dijo: —Que alguien cierre la puerta. Mrs. Malins se va a morir de frío.

—Browne está afuera, tía Kate —dijo Mary Jane.

—Browne está en todas partes —dijo la tía Kate, bajando la voz.

Mary Jane se rio por cómo lo dijo.

—Realmente —replicó, pícara—, es un hombre muy atento.

—Toda la Navidad acá… Parece el servicio de gas, una vez que se instala es para siempre —dijo la tía Kate en el mismo tono.

Esta vez se rio ella misma de su chiste, antes de agregar rápidamente:

—Pero en serio, Mary Jane, será mejor que lo llames y cierres. Espero que no me haya oído.

En ese momento se abrió la puerta principal de par en par y entró

Mr. Browne, descostillándose de risa. Estaba vestido con un largo abrigo verde, con puños y cuello de falso astracán, y llevaba una gorra ovalada de piel. Señaló hacia el muelle, cubierto de nieve, desde donde llegaba una serie de largos silbidos.

—Teddy va a convocar a todos los coches de Dublín —dijo.

Gabriel salió de la pequeña despensa detrás de la oficina, poniéndose con dificultad el abrigo, echó una ojeada al vestíbulo y dijo: —¿Gretta no bajó todavía?

—Está recogiendo sus cosas, Gabriel —dijo la tía Kate.

—¿Quién está tocando arriba? —preguntó Gabriel.

—Nadie. Ya se fueron todos.

—Ah, no, tía Kate —dijo Mary Jane—. Bartell D'Arcy y Miss O'Callaghan todavía no se fueron.

—Alguien está tecleando en el piano, sea quien sea —dijo Gabriel.

Mary Jane miró a Gabriel y a Mr. Browne y dijo, estremeciéndose:

—Me da frío verlos a ustedes dos tan abrigados. No me gustaría tener que volver a casa a esta hora.

—Nada me gustaría más ahora mismo —dijo Mr. Browne, decidido — que dar un lindo paseo por el campo o subirme a un coche ligero con un buen trotador entre las varas.

—Antes teníamos una carreta y un muy buen caballo en casa — dijo la tía Julia, triste.

—El inolvidable Johnny —dijo Mary Jane, riéndose.

La tía Kate y Gabriel se rieron también.

—¿Por qué, qué tenía de maravilloso Johnny? —preguntó Mr. Browne.

—El llorado Patrick Morkan, es decir, nuestro abuelo —explicó Gabriel—, más conocido en sus últimos años como el viejo, fabricaba pegamento.

—Ay, vamos, Gabriel —dijo la tía Kate, riéndose—, tenía una fábrica de almidón.

—Bueno, ya fuera pegamento o almidón —dijo Gabriel—, lo importante es que el viejo tenía un caballo llamado Johnny. Y Johnny trabajaba en su fábrica, dando vueltas y vueltas para mover la rueda del molino. Hasta ahí todo iba muy bien, pero entonces ocurrió la desgracia. Un día, el viejo pensó que le gustaría ir como el resto de la gente bien a un desfile militar en el parque.

—Dios lo tenga en su gloria —dijo la tía Kate, compungida.

—Amén —dijo Gabriel—. Así que el viejo, como dije, le colocó el arnés a Johnny y se puso su mejor galera y su mejor cuello duro y salió en el carruaje majestuosamente desde su mansión ancestral, que quedaba por Back Lane, creo.

Todo el mundo se rio, hasta Mrs. Malins, por la manera en que

Gabriel contaba la historia, y la tía Kate dijo: —Ay, vamos, Gabriel, no vivía en Back Lane. Ahí tenía la fábrica, nada más.

—Salió entonces con Johnny —continuó Gabriel— de la mansión de sus antepasados. Y todo iba a la perfección, hasta que Johnny vio la estatua de Guillermo III, y ya sea porque se enamoró del caballo del rey Billy o porque se pensó que estaba otra vez en el molino, empezó a dar vueltas alrededor de la estatua.

Gabriel daba vueltas en círculos en el vestíbulo con las galochas puestas, mientras todos los demás se reían.

—Y daba vueltas y vueltas —dijo Gabriel—, y el viejo, que era un caballero muy pomposo, se indignó muchísimo. *¡Será posible! ¿Qué estás haciendo! ¡Johnny! ¡Johnny! ¡No se puede creer! ¡Quién entiende a este caballo!*

Las carcajadas que despertó la actuación de Gabriel se vieron interrumpidas por alguien que golpeaba a la puerta. Mary Jane fue corriendo a abrir e hizo pasar a Freddy Malins que, con el sombrero apoyado bien hacia atrás sobre la cabeza y los hombros encorvados por el frío, jadeaba y resoplaba después de tanto trajín.

—Solo conseguí un coche —dijo.

—Bueno, ya encontraremos otro en el muelle —dijo Gabriel.

—Sí —dijo la tía Kate—. Mejor que Mrs. Malins no siga chupando frío.

Su hijo y Mr. Browne la ayudaron a bajar la escalera de la entrada y, después de muchas maniobras, lograron subirla al coche. Freddy Malins subió después y se pasó un rato largo acomodándola en el asiento, mientras Mr. Browne lo asistía dándole consejos. Cuando al fin estuvo cómoda, Freddy Malins invitó a Mr. Browne a subirse también, y hubo una charla algo confusa antes de que este accediera. El cochero se puso la manta sobre las rodillas y se inclinó para pedirles la dirección. Ahí la escena se volvió más confusa porque Freddy Malins y Mr. Browne le empezaron a dar indicaciones diferentes, cada uno sacando la cabeza por una ventanilla distinta. El problema era dónde dejar a Mr. Browne antes de seguir camino, y la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane aportaron su granito de arena desde el umbral, gritando direcciones y contradirecciones entre risas. Freddy Malins, por su parte, ya no podía hablar de lo mucho que se reía. Sacaba la cabeza por la ventanilla cada dos por tres, poniendo en gran peligro su sombrero, y le contaba cómo iba progresando la discusión a su madre, hasta que por fin Mr. Browne le gritó al pobre cochero por encima del barullo de todas aquellas carcajadas: —¿Conoce Trinity College?

—Sí, señor —dijo el cochero.

—Bueno, vaya directamente hasta el portón de Trinity College —

dijo Mr. Browne— y ahí le digo cómo seguir. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo el cochero.

—Rapidito a Trinity College.

—A sus órdenes, señor —gritó el cochero.

Con un latigazo, el coche empezó a traquetear bordeando el muelle, entre un coro de risas y saludos.

Gabriel no había ido hasta la puerta con los demás. Estaba en la parte oscura del vestíbulo, alzando la vista hacia las escaleras. Había una mujer cerca del rellano del primer tramo, también a oscuras. No podía verle la cara, pero sí los paneles de su falda, color salmón y terracota, que en la penumbra parecían blancos y negros. Era su esposa. Estaba reclinada sobre la baranda, escuchando algo. A Gabriel lo sorprendió lo quieta que estaba y aguzó el oído para escuchar también, pero no pudo distinguir mucho, salvo el ruido de las risas y la discusión en los peldaños de la entrada, unos acordes del piano y unas pocas notas entonadas por una voz de hombre.

Se quedó inmóvil en la oscuridad del vestíbulo, tratando de reconocer la melodía que entonaba esa voz mientras miraba a su esposa. La actitud de ella tenía cierta elegancia y cierto misterio, como si fuera un símbolo de algo. Se preguntó qué simbolizaría una mujer de pie en la penumbra de las escaleras, escuchando una música distante. Si fuera pintor, la retrataría así. Su sombrero de felpa azul resaltaría el bronce de su pelo recortándose contra las sombras y los paneles oscuros de su falda resaltarían los más claros. *Música distante* sería el título que le pondría si fuera pintor.

Después de cerrar la puerta principal, la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane se acercaron por el vestíbulo, todavía riéndose.

—Bueno, ¿no es terrible Freddy? —dijo Mary Jane—. Es un tipo terrible, realmente.

Gabriel no dijo nada, pero señaló a su mujer en las escaleras. Ahora que habían cerrado la puerta, la voz y el piano se oían con mayor claridad. Gabriel levantó una mano para pedirles que se callaran. La canción parecía basada en la vieja escala irlandesa y el cantante no sonaba muy seguro ni de la letra ni de su propia voz. Esa voz, que la distancia y la carraspera del cantante teñían de tristeza, iluminaba suavemente la cadencia de la melodía con palabras que expresaban un gran dolor:

Ay, la lluvia empapa mi pelo
y el rocío me moja la piel,
mi bebé yace frío…

—¡Ah! —exclamó Mary Jane—. ¡Es Bartell D’Arcy, después de que se negó a cantar toda la noche! ¡Ah, lo voy a hacer cantar una canción

antes de que se vaya!

—Ay, sí, por favor, Mary Jane —dijo la tía Kate.

Mary Jane les pasó por el lado a los demás y corrió hacia la escalera, pero antes de alcanzarla la voz dejó de cantar y el piano se cerró abruptamente.

—¡Ay, qué lástima! —exclamó—. ¿Va a bajar él, Gretta?

Gabriel oyó que su esposa decía que sí y la vio bajar hacia ellos. Detrás de ella, a unos pocos pasos, estaban Mr. Bartell D'Arcy y Miss O'Callaghan.

—¡Ah, Mr. D'Arcy! —gritó Mary Jane—. Qué malo que es usted, dejó de cantar cuando estábamos todos embelesados escuchándolo.

—Le insistí durante toda la noche —dijo Miss O'Callaghan—, y Mrs. Conroy también, y nos dijo que estaba muy resfriado y que no podía cantar.

—Ah, Mr. Darcy —dijo la tía Kate—, qué mentira más grande.

—¿No ve que estoy más afónico que un cuervo? —dijo Mr. D'Arcy bruscamente.

Fue a toda prisa a la despensa y se puso el abrigo. Los demás, sorprendidos por esa reacción tan agresiva, no sabían qué decir. La tía Kate frunció el entrecejo y les hizo señas a los demás para que se olvidaran del tema. Mr. D'Arcy se abrigó el cuello con mucho cuidado y mala cara.

—Es el clima —dijo la tía Julia después de una pausa.

—Sí, está todo el mundo resfriado —dijo la tía Kate enseguida—, todo el mundo.

—Dicen que hace treinta años que no nevaba tanto —dijo Mary Jane—, y esta mañana leí en el diario que nieva en toda Irlanda.

—Me encanta ver la nieve —dijo la tía Julia, triste.

—A mí también —dijo Miss O'Callaghan—. Para mí no es Navidad si no hay nieve en el suelo.

—Pero al pobre Mr. D'Arcy no le gusta la nieve —dijo la tía Kate, sonriendo.

Mr. D'Arcy salió de la despensa, bien abrigado y abotonado, y en un tono arrepentido les contó la historia de cómo se había pescado el resfrío. Todos le dieron consejos y le dijeron que era una lástima y que tenía que cuidar mucho la garganta porque esa noche hacía mucho frío afuera. Gabriel miró a su esposa, que no se unió a la conversación. Estaba parada debajo de la luz polvorienta de la lámpara, y la llama del gas encendía el bronce de su pelo, el pelo que él la había visto secarse delante de la chimenea unos días atrás. Tenía la misma actitud y parecía no darse cuenta de lo que decían a su alrededor. Por último, giró hacia ellos y Gabriel vio que tenía las mejillas rojas y los ojos brillosos. Una oleada de alegría hizo que el corazón le diera un vuelco

de repente.

—Mr. D’Arcy —dijo ella—, ¿cómo se llama esa canción que usted estaba cantando?

—Se llama *The Lass of Aughrim* —dijo Mr. D’Arcy—, pero no me acordaba bien cómo iba. ¿Por qué? ¿La conoce?

—*The Lass of Aughrim* —repitió ella—. No me acordaba del título.

—Es una melodía muy linda —dijo Mary Jane—. Es una pena que hoy no tuviera bien la voz.

—Por favor, Mary Jane —dijo la tía Kate—, no molestes a Mr. D’Arcy. No quiero que se enoje.

Cuando vio que todos estaban listos para irse los arrió hasta la puerta donde se despidieron:

—Buenas noches, tía Kate, y gracias por una velada tan linda.

—Buenas noches, Gabriel. ¡Buenas noches, Gretta!

—Buenas noches, tía Kate, y muchas gracias. Buenas noches, tía Julia.

—Ah, buenas noches, Gretta, no te había visto.

—Buenas noches, Mr. D’Arcy. Buenas noches, Miss O’Callaghan.

—Buenas noches, Miss Morkan.

—Buenas noches, otra vez.

—Buenas noches a todos. Cuídense.

—Buenas noches. Buenas noches.

La mañana seguía oscura. Una luz pálida y amarillenta se demoraba sobre las casas y el río, y el cielo parecía estar descendiendo. El suelo estaba muy húmedo, y solo quedaban hilitos y charcos de nieve en los tejados, en los parapetos del muelle y en las rejas. Las lámparas seguían encendidas, irradiando su luz rojiza en la penumbra, y del otro lado del río el palacio de Four Courts se recortaba amenazadoramente contra el cielo encapotado.

Su mujer caminaba delante de él junto a Mr. Bartell D’Arcy, llevando sus zapatos en una bolsa de papel marrón debajo del brazo y sosteniendo con ambas manos la falda para no mojársela con la nieve derretida. Su actitud había perdido la elegancia de antes, pero los ojos de Gabriel seguían brillando de felicidad. La sangre le martillaba las venas y sus pensamientos se alborotaban en su cerebro, orgullosos, alegres, tiernos y valientes.

Caminaba delante de él con tanta ligereza y tan derechita que le daban ganas de acercarse corriendo disimuladamente, tomarla de los hombros y decirle algo tonto y cariñoso al oído. Le parecía tan frágil que tenía ganas de defenderla contra algo y después quedar a solas con ella. Varios momentos de su vida secreta juntos refulgieron como estrellas en su memoria. Había un sobre púrpura sobre la mesa al lado de su taza del desayuno y él lo estaba acariciando con la mano. En la

enredadera piaban los pájaros y el entramado soleado de la cortina brillaba en el piso: no podía comer de tanta felicidad. Estaban parados en una plataforma llena de gente y él deslizaba un boleto en la palma cálida del guante de ella. Él estaba parado con ella en medio del frío, espiando a través de la reja de una ventana a un hombre que fabricaba botellas en un horno al rojo vivo. Hacía mucho frío. Su cara, fragrante en el aire helado, estaba muy cerca de la de él, y de repente ella le gritó al hombre: —¿Está caliente el fuego, señor?

Pero el hombre no la oyó por el ruido del horno. Menos mal. Quizá le contestaba mal.

Una oleada de alegría aún más intensa se escapó de su corazón y fluyó por la cálida corriente de sus arterias. Como las tiernas llamas de las estrellas, varios momentos de su vida compartida que nadie conocía ni conocería nunca se encendieron e iluminaron su memoria. Tenía ganas de recordarle esos momentos, de hacerle olvidar los años de su aburrida convivencia y recordar solo los instantes de éxtasis. Porque los años, sentía él, no habían apagado su alma ni la de ella. Sus hijos, las horas que él le dedicaba a escribir, las que ella le dedicaba a las tareas del hogar, no habían apagado del todo las tiernas llamas de sus almas. En una carta que él le había escrito en aquel entonces, le había dicho: *¿Por qué será que palabras como éstas me parecen tan aburridas y frías? ¿Será porque no hay palabra lo suficientemente tierna como para ser tu nombre?*

Como una música distante, esas palabras que había escrito años atrás llegaron hasta él desde el pasado. Tenía ganas de estar a solas con ella. Cuando los otros se hubieran ido, cuando ella y él estuvieran en la habitación del hotel, entonces estarían juntos a solas. La llamaría por lo bajo: —¡Gretta!

Quizá no lo oiría inmediatamente: ella se estaría desvistiendo. Entonces algo en su voz la sorprendería. Ella se daría vuelta para verlo…

En la esquina de Winetaverne Street encontraron un coche. Para él fue un alivio sentir el traqueteo de las ruedas, porque lo salvó de tener que conversar. Ella miraba por la ventanilla y parecía cansada. Los demás dijeron unas pocas palabras solamente, señalando algún edificio o alguna calle. El caballo galopaba bajo el sombrío cielo matutino, arrastrando la caja que traqueteaba tras sus cascos, y Gabriel ahora volvía a estar en un coche con ella, galopando para no perder su barco, galopando hacia su luna de miel.

Cuando el coche cruzó O’Connell Bridge, Miss O’Callaghan dijo:

—Dicen que uno nunca cruza O’Connell Bridge sin ver un caballo blanco.

—Esta vez yo veo a un hombre blanco —dijo Gabriel.

—¿Dónde? —preguntó Mr. Bartell D'Arcy.

Gabriel señaló la estatua de Daniel O'Connell, cubierta en parte por nieve. Después asintió con la cabeza y la saludó con la mano.

—Buenas noches, Dan —dijo alegremente.

Cuando el coche llegó al hotel, Gabriel bajó de un salto y, a pesar de las protestas de Mr. Bartell D'Arcy, le pagó al conductor. Le dio un chelín de propina. El hombre lo saludó y dijo: —Que tenga un próspero Año Nuevo, señor.

—Lo mismo digo —respondió Gabriel, cordial.

Ella se apoyó un momento sobre el brazo de él para salir del coche y luego, cuando estuvieron de pie sobre el cordón, despidiéndose de los demás. Se apoyó suavemente sobre su brazo, con la misma suavidad que unas horas antes cuando bailaba con él. Gabriel se había sentido orgulloso y feliz entonces, feliz de que ella fuera su mujer, feliz de su elegancia y de su porte de señora. Pero ahora que se habían despertado tantos recuerdos en su interior, el primer contacto de su cuerpo, musical y extraño y perfumado, le hizo sentir una lujuria intensa y punzante. Aprovechando su silencio, le apretó el brazo contra el costado y, de pie en la puerta del hotel, sintió que habían escapado de sus vidas y obligaciones, que habían escapado de su casa y sus amigos y que habían huido con el corazón desbocado y radiante hacia una nueva aventura.

Había un viejo dormitando en un enorme sillón orejero en el vestíbulo. El hombre encendió una vela en el despacho y los condujo hasta la escalera. Lo siguieron en silencio, mientras la gruesa alfombra amortiguaba sus pasos en los escalones, ella primero, con la cabeza gacha, los hombros frágiles encorvados como bajo una pesada carga, y la falda bien ceñida al cuerpo. Gabriel podría haberle rodeado las caderas con los brazos para sujetarla; tenía tantas ganas de hacerlo que le temblaban los brazos, y solo pudo contener ese impulso salvaje clavándose las uñas en la palma de las manos. El portero se detuvo para acomodar la vela que chorreaba. Ellos se detuvieron también unos escalones más abajo. En el silencio, Gabriel podía sentir cómo goteaba la cera derretida en la bandeja y cómo le palpitaba su propio corazón contra las costillas.

El portero los llevó por un pasillo y abrió una puerta. Después apoyó la vela vacilante en un tocador y preguntó a qué hora querían que los despertara. __

—A las ocho —dijo Gabriel.

El portero señaló el interruptor de la luz eléctrica y empezó a balbucear unas disculpas, pero Gabriel lo detuvo.

—No queremos luz. Nos llega suficiente de la calle. Y también —señaló la vela— puede hacernos el favor de llevarse ese simpático

artefacto.

El portero levantó la vela, pero muy lentamente, porque lo había sorprendido esa idea tan novedosa. Balbuceó las buenas noches y se fue. Gabriel corrió el pestillo.

La luz fantasmal del farol de afuera se extendía en un largo haz desde una ventana hasta la puerta. Gabriel arrojó su abrigo y su sombrero a un sillón y cruzó la habitación hasta la ventana. Miró hacia la calle para calmarse un poco. Después se dio vuelta y se apoyó contra la cómoda de espaldas a la luz. Ella se había sacado el sombrero y el tapado y estaba de pie frente a un gran espejo movible, desabrochándose el vestido de la cintura. Gabriel hizo una pausa y se quedó mirándola antes de decir: —¡Gretta!

Ella giró lentamente y caminó por el haz de luz hacia él. Tenía la cara tan seria y cansada que Gabriel no pudo emitir palabra. No, no era el momento todavía.

—Te ves un poco cansada —dijo.

—Sí, un poco —respondió ella.

—¿Pero estás mal, te duele algo?

—No, es cansancio, nada más.

Ella fue hasta la ventana y se quedó ahí, mirando hacia afuera. Gabriel volvió a esperar y después, por miedo a cohibirse, le dijo de repente: —¡Por cierto, Gretta!

—¿Qué?

—¿Viste ese pobre tipo, Malins? —dijo de prisa.

—Sí. ¿Qué tiene?

—Bueno, pobre, resultó ser un hombre decente al final —agregó Gabriel sin mucha convicción—. Me devolvió la libra que le presté, no me lo esperaba. Es una lástima que no se despegara nunca de ese Browne, porque no es mal tipo en el fondo.

Ahora estaba temblando de irritación. ¿Por qué parecía tan distraída? No sabía por dónde empezar. ¿Se habría irritado ella también, por algo? ¡Si solo lo encarara o se le acercara por su cuenta! Abordarla así sería muy de bruto. No, él necesitaba ver algo de pasión en su mirada primero. Quería desentrañar ese misterioso estado de ánimo que la invadía.

—¿Cuándo se lo prestaste? —preguntó ella, después de una pausa.

Gabriel trató de contenerse para no soltar algún improperio brutal sobre ese idiota de Malins y su libra. Quería gritarle desde el fondo del alma, aplastar su cuerpo contra el suyo, dominarla. Pero dijo: —Ah, en Navidad, cuando él abrió esa tiendita de tarjetas navideñas en Henry Street.

Estaba tan arrebatado por la rabia y el deseo que no la oyó venir de la ventana. Ella se quedó de pie delante de él durante un instante,

mirándolo de un modo extraño. Después, poniéndose de golpe en puntas de pie y apoyándole las manos levemente sobre los hombros, le dio un beso.

—Qué generoso, Gabriel —dijo ella.

Gabriel, temblando de gusto por ese beso repentino y ese cumplido peculiar, le puso las manos en el pelo y empezó a alisárselo hacia atrás, casi sin tocarlo con los dedos. El lavado se lo había dejado fino y brillante. El corazón le desbordaba de alegría. Justo cuando él más lo deseaba, ella se había acercado por su cuenta. Quizás estaban pensando lo mismo. Quizás ella percibió el deseo impetuoso que él sentía y buscaba ceder a su impulso. Ahora que se le entregaba tan fácilmente, él se preguntó qué lo habría cohibido tanto antes.

Se quedó parado, sosteniéndole la cabeza entre las manos. Después, enlazándole el cuerpo con un brazo y trayéndola hacia sí, le dijo por lo bajo: —Gretta querida, ¿en qué estás pensado?

Ella no respondió ni cedió del todo a su abrazo. Repitió en voz baja:

—¿Qué pasa, Gretta? Creo que sé lo que pasa. ¿Me equivoco?

Ella no respondió enseguida, pero después rompió en llanto y dijo:

—Ay, estoy pensando en esa canción, *The Lass of Aughrim*.

Ella se apartó, fue corriendo a la cama y, abrazando la cabecera, escondió el rostro. Gabriel se quedó paralizado un segundo, sorprendido, y después la siguió. Cuando pasó por delante del espejo de pie se vio de cuerpo entero, con su camisa ancha y abultada, esa cara cuya expresión siempre le resultaba incomprensible al mirar su reflejo, y sus anteojos relucientes de marco dorado. Se detuvo a unos pocos pasos de ella y dijo: —¿Qué tiene la canción? ¿Por qué te hace llorar?

Ella alzó la cabeza de entre sus brazos y se secó los ojos con el dorso de la mano, como una niña. En la voz de Gabriel se notó más dulzura de la que él había calculado.

—¿Por qué, Gretta?

—Me hace acordar a una persona que la cantaba hace mucho tiempo.

—¿Y quién era esa persona hace tanto tiempo? —preguntó Gabriel, sonriendo.

—Era una persona a la que conocí en Galway cuando yo vivía con mi abuela —dijo ella.

A Gabriel se le borró la sonrisa de la cara. En el fondo de su mente, empezó a crecer otra vez una rabia sorda, y los rescoldos de lujuria se encendieron furiosamente en sus venas.

—¿Alguien de quien estabas enamorada? —preguntó en tono irónico.

—Era un chico al que yo conocía —dijo ella—, llamado Michael Furey. Solía cantar esa canción, *The Lass of Aughrim*. Era muy delicado.

Gabriel no respondió. No quería que pensara que le interesaba el chico delicado ese.

—Puedo verlo como si fuera hoy —dijo ella un momento después —. ¡Qué ojos que tenía, ojos grandes y oscuros! Y qué mirada… ¡qué mirada!

—Ah, ¿entonces estabas enamorada de él? —dijo Gabriel.

—Salía a caminar con él —respondió ella— cuando estaba en Galway.

A Gabriel se le cruzó algo por la mente.

—¿Quizás por eso querías ir a Galway con esa chica, Ivors? —dijo con frialdad.

Ella lo miró y preguntó, sorprendida:

—¿Para qué?

Su mirada hizo que Gabriel se pusiera incómodo. Se encogió de hombros y dijo:

—¿Qué sé yo? Para verlo, quizás.

Ella desvió la mirada, siguiendo el halo de luz hasta la ventana en silencio.

—Está muerto —dijo finalmente—. Murió cuando tenía solo diecisiete años. ¿No es terrible morirse tan joven?

—¿Qué era él? —preguntó Gabriel, todavía irónico.

—Trabajaba en una planta de gas —dijo ella.

Gabriel se sintió humillado por el fracaso de su ironía y por la evocación de esa figura entre los muertos: un chico que trabajaba en una planta de gas. Mientras él había estado repasando todos esos recuerdos de su vida secreta con ella, lleno de ternura y alegría y deseo, ella lo había estado comparando mentalmente con otro. Lo invadió una gran vergüenza. Se vio como una figura ridícula, que actuaba como el recadero de sus tías, un sentimentalista nervioso y bienintencionado, que peroraba frente a gente vulgar y que idealizaba su lujuria payasesca, el pobre tipo engreído que había vislumbrado en el espejo. Instintivamente, le dio la espalda para que ella no viera cómo la vergüenza le cubría de rubor la frente.

Trató de mantener el tono inquisitivo y frío, pero cuando habló su voz era humilde e indiferente.

—Supongo que estabas enamorada de ese tal Michael Furey, Gretta —dijo.

—Estábamos juntos en esa época —respondió ella.

Su voz era velada y triste. Gabriel, percibiendo lo inútil que sería tratar de encaminarla para el lado que él había querido, le acarició

una de las manos y dijo, también con tristeza: —¿Y de qué murió tan joven, Gretta? ¿Tuberculosis? __

—Creo que murió por mí —respondió.

Gabriel sintió un vago terror al escuchar eso, como si, justo cuando él estaba por triunfar, algún ser impalpable y vengativo estuviera por ponérsele en contra, juntando fuerzas contra él en su mundo nebuloso. Pero después de algún esfuerzo logró que se impusiera la razón y apartó aquel pensamiento de su mente antes de seguir acariciando su mano. No le hizo ninguna otra pregunta, porque le pareció que ella le contaría todo por sí misma. Tenía la mano tibia y húmeda: no respondía cuando la tocaba, pero él seguía acariciándola igual que había acariciado la primera carta que ella le había mandado esa mañana de primavera.

—Fue en invierno —dijo ella—, más o menos a comienzos del invierno, cuando yo estaba por irme de la casa de mi abuela para venir aquí, al convento. Y él ya estaba enfermo en su pensión en Galway y no le permitían irse, y le escribieron a su familia en Oughterard. Tenía tisis o algo por el estilo. Nunca supe bien.

Hizo una pausa y suspiró.

—Pobre chico —dijo—. Me quería mucho y eran tan dulce… Salíamos juntos, a caminar, Gabriel, como hacen en el campo, ¿no? Iba a estudiar canto solo por su salud. Tenía muy buena voz, el pobre Michael Furey.

—Bueno, ¿y entonces? —preguntó Gabriel.

—Y entonces cuando llegó la hora de que me fuera de Galway y viniera al convento él ya estaba mucho peor y no me dejaban ir a verlo, así que le escribí una carta para decirle que me iba a Dublín y que volvería en el verano, y que esperaba verlo mejor entonces.

Se detuvo un momento para controlar la voz y siguió:

—La noche antes de irme yo estaba en la casa de mi abuela en Nuns' Island, empacando, y oí que tiraban piedritas contra la ventana. El vidrio estaba tan mojado que no podía ver, así que bajé corriendo las escaleras y salí por atrás al jardín y ahí estaba él, pobre, en el jardín, temblando.

—¿Y no le dijiste que se volviera? —preguntó Gabriel.

—Le supliqué que se fuera a su casa enseguida y le dije que se iba a morir con esa lluvia. Pero me dijo que no quería vivir. ¡Puedo ver sus ojos como si fuera hoy! Estaba parado al final de la pared donde había un árbol.

—¿Y se fue a su casa? —dijo Gabriel.

—Sí, se fue a su casa. Y cuando yo llevaba solamente una semana en el convento murió y lo enterraron en Oughterard, de donde era la familia. ¡Ay, el día que lo supe, que supe que estaba muerto!

Se detuvo, sin poder contener los sollozos, y abrumada por la emoción se tiró boca abajo en la cama, llorando sobre la colcha. Gabriel le sostuvo la mano un instante más, indeciso, y después, por miedo a entrometerse en un momento tan doloroso, la soltó con delicadeza y se fue en silencio hasta la ventana.

Ella dormía profundamente.

Gabriel, apoyándose en el codo, se quedó un momento mirando sin rencor su pelo enmarañado y su boca entreabierta, escuchando su respiración profunda. Así que había tenido esa experiencia romántica en su vida: un hombre había muerto por ella. Casi no le apenaba ahora pensar en lo ínfimo que era el papel que él, su esposo, había tenido en su vida. La miró mientras dormía como si él y ella nunca hubieran convivido como marido y mujer. Sus ojos curiosos se posaron largo rato sobre su cara y su pelo, y cuando pensó cómo habría sido ella entonces, en la época de su primer esplendor juvenil, lo invadió una extraña piedad amistosa. No quería decir, ni siquiera para sus adentros, que su cara ya no era espléndida, pero sabía que ya no era la cara por la que Michael Furey había desafiado a la muerte.

Quizás no le había contado toda la historia. Sus ojos se desplazaron a la silla donde ella había tirado parte de su ropa. El cordón de unas enaguas colgaba hasta el piso. Una bota se mantenía en pie, con la caña blanda doblada hacia abajo; su par yacía de costado. Se sorprendió del caos de emociones que había sentido una hora antes. ¿De dónde había salido? De la cena de su tía, de su propio discurso ridículo, del vino y el baile, de los chistes al despedirse en el vestíbulo, del placer de caminar a la vera del río en la nieve. ¡Pobre tía Julia! Ella también pronto sería una sombra junto a la sombra de Patrick Morkan y su caballo. Él había vislumbrado su cara demacrada durante un segundo mientras cantaba *Arrayed for the Bridal*. Pronto, quizá, él estaría sentado en ese mismo salón, vestido de negro, con la galera sobre las rodillas. Habrían bajado las cortinas y la tía Kate estaría sentada al lado suyo, llorando y sonándose la nariz y contándole cómo había muerto Julia. Buscaría mentalmente algunas palabras que la pudieran consolar, pero solo encontraría frases tontas e inútiles. Sí, sí: eso iba a suceder muy pronto.

El aire de la habitación le dio frío en los hombros. Se acostó con cuidado debajo de las sábanas al lado de su mujer. Uno a uno, todos se estaban convirtiendo en sombras. Mejor pasar con arrojo a ese otro mundo, cubierto por la gloria de alguna pasión, antes que ir apagándose y marchitarse de un modo horrible con los años. Pensó cómo la mujer que tenía al lado había guardado en su corazón durante tantos años esa imagen de los ojos de su enamorado diciéndole que no

quería vivir.

Los ojos de Gabriel se llenaron de lágrimas generosas. Nunca había sentido algo así por ninguna mujer, pero sabía que eso debía ser amor. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, y en la oscuridad parcial imaginó que veía la silueta de un joven debajo de un árbol que goteaba. Había otras siluetas cerca. Su alma se había aproximado a esa región donde moran las vastas huestes de los muertos. Podía sentir, pero no aprehender, su caprichosa y vacilante existencia. Su propia identidad se estaba desdibujando y fundiendo en un mundo gris, impalpable: el mundo sólido donde esos muertos alguna vez habían crecido y vivido se disolvía y desvanecía.

Unos leves golpecitos en el vidrio lo hicieron girar hacia la ventana. Había empezado a nevar de nuevo. Somnoliento, miró los copos de nieve, plateados y oscuros, que caían al sesgo recortándose contra la luz del farol. Había llegado el momento de que emprendiera su viaje hacia el oeste. Sí, los diarios tenían razón: nevaba en toda Irlanda. La nieve caía en cada rincón de la oscura llanura central, sobre las colinas sin árboles, caía suavemente sobre la turbera de Allen y, más al oeste, suavemente caía al oscuro oleaje rebelde del Shannon. Caía también sobre cada rincón del solitario cementerio de la loma donde Michael Furey yacía bajo tierra. Se acumulaba, espesa, sobre las cruces y lápidas torcidas, sobre las puntas de las rejas de la pequeña cancela, sobre las espinas yermas. Su alma se sumió mansamente en el sueño mientras oía cómo la nieve tenue caía a través del universo y caía tenue, como el descenso de su instante final, sobre todos los vivos y los muertos.

LIAM O’FLAHERTY

Traducción de Pedro Serrano

Liam O’Flaherty (Inishmore, County Galway, 1896 - Dublín, 1984) publicó *Thy Neighbour’s Wife* (1923), *The Black Soul* (1924), *The Informer* (1925), *Mr. Gilhooley* (1926), *The Wilderness* (1927), *The Assassin* (1928), *Return of the Brute* (1929), *The House of Gold* (1929), *The Ecstasy of Angus* (1931), *The Puritan* (1932), *Skerrett* (1932), *Shame the Devil* (1934), *Famine* (1937), *Short Stories* (1937), *Land* (1946), *Insurrection* (1950), *Two Lovely Beasts and Other Stories* (1950), *Dúil* (1953) y *The Pedlar’s Revenge and Other Stories* (1976).

En castellano, *El delator* (traducción de Manuel Pumarega; Editorial Zenit, 1929 *traducción de Manuel Pumarega; Siglo XX, 1945* traducción de Lucrecia Moreno de Sáenz; Emecé, 1952 *traducción de Fernando Gutiérrez Guada; José Janés, 1953* traducción de Fernando Gutiérrez Guada; Ediciones GP / traducción de Gabriela Bustelo Tortella; Libros del Asteroide, 2007), *Dos años* (traducción de Ernesto de los Reyes; Ediciones Zeus, 1931), *Cómo está Rusia* (traducción de Julio Huici; Espasa Calpe, 1932), *En un valle de Irlanda* (traducción de Raquel W. de Ortiz; Editorial Futuro, 1946), *Skerrett* (traducción de J. Kogan Albert; Emecé, 1947), *La casa del oro* (traducción de Arnoldo E. Jordán; Editorial Acme, 1949), *El mártir* (traducción de Fernando Gutiérrez Guada; Ediciones GP, 1957), *Insurrección* (traducción de Lucrecia Moreno de Sáenz; Emecé, 1952, y Alianza Editorial, 1972), *Hambre* (traducción de Enrique Hegewicz; Argos Vergara, 1982) y *Deseo* (traducción de Antonio Rivera Taravillo; Nórdica Libros, 2012).

UN CHELÍN

Tres viejos estaban sentados en la escollera del muelle de Kilmillick, de espaldas al mar y de cara al pueblo y al sol. Una ligera brisa les llegaba de atrás, trayéndoles del mar el olor dulce a sal de algas que el sol había besado. El pueblo frente a ellos estaba muy quieto. Tan sólo un humo azul pesado se movía, inclinándose oblicuo desde las chimeneas de las cabinas. Era la tarde de domingo temprano y todos los jóvenes, hombres y mujeres, habían ido a Kilmurragea a ver un partido de fútbol. Los tres viejos estaban contando anécdotas de los grandes peces que habían pescado en su juventud. De repente les llegó el chasquido de unas lonas y un pequeño velero blanco dio vuelta a la esquina del muelle y pasó a su lado. Los tres viejos se pusieron inmediatamente de pie y avanzaron por la turba seca hasta la punta del muelle y desde arriba vieron al velero. Patsy Conroy, el más ágil de los viejos, sujetó la cuerda de amarre e hizo firme al velero. Luego regresó y se reunió con los otros dos a observar a los marineros que se alistaban a desembarcar.

—Qué bote más bonito —dijo Brian Manion, el viejo con la pierna derecha arqueada y un bulto detrás de la oreja derecha—. Je —dijo rascándose el lomo— debe costar mucho dinero mantener ese bote. Vean cómo brillan esos latones y la alfombra extendida en el piso de la cabina que se alcanza a ver por la escotilla, ¿no, compañeros?

—Ya quisiera que me lo prestaran una semana para ir de pesca —dijo Mick Feeney, respirando ruidosamente por su larga nariz roja. Parecía que sus grandes y enrojecidos ojos celestes le saltaban de un lado para el otro. Agarró con las dos manos el mango del bastón y con las dos cortas piernas bien abiertas miró hacia abajo al velero.

Patsy Conroy no dijo nada. Se mantuvo algo alejado, con las manos metidas en el cinturón. A pesar de sus setenta y dos años, era esbelto, flexible y activo, aunque tenía la cara amarilla y arrugada como un pergamino viejo, y sus rojas y desdentadas encías sobresalían desnudas en una mueca de anciano. Sus pequeños ojos rondaban astutos alrededor del velero bajo unas espesas cejas como si intentaran robarse algo. Traía enredada hasta el mentón, a pesar del calor que hacía, una bufanda amarilla alrededor del cuello.

—¿Dónde queda el pub más cercano? —masculló desde la cubierta del barco un hombre con cara enrojecida y camisa y pantalones de lino blanco.

Los viejos le contestaron, todos a un tiempo.

—Vamos a echarnos un trago, Totty —dijo el hombre de la cara roja.

—Vamos —le contestó el otro hombre.

Al trepar al muelle por la escalera de metal, al hombre de la cara roja se le cayó un chelín del bolsillo. Cayó silenciosamente en el pequeño bucle de una cuerda echada sobre cubierta al pie de la escalera. El hombre de la cara roja no se dio cuenta y caminó por el muelle con su amigo. Los tres viejos lo notaron, pero no se lo dijeron al hombre de la cara roja. Tampoco entre sí se dijeron nada. Tan desolados se vieron al ver aterrizar al chelín en el pequeño bucle de cuerda y quedar allí brillando que se quedaron a un tiempo sin habla y sin saber qué pensar. Cada uno de ellos le lanzaba miradas de soslayo al chelín, unas miradas furtivas y apresuradas, y luego miraban hacia otro lado, como un perro que se queda petrificado ante un conejo en un arbusto, con la pata levantada, viendo al conejo aunque sus ojos estén fijos en otro lado.

Cada uno de los viejos supo que los otros dos habían visto el chelín, pero los tres se quedaron callados con la esperanza de mantener el descubrimiento como un secreto propio. Cada uno sabía que le era imposible bajar por la escalera de hierro hasta la cubierta, recoger el chelín y subir con él hasta el muelle sin ser descubierto. Pues había un hombre con un gorro blanco y redondo que estaba haciendo algo en la cabina. Cada dos por tres, el gorro surgía por la escotilla y había un sonido como de loza lavándose. Y el chelín estaba a dos pasos de la escotilla. Y los viejos, excepto quizás Patsy Conroy, eran muy viejos como para bajar por la escalera y subir de nuevo. Y además cada uno de ellos sabía que incluso si no hubiera nadie en la cabina, e incluso si pudiera bajar por la escalera, los otros le iban a impedir que tomara el chelín, pues los tres preferirían quedarse sin chelín a que uno de ellos lo obtuviera. Pero tal era la tentación del brillante chelín que los tres, con el corazón palpitante y el cerebro a marchas forzadas, tenían puestos los ojos en objetos que se encontraban a dos pasos del chelín. Fijos los ojos, en un desolado silencio cuyo ruido era tan escandaloso como el de una conversación pendenciera y violenta. El ruido que Mick Feeney hacía al respirar por la nariz ponía tan en claro ante los otros dos hombres lo que tramaba como si se los explicara lentamente y en detalle. Brian Manion jugueteaba nervioso con las manos, frotándose sus palmas, mientras los otros dos lo escuchaban y maldecían su avaricia. Patsy Conroy era el único que no hacía ruido, pero su mismo sonido era para los otros dos hombres tan escandaloso que apestaba, pues los mantenía ignorantes de qué planes podían estar pasando por su astuta cabeza.

Y el sol brillaba cálidamente. Y la sal, el saludable olor a mar, inspiraba sed. Y en Kelly había una excelente y fresca y espumante

cerveza. Tan fuerte era esto que ninguno de los tres viejos pensó ni por un momento en que el chelín le pertenecía a alguien más. Tan fuerte que cada uno de ellos se sintió incluso indignado ante la desvergonzada avaricia de los otros dos. Había casi una tendencia homicida en la mente de cada uno de ellos en contra de los otros dos. Y así pasaron tres minutos. Los dos dueños del barco se habían perdido de vista. Brian Manion y Mick Feeney estaban temblando y les babeaba ligeramente la boca.

Entonces Patsy Conroy se agachó y recogió un guijarro del muelle. Lo lanzó hacia abajo a la cubierta del barco. Los otros dos hombres hicieron un leve gesto, como para interceptar con sus bastones el guijarro, un gesto absurdo e inconsciente. Luego respingaron y se les cayó la mandíbula. Patsy Conroy estaba diciendo algo.

—¡Eh, usted! —gritó, ahuecando las manos.

Un hombre taciturno y pálido con un pañuelo a la cintura subió al segundo escalón de la escotilla.

—¿Qué quieres? —dijo.

—Uf, perdone —dijo Patsy Conroy—, ¿me pasaría ese chelín que se me escapó de la mano?

El hombre asintió, recogió el chelín, farfulló “agárrelo”, y lanzó el chelín al muelle. Patsy se tocó el gorro, y se abalanzó sobre él. Los otros dos se quedaron tan de piedra que ni se movieron. Vieron a Patsy escupirlo y guardárselo en el bolsillo. Lo vieron avanzar por el muelle, su larga y esbelta figura, la bufanda amarilla alrededor del cuello, exhalando ruidoso, la espalda gris moviéndose tan erguida y solemne como un oficial de policía.

Luego se volvieron a verse uno al otro, las caras contorsionadas de rabia. Y cada uno de ellos, con el bastón alzado, le gruñó al otro:

—¿Por qué no lo detuviste, tonto?

SEAN O'FAOLAIN

TRADUCCIÓN DE INÉS GARLAND

Sean O'Faolain (County Cork, 1900 - Dublín, 1991) publicó *Midsummer Night Madness and Other Stories* (1932), *A Nest of Simple Folk* (1934), *Bird Alone* (1936), *A Purse of Coppers* (1937), *Teresa and other stories* (1937), *An Irish Journey* (1940), *Come Back to Erin* (1940), *The Man Who Invented Sin* (1948), *The Short Story* (1948), *The Story of the Irish People* (1949), *The Finest Short Stories of Sean O'Faolain* (1957), *Vive moi*! (1964), *The Heat of the Sun* (1966), *Foreign Affairs* (1976) y *And Again* (1979).

En castellano, publicó *El relato corto* (traducción de Leticia de la Paz de Dios; Editorial Universitaria de Almería, 2020).

LA SILLA DE PAJA[5]

Cada otoño me recuerda una silla de paja abandonada que languideció durante años, sin asiento, en el ático de mi antigua casa. Está asociada en mi mente con un costal enorme que el cartero dejaba caer con un golpe sordo en el piso de la cocina cerca del mes de octubre. Yo era un niño pequeño, y el costal era tan alto como yo. Había llegado "de allá del campo", una especie de mensajero diplomático del campo a la ciudad. Olía a tierra y a paja y a manzanas, porque la mitad superior estaba repleta de papas, y, debajo de una capa de paja, la mitad inferior estaba repleta de manzanas. Su llegada siempre regocijaba a mi madre y también le daba un poco de pena, porque venía de la granja donde ella había nacido. Apenas lo veía, se ponía radiante de orgullo por tener un "puntal", como le decía, queriendo significar con eso algo que la apuntalaba más sólida y permanentemente que las calles de la ciudad, aunque también la entristecían los recuerdos que la ahogaban con su aroma a paja y a papas de la granja, y manzanas del pequeño huerto cerca de la casa en la granja. A mi padre, que había nacido igualmente en una granja, también le daban mucho placer esos frutos del campo, y cuando estaban los dos parados al lado del costal, en la cocina, en medio del zumbido de la ciudad, todo lo que la juventud había significado para ellos los hacía sonreír y reír y usar palabras que jamás habían usado el resto del año y que a mí me parecían mágicas: *siembra tardía, cosecha de trébol, henar, base de marga, promontorio, tubérculos*, y los nombres de las papas, British Queens o Arran Banners, que me sonaban a nombres de regimientos. En esos momentos mi padre y mi madre volvían a ser una joven pareja de novios. Parados al lado del costal, como si se estuvieran calentando las manos con él, eran intensamente felices, cerca el uno del otro, enamorados otra vez. Para mí eran dos personas muy viejas. Haciendo la cuenta ahora, calculo que tenían cuarenta y cuatro o cuarenta y tres años.

Una tarde de otoño después de que llegara el costal, mi padre subió al ático y bajó la vieja silla de paja. Supongo que se la había hecho mandar de su casa en la granja. Era lo único de ese estilo en la casa, que ellos habían amueblado —con la típica idea que tienen los campesinos de la elegancia— con sillas de asientos de *plush*, cuadros de ciervos acorralados y de aves exóticas, cenefas de tela en la repisa de la chimenea, pastoras de cerámica de Delft, mandarines chinos con la cabeza inclinada, camas con armazones de metal y pomos enormes en la cabecera y la piecera, embellecedores de cerradura de

madreperla hechos con trocitos de vidrio, chiffoniers de caoba y todo eso. Pero las sillas con asiento de *plush*, patas torneadas y respaldos rectos eran de adorno, no eran cómodas, mientras que en la vieja silla de paja mi pa podía recostarse, hamacarse, hacerla rechinar para felicidad de su trasero.

Había estado en el lugar durante años, campante y tambaleante, astillada y bien lustrada y conocida sencillamente como "la silla de tu padre", hasta una noche cuando, mientras él leía el *Evening Echo* con las piernas estiradas y los pies sobre la cocina, se oyó un desgarro y él atravesó el asiento. Ahí estaba, agachado hacia adelante, con la silla encajada en el trasero y mi madre y yo descostillándonos de risa, tironeando de la silla para desencajarlo mientras él soltaba una andanada de palabrotas. Esa era la ruina que ahora de repente bajaba del ático polvoriento.

Al día siguiente, trajo un costal de paja de Cornmarket, dos litros de cerveza negra y dos viejos compinches de la calle: un exsoldado que los niños conocían como 'el Comenemigos' y un enanito que vigilaba la puerta al escenario en la Opera House cuando no estaba detrás del sacristán en la capilla. Me encantó oír lo que iban a hacer. Iban a fabricar sogas de paja —un milagro inaudito para mí— y reparar la silla. Rebosante de orgullo por mi pa, corrí a buscar a mi mejor amigo y nos sentamos los dos, quietos como gatos, en la mesa de la cocina, a mirar a los tres hombres que llenaron el lugar de polvo, paja y discusiones mientras se ponían a retorcer las sogas para el asiento de la silla.

Más palabras extrañas empezaron a flotar en el aire con el polvo: *festones, respaldo chato, juncos, cipeens*[6], *fields in greatheart*[7]… Y cuando los tres se sentaron para beber un trago de cerveza y miraron la vieja estructura pulida en el piso, se pusieron a frotarse la parte interna de los muslos y a decir que no había una vida como la vida del campo, y mi madre les sirvió más cerveza y se rieron alegremente cuando mi pa empezó a hablar de caballos y rastras y del día después de arar un campo, y de cómo, por algo así, estaría dispuesto a tirar por la borda su floreciente vida de ciudad y establecerse en un pedacito de granja cualquiera por el resto de sus días.

Ése era un juego del que él, ella y yo no nos cansábamos nunca, un cuento de hadas tan fascinante que no importaba un bledo que, si no tenían dinero para comprar una jardinera para la ventana, mucho menos podrían comprar una granja o un pedazo de tierra.

—¿Recuerdas ese lugarcito —decía ella— que vendían en Nantenan el año pasado?

Cuando decía eso, yo podía ver los campos llenos de juncos de Limerick que conocía de las vacaciones con mi tío y las paredes de piedra derruidas de los antiguos terratenientes llenas de musgo y

liquen amarillo y el sauce suspirando suavemente junto al Deel y podía oler la humedad de la turba en el aire y, sobre todo, las flores de malva altas y salvajes, primero con sus hojas arrepolladas, después rosas y gruesas, después sutiles, después abiertas en capas que yo comía: un yuyo rancio, que es la marca de la ruina de tantos pueblos irlandeses, y de una profusión y color que son para mí el emblema sublime de la soledad, la belleza y la decadencia de Limerick.

—¡Ah! —rugía mi pa—. ¡Tú y tu viejo Limerick en flor! ¡Ese pantano! ¡Ay, Dios mío, por qué no hice de esa granjita que estuve mirando hace dos años en Emo!

—¡Ah, claro, por supuesto! —se burlaba ella—. ¡La de Queen! ¡La del espantoso Queen! Dios, por Limerick yo viviría como un tigre y moriría como un turco. ¡Ay, Limerick, amor de mi vida, no hay otro igual! ¿Dónde vas a conseguir papas y manzanas como ésas en todo Queen's County a lo largo y a lo ancho?

Y sacó un manojo de paja del costal y hundió la cara en ella y le caían las lágrimas incontenibles y mi amigo y yo nos moríamos de risa y el sacristán alababa Tipperary y el volumen de las voces subía y Comenemigos trajo a colación al río Barrow y los campos de Carlow, hasta que mi pa saltó con:

—¡Vamos, muchachos, el día se acaba y tenemos muchos acres por delante!

Por todo eso, la soga de paja salía con lentitud. Las discusiones subían de tono y las voces se volvían más cortantes. Al principio la preocupación había sido si la cocina sería lo suficientemente larga para la soga, pero hasta ahí solo unas pocas lombrices de paja estaban tiradas sobre las baldosas rojas. El sacristán dijo:

—Esa maldita paja está demasiado mojada.

Cuando él era un chico en Tipp nunca vio paja como esa. Comenemigos dijo que la paja era paja vieja. Cuando él era un chico en Carlow nunca usaban paja vieja. ¡Nunca! ¡Bajo ninguna circunstancia! Mi pa dijo:

—¡Lo que tiene de malo esa paja es que es demasiado corta!

Y empezaron a patear los pedacitos con los dedos del pie y a hacerle muecas a la pila en el piso y a agarrar pedacitos y deshilacharlos y a tirarlos por ahí hasta que todo el piso era como un establo. Al final, se pusieron los sacos y le dieron un par de patadas más a la paja, y mi amigo se bajó de la mesa y dijo que iba a seguir jugando al balonmano y, en mi corazón, supe que eran tres impostores.

La cocina estaba ordenada esa noche cuando volví con el *Evening Echo*. Mi pa estaba parado cerca del costal de papas. Tenía una papa en el puño, le frotaba la tierra con el pulgar. Cuando me vio la tiró

otra vez en el costal, agarró el periódico, una de las sillas con asiento de *plush* y se sentó con una mueca. No dije nada, pero, por más chico que yo fuera, podía darme cuenta de que no estaba leyendo. Sabe Dios qué estaba viendo.

Durante años, la estructura de la silla estuvo en uno de los áticos vacíos. Estuvo ahí por muchos años después de que muriera mi padre. Cuando mi madre murió y tuve que vender los cachivaches que todavía quedaban, al comerciante no le interesó la estructura inútil, así que cuando, por última vez recorrí la casa vacía, la encontré sola en medio del ático desnudo. Cuando la miré olí manzanas y el almizcle de la tierra de Limerick y el olor fuerte a turba de sus casas de campo y las malvas entre las ruinas de piedra caliza, y vi a mi madre y a mi padre otra vez como eran esa mañana, parados sobre el costal de otoño, abrazados, riéndose como locos y otra vez enamorados.

FRANK O'CONNOR

Traducción de Andrés Ehrenhaus

Frank O'Connor (County Cork, 1903 - Dublín, 1966) publicó *Guests of the Nation* (1931), *The Saint and Mary Kate* (1932), *Bones of Contention* (1936), *Three Old Brothers and Other Poems* (1936), *Dutch Interior* (1940), *Crab Apple Jelly* (1944), *The Common Chord* (1947), *Traveller's Samples* (1951), *The Stories of Frank O'Connor* (1952), *More Stories by Frank O'Connor* (1954), *Domestic Relations* (1957), *A Set of Variations* (1969) y *The Cornet Player Who Betrayed Ireland* (1981).

En castellano pueden leerse *Huéspedes de la nación y otros relatos* (traducción de Daniel Morales; La Navaja Suiza, 2022) y *El genio y otros relatos* (traducción de Daniel Morales; La Navaja Suiza, 2023).

INVITADOS DE LA NACIÓN

I

Al caer el sol, Belcher, el inglés grandote, retiraba sus piernazas de las cenizas y decía: “Bueno, ¿jugamos una, muchachos?”. Y Noble o yo mismo solíamos responder: “Adelante, muchacho” (pues se nos habían pegado algunas de sus curiosas expresiones), y ahí Hawkins, el inglés bajito, encendía la lámpara y sacaba las cartas. A veces se nos unía Jeremiah Donovan, que observaba el juego y se entusiasmaba con las cartas de Hawkins, pero éste siempre las jugaba mal y él se lo recriminaba a los gritos, como si fuese uno de nosotros: “Ay, bendito demonio, ¿por qué no me jugaste el tres?”.

Pero, en general, Jeremiah era un pobre diablo sobrio y apocado igual que Belcher, el inglés grandote, y si lo respetábamos era porque tenía cierta traza con los documentos, aunque tampoco es que fuera muy rápido. Usaba un sombrerito de paño y grandes polainas sobre sus largos pantalones y rara vez se lo veía con las manos fuera de los bolsillos. Se ruborizaba cuando le hablaban y basculaba del talón a la punta del pie todo el tiempo sin apartar la vista de sus patonas de granjero. Noble y yo, que veníamos de la ciudad, solíamos burlarnos de su acento cerrado.

La verdad es que entonces no le encontraba sentido a que Noble y yo tuviéramos que vigilar a Belcher y Hawkins porque estaba seguro de que se podía plantar a ese par donde fuera, de acá a Claregalway, y se habrían arraigado mejor que cualquier yuyo nativo. Nunca en mi corta experiencia había visto a nadie tan amoldado al país como ellos.

Nos los había pasado el Segundo Batallón en la época en que se los buscaba con mayor insistencia y Noble y yo, que éramos jóvenes, nos hicimos cargo con la debida responsabilidad, pero pronto quedamos en evidencia, porque Hawkins resultó conocer el país mucho más a fondo que nosotros.

—Tú eres ese al que llaman Bonaparte —me dice—. Mary Brigid O’Connell me pidió que te preguntara qué hiciste con los calcetines del hermano que te llevaste puestos.

Por lo que parece, en el Segundo solían celebrar veladas, y a veces acudían algunas de las muchachas de la vecindad y, al ver que ellos dos eran tipos decentes, nuestros camaradas acabaron incluyéndolos. Hawkins aprendió a bailar “The Walls of Limerick”, “The Siege of Ennis” y “The Waves of Tory” tan bien como cualquiera de ellos

aunque, como es natural, no pudo devolverles el favor porque en esa época nuestros camaradas no bailaban danzas extranjeras, por principio.

Así que Belcher y Hawkins se arrogaron con total naturalidad los privilegios adquiridos con el Segundo y en uno o dos días ya habíamos abandonado toda apariencia de vigilarlos de cerca. Tampoco habrían llegado muy lejos, porque su fuerte acento se podía cortar con cuchillo y además vestían chaquetas y capotes caqui con pantalones y botas de civil. Pero tengo la certeza de que nunca pensaron en escapar y que se sentían bastante a gusto donde estaban.

Belcher, por ejemplo, había conquistado a la vieja de la casa donde vivíamos de forma admirable. La mujer tenía una notable tendencia a refunfuñar y era una cascarrabias de primera incluso con nosotros, pero antes de que hubiera tenido ocasión de darles a nuestros invitados, como me permito llamarlos, un lengüetazo bífido, Belcher ya la había convertido en su amiga íntima. La vieja estaba partiendo ramas y Belcher, que no llevaba ni diez minutos en la casa, saltó de su asiento y se le acercó.

—Permítame, señora mía —va y le dice con esa sonrisita particular —, permítame, por favor —y se apropia de la maldita hacha. La mujer quedó tan paralítica que no podía ni hablar y a partir de ahí lo tuvo a Belcher siempre a sus pies, llevando un balde, un canasto, una palada de tierra o lo que fuera. Como decía Noble, Belcher había aprendido a adelantársele y aparecer con el agua caliente o cualquier otra nimiedad que necesitara. Para ser tan grandote (yo mismo tenía que mirarlo desde abajo, y eso que mido un metro noventa), tenía una inusual parquedad —¿o debo decir falta?— de conversación. Nos llevó un tiempo acostumbrarnos a verlo deambular sin decir palabra, como si fuera un fantasma. Además, como Hawkins hablaba por todo un pelotón, resultaba extraño oír al grandote de Belcher decir, con los pies en las cenizas, algún escueto “Lo siento, amigote” o “Así es, muchacho”. Los naipes eran su única pasión y tengo que decir que era un jugador notable. Podría habernos desplumado a Noble y a mí, pero todo lo que perdíamos con él lo perdía luego Hawkins con nosotros, y Hawkins jugaba con el dinero que le daba Belcher.

Hawkins perdía con nosotros porque tenía demasiada labia, y es probable que nosotros perdiéramos con Belcher por la misma razón. Hawkins y Noble se agarraban a los picotazos desde primera hora de la mañana en torno a la religión, y Hawkins le amargaba el alma a Noble, que tenía un hermano cura, con preguntas que harían dudar a un mismísimo cardenal. Para empeorar las cosas, incluso cuando discutía cuestiones sacrosantas, Hawkins era un lengua sucia consumado. Nunca me crucé, en toda mi carrera, con un sujeto capaz de meter tantas imprecaciones y palabrotas en una misma discusión.

Era un hombre terrible, y un temible discutidor. Era incapaz de mover un dedo y cuando no tenía con quién hablar se enzarzaba con la vieja.

Pero ella le había encontrado la horma, porque un día en que la estaba induciendo a blasfemar contra la sequía, la vieja lo desarmó totalmente al culpar de todo a Júpiter Pluvius (una divinidad de la que ni Hawkins ni yo habíamos oído hablar, aunque Noble aseguró que los paganos creían que tenía algo que ver con la lluvia). Otro día en que Hawkins estaba vilipendiando a los capitalistas por haber empezado la guerra en Alemania, la mujer dejó la plancha, arrugó su boquita de cangrejo y dijo:

—Mr. Hawkins, usted dirá lo que le parezca de la guerra y quizás crea que puede engañarme porque sólo soy una pobre campesina, pero yo sé muy bien qué fue lo que empezó la guerra. Fue ese conde italiano que robó la divinidad pagana del templo japonés. Créame, Mr. Hawkins, sólo les esperan privaciones y desdichas a los que se meten con los poderes ocultos.

Una chica peculiar, la vieja.

II

Una tarde tomábamos el té, Hawkins había encendido la lámpara y ya estábamos en plena partida de cartas. Jeremiah Donovan también se había sentado a vernos jugar por un rato, y de un modo inesperado me di cuenta de que no les guardaba ningún afecto a los dos ingleses. La cosa me sorprendió mucho porque era la primera vez que Donovan dejaba traslucir algo.

Ya era de noche cuando estalló una violenta discusión entre Hawkins y Noble acerca de los capitalistas, los curas y el amor a la patria.

—Los capitalistas —dice Hawkins resoplando con furia— les pagan a los curas para que te engatusen con el otro mundo y no te des cuenta de lo que ellos hacen en este.

—¡Qué estupidez, hombre! —le dice Noble, fuera de sí—. Mucho antes de que los capitalistas fueran siquiera una idea, la gente ya creía en el otro mundo.

Hawkins se puso de pie como si estuviera predicando un sermón.

—¿Ah, sí? —dice con sorna—. La gente creía en todo lo que tú crees, a eso te refieres. Y tú crees que Dios creó a Adán, y que Adán creó a Shem, y que Shem creó a Josafat. Tú te crees toda la fabulita tonta de Eva, el Edén y la manzana. Pues, mira, muchacho, si tú estás autorizado a creer en una tontería como esa, yo estoy autorizado a creer en mi propia tontería, y lo que yo creo es que lo primero que creó tu Dios fue a un capitalista chupasangre, junto con la moralina y

el Rolls-Royce. ¿Tengo razón, muchacho? —le pregunta a Belcher.

—Toda la razón, muchacho —dice Belcher sonriendo con sorpresa, y se levanta de la mesa para estirar sus piernazas junto al fuego y mesarse el mostacho. Y yo, al advertir que Jeremiah Donovan se estaba yendo y que no había manera de saber cuándo acabaría aquella discusión religiosa, salí con él. Habíamos recorrido algunas calles juntos cuando él se detuvo de golpe y empezó a ruborizarse y a farfullar y a decirme que debería volver sobre mis pasos y ocuparme de vigilar a los prisioneros. No me gustó nada el tono en que me lo decía, y además estaba bastante aburrido de la vida en la cabaña, así que le contesté que, al fin y al cabo, para qué demonios pensaba él que los teníamos que vigilar. Le dije que lo habíamos estado hablando con Noble y que ambos preferíamos combatir en una columna que estar allí perdiendo el tiempo.

—¿De qué nos sirven esos dos tipos —le digo yo.

Él me miró sorprendido y dijo:

—Pensé que sabían que los tenemos de rehenes.

—¿De rehenes? —pregunté.

—El enemigo tiene prisioneros que nos pertenecen —dice él—, y ahora hablan de fusilarlos. Si ellos fusilan a los nuestros, nosotros fusilamos a los suyos.

—¿Fusilarlos? —pregunté.

—¿Y para qué otra cosa íbamos a quererlos? —dice él.

—¿No es un poco impensado de tu parte que no nos lo advirtieras a Noble y a mí desde el principio? —le dije.

—¿Ah, sí? —dice él—. Deberían haberlo pensado ustedes mismos.

—¿Cómo íbamos a pensarlo, Jeremiah Donovan? —digo yo—. ¿Cómo íbamos a pensarlo con el tiempo que llevan con nosotros?

—El enemigo tiene a nuestros prisioneros desde hace ese tiempo y más —dice él.

—No es lo mismo, para nada —digo yo.

—¿Y qué diferencia hay? —dice él.

No se lo dije porque sabía que no lo entendería. Si se tratase de un perro viejo que hay que llevar al veterinario, uno procuraría no encariñarse demasiado, pero Jeremiah Donovan no era un tipo al que pudiera pasarle algo así.

—¿Y esto cuándo se decidirá? —pregunté.

—Puede que esta misma noche —dice él—. O mañana, o pasado a más tardar. Así que si a ustedes les resulta un problema estar acá perdiendo el tiempo, muy pronto lo habrán solucionado.

A esa altura, mi problema ya no era en absoluto la pérdida de tiempo. Tenía cosas más graves en que pensar. Cuando volví a la cabaña, la discusión seguía en pie. Hawkins arremetía en su mejor

estilo, insistiendo en que no había otro mundo, y Noble retrucaba que sí lo había; pero al llegar me quedó claro que Hawkins llevaba la voz cantante.

—¿Sabes qué, muchacho? —decía en ese momento con una sonrisa picarona—. Me parece que tú eres tan recalcadamente incrédulo como yo. Dices que crees en el otro mundo pero sabes del otro mundo tanto como yo, que es lo mismo que un maldito comino. ¿Qué es el paraíso? No lo sabes. ¿Dónde está? No lo sabes. No tienes ni la menor idea de nada. Te lo voy a preguntar otra vez: ¿tienen alas?

—Pues muy bien —dice Noble—. Sí que las tienen. ¿Estás conforme ahora? Claro que tienen alas.

—¿Y de dónde las sacan, entonces? ¿Quién las hace? ¿Hay una fábrica de alas? ¿Hay algún tipo de almacén donde vas y entregas un vale y te llevas tu maldito par de alas?

—Es imposible discutir contigo —dice Noble—. A ver, escúchame bien…

Y allá van otra vez.

Era bien pasada la medianoche cuando bajamos la persiana y nos acostamos. Mientras apagaba la vela, le conté a Noble lo que me había dicho Jeremiah Donovan. Se lo tomó con mucha calma. Llevábamos acostados casi una hora cuando me preguntó si creía que se lo teníamos que decir a los dos prisioneros. Yo le dije que no, porque era improbable que los ingleses fusilaran a los nuestros, e incluso si lo hacían los oficiales de brigada, que siempre rondaban por el Segundo Batallón y conocían bien a los dos ingleses, no iban a querer liquidarlos.

—Yo también lo creo —dice Noble—. Ahora sería muy cruel meterles el miedo en el cuerpo.

—Fue muy poco previsor por parte de Jeremiah Donovan, de todos modos —le digo.

Pero a la mañana siguiente se nos hizo muy duro tratar con Belcher y Hawkins. Deambulamos por la casa todo el día casi sin decir palabra. Belcher no pareció notarlo; apenas se movió de las ascuas como de costumbre, con esa expresión suya de estar esperando en silencio a que algo imprevisto ocurriera, pero Hawkins sí que lo notó y lo atribuyó a que Noble hubiera perdido la discusión de la víspera.

—¿Por qué no te tomas una discusión como es debido? —lo reconviene—. ¡Tú y tus Adán y Eva! Yo soy comunista, eso es lo que soy. Comunista o anarquista, que viene a ser más o menos lo mismo. —Y así siguió durante horas, dando vueltas por la casa y murmurando cada vez que se volvía a encender—. ¡Adán y Eva! ¡Adán y Eva! ¡No tenían nada mejor que hacer que recoger podridas manzanas!

III

No sé cómo conseguimos ponerle broche a ese día, pero me sentí muy feliz cuando se acabó, pudimos retirar las cosas del té y Belcher dijo, con su tono apacible:

—Bueno, ¿jugamos una, muchachos?

Nos sentamos alrededor de la mesa y Hawkins sacó las cartas, y en ese instante oí los pasos de Jeremiah Donovan en el sendero y un presentimiento sombrío me invadió. Me levanté de la mesa y lo intercepté antes de que llegara a la puerta.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Quiero a esos dos soldados amigos tuyos —dice él, ruborizándose.

—¿Ha de ser así, Jeremiah Donovan? —le pregunté.

—Así ha de ser. Esta madrugada mataron a cuatro de los nuestros; uno de ellos era un chico de dieciséis.

—Qué mal —dije yo.

En ese momento, apareció Noble y los tres desandamos el sendero hablando en susurros. Junto al portal esperaba Feeney, el oficial de inteligencia local.

—¿Qué piensas hacer con esto? —le pregunté a Jeremiah Donovan.

—Quiero que tú y Noble los saquen de la casa; pueden decirles que los volvemos a trasladar. Así va a ser más fácil.

—Conmigo no cuenten para eso —masculla Noble.

Jeremiah Donovan le lanza una mirada agria.

—Muy bien —dice—. Feeney y tú se van al cobertizo a buscar herramientas y cavan una fosa al fondo del turbal. Bonaparte y yo los alcanzaremos después. Que nadie los vea con las herramientas. Esto tiene que quedar entre nosotros.

Vimos a Noble y Feeney rodear el cobertizo y entramos en la casa. Dejé que Jeremiah Donovan diera las explicaciones. Les dijo que tenía órdenes de llevarlos de vuelta al Segundo Batallón. Hawkins soltó una retahíla de maldiciones y se notaba que Belcher, aunque no dijo nada, también estaba algo contrariado. La vieja, ignorándonos totalmente, quería que se quedasen y no paraba de hacerles advertencias hasta que Jeremiah Donovan perdió la paciencia y la mandó callar. Resultó tener muy mal carácter. Ya no se veía nada dentro de la cabaña pero a nadie se le ocurrió encender la lámpara, así que los dos ingleses recogieron sus abrigos en la oscuridad y se despidieron de la mujer.

—Basta que un hombre se aposente en un maldito lugar para que algún bastardo del cuartel general crea que estás demasiado a gusto y te arranque de ahí —dice Hawkins, y le da la mano.

—Mil gracias, señora mía —dice Belcher—. Mil gracias por todo… —como si estuviera improvisando un discurso.

Fuimos hasta la parte trasera de la casa y de ahí empezamos a bajar hacia el turbal. Fue entonces cuando Jeremiah Donovan los puso al tanto. Estaba temblando de excitación.

—Hoy fusilaron a cuatro camaradas nuestros en Cork y como represalia los vamos a fusilar a ustedes.

—¿De qué me estás hablando? —salta Hawkins—. Bastante tenemos con que nos zamarreen de un lado a otro para tener que soportar encima tus chistes imbéciles.

—No es ningún chiste —dice Donovan—. Lo siento, Hawkins, pero es verdad —y ahí se despacha con el discurso habitual sobre el deber y lo ingrato que es cumplirlo.

A mí nunca me pareció que les resulte un problema el deber a los que se llenan la boca con él.

—Dejémoslo ahí, ¿no? —dice Hawkins.

—Pregúntale a Bonaparte —dice Donovan, al ver que Hawkins no lo toma en serio—. ¿Es verdad o no, Bonaparte?

—Es verdad —digo, y Hawkins se frena.

—¡Por las barbas de Cristo, muchacho!

—Lo digo en serio, muchacho —insisto.

—No pareces muy convencido.

—Si él no está convencido, yo sí lo estoy —dice Donovan con renovado brío.

—¿Pero qué tienes en contra mío, Jeremiah Donovan?

—Yo nunca dije que tuviera nada en contra de ustedes. Pero ¿por qué agarraron los tuyos a cuatro de los nuestros y los fusilaron?

Tomando a Hawkins del brazo, trató de que avanzara, pero era imposible hacerle entender que hablábamos en serio. Yo tenía la Smith & Wesson en el bolsillo y la manoseaba sin parar mientras me preguntaba qué haría si ellos oponían resistencia o trataban de escapar, y a la vez albergaba el ferviente deseo de que hicieran alguna de las dos cosas. Yo sabía que, si huían, jamás les dispararía. Hawkins quiso saber si Noble estaba al tanto y, cuando le dijimos que sí, nos preguntó por qué quería Noble liquidarlo. ¿Por qué queríamos liquidarlo todos nosotros? ¿Qué nos había hecho? ¿No éramos todos camaradas? ¿Acaso no lo entendíamos nosotros a él y él a nosotros? ¿Podíamos imaginar por un instante que él nos fusilaría a cambio de todos los cacareados oficiales del cacareado Ejército Británico?

Para entonces ya habíamos llegado al turbal y yo me sentía tan miserablemente mal que no podía ni responderle. Avanzamos por un lateral en la oscuridad y a cada rato Hawkins se detenía y, como si lo estuviéramos engañando, dale que te pego otra vez con lo de ser

camaradas, y yo sabía que sólo al ver la fosa se convencería de que estábamos decididos a hacerlo. Mientras tanto, yo seguía anhelando que ocurriera algo, que se escapasen o que Noble asumiera mi responsabilidad. Aunque tenía la sensación de que a Noble le pesaba todo aún más que a mí.

IV

Finalmente divisamos el farol en la distancia y hacia allí fuimos. Lo llevaba Noble y Feeney estaba parado en las sombras, algo más atrás, y la imagen de ambos tan quietos y silenciosos en las marismas me terminó de convencer de que íbamos en serio y esfumó la última brizna de esperanza en mí.

Belcher, al reconocer a Noble, dijo:

—Hola, muchacho —con su parsimonia habitual, pero Hawkins lo enfrentó al instante y la discusión interminable volvió a iniciarse, sólo que esta vez Noble no tenía nada que decir y permaneció todo el rato con la cabeza gacha y el farol entre las piernas.

El que respondió fue Jeremiah Donovan. Por enésima vez, como si la cuestión lo tuviera azorado, Hawkins preguntó si alguien creía que él le dispararía a Noble.

—Sí, lo harías —dice Jeremiah Donovan.

—No, no lo haría. ¡Maldición!

—Lo harías, porque sabes que te matarían a ti si no lo hicieras.

—No lo haría, ni aunque me fusilaran veinte veces. No le dispararía a un camarada. Ni yo, ni Belcher. ¿No es verdad, Belcher?

—Es verdad, muchacho —dijo Belcher, aunque más no fuera por no dejar la pregunta sin respuesta antes que por secundar el argumento. Belcher sonaba como si por fin hubiese llegado el desenlace imprevisible que esperaba hace tiempo.

—Además, ¿quién dice que matarían a Noble, si él no me matara a mí? ¿Qué creen que haría yo si estuviera en su lugar, en medio de un maldito cenagal?

—¿Qué harías? —preguntó Donovan.

—Lo acompañaría a donde fuera, obviamente. Compartiría con él mi último penique y no lo dejaría ni a sol ni a sombra. Nadie va a decir de mí que le di la espalda a un compañero.

—Bueno, ya está, suficiente —dice Jeremiah Donovan, amartillando el revólver—. ¿Hay algún mensaje que quieran hacer llegar?

—No, ninguno.

—¿Quieren rezar una plegaria?

Entonces Hawkins arremetió con una declaración destemplada que

me sorprendió incluso a mí y reactivó a Noble.

—Escucha, Noble —le dice—. Tú y yo somos camaradas. Tú no puedes pasarte de mi lado, así que yo me voy a pasar del tuyo. ¿Qué más hace falta para que me entiendas? Dame un rifle y me pongo a tu lado y el de tus camaradas.

Nadie le respondió. Todos sabíamos que no había salida.

—¿Me estás escuchando? —dice él—. Se acabó para mí. Llámame desertor o como te guste. No creo en lo de ustedes, pero tampoco es peor que lo nuestro. ¿No te basta con eso?

—Noble alzó el rostro, pero Donovan empezó a hablar y Noble volvió a agacharlo sin mediar palabra.

—Por última vez, ¿quieren hacer llegar algún mensaje? —dice Donovan con una mezcla de excitación y frialdad.

—¡Cállate, Donovan! Tú no me entiendes pero estos muchachos, sí. No son de ésos que hacen un amigo y después lo matan. No son marionetas de los capitalistas.

De todo el grupo, sólo yo vi cómo Donovan levantaba su Webley hasta la nuca de Hawkins y ahí mismo cerré los ojos y traté de rezar. Hawkins había empezado a decir algo cuando Donovan apretó el gatillo y, al abrir los ojos tras el disparo, lo vi doblar las rodillas y derrumbarse a los pies de Noble, tan despacio y en silencio como un niño que cae dormido, con la luz del farol brillando en sus magras piernas y sus botas de granjero. Nos mantuvimos todos muy quietos mientras se acomodaba en su agonía.

Entonces Belcher sacó un pañuelo y trató de anudárselo alrededor de los ojos (tan aturdidos estábamos que nos habíamos olvidado de hacer lo propio con Hawkins) y, al ver que no era lo bastante largo, se dio vuelta y me pidió prestado el mío. Se lo di y él los ató y señaló a Hawkins con el pie.

—No está muerto del todo —dice—. Hay que pegarle otro.

En ese instante, la rodilla izquierda de Hawkins empieza a levantarse. Me agacho y le apoyo el revólver en la cabeza, pero reacciono y me pongo de pie. Belcher entiende mi vacilación.

—Dale la gracia —dice—. No me importa. Pobre bastardo, quién sabe qué le estará pasando ahora.

Me arrodillé y disparé. A esa altura ya no sabía muy bien lo que hacía. Belcher, que manipulaba con cierta torpeza los pañuelos, lanzó una carcajada al oír el tiro. Era la primera vez que lo oía reírse y su risa era tan antinatural que un escalofrío me recorrió el espinazo.

—¡Pobre desgraciado! —susurró—. Pensar que anoche tenía tanta curiosidad por todo eso. Es tan rara la vida, colegas. Ahora sabe tanto o más de lo que jamás sabría, y ayer estaba nadando en tinieblas.

Donovan lo ayudó a atarse el pañuelo alrededor de los ojos.

—Gracias, muchacho —le dijo Belcher. Donovan le preguntó si quería enviar algún mensaje.

—No, muchacho —dice Belcher—. Para mí, no. Si alguno de ustedes le quiere escribir a la madre de Hawkins, van a encontrar una carta de ella en su bolsillo. Eran muy amigotes, él y su mamá. Pero mi mujer me dejó hace ocho años. Se fue con otro y se llevó al niño. Me gusta la sensación de hogar, como habrán observado, pero después de eso ya no pude rehacer mi vida.

Por extraordinario que pareciera, Belcher había dicho más cosas en esos breves minutos que en todas las semanas precedentes. Era como si el sonido del disparo hubiera desatascado su discurso y así podría haber seguido toda la noche, hablando de sí mismo con alegre alivio. Estábamos parados en rueda como tontos, ahora que ya no podía vernos. Donovan miró a Noble y Noble sacudió la cabeza. Así que Donovan alzó su Webley y en ese preciso instante Belcher suelta su extraña risotada otra vez. Quizás pensaba que estábamos hablando de él, o quizás se había dado cuenta, como yo, de eso que me resultaba inexplicable.

—Discúlpenme, muchachos —dice—. Me doy cuenta de que estoy hablando hasta por los codos, y encima de tonterías, como lo de ser tan propicio a tener un hogar y esas cosas. Pero es que me ha surgido así, de pronto. Estoy seguro de que sabrán perdonarme.

—¿No quieres rezar? —le pregunta Donovan.

—No, muchacho —dice él—. No creo que sirva de nada. Estoy preparado, y ustedes querrán acabar con esto.

—Entiendes que sólo cumplimos con nuestro deber, ¿verdad? —dice Donovan.

Belcher había girado la cabeza hacia arriba como los ciegos, de modo que sólo podíamos verle el mentón y la punta de la nariz a la luz del farol.

—La verdad es que nunca tuve una idea clara de qué es el deber —dijo—. Ustedes, para mí, son todos buenos muchachos, si te refieres a eso. No tengo quejas.

Como si hubiera llegado al límite de lo tolerable, Noble alzó el puño hacia Donovan y en un chispazo Donovan apuntó su arma y disparó. El hombretón se derrumbó como una bolsa de comida y ya no hizo falta un segundo disparo.

No me acuerdo mucho de cómo los enterramos salvo de que fue la peor parte, porque tuvimos que arrastrarlos. No había más que un retazo de magra luz de farol entre nosotros y toda aquella soledad infernal, rodeados como estábamos de pájaros que ululaban y chirriaban espantados por los disparos. Noble hurgó en las ropas de Hawkins en busca de la carta de la madre y luego juntó las manos

para rezar. Lo mismo hizo con Belcher. Luego, una vez cubiertas las tumbas, nos separamos de Jeremiah Donovan y Feeney, y llevamos las herramientas de vuelta al cobertizo. No pronunciamos palabra durante el camino. La cocina estaba tan oscura y fría como la habíamos dejado y la vieja estaba sentada junto al hogar con el rosario en la mano. La dejamos allí y fuimos a la habitación y Noble prendió un fósforo para encender la lámpara. La mujer se levantó en silencio y se detuvo en el umbral, libre de toda acritud.

—¿Qué hicieron con ellos? —preguntó en un susurro y Noble pegó tal respingo que el fósforo se le apagó en la mano.

—¿Perdone? —preguntó sin girarse.

—Los oí —dijo ella.

—¿Qué es lo que oyó? —preguntó Noble.

—Los oí. ¿Creen que no los oí guardar la pala en la casita?

Noble prendió otro fósforo, y esta vez la lámpara le hizo el favor de encenderse.

—¿Eso les hicieron? —preguntó ella.

Entonces, Dios es testigo, ahí mismo, en el umbral, la vieja se hincó de rodillas y se puso a rezar y, después de mirarla uno o dos minutos, Noble hizo lo propio junto a la chimenea. Yo me abrí paso para salir y los dejé solos. Me quedé en la entrada, contemplando las estrellas y escuchando el canto menguante de los pájaros allá en el turbal. Es tan extraño lo que uno siente en momentos como ése que no hay cómo describirlo. Noble dice que lo vio todo multiplicado por diez, como si no hubiera habido nada en el mundo salvo aquel pedacito de turbal con los dos ingleses poniéndose rígidos adentro, pero para mí era como si el pedazo de turbal con los ingleses estuviera a un millón de kilómetros de distancia e incluso Noble y la vieja, que murmuraban un poco más atrás, y los pájaros y las malditas estrellas estuvieran muy muy lejos, y era como si yo fuera muy pequeño y estuviera aturdido y a solas como un niño perdido en la nieve. Y nada de lo que me pasó después de eso volvió a hacerme sentir así.

MARY LAVIN

Traducción de Jan de Jager

Mary Lavin (Massachusetts, 1912 - Dublín, 1996) publicó *Tales from Bective Bridge* (1942), *The Long Ago* (1944), *The House in Clewe Street* (1945), *The Becker Wives* (1946), *Mary O'Grady* (1950), *A Single Lady* (1951), *The Patriot Son* (1956), *A Likely Story* (1957), *Selected Stories* (1959), *The Great Wave* (1961), *In the Middle of the Fields* (1967) y *Happiness* (1969).

En castellano, *En un café* (traducción de Regina López Muñoz; Errata Naturae, 2018) y *Felicidad* (traducción de Regina López Muñoz; Errata Naturae, 2019).

EN MEDIO DE LOS CAMPOS

Como una roca en el mar, estaba aislada por los campos, el pasto denso bañando la casa, el ganado vadeando como en el agua. Incluso sus ligeros movimientos eran una pérdida cuando al anochecer se iban a guarecer en los bosques. Un día de lluvia podía provocar un resplandor mojado del techo del galpón del heno al otro lado del río (¡ni siquiera era una vivienda!). Y sin embargo ella lo añoraba a él, menos aquí, en Meath, que en otros sitios. Ansiedades de día, y preocupaciones, y de noche temores vagos e innominados. Éstas eran las piedras atravesadas en la boca de la tumba. ¿Pero quién entendía eso? Pensaban que ella abrazaba con fuerza cada recuerdo que tenía de él. ¿Qué sabían de recuerdos? ¿Qué eran sino un nombre diferente para el amor reseco y el deseo yermo? Si hasta intentaban descargar sobre ella sus propios recuerdos inconducentes. “Imagino que lo veo cada vez que miro en esa dirección”, le decían al irse, mientras echaban una mirada nerviosa hacia los campos en penumbra. “Pienso que lo veo llegando por entre los árboles”. ¡Ay, por Dios!, pensaba ella. ¡Lo había olvidado por un minuto!

No era él a quien *ella* veía cuando miraba los campos. Eran esos feos mechones de estopa y penachos que blanqueaban las puntas del pasto y le daban la apariencia de un mar en tormenta, salpicado de espumarajos. Habría que cortar el pasto. ¿Y eso cuánto costaría?

Por lo menos Ned, el viejo pastor, sabía de un hombre que se lo podría hacer.

—Bartley Crossen, ése es el indicado, señora. Su marido lo conocía muy bien.

Primero no supo ubicarlo. Después recordó.

—Ah, sí, es de él ese pajar que se ve allí, ¿verdad? Claro, por supuesto. Lo conozco bien, de vista, quiero decir.

En efecto, siempre lo veía pasar salpicando por el camino en un coche grande y embarrado, las ruedas cubiertas de arcilla, y con la mujer en el asiento de al lado.

—Le voy a decir que se dé una vuelta y así arreglan, señora —dijo el pastor.

—¡Antes de que oscurezca! —advirtió ella.

Pero no hacía falta decirle. El viejo sabía que ella siempre procuraba estar en la planta alta antes de que oscureciera, encerrándose en su cuarto, que daba al otro cuarto donde dormían los chicos, rogando con devoción que no tuviese que volver a bajar por

ningún motivo; y más que nada, no tener que atender la puerta. Eso es lo que más la aterraba: que llamaran a la puerta de noche.

—Pero seguro, ¿quién vendría de noche, señora, sabiendo que usted es una mujer sola con hijos chicos que se podrían despertar y ponerse a llorar? Además, ¿dónde estaría usted más segura que aquí en medio de los campos, rodeada de bestias inocentes?

Si tenía que acercarse a la casa tarde en la noche por cualquier motivo —para conseguir agua caliente con que curar la pata de un animal, o para llamar al veterinario—, él mismo siempre tenía la precaución de gritar mucho antes de llegar al frente de la casa, "¡Soy yo, señora!", gritaba. "¡Ya voy! ¡Ya voy!", exclamaba ella, agradecida, respondiendo rápida como un eco. Quitaba el cerrojo de la puerta, corría abajo y abría la puerta del vestíbulo. ¡No importaba a qué hora! ¡No importaba lo oscuro de la noche! "Vuélvase a su cama ahora, señora", decía él desde la oscuridad, donde ella veía avanzar la linterna, acercarse más y más como la luz de un barquito arrimándose a un muelle. "Yo después apago las luces y salgo solo". Tranquilizada por la presencia de otra persona en la casa, ella volvía rápido a la cama, y, es más, estaría casi dormida para cuando se oyera el portazo. Sonaba como un portazo a un millón de millas de distancia.

No había por qué inquietarse. Él se ocuparía de que Crossen viniera temprano.

Crossen llegó en su coche mucho antes del anochecer. Como de costumbre, su esposa en el asiento de al lado, sentada a la manera en que la gente se sentaba en los carros de caballos de hace tiempo, con las rodillas bien juntas, sin ladearse. El pastor había venido con ellos, pero solo él y Crossen se bajaron.

—¿No se quiere bajar su esposa, Mr. Crossen, y esperar aquí adentro? —preguntó.

—No, no hace falta, señora. A ella le gusta estar sentada en el coche. Bueno, ¿cuál es el pasto que hay que cortar? ¿Hay piedras por ahí que puedan embotar la cuchilla?

Dando la vuelta al frente de la casa, observó el paisaje.

—No hay ni piedras ni troncos —dijo Ned—. Aquí puedes pasar la cuchilla sin problema por todo el terreno, mientras que en otros sitios tendrías que estar afilando veinte veces.

—Lo estoy viendo —dijo Bartley Crossen, de manera ausente, pensó ella.

Había recorrido el césped hasta la tranquera descabalada que daba a las tierras de pastoreo, y ahí se apoyó. No parecía estar mirando los campos, sin embargo, sino una hilera de espinos que crecían a lo largo de la orilla del río, con las ramas casi volcadas sobre el agua, al punto que parecían arrancar sus raíces del limo.

De pronto, se dio vuelta y dio un suspiro.

—Ah, seguro, no necesitaba mirarlo, lo conozco bien.

Como ella se mostró sorprendida, él soltó una risita, como de hombre joven.

—Estuve enamorando a una chica por ahí abajo cuando yo era muchacho —dijo—. Hace tantísimo tiempo, le aseguro. —Se volvió hacia el viejo—. Usted se debe acordar —Y volvió a mirarla a ella—. Creo que en esos tiempos usted ni existía —dijo, y había un dejo amable en su mirada y en sus palabras—. ¿Va a querer que haga la siega pronto, supongo? ¿Qué tal mañana a primera hora?

El rostro de ella se iluminó. Pero estaba el tema de arreglar el precio.

—¿No será tan caro como segar un prado, verdad?

—Le voy a hacer buen precio, señora —dijo—. Eso se lo prometo.

—Muy amable de su parte —dijo ella, pero con un tono dubitativo.

Desde atrás de Crossen, Ned asintió con la cabeza.

—Déjelo ahí, señora —susurró mientras volvían al coche—. Es un hombre de confianza.

Y cuando Crossen y su mujer ya se habían ido le volvió a asegurar: “Un hombre decente”. Y entonces él también se rio, también fue una risa joven para un hombre de su edad; fue como un gesto de complicidad.

—¿Oyó lo que dijo, de esa chica que estuvo enamorando ahí abajo? ¿Sabe quién era? ¡Su primera esposa! ¿Sabía que estuvo casado dos veces? Bueno, fue hace tanto que no me asombra que usted nunca se haya enterado. Y mire la forma en que habló de ella, como si fuese alguna chica que casi había olvidado. Los espinos se la trajeron a la memoria. Ahí es donde se encontraban, de jovencitos, cuando empezaron a noviar. Pobre Bridie Logan; era salvaje como una liebre. Y estaba loca de amor, tan joven y todo. Ya estaban juntos cuando todavía iban a la escuela. Solo que nadie se lo tomaba en serio —él menos que todos, quizás— hasta el invierno que él se fue a la escuela de agricultura en Clonakilty. Fue entonces que ella empezó a escribirle. Yo la veía correr hasta el buzón del cruce de caminos, tarde de por medio. La familia de él se puso loca de atar cuando él volvió ese verano y dijo que no iba a volver a la escuela, que iba a casarse con Birdie. Así y todo, su padre les puso una casita en sus tierras. Es la que ahora se usa para establo, atrás de la casa nueva. Ah, pero no se puede juzgar por cómo está ahora. Locuela y todo como era —era un tiro al aire—; usted debería haber visto cómo mantenía esa casa. La hubiese baldeado y fregado hasta hacerla desaparecer si no fuese porque se quedó encinta. Después de eso él no la dejó agarrar un cepillo.

—Pero ella no estaba delicada, ¿verdad?

—¿Bridie? Ésa era más fuerte que un cabrito. Pero le dije que estaba loca por él, ¿cierto? Bueno, después de que se casaron eso no se le pasó, al contrario, se puso más grave. ¡Hacía lo que fuera por él! Es como si la impulsara una especie de fiebre. Con sólo mirarla a los ojos uno se daba cuenta. No se imagina. Desde entonces hasta hoy, no creo haber visto nunca una mujer tan llena de empuje como ésa. ¿Vio cuando los pajaritos van volando por el aire nada más que por el delirio de volar? ¿Y vio cuando dan como una especie de saltito en el aire, como obligándose a volar un poco más alto, más alto de lo que deberían? Bueno, me pareció que así es como se comportaba Bridie, así como iba y venía por la casita haciendo esto y lo otro nada más que para que él estuviera cada vez más orgulloso de ella. Como si acaso él pudiese estar más orgulloso de lo que estaba de ella ya con el embarazo que se le notaba.

—¿Y ella se murió en el parto?

—No. Bueno, no en cierto sentido. Tuvo el bebé, todo bien, en su propia casa; solo le costó a él un par de chelines para pagar a una de esas mujeres que en aquellos tiempos se ocupaban de ese tipo de cosas. Y todo anduvo bien. Al poco tiempo la dejaron levantarse. Yo estaba ahí el día que estuvo otra vez a cargo de la casa. Estaba levantada y vestida cuando llegué, justo cuando él estaba por salir a ordeñar.

"'Es tan bueno poder volver a salir', dijo ella, aspirando una bocanada del aire de la mañana, parada en la puerta y mirándolo irse. 'Espera, ¡por qué no voy contigo a ordeñar!', exclamó. Y echó un vistazo hacia el bebé dormido en su cuna junto a la ventana.

"'Es muy lejos para ti, Bridie', exclamó él. Las vacas estaban en el campito junto al río, usted lo conoce, al lado del camino al pie de la loma de este lado del pueblo. Y sabiendo que ella lo iba a tratar de convencer, él salió por la tranquera con los tarros.

"'Bien por él', me dije. Pero al segundo ella cruzó la cuadra corriendo.

"'¡Puedo ir en bicicleta si es muy lejos para caminar!', dijo. Y se subió a su bicicleta vieja, y atravesó pedaleando la tranquera abierta.

"'Bridie, ¿estás loca?', le gritó él cuando ella pasó a su lado.

"'¿Qué me puede pasar?', le gritó ella.

Yo me quedé tieso de miedo viéndola. Y me parece que a él le pasó lo mismo, largó los tarros y corrió atrás de ella colina abajo. Pero recordándolo ahora, creo que era esa misma fiebre que tenía ella la que empezó a afectarlo a él. Locos de amor, estaban locos de amor los dos; ella lo quería meter en eso, y él de buena gana entraba.

"¡Espérame!", gritó, pero antes de llegar al final de la loma empezó

a frenar la bicicleta, poniendo un pie en tierra, como hacen los chicos, y levantando una polvareda tal que apenas se la podía ver.

—¡Frenó demasiado rápido!

—No, en un segundo frenó la bicicleta, se bajó de un salto, le dio vuelta, y se puso a pedalear cuesta arriba, la cabeza junto al manubrio como un ciclista de carreras. Pero ese fue su fin.

—Oh no, ¿qué pasó?

—De pronto dejó de pedalear, y la bicicleta medio que se frenó, y empezó a retroceder por la pendiente otra vez, como si derrapara en la grava del costado del camino. Eso es lo que creo que pasó, y él también, supongo, porque los dos fuimos corriendo colina abajo. No llegó a tener tiempo de caerse cuando ya estábamos con ella. ¿Pero de qué sirvió? Fue alguna especie de hemorragia interna que le agarró. La pusimos en la cama, y los vecinos vinieron corriendo, pero antes de la noche ya no estaba con nosotros.

—Qué horror una cosa así. ¿Y el bebé?

—Bueno, un chico fuerte. Llegó a ser un muchacho bueno y sano. Es el que ahora maneja el tractor; el hijo mayor, Bartley.

—Supongo que el segundo matrimonio tuvo mejor fortuna, a fin de cuentas.

—Verdad. Y ella es una buena mujer; la segunda. Lo bien que crio al hijo de Bridie. Y después fue llenando la cuna, año tras año, con hijos propios. Las cosas siempre a fin de cuentas terminan bien, sea como sea —dijo, y empezó a apartarse.

—Una cosa, Ned —dijo ella, con urgencia—. ¿Realmente te parece que se olvidó de ella?; quiero decir, ¿por años?

—Lo podría jurar —dijo el viejo. Y la examinó con atención—. En el caso de usted va a pasar lo mismo —agregó, amable—. Le doy mi palabra. Todo pasa con el tiempo y se termina olvidando.

Ella agitó la cabeza dudando, y él la agitó enfáticamente.

—Cuando un árbol cae, ¿cómo va a quedar en pie la sombra? —dijo. Y se alejó.

Eso me pregunto, pensó ella mientras volvía a la casa, y envidió la manera práctica en que la gente de campo relativiza las fallas de la naturaleza, tan fácil como un pan de pasto que se vuelve a entretejer con el césped.

Otra vez esa noche, cuando subió a su cuarto, miró abajo, hacia el río, y pensó en Crossen. ¿Realmente se había olvidado? Era difícil de creer, y con un suspiro tomó el cepillo y se lo pasó por el cabello. Como todo últimamente, su cabello estaba apelmazado y colgaba pesado, pero después de algunos minutos de cepillado enérgico se alivianó y se levantó, y pronto le estaba volando alrededor de la cara como espuma de cascada. Siempre había sido así, aun cuando era una

niña. Solo padecer las primeras cepilladas dolorosas y su madre exclamaba “¡Mira! ¡Mira! ¡Es electricidad!”, y una chispa azul brillaba como una estrella en las grises profundidades del espejo.

Eso es todo lo que sabían sobre la electricidad en aquellos días mal iluminados cuando valles de sombras yacían profundos entre un mueble y otro. ¿Era porque las habitaciones estaban tan mal iluminadas que la veían tan a menudo, a esa estrellita azul? De pronto la venció un deseo de volver a verla y, poniéndose de pie impetuosamente, apagó la luz.

Fue en ese preciso momento que, abajo, alzaron el puño de hierro de la aldaba y, con mano sonora y segura, golpearon la puerta.

No fue un golpe furtivo. Eso tuvo que admitírselo, aun en ese momento de inmenso temor en la oscuridad. Y entonces una voz vagamente familiar llamó —y con confianza— desde abajo.

—¡Soy yo, señora! ¡Espero no incomodarla!

—¡Oh, Mr. Crossen! —exclamó aliviada y, quitando el cerrojo, corrió por el rellano y abrió la ventana de ese costado de la casa—. ¡Ya bajo en seguida! —exclamó.

—No hace falta que baje, señora —gritó—. Solo quiero dos palabras con usted.

—Por supuesto que voy a bajar —y volvió para ponerse la bata y atarse el pelo, pero mientras lo hacía lo oyó pisar fuerte en la grava. Había sido un día templado, pero con la noche el aire se había puesto frío y, a pesar de ser ya fines de la primavera, había un viento del este cortante, que venía cruzando el río—. Bajo enseguida y lo hago pasar, que hace frío —exclamó, y enroscándose el pelo se lo sostuvo contra la cabeza con una mano, sin demorarse en atárselo, y corrió descalza escaleras abajo para abrir la puerta.

—¡Se estaba por acostar, señora! —dijo con tono acusador en cuanto ella abrió la puerta. Y donde un minuto atrás él había estado tan impaciente, ella se quedó quieta en el vano de la puerta—. Vi que las luces estaban apagadas abajo cuando venía subiendo por la senda —dijo, contrito—. ¡Pero no pensé que ya se hubiese retirado por la noche!

—Ni yo tampoco —dijo, mintiendo, para tranquilizarlo—. Estaba arriba cepillándome el pelo. Deberá disculparme —agregó, porque una brisa que venía de la puerta le estaba levantando la bata arriba de las rodillas, y para volver a cruzarla tuvo que sacarse la mano del cabello, que se le derramó por los hombros—. ¿Le importa cerrar la puerta? —dijo ella, con algo de vergüenza, y empezó a subir otra vez la escalera —. Por favor, pase a la sala de estar, ¿quiere? —dijo, indicando con la cabeza la pequeña habitación que daba al vestíbulo—. Encienda la luz, bajo en un minuto. —Pero si bien él había entrado, obediente, y había

cerrado la puerta, se quedó parado firme en el medio del vestíbulo—. Yo no tendría que haber entrado —dijo—. Sé que usted se estaba por acostar. ¡Fíjese! —exclamó de nuevo con esa voz acusadora, como desafiándola a que lo negara. Le estaba mirando el pelo—. Discúlpeme por mencionarlo, señora, pero nunca vi una cabellera tan espléndida. Dios la bendiga —dijo apurado, como temiendo haber sido impertinente—. Cómo una cosa pequeña puede hacer una diferencia tan grande —dijo impulsivamente—. ¡Parece una chica joven!

A su pesar, ella sonrió complacida. De todos modos, no quería que esto siguiera.

—Bueno, pero no me siento como tal —dijo incisivamente.

Lo que había sido dicho para lograr el efecto contrario, sin embargo, pareció encantarle y hacerlo sentir sumamente cómodo.

—Ah, sin duda es usted una mujer sensata, ya lo veo —dijo, y, acercándose al pie de la escalera, se acomodó contra el poste de la barandilla—. Quédese como está, señora —dijo—, sólo tengo que decirle una cosa, y no vale la pena que vuelva a subir. Le digo lo que tengo para decir y después sigo mi camino. Mi señora se va a quedar levantada esperando, y no quiero eso.

Ella vaciló. ¿Acaso la referencia a su esposa fue para tranquilizarla a ella?

—Creo que iré a buscar mis pantuflas —dijo, cautelosa. Tenía los pies fríos.

—Ah, claro, ¡póngase algo en los pies! —exclamó, recién entonces dándose cuenta de que estaba descalza—. Pero, por lo demás, estoy más allá de percatarme de lo que una mujer trae puesto. Estoy más allá de prestar atención a las mujeres.

Ella vio algo para calzarse. Debajo de la mesa del vestíbulo había un par de botas viejas que eran de Richard, revestidas de lanilla. Nunca se había decidido a darlas con el resto de la ropa, y aunque le quedaban grandes y toscas, muchas veces se las ponía cuando regresaba de los campos con barro en los zapatos.

—Bueno, entre a donde está templado —dijo. Volvió a descender un par de escalones y metió los pies en las botas, y luego abrió la puerta de la sala de estar.

Estaba contenta de haber bajado. Él nunca habría logrado encender la luz.

Hay un problema con la luz principal —dijo mientras tanteaba el zócalo para encontrar el enchufe de la lámpara de leer. Estaba en un lugar incómodo, detrás del escritorio. Tuvo que arrodillarse. _

—¿Cuál es el desperfecto? —preguntó él, mientras, con el interés en las cosas prácticas propio de los hombres de campo, subió y bajó la perilla del interruptor sin resultado alguno.

—Oh, no creo que gran cosa —dijo ella con tono ausente—. ¡Ya está!

Había encontrado el enchufe, y la sala se iluminó con un resplandor blanco.

—¿Y por qué no la deja enchufada? —preguntó él con tono crítico.

—No sé —dijo ella—. Creo que alguien me dijo que es más seguro, con las lámparas de lectura, desenchufarlas de noche. Podría haber un cortocircuito, o un ratón mordisquea el cable, o algo así… no recuerdo lo que me dijeron. Me acostumbré a hacerlo, y ahora sigo haciéndolo.

Se sintió un poco tonta.

Pero él se preocupó por el asunto.

—No creo que sea ningún peligro —dijo, seriamente. Y luego de pronto se desentendió del problema—. Con respecto a mañana, señora —dijo, sin mucha ceremonia, pensó ella—. Decidí venir hasta aquí esta noche, porque no soy un hombre de faltar a su palabra… menos que menos, a una mujer.

¿A dónde quería llegar?

—Digamos de este modo —dijo rápido—.Usted entenderá, señora, que en lo que a mí respecta despuntar un terreno es lo mismo que cortar heno. El mismo tiempo. Y la misma mano de obra. Y el mismo desgaste de la cuchilla. ¿Me comprende?

Poniéndose en guardia, ella asintió.

—Bueno, señora, seré el primero en reconocer que no es lo mismo para usted. O sea, despuntar no le va a dar el retorno inmediato que le daría el heno.

—¡No da ningún retorno! —exclamó con fastidio.

—Bueno, vamos, señora. La buena pastura rinde como todo; usted sabe que sus animales no van a poder pastar tan bien en tierras desatendidas, solo pastos crecidos sucios enredándoseles en las patas. Es solo que no es un retorno rápido, y por eso, como sabe, le hice un precio especial.

—¡Claro que lo sé! —dijo ella, impaciente—. Pero pensé que esa parte ya estaba acordada.

—Seguro, y no voy a dar marcha atrás, si es eso lo que usted piensa —dijo él afablemente—. Estoy contento de hacer lo que pueda por usted, señora, más considerando que usted no tiene un hombre que se ocupe de estas cosas, sino sólo usted misma.

—¡Y yo soy muy capaz de cuidarme sola! —dijo ella, levantando la voz.

Una vez más, sus palabras tuvieron el efecto opuesto del deseado. Él se rio de buena gana.

—¡Eso es lo que a todas las mujeres les gusta imaginar! —dijo—. Pero bueno —dijo en un tono de voz diferente, y a ella la enojó

percibir que el parecía pensar que algo se había resuelto entre ellos—, me convendría, y seguramente para usted es lo mismo, si pudiéramos dejar su trabajito para más adelante en la semana, digamos un poco más cerca de las fechas de cortar heno. Porque ahí tendría la cortadora bien aprontada, afilada y lista para usar. Mientras que ahora, todavía hay que arar aquí o allá, y yo voy a tener que estar cambiando de una cosa a la otra, del arado a la segadora, aprontando una un minuto y al poco rato la otra.

—¡Como si alguien todavía estuviese arando a esta altura del año! —su mirada se endureció—. ¿A quién le está dando prioridad? —inquirió.

—Tranquilícese, señora, a nadie. En todo caso, no sin que usted me dé su permiso primero.

—¡Sin decirme que no va a venir, dirá usted!

—No, señora, no se enfade. Sólo estoy tratando de hacer que las cosas sean más fáciles para todo el mundo.

Pero ella ahora ya estaba muy enfadada.

—Siempre la misma historia. Yo pensé que me trataría de manera diferente. ¡Voy a tener que esperar por éste, y por aquél, y al final mis campos se van a malograr!

Él se veía un tanto avergonzado.

—Ah, no, señora, eso no va a pasar. Sin embargo, le digo, hay mucha gente que no está a favor del despunte, sabe.

—¡Yo estoy a favor!

—Bueno, supongo que servirá para algo —concedió de mala gana —. Pero, como yo lo veo, desmalezar en julio es también una forma de despunte.

—¡El pasto que se corta antes de irse a semilla se pone tan denso en las raíces que ninguna maleza puede brotar! —exclamó, tan enfadada que no se dio cuenta de lo autoritaria que sonaba.

—Francamente, nunca pensé que usted estuviera tan al tanto, señora —dijo, observándola con admiración, pero ella se dio cuenta de que él no se daría por vencido—. De todos modos, señora, ¿no me va a decir que un par de días acá y allá van a hacer una diferencia?

—Un par de días pueden ser toda la diferencia. Esta granja tiene suelo de grava, a pesar de lo fértil que se la ve. Unos días de sequía podrían quemarla por completo. ¿Y entonces cómo podría hacer la siega? ¿Qué cubierta habría para ese “pastar tan bien” que usted recién decía? —enojada, sin darse cuenta, le imitó el acento.

Alzó los brazos.

—Ah bueno, supongo que un hombre debe reconocer cuando ha sido vencido —dijo él—. Hasta por una mujer. Y no podrá decir que rompí mi promesa.

—No podré decirlo, pero sí que lo intentó —dijo ella a regañadientes, aunque apaciguada por salirse con la suya—. ¿Le puedo ofrecer algo? —dijo entonces, ansiosa por conferirle un aire de finalidad terminante a la discusión.

—Oh, no, señora. Nada, gracias. Ya me tengo que ir yendo a casa.

Se levantó.

Ella también se levantó.

—Espero que no piense que yo estaba queriendo aprovecharme de usted —dijo mientras se dirigía a la puerta—. Es sólo que todos debemos intentar conseguir lo mejor para nosotros mismos, ¿no es así? Pero bueno, veo que usted es muy capaz de cuidarse, debo decir. Nadie pensó que se quedaría aquí después de que falleció su marido. ¿Supongo que lo hizo por los chicos? —y miró hacia arriba por el hueco de la escalera—. ¿Están dormidos?

—Sí, hace rato —dijo ella con tono indiferente. Abrió la puerta del vestíbulo.

El aire de la noche entró de golpe, como la vez anterior. Pero esta vez, desde muy lejos, traía el leve aroma del heno recién cortado.

—Ya cortaron heno en algún sitio —exclamó ella, sorprendida. Y alzó la cara hacia ese dulzor.

Por un minuto, Crossen miró más allá de ella hacia la oscuridad, luego volvió la mirada.

—¿Nunca se siente sola aquí de noche? —preguntó de pronto.

—¿Usted dice si tengo miedo? —lo corrigió ella rápida y fríamente.

—¡Sí! Sí, eso es lo que quise decir —dijo él, azorado—. Ah, pero ¿por qué tendría usted miedo? ¿Qué lugar más seguro podría usted encontrar que aquí mismo y rodeada de sus propios campos?

Lo que dijo era tan verdadero, y él mismo parado ahí, con el sombrero en la mano, tan normal y natural que era absurdo pensar que no bien él se fuera ella se escabulliría escaleras arriba como una criatura.

—Usted quizás no me crea —dijo ella—, pero a veces me muero de miedo. Casi me muero cuando oí el golpe en la puerta anoche. Es porque estaba con miedo que estaba arriba —dijo, en un nuevo arranque de confianza—. Siempre subo apenas oscurece. No siento tanto miedo arriba en mi habitación.

—¿No es curioso? —dijo él, y ella se dio cuenta de que le parecía una cosa incomprensiblemente mujeril. De todos modos, se mostró comprensivo—. ¡No debería estar sola! Esa es la pura verdad —dijo—. ¡Es una pena!

—Oh, es inevitable —dijo ella. Había algo en su simpatía que ella quería rechazar con indiferencia, mientras que al mismo tiempo había

algo ahí que ella quería recibir—. ¿Le puedo pedir un favor? —preguntó impulsivamente—. ¿Quisiera esperar aquí abajo y apagar las luces y dejarme volver arriba antes de irse?

Después de decir eso se sintió tonta, pero de inmediato se dio cuenta de que, en todo caso, hacer sólo eso a él le parecía poco. Él estaba genuinamente preocupado por ella. Y no era solo el momento presente lo que lo preocupaba; parecía estar considerando todo el problema de su aislamiento y soledad.

—¿No hay nadie que pueda quedarse aquí con usted, al menos por la noche? Tendría que ser una mujer, claro —agregó rápido, y el corazón de ella se entibió por el modo en que él, sin mediar palabra de ella, rechazó de plano esa solución—. Usted no necesita otra mujer aquí —dijo llanamente.

—Oh, en realidad estoy bien. Me voy a acostumbrar —dijo ella.

—Es una pena, de todos modos —dijo él. Lo dijo con cierta impotencia, sin embargo, y la conminó a ir hacia la escalera—. Usted va a estar bien por esta noche, al menos —dijo—. Ahora suba, que yo apago las luces.

Ya se había dado vuelta para entrar a la sala.

Las cosas no iban del todo como ella esperaba; por algún motivo, y un poco de mala gana, empezó a subir la escalera.

—Espere un momento, ¿ésta cómo se apaga? —exclamó antes de que ella estuviera a mitad de la escalera.

—Ah, ésa mejor la apago yo —dijo ella, pensando en la incómoda posición del tomacorriente. Corrió escaleras abajo y, pasándolo para entrar en la pequeña sala, se arrodilló y dio un tirón al cable. Al instante, la habitación se inundó de oscuridad. Y también al instante sintió que había hecho algo estúpido. No era lo mismo que apagar una luz con un interruptor junto a la puerta y poder salir de inmediato al vestíbulo iluminado. Se puso de pie lo más pronto posible, pero mientras lo hacía vio que Crossen se había aproximado a la puerta. Su silueta bloqueaba la luz de atrás—. El resto se lo dejo a usted —dijo ella, para romper el peculiar silencio que se había instalado en la casa.

Pero él no se movió. Se quedó parado ahí, atravesando el vano de la puerta.

—Los otros interruptores están ahí junto a la puerta del vestíbulo —dijo, no queriendo pasar rozándolo. ¿Por qué no se movía?—. Por ahí —repitió, extendiendo el brazo y señalando, pero en lugar de moverse la tomó por el brazo extendido, apoyando la palma de la otra mano contra el marco de la puerta, bloqueando el paso.

—Dígame —susurró, las palabras tropezándose unas sobre las otras —, ¿no se siente sola, nunca?

—¿Qué me está diciendo? —dijo ella con voz clara, porque la

densidad de la voz de él le repugnaba. Apenas había oído lo que él le dijo. Su único objetivo era pasar más allá de él.

Él se inclinó hacia adelante.

—¿Qué tal un besito? —susurró, y para poder sujetarla mejor apartó la mano de la pared, pero antes de agarrarla con ambas manos ella liberó el brazo que él tenía aferrado y pasó agachada por debajo de su axila, y estuvo afuera en el vestíbulo iluminado.

Ahí afuera —porque la luz era toda la protección que necesitaba contra él, viejo tonto—, se echó a reír. Sólo faltaba esperar a que saliera, avergonzado.

Pero había algo con lo cual no había contado; no había contado con que hubiese algo patético en su vergüenza. Había algo realmente lastimoso en el modo en que salió a la luz, sin levantar la vista. Y se sintió tan sorprendentemente conmovida por él que antes de que pudiera decir palabra ella extendió la mano.

—No se sienta mal —dijo ella—. No me afectó.

Aun entonces él no la miró. Sólo tomó su mano y la apretó agradecido, apartando el rostro. Y, para desconcierto de ella, vio que la nariz le goteaba. Como un niño pequeño, él se la enjugó con el dorso del puño, restregándose.

—No sé qué me pasó —dijo lentamente—. Soy un hombre bastante mayor. Pensé que estaba más allá de todo eso —se volvió a enjugar el rostro—. Más allá de perder el control, en todo caso —se corrigió amargamente.

—Oh, no fue nada —dijo ella.

Sacudió la cabeza.

—No es que tuviera motivo para hacer lo que hice.

—Pero usted no hizo nada —objetó ella.

—Para mí no es que no fuera nada —dijo, abatido.

Por un minuto estuvieron ahí parados en silencio. La puerta del vestíbulo seguía entornada, pero ella no se atrevió a cerrarla. Qué voy a hacer con él ahora, pensó. Se va a quedar toda la noche si me descuido. ¿Qué hora sería? Toda escala y proporción del tiempo parecían haberse desvanecido en la noche.

—Bien, lo veré en la mañana, Mr. Crossen —dijo ella, con la mayor naturalidad posible.

Él asintió, pero no se movió.

—Usted sabe que no le quise faltar el respeto, ¿verdad, señora? —dijo entonces, mirándola de manera implorante—. Siempre la tuve en mi mayor consideración. Y a su marido, también. Estaba pensando en él esta misma noche mientras venía para la casa. Y pensé otra vez en él cuando usted vino a la puerta con ese aspecto de chica joven. Pensé que era una lástima que usted lo haya perdido a él, siendo los dos tan

jóvenes. Ay, ¿qué es lo que me pasó? ¿Y qué diría Mona si supiera?

—Pero, supongo que no le va a decir —exclamó ella. Cómo quedaría ella si el le contara que bajó descalza y con el pelo suelto—. ¡Ni se le ocurra contarle! —advirtió.

—Pienso que mejor no —dijo él, pero lo dijo de manera incierta y hosca, y apoyó la espalda contra la pared—. Ha sido una buena mujer, Mona. No quisiera que nadie pensara lo contrario. Los chicos dirían lo mismo. Ha sido una buena madre para ellos todos estos años. Nunca hizo ningún distingo entre ellos. ¡Hay quien dice que hasta fue mejor para Bartley que para cualquier otro de ellos! Lo crio desde la semana de edad. Es que ella vivía en la casa de al lado de la nuestra, en aquel tiempo cuando —vaciló—… cuando yo me quedé solo con él —concluyó en tono monocorde—. Ella vino esa primera noche y se lo llevó a su casa, a su propia cama, y eso, le digo, no es poca cosa para una mujer que no sabía nada de niños, y sin ser ella en ese entonces ya lo que se diría una jovencita, a pesar de la gran familia que me dio después. Se lo llevó a su casa esa noche, y lo cuidó. No cualquier mujer se quiere hacer cargo de un recién nacido. Eso es algo que un hombre no olvida con facilidad. Hay muchos que dicen que si no se hubiese hecho cargo ella, otra persona lo habría hecho, pero nadie lo hubiese hecho como lo hizo ella. Lo tenía todo el día con ella en su casa, le daba de comer y todo lo demás. Pero de noche, cuando yo volvía de los campos, ella lo traía a mi casa y lo acostaba en su cunita cerca del fuego, a mi lado. Me argumentaba que tenía cosas que hacer en su propia casa, que se iría por un ratito y nos dejaría solos, pero esa no era la verdadera razón para dejarlo. Ella sabía que yo iba a estar sentado ahí mirando el fuego, preguntándome cómo enfrentaría los largos años por venir, y ella me dejaba a la criatura para distraer mis pensamientos. Y tenía razón, nunca llegaba a cavilar. El chiquito pegaba un grito, o un gemido, y yo tenía que salir corriendo a buscarla a ella. O ella misma lo oía, y entraba corriendo sin que yo tuviera que llamarla. Yo pensaba que ella habría dejado todas las ventanas y las puertas de su casa abiertas por temor a no oírnos a nosotros. Y así, poco a poco, volví a ser un hombre vivo. A menudo me pregunté qué habría sido de mí si no fuese por ella. Hay hombres que cuando el camino luminoso se les cierra tienden a tomar por un camino oscuro. Y yo era esa clase de hombre. Le dije que ella se llevaba al chiquito de día y después lo traía de vuelta a la noche. Bueno, por supuesto, se lo llevaba otra vez cuando venía la noche más oscura. Se lo llevaba a su propia cama. Pero a medida que pasaban los meses y él se puso más grande, me di cuenta de que ella detestaba apartarlo de mí. Estaba empezando a sonreír y a jugar con los puños y a ser una verdadera compañía. “Me pregunto si debería dejarlo aquí contigo esta noche”, decía ella, noche tras noche. Y a veces entraba

corriendo y lo depositaba en el medio de la cama doble del cuarto que daba a la cocina, pero al minuto siguiente lo estaba agarrando otra vez. “¡Me da miedo que te acuestes encima! ¡Lo podrías sofocar, Dios nos libre y guarde!”. “Mejor te lo llevas”, yo le decía, y detestaba ver que se fuera. Al mismo tiempo, tenía miedo de que empezara a llorar de noche, ¿y yo entonces qué iba a hacer? Si tenía que salir a buscarla en medio de la noche, habría muchas habladurías. Ya bastantes había con las cosas como estaban, le diré, aunque no tenían ningún fundamento. Yo no le prestaba más atención a ella que si no fuese ni siquiera una mujer, ¿se da cuenta? Pero una noche que ella lo levantó y lo apoyó, y lo apoyó y lo levantó, y dando vueltas sobre si dejarlo o llevárselo, me dio risa. “Lástima que no te puedas quedar aquí con él, eso resolvería todo”, dije. Yo sólo estaba tomándole el pelo, pero se puso roja como un incendio, y al punto se largó a llorar. Pero no sin antes levantar al chiquito y envolverlo en su abrigo. Y entonces, después de echarme una mirada terrible, salió corriendo por la puerta con él. Bueno, ése fue el principio del asunto. Yo no tenía idea de que ella tuviera sentimientos por mí. Pensé que era solamente por el chiquito. Pero los hombres somos tontos, como las mujeres bien saben, y ella supo antes que yo cuál era la conducta correcta y apropiada para ambos. Y para el chiquito, también. Hay mujeres con mucha perspicacia en estas cosas. Y Dios me abrió los ojos a la mujer que había en ella, y vi que era mejor tomarla que penar por la que se había ido. ¿No estuvo bien?

—¿Claro que estuvo bien —dijo ella, rápido.

Pero él se volvió a recostar contra la pared, y la mirada abyecta volvió a sus ojos.

Nunca me lo voy a sacar de encima, pensó ella, desesperada.

—Ah, pero, ¡qué tanto padecimiento! —exclamó, impaciente—. Olvídelo, haga el favor.

—No puedo —dijo él, sencillamente—. Y no es sólo por mí. Estoy pensando en mi esposa. ¡La deshonré!

—Por el amor de dios. No tiene nada que ver con ella.

Sorprendido, la miró.

—No se estará culpando a usted misma, ¿verdad? —preguntó.

Se hubiese reído si no fuera porque se dio cuenta de que estaba logrando un avance —un golpe más y se lo sacaría de encima.

—Caray, ¡por qué nos echa usted la culpa a cualquiera de nosotros! —exclamó—. No tiene nada que ver con ninguno de nosotros, ni con usted, ni conmigo, ni con la mujer que lo está esperando en su casa. ¡Fue la otra! Esa chica —su primera esposa—. ¡Bridie! ¡Fue ella! ¡Cúlpela a ella! —ésas palabras salieron como un exabrupto. Por un momento, pensó que se había puesto histérica y que no podría parar

—. Usted pensaba que podía olvidarla —dijo—, pero, ¡mire lo que ella le hizo cuando vio su oportunidad!

Se detuvo y lo miró.

Él estaba parado junto a la puerta abierta. No volvió a mirar para atrás.

—Dios guarde su alma —dijo, y se internó en la noche.

MAEVE BRENNAN

Traducción de Pedro Serrano

Maeve Brennan (Dublín, 1917 - Nueva York, 1993) publicó *In and Out of Never-Never Land* (1969), *The Long-Winded Lady* (1969), *Christmas Eve* (1974), *The Springs of Affection* (1997), *The Rose Garden: Short Stories* (2000) y *The Visitor* (2000).

En castellano, *De visita* (traducción de Ana Ñuño López; Lumen, 2005), *Crónicas de Nueva York* (traducción de Isabel Núñez; Alfabia Ediciones, 2011), *Las fuentes del afecto* (traducción de Isabel Núñez; Alfabia Ediciones, 2012) y *De Dublín a Nueva York* (traducción de Isabel Núñez; Malpaso, 2019).

LA MENTIRA

Mi madre y yo compartíamos una broma sobre la primera vez que me fui a confesar. Ella misma me llevó a ver al sacerdote, pero habíamos salido tarde de casa, y para cuando llegamos a la capilla ya había dos largas filas de mujeres arrodilladas afuera del confesionario, esperando a que las escucharan. Mi madre contaba después que por la expresión de sus caras debían tener mucho que confesar y que seguro les iba a tomar todo su tiempo. Le preocupaba que yo tenía sólo siete años, y con lo inquieta y nerviosa que era le daba miedo tener que esperar dos horas, pues era la primera vez que iba a entrar a un confesionario. Con todo, nos arrodillamos juntas al final de una de las filas y nos dispusimos a esperar. El sacerdote aún no había llegado, pero cuando ya teníamos un par de minutos arrodilladas vimos que se acercaba apurado desde el altar. Era un hombre gordo, y yo lo miré aterrorizada. Echó una ojeada a todas las mujeres que estaban esperando mientras se dirigía hacia nosotras, y entonces me vio. Se detuvo y le dijo a mi madre: —¿Es la primera vez que viene a confesarse? —preguntó.

Cuando oyó que así era, me tomó del brazo, me levantó con suavidad y pasamos al lado de todas las rodillas de todas las desconcertadas mujeres que estaban esperando y me empujó al confesionario por delante de la primera en la fila. Ahí estaba yo, arrodillada en la oscuridad, cuando la rejilla justo arriba de mi cara se abrió y vi el perfil del sacerdote.

—Apúrate, niña —dijo, impaciente—. No tengas miedo.

Trastabillé en el primer rezo y cuando llegó el momento de decir mis pecados me paré, pues no pude recordar ningún pecado.

—Está bien, hija —dijo el sacerdote—, ¿has desobedecido?

—Sí, padre.

—¿Y no te has enojado en un par de ocasiones?

—Sí, padre.

—Está bien, en penitencia, vas a rezar tres avemarías. Y ahora haz un buen acto de contrición.

Un minuto después, pasaba tropezando de nuevo con todas las rodillas y todas las caras irritadas, y mi madre me llevó al barandal del altar, donde dije mis penitencias, y salimos de la capilla.

—¿Qué penitencias te puso? —preguntó mientras caminábamos de vuelta a casa.

—Tres avemarías.

—Pues tienes más pecados de los que pensé —dijo, riéndose—. ¡Seguro se llevaron la sorpresa de su vida! Algunas de ellas debían llevar ahí arrodilladas una hora o más.

Después de eso, cada vez que iba a confesarme, recibía la misma penitencia —tres avemarías— y mi madre siempre me preguntaba qué me había puesto el padre, y apenas lo oía se reía de nuevo, pensando en la cara enojada de las señoras de la primera vez. Algunas veces, se lo contaba a otra gente, y a mí me gustaba siempre escuchar la historia. Aunque todo el mundo la sabía, yo seguía sintiendo que era una pequeña broma privada entre ella y yo, y eso me gustaba. Luego un día, en algún momento de mis nueve años, lo eché todo a perder. Vi morir a la pequeña broma, y supe que la había matado.

Pasó de un modo muy sencillo. Mi hermana pequeña, Deirdre, tenía una máquina de juguete de coser que le encantaba. Tenía entonces siete años. La máquina daba puntadas de verdad, y solía jugar con ella durante horas, dándole vueltas a la pequeña manivela que la hacía avanzar. Yo no tenía ningún interés en coser y nunca toqué la máquina, pero era su juguete favorito.

Un día entrando porque sí a la sala de estar me encontré a mi madre en su silla de siempre, con la ropa para remendar amontonada en la mesa de al lado. Estaba ocupada con un calcetín. Me lancé en medio del cuarto y me trepé en su regazo. Ante tal embestida, se pinchó un dedo con la aguja, lanzó un grito de enojo y me hizo caer. Reboté a propósito contra el suelo y me quedé sentada viéndola indignada.

—¿Qué diablos te pasa? —gritó, metiéndose el dedo pinchado a la boca.

—Me quería sentar en tus piernas.

—Pues no puedes, para empezar ya eres grande.

—Derry se sienta en tus piernas —dije.

—Derry pesa sólo medio kilo.

Eso era cierto.

—Y —continuó mi madre— seguro pesas casi tanto como yo.

Todo era muy cierto. Subí furiosa por las escaleras, y me metí al cuarto que compartíamos Derry y yo. Allí estaba la pequeña máquina de coser, puesta en la repisa de la ventana, donde ella la había dejado. La tomé y la contemplé con odio. Después le arranqué la pequeña rueda. Luego forcejé con la máquina hasta que la descompuse. Cuando ya estaba toda rota, la miré primero con satisfacción, y después, muy rápidamente, consternada y arrepentida. Me puse muy triste por haber roto el juguete de Derry, y me daba miedo lo que me pudiera pasar. Hice lo único que se me pudo ocurrir. Me asomé por la ventana y dejé caer todas las piezas al pasillo de cemento afuera de la puerta de la

cocina. Como un rayo, bajé de nuevo las escaleras.

—Derry, Derry —grité—. Estaba queriendo usar tu máquina de coser y se me cayó por la ventana; estoy segura de que se rompió toda.

Mi madre y Derry vinieron corriendo, y todas salimos disparadas al jardín y examinamos los restos lamentables de la maquinita. Derry comenzó a llorar. Yo me sentía muy mal. Después de todo, era mi primer asesinato.

Mi madre se agachó y recogió los pedazos.

—¿Cómo que se cayó por la ventana, Maeve? —preguntó.

—No lo sé, la tenía en la mano y pues se me escapó. Lo bueno es que yo no me caí, ¿no?

Mi madre se rehusó a distraerse con esa imagen mía cayendo al cemento detrás de la máquina.

—¿Seguro que no hiciste nada para *hacer* que se cayera, Maeve?

—¡Ay, no! —grité—. ¡Claro que no! —y se me llenaron los ojos de lágrimas realmente de pena, de que pensara que yo pudiera ser capaz de hacer tal cosa.

Mi madre parecía perpleja y triste, pero le prometió a Derry una máquina nueva, y todas nos metimos a la casa, donde pronto la paz descendió sobre nosotras. Al final, Derry se quedó muy interesada en el funcionamiento de la máquina, que hasta entonces había sido algo de alguna manera misterioso para ella, y se pasó bastante tiempo examinando las partes rotas. Traté de olvidarme de todo el incidente, y lo logré hasta el siguiente sábado, que tenía que ir a confesarme.

Le dije al sacerdote que me había puesto irascible, y asintió. Después le dije que había sentido envidia de mi hermana pequeña.

—La envidia es un pecado muy serio, hija mía —dijo—. Debes tener cuidado con eso.

Le dije que había roto la máquina de coser de mi hermana.

—¿Deliberadamente? —preguntó.

—Sí, padre.

—¿Rompiste uno de sus juguetes porque estabas sintiendo envidia?

—Sí, padre.

—Eso es muy grave, no se hacen esas cosas —dijo el sacerdote—. Si no aprendes a controlarte, va a llegar el día en que hagas algo de lo que te vas a arrepentir mucho. ¿Le dijiste que estabas arrepentida?

—Sí, padre.

Después le dije que le había mentido a mi madre.

—¿Le dijiste mentiras a tu *madre*?

De ahí pasó a decir que si mentir era ya de por sí un pecado grave, quien a su madre miente está tomando un camino muy torcido en esta vida.

—En penitencia —concluyó—, vas a rezar cinco padrenuestros y cinco avemarías.

Salí del confesionario muy agitada, cumplí mi penitencia, y regresé a casa, sintiéndome libre y contenta de que todo hubiera pasado, y llena de amor y contrición y buenos propósitos.

Llegué a casa justo cuando estaban sirviendo la cena, y todos nos sentamos a la mesa y empezamos a hablar.

—¿Y dónde andabas esta tarde? —preguntó mi padre.

—Fui a confesarme, papá.

—¿Y ahora que te pusieron de penitencia?

Apenas y lo oí. En el minuto en que las palabras salieron de mi boca, supe que había cometido un terrible error. Ardiendo de culpa y de vergüenza, volteé a ver a mi madre. Me estaba viendo de un modo que me dejó todavía más confundida, pues a pesar de que su gesto era serio, yo sabía que no estaba enojada. Me encontré muy apenada y muy triste. Lo que quería era dar un alarido de angustia.

—Ay, Maeve —dijo por fin—, mi pobre niña, ¿por qué no te pudiste quedar con la boca cerrada?

—¿Qué es lo que está pasando aquí *ahora*? —preguntó mi padre, desconcertado.

No obtuvo respuesta.

WILLIAM TREVOR

Traducción de Jorge Fondebrider

William Trevor (Mitchelstown, County Cork, 1928 - Somerset, Inglaterra, 2016) publicó *A Standard of Behaviour* (1958), *The Old Boys* (1964), *The Boarding House* (1965), *The Love Department* (1966), *The Day We Got Drunk on Cake and Other Stories* (1967), *Mrs. Eckdorf in O'Neill's Hotel* (1969), *Miss Gomez and the Brethren* (1971), *The Ballroom of Romance and Other Stories* (1972), *The Last Lunch of the Season* (1973), *Elizabeth Alone* (1973), *Angels at the Ritz and Other Stories* (1975), *The Children of Dynmouth* (1976), *Lovers of their Time* (1978), *The Distant Past* (1979), *Other People's Worlds* (1980), *Beyond the Pale* (1981), *Fools of Fortune* (1983), *The Stories of William Trevor* (1983), *The News from Ireland and Other Stories* (1986), *Nights at the Alexandra* (1987), *The Silence in the Garden* (1988), *Family Sins and Other Stories* (1989), *Two Lives* (1991), *Outside Ireland: Selected Stories* (1992), *The Collected Stories* (1992), *Felicia's Journey* (1994), *After Rain* (1996), *Cocktails at Doney's* (1996), *Death in Summer* (1998), *The Hill Bachelors* (2000), *The Story of Lucy Gault* (2002), *A Bit on the Side* (2004), *The Dressmaker's Child* (2005), *Cheating at Canasta* (2007), *Bodily Secrets* (2007), *Love and Summer* (2009), *The Collected Stories* (2009), *Selected Stories* (2010) y *Last Stories* (2018).

Sus traducciones al castellano incluyen *Noches en el Alexandra* (traducción de César Palma; Edhasa, 1988), *Marionetas* (María Isabel Butler-Foley; Anaya & Mario Muchnik, 1995), *La historia de Juliet* (traducción de Catalina Martínez Muñoz; Siruela, 1997), *Leyendo a Turgeniev* (María Isabel Butler-Foley; Edhasa, 1999), *El viaje de Felicia* (traducción de José Manuel Álvarez Flores; Alianza Editorial, 1999), *La historia de Lucy Gault* (traducción de Pat Antón de Vez Ayala-Duarte; Salamandra, 2004), *Verano y amor* (traducción de Victoria Malet; Salamandra, 2011), *Una relación perfecta* (traducción de Isabel Ferrer; Salamandra, 2012) y *Cuentos selectos* (traducción de Andrés Hax; Edhasa, 2020).

EL SALÓN DE BAILE DEL ROMANCE

Los domingos, o los lunes si no podía —y, siendo el domingo su día más ocupado, a menudo no podía—, Canon O'Connell llegaba a la granja para ofrecerle un servicio privado al padre de Bridie, quien, desde que le habían amputado una pierna cuando se le gangrenó, ya no podía desplazarse. En ese entonces, tenían un carro y un caballo y la madre de Bridie todavía vivía: no habría sido difícil que entre las dos lo ayudaran a subir al carro para hacer el recorrido hasta la misa. Pero dos años después el caballo se mancó y, con el tiempo, hubo que sacrificarlo; no mucho después, la madre de Bridie murió.

—No te preocupes —le había dicho Canon O'Connell, refiriéndose a la dificultad de transportar a su padre a la misa—. Me las voy a arreglar para ir en la semana, Bridie.

Hacían que el camión del lechero fuera diariamente por un único tarro de leche, Mr. Driscoll entregaba insumos y comida en su camioneta, y se llevaba los huevos que Bridie había recogido en la semana. Desde que Canon O'Connell había hecho su ofrecimiento, en 1953, el padre de Bridie no había dejado la granja.

Además de la misa de los domingos y de sus visitas semanales al salón de baile que había en el borde del camino, Bridie, una vez al mes, iba pedaleando al pueblo, el viernes a primera hora de la tarde, para ir de compras. Compraba cosas para sí misma, tela para un vestido, lana para tejer, medias, un diario y novelas del salvaje Oeste, envueltas en papel, para su padre. En los negocios, hablaba con algunas de las muchachas que habían ido al colegio con ella, chicas que se habían casado con empleados o propietarios de tiendas, o que se habían convertido ellas mismas en empleadas. Para entonces, la mayoría tenía su propia familia.

—Tienes suerte de estar tranquila en las colinas —le decían a Bridie—, en lugar de estar presa en un agujero como éste.

Muchas de ellas tenían los ojos cansados por los embarazos y por los esfuerzos para organizar y controlar a sus familias numerosas.

Cuando esos viernes pedaleaba de vuelta a las colinas, Bridie, con frecuencia, sentía que realmente le envidaban su vida y le resultaba sorprendente que lo hicieran. Si no hubiera sido por su padre, también habría querido trabajar en el pueblo, tal vez en la fábrica de conservas de carne, o en un negocio. El pueblo tenía un cine llamado Electric, y un negocio de pescado y papas fritas afuera del cual, sobre el pavimento, la gente se reunía a la noche, a comer las papas envueltas

en papel de periódico. Por las noches, sentada en la casa de la granja con su padre, pensaba a menudo en el pueblo, imaginándose las vidrieras de los negocios iluminadas para exhibir sus productos y en las tiendas de golosinas todavía abiertas para que la gente pudiese comprar chocolates o fruta para llevar consigo al cine Electric. Pero el pueblo estaba a diecisiete kilómetros, lo que era demasiado lejos para ir en bicicleta y volver, por una noche de diversión.

—Qué terrible para ti, muchacha —solía decirle su padre, genuinamente afligido—, atada a un hombre con una sola pierna —y suspiraba pesadamente, rengueando de vuelta de los campos, donde se las arreglaba lo mejor que podía—. Si tu madre no hubiese muerto… —decía, sin terminar la frase.

Si su madre no hubiese muerto, la madre podría haberlo cuidado a él y a las pocas hectáreas que él poseía; de algún modo, su madre podría haber levantado el tarro de leche a la plataforma de recolección y haberse ocupado de las pocas gallinas y vacas.

—Sin la ayuda de la chica, estaría muerto —oía que su padre le decía a Canon O'Connell, y Canon O'Connel respondía que realmente había sido afortunado de tenerla.

A pesar de que su padre todavía la llamaba chica, Bridie tenía treinta y seis. Era alta y fuerte: la piel de sus dedos y palmas estaba manchada y era dura al tacto. Los trabajos que habían sufrido les habían dejado mella, como si la savia hubiera sido drenada de la vegetación y el pigmento del barro: desde niña, había arrancado la gramilla que cada primavera crecía entre las remolachas forrajeras y las remolachas azucareras de su padre; desde niña había cosechado papas en agosto, con las manos diariamente hundidas en las raíces que aflojaba y hacía girar. El viento había endurecido la carne de su rostro, el sol la había quemado; su cuello y nariz eran delgados, sus labios tenían arrugas tempranas.

Pero los sábados a la noche, Bridie se olvidaba de la gramilla y del barro. Con vestidos diferentes, alentada por su padre para que hiciera el recorrido, iba en bicicleta hasta el salón de baile.

—¿No te hace bien, muchacha? —le decía, como si se imaginara que ella misma se privaba del placer—. ¿Por qué no te diviertes?

Ella le preparaba el té y luego él se instalaba con la radio, o tal vez con una novela del salvaje Oeste. A su debido tiempo, cuando ella seguía en el baile, él avivaba el fuego y rengueaba escaleras arriba hasta la cama.

El salón de baile, propiedad de Mr. Justin Dwyer, estaba a kilómetros de cualquier parte, un edificio solitario a un costado del camino con pantanos sin árboles a su alrededor y una extensión de grava delante de sí. Sobre cemento de guijarros de color rosa, su nombre estaba pintado en un azul celeste que hacía juego con lo

profundo de la oscuridad del fondo, pero se destacaba bien, proclamando simplemente el Salón de Baile del Romance. Encima de esas letras, cuatro lamparitas —roja, verde, anaranjada y malva— iluminaban alternativamente, indicación de que la cita nocturna estaba en marcha. Sólo la fachada del edificio era rosada, las otras paredes eran de un gris más común. Y adentro, salvo por las puertas vaivén rosadas, todo era azul.

La noche de los sábados, Mr. Justin Dwyer, un hombre bajo y delgado, desbloqueaba la reja de metal que protegía su propiedad y la retiraba, creando una boca abierta desde la cual más tarde iba a salir la música. Ayudaba a su mujer a cargar cajones de limonada y paquetes de galletas desde el auto, y luego ocupaba una posición en el diminuto vestíbulo entre la reja retirada y las puertas vaivén rosadas. Se sentaba ante una mesa plegable, con dinero y boletos esparcidos delante de él. La gente decía que había hecho una fortuna: poseía también otros salones de baile.

La gente llegaba en bicicletas o en viejos automóviles; gente del campo como Bridie, de granjas en colinas remotas y pueblos. Gente que no muy seguido veía a otra gente se reunía allí, muchachas y muchachos, hombres y mujeres. Le pagaban a Mr. Dwyer y entraban al salón de baile, donde se proyectaban las sombras sobre las paredes de un azul pálido y la bola de cristal era tenue. La banda, conocida como la Romantic Jazz Band, estaba compuesta por clarinete, batería y piano. El baterista a veces cantaba.

Bridie había estado yendo al salón de baile desde que salió de las Hermanas de la Presentación, antes de la muerte de su madre. No le importaba el viaje, que consistía en once kilómetros de ida y once de vuelta: viajaba todo eso cada día hasta lo de las Hermanas de la Presentación en la misma bicicleta, que antes había sido propiedad de su madre, una vieja Rudge comprada originalmente en 1936. Los domingos pedaleaba los nueve kilómetros y medio hasta la misa, pero tampoco le importaba: estaba muy acostumbrada a todo eso.

—¿Cómo estás, Bridie? —preguntó Mr. Justin Dwyer cuando ella llegó con un vestido escarlata nuevo una noche de otoño de 1971. Ella le dijo que bien y, respondiendo a una segunda pregunta de Mr. Dwyer, dijo que también su padre estaba bien—. Voy a ir a verlo uno de estos días —prometió Mr. Dwyer, promesa que había estado haciendo por veinte años.

Ella pagó la entrada y atravesó las puertas vaivén rosadas. La Romantic Jazz Band estaba tocando “The Destiny Waltz”, una melodía conocida del pasado. A pesar del nombre de la banda, nunca se tocaba jazz en el salón de baile: a Mr. Dwyer no le interesaba personalmente ese tipo de música, ni le habían interesado los distintos tipos de danza que se habían puesto de modo a través del tiempo. El jive, el rock and

roll, el twist y otras variaciones semejantes habían sido todas resistidas por Mr. Dwyer, quien creía que un salón de baile debía ser, tanto como fuera posible, un lugar digno. La Romantic Jazz Band consistía en Mr. Maloney, Mr. Swanton y Dano Ryan en la batería. Eran tres hombres de mediana edad, que iban desde el pueblo en el auto de Mr. Maloney, intérpretes aficionados que, por lo demás, eran empleados de la fábrica de carne en conserva, de la Electricity Supply Board y del County Council.

—¿Cómo estás, Bridie? —preguntó Dano Ryan cuando ella pasó camino al guardarropa. Estaba libre un rato de su batería. “The Destiny Waltz” no requería mucha atención de él.

—Estoy bien, Dano —dijo ella—. ¿Y cómo estás tú? ¿Mejor de los ojos?

La semana pasada, le había dicho él, los ojos le habían empezado a lagrimear y eso debió haber sido por algún tipo de frío u otra cosa. Se había levantado a la mañana con eso y la cosa había persistido hasta la tarde: era una experiencia nueva, le dijo, y añadió que nunca había tenido un solo día de enfermedad o malestar en toda su vida.

—Creo que necesito anteojos —dijo ahora, y cuando entraba al guardarropa, ella se lo imaginó con anteojos, reparando los caminos, que era para lo que lo había empleado el County Council. Pensó que difícilmente se veía alguna vez a un peón con anteojos y se preguntó si todo el polvo que era inherente a su trabajo no le habría afectado los ojos.

—¿Cómo estás, Bridie? —le dijo una muchacha que se llamaba Eenie Mackie en el guardarropas; era una chica que había salido de las Hermanas de la Presentación apenas hacía un día.

—Qué bonito vestido, Eenie —dijo Bridie—. ¿Es nailon eso?

—En realidad, poliéster. Se seca solo.

Bridie se sacó el abrigo y lo colgó de un gancho. En el guardarropa había un pequeño lavabo sobre el cual colgaba un espejo oval descolorido. El piso de concreto estaba cubierto de pañuelos de papel usados y pedazos de algodón, colillas de cigarrillos y fósforos. Unas maderas pintadas de verde separaban un baño en el rincón.

—Vaya, qué bien te ves, Bridie —hizo notar Madge Dowding, esperando su turno ante el espejo. Iba hacia allí mientras hablaba, sacándose un par de lentes antes de intentar aplicarse maquillaje en las pestañas. Se quedó mirando miope el óvalo del espejo, canturreando mientras las otras muchachas se iban poniendo inquietas.

—¡Quieres apurarte, por el amor de Dios! —gritó Eenie Mackie—. Estamos aquí esperando toda la noche, Madge.

Magde Dowding era la única que era mayor que Bridie. Tenía

treinta y nueve, aunque a menudo decía que era más joven. A las muchachas eso les causaba gracia y decían que Madge Dowding tenía que aceptar su condición —su edad, su estrabismo y su cutis pobre— y no ponerse en ridículo saliendo a buscar hombres. ¿Qué hombre se molestaría con ella de todos modos? Más le valdría entregarse a trabajar los sábados por la noche para la Legión de María: ¿acaso Canon O'Connel no estaba buscando siempre ayuda?

—¿Está ese tipo? —preguntaba ahora, apartándose del espejo—. El de brazos largos. ¿Alguna lo vio afuera?

—Está bailando con Cat Bolger —le dijo una de las muchachas—. Está atornillada a él.

—Muchachito enamorado —observó Patty Byrne, y todas se rieron porque la persona a la que se referían difícilmente fuera muchacho alguno, ya que, según decían, tenía cincuenta, un soltero que sólo ocasionalmente iba al salón de baile.

Madge Dowding abandonó rápidamente el guardarropa, sin molestarse en simular que estaba ansiosa por la confluencia de Cat Bolger y el hombre de brazos largos. Dos manchas nítidas de color rojo les subieron a las mejillas, y cuando, en su apuro, tropezó, las chicas del guardarropas se rieron. Una muchacha más joven habría simulado estar distraída.

Bridie charlaba, esperando el espejo. Algunas chicas, que no deseaban demorarse, usaban los espejos de sus polveras. Después, de a dos o de a tres, ocasionalmente solas, salían del guardarropa y ocupan sus lugares en sillas rectas de madera en uno de los extremos del salón de baile, esperando que las invitaran a bailar. Mr. Maloney, Mr. Swanton y Dano Ryan tocaban "Harvest Moon" y "I Wonder Who's Kissing Her Now" y "I'll Be Around".

Bridie bailó. Su padre ya estaría quedándose dormido junto al fuego; el aparato sintonizado en Radio Eireann sería un murmullo de fondo. Él ya había escuchado *Faith and Order* y *Spot the Talent*. Su novela del salvaje Oeste *Three Rode Fast*, de Jake Matall, habría caído desde su única rodilla al piso de losa. Se despertaría sobresaltado, como cada noche y, olvidándose de qué noche era, se sorprendería al no verla, porque, por lo general, ella estaba sentada allí, a la mesa, remendando ropa o lavando huevos. "¿Es la hora de las noticias?", diría él automáticamente.

El polvo y el humo de cigarrillo formaban una neblina debajo de la bola de cristal, los golpes secos de los pies, las chicas gritando y riéndose, algunas de ellas bailando juntas a falta de un varón que las acompañara. La música estaba alta, los músicos se habían sacado los sacos. Vigorosamente, interpretaban algunas canciones de *State Fair* y entonces, de manera más romántica, "Just One of Those Things". El tiempo se aceleró para una canción de Paul Jones, al cabo de la cual

Bridie descubrió que estaba con un joven que le contó que estaba ahorrando para emigrar porque, en su opinión, la nación estaba acabada.

—Estoy arriba, en las colinas, con mi tío —dijo—, trabajando catorce horas diarias. ¿Es esa vida para un muchacho? —Ella conocía a su tío, un granjero cuyas hectáreas rocosas estaban separadas de las de su padre sólo por otra granja—. Me destroza con el trabajo —le dio el joven—. ¿Qué sentido tiene, Bridie?

A las diez en punto, hubo un revuelo, ocasionado por la llegada de tres solteros de mediana edad, que habían venido en bicicleta desde el pub de Carey. Gritaban y silbaban, saludando a otra gente que estaba del otro lado de la pista de baile. Olían a cerveza negra, sudor y whiskey.

Cada sábado, justo a esa hora, llegaban y, habiéndoles vendido sus entradas, Mr. Dwyer plegaba su mesa y cerraba la caja de lata donde guardaba las ganancias de la noche: su salón de baile estaba lleno.

—¿Cómo estás, Bridie? —preguntó uno de los solteros, conocido como Bowser Egan. Otro, Tim Daly, le preguntó a Patty Byrne cómo andaba.

—Vamos a la pista? —sugirió Eyes Horgan a Madge Dowding, ya apoyando la parte delantera de su traje azul marino contra la red del vestido de ella. Bridie bailó con Bowser Egan, quien le dijo que se la veía muy bien.

Los solteros nunca se casarían, suponían las muchachas del salón de baile: ya estaban casados con la cerveza y el whiskey, y por pereza a tres madres muy mayores en algún lugar de las colinas. El hombre de los brazos largos no bebía, pero por otras razones era lo mismo: tenía el mismo aspecto de soltero, algo en su rostro.

—Bien —dijo Bowser Egan, haciendo un paso de foxtrot de manera imprecisa y borracho—. Una gran bailarina, Bridie.

—¡Deja de hacer eso! —gritó Madge Dowding, chillando por encima del sonido de la música. Eyes Horgan le había deslizado dos dedos en la parte de atrás del vestido y ahora simulaba que los había metido ahí por accidente. Sonreía abotagado, con su carota roja que chorreaba sudor, los ojos que le habían dado su apodo eran protuberantes y estaban inyectados de sangre.

—Ten cuidad con ése —gritó Bowser Egan, riéndose de manera tal que roció con saliva la cara de Bridie. Eenie Mackie, que también estaba bailando cerca de donde ocurría el incidente, también se rio y le guiñó un ojo a Bridie. Dano Ryan dejó sus tambores y cantó:

“Oh, cómo extraño tu beso suave —entonó—, y añoro apretar tu talle”.

Nadie sabía el nombre del hombre de los brazos largos. Las únicas

palabras que se supo que había pronunciado en el Salón de Baile del Romance era las que había pronunciado para invitar a bailar. Era un hombre tímido que, cuando no estaba en la pista de baile, se quedaba solo. Más tarde, se fue en su bicicleta, sin saludar a nadie.

—Cat tiene a su hombre a los saltos esta noche —le hizo notar Tim Daly a Patty Byrne, porque el entusiasmo que Cat Bolger había introducido en el foxtrot y en el vals era notorio.

"Pienso en ti solamente —cantaba Dano Ryan—. Solamente deseando, deseando que estuvieras a mi lado".

Con frecuencia, Bridie pensaba que Dano Ryan habría funcionado porque era una clase distinta de soltero: tenía una mirada solitaria, como si se hubiese cansado de estar solo, y durante la semana volvía mentalmente a ese pensamiento. Dano Ryan habría funcionado porque ella sentía que no le habría importado ir a vivir a la granja, mientras su padre de una sola pierna todavía estuviera allí. Tres podían vivir con el mismo dinero que dos en lo que a Dano Ryan concernía porque si renunciara al salario que ganaba como peón de caminos lograría emparejarse ahorrando el pago de alojamiento. En una oportunidad, al final de la velada, ella simuló que se le había pinchado la goma de atrás de la bicicleta y él se ocupó de eso, mientras Mr. Maloney y Mr. Swanton lo esperaban en el coche de Mr. Maloney. Infló la goma con el inflador del auto y dijo que creía que iba a aguantar.

En el salón de baile se sabía bien que ella imaginaba tener alguna chance con Dano Ryan. Pero también se sabía que Dano Ryan estaba implicado en un modo de vida ya establecido y se había atenido a él durante bastantes años. Se alojaba con una viuda llamada Mrs. Griffin y con el hijo de Mrs. Griffin que tenía problemas mentales, en una casita en las afueras del pueblo. Decían que había sido bueno con el chico, que le compraba golosinas y que lo llevaba consigo a dar vueltas en el caño de su bicicleta. Cada semana, le daba una hora o dos de su tiempo a la Iglesia de Nuestra Señora del Cielo, y era fiel a Mr. Dwyer. Tocaba en los otros dos salones rurales de baile que eran propiedad de Mr. Dwyer, rechazando las ofertas del más sofisticado salón de baile del pueblo, aun cuando estuviera más convenientemente ubicado y el pago fuera más sustancial que el que le daba Mr. Dwyer. Pero a Dano Ryan lo había descubierto Mr. Dwyer y Dano no lo olvidaba, así como Mr. Maloney y Mr. Swanton no habían olvidado que también habían sido descubiertos por Mr. Dwyer.

—¿Tomamos una limonada? —sugirió Bowser Egan—. ¿Y un paquete de galletitas, Bridie?

Jamás se había vendido alcohol en el Salón de Baile del Romance, el lugar carecía de licencia para ese estímulo suplementario. Mr. Dwyer, de hecho, nunca había pedido una licencia para ninguno de sus locales, sabiendo que el romance y el alcohol eran productos

difíciles de mezclar, especialmente en un salón de baile digno. Detrás de donde estaban sentadas las chicas en sillas de madera, la esposa de Mr. Dwyer, una mujer bajita y robusta, servía las botellas de limonada, con pajitas, y las galletitas y papas fritas. Hablaba enfáticamente mientras lo hacía, principalmente sobre los pavos que criaba. Una vez le había dicho a Bridie que pensaba en ellos como en sus hijos.

—Gracias —dijo Bridie, y Bowser Egan la condujo hasta la mesa de caballetes. Pronto, tendría lugar el intermedio: pronto, los tres miembros de la banda cruzarían el lugar para refrescarse. Ella pensó qué preguntarle a Dano Ryan.

La primera vez que ella bailó en el Salón de Baile del Romance, a los dieciséis años, Dano Ryan también estaba allí, cuatro años mayor que ella, tocando la batería para Mr. Maloney como ahora. Ella difícilmente lo había notado porque no era uno de los que bailaban: era parte del decorado del salón de baile, como la mesa con caballetes y las botellas de limonada, y Mrs. Dwyer y Mr. Dwyer. Los jóvenes que bailaban con ella en sus trajes azules sabatinos más tarde habían desaparecido en el pueblo, o se habían ido a Dublín o a Gran Bretaña, dejando tras de sí a los que se habían convertido en los solteros de las colinas. Había habido un muchacho llamado Patrick Grady, de quien ella se había enamorado en ese tiempo. Semana tras semana, ella había salido del Salón de Baile del Romance con la imagen de su rostro en la mente, una cara delgada, pálida debajo del cabello negro. Bailar con Patrick Grady había sido diferente, y ella había sentido que, para él, había sido diferente bailar con ella, a pesar de que nunca lo dijo. De noche, soñaba con él y también de día, mientras ayudaba a su madre en la cocina o a su padre con las vacas. Semana tras semana, volvía al salón de baile, sonriendo ante su fachada rosada y bailando en los brazos de Patrick Grady. A menudo se quedaban juntos bebiendo limonada, sin decir nada, sin saber qué decir. Ella sabía que él la amaba, y creía así que, un día, él iba a sacarla del oscuro y romántico salón de baile, de su azul y de su rosa y de la luz de bola de cristal y su música. Creía que él iba a sacarla al sol, al pueblo y a la Iglesia de Nuestra Señora del Cielo, al casamiento y a los rostros sonrientes. Pero Patrick Grady le tocó a otra, a una chica del pueblo que nunca iba a bailar al salón de baile junto al camino. Ella se alzó con Patrick Grady sin que él pudiera escapar.

Al enterarse de eso, Bridie lloró. Por la noche, se tiraba en la cama de la granja, llorando en silencio, las lágrimas rodando en su cabello y mojando la almohada. Cuando se despertaba muy temprano, el pensamiento todavía la perturbaba y seguía molestándola todo el día, reemplazando sus ensoñaciones diurnas de felicidad. Más adelante, alguien le dijo que él se había ido a Gran Bretaña, a Wolverhampton,

con la chica con la que se había casado, y ella se lo imaginó, en un lugar que no era realmente capaz de visualizar, trabajando en una fábrica, con hijos y adquiriendo el acento de la zona. El Salón de Baile del Romance no era el mismo sin él, y cuando, con el correr de los años, nadie más le interesó particularmente ni le ofreció matrimonio, se encontró preguntándose por Dano Ryan. Si no se puede tener amor, seguramente lo mejor que puede pasarte es un hombre decente.

Bowser Egan difícilmente caía en esa categoría, lo mismo que Tim Daly. Y era claro para todo el mundo que Cat Bolger y Madge Dowding estaban perdiendo el tiempo con el hombre de brazos largos. Madge Dowding ya era el hazmerreír del baile por la manera en que corría detrás de los solteros; si no tenía cuidado, Cat Bolger iba a terminar de la misma manera. De una u otra forma, no era difícil ser el hazmerreír del baile, y para eso no había que ser tan mayor como Madge Dowding: una chica que acababa de salir de las Hermanas de la Presentación le preguntó una vez a Eyes Horgan qué tenía en el bolsillo del pantalón y él le dijo que un cortaplumas. Después ella repitió eso en el guardarropas, y dijo que le había pedido a Eyes Horgan que no bailara tan pegado a ella porque se lo estaba clavando.

—¡Guau, resultaste la afortunada! —gritó divertida Patty Byrne: todas se rieron, sabiendo que Eyes Horgan sólo iba al salón para eso. No le servía a ninguna chica.

—Dos limonadas, Mrs. Dwyer —dijo Bowser Egan—, y dos paquetes de Kerry Creams. ¿Kerry Creams está bien, Bridie?

Ella asintió sonriente. Las Kerry Creams estaban bien, dijo.

—¡Oh, Bridie, qué magnífico vestido tienes! —observó Mrs. Dwyer —. ¿No es cierto que el rojo le queda bien, Bowser?

Al lado de las puertas vaivén estaba Mr. Dwyer, fumando un cigarrillo que mantenía protegido en la mano izquierda. Sus ojos pequeños observaban todos los desarrollos. Había notado la ansiedad que Eyes Horgan le había producido a Madge Dowding cuando le metió dos dedos en la abertura del vestido. Había desviado la vista, sin preocuparse por el incidente, pero si hubiese ido más lejos le habría hablado a Eyes Horgan, como lo había hecho en otras ocasiones. Algunos de los muchachos más jóvenes no entendían y bailaban muy pegados a sus compañeras, quienes generalmente se sentían demasiado avergonzadas como para reaccionar, porque también eran jóvenes. Pero eso, según la opinión de Mr. Dwyer, era harina de otro costal porque eran chicos decentes que en poco tiempo tendrían una relación estable con una chica y terminarían como él mismo con la Sra. Dwyer, en la misma casa que ella, durmiendo en la misma cama, rigurosamente casados. Los que requerían vigilancia eran los solteros de mediana edad: llegaban desde las colinas como chivos montaraces, liberados de sus mamis y del olor de los animales

y la tierra. Mr. Dwyer siguió vigilando a Eyes Horgan, preguntándose qué tan borracho estaba.

La canción de Dano Ryan terminó, Mr. Swanton dejó de lado su clarinete, Mr. Maloney se levantó del piano. Dano Ryan se secó la transpiración de la cara y los tres hombres, lentamente, se desplazaron hacia la mesa de caballetes de Mrs. Dwyer.

—Dios, tienes piernas poderosas —le susurró Eyes Horgan a Madge Dowding, pero la atención de Madge Dowding estaba puesta en el hombre de brazos largos, que se había apartado del lado de Cat Bolger y que se dirigía en dirección al baño de hombres. Nunca bebía refrescos. Ella se desplazó hacia el baño de hombres para posicionarse afuera, pero Eyes Horgan la siguió.

—¿Quieres una limonada, Madge? —le preguntó. Tenía consigo una botellita de whiskey: si iban a un rincón, podría agregarle una gota de eso a la limonada. No bebía alcohol, le recordó ella y se alejó.

—Discúlpame un minuto —dijo Bowser Egan, dejando su botella de limonada. Cruzó el salón hacia el baño. También él, sabía Bridie, debía tener una. Ella observaba mientras Dano Ryan, escuchando algo que Mr. Maloney estaba contando, se había detenido en el centro del salón de baile, con la cabeza inclinada para oír lo que se estaba diciendo. Era un hombre alto, grandote, de cabello negro levemente canoso y grandes manos. Se rio cuando Mr. Maloney llegó al final de su cuento y entonces volvió a inclinar la cabeza para escuchar un cuento de Mr. Swanton.

—¿Estás sola, Bridie? —preguntó Cat Bolger, y Bridie le dijo que estaba esperando a Bowser Egan—. Creo que me voy a tomar una limonada —dijo Cat Bolger.

Los chicos y las chicas más jóvenes seguían abrazados, haciendo la cola para comprar refrescos. Los muchachos que no habían bailado, nerviosos porque no conocían ningún paso, permanecían en grupos, fumando y contando chistes. Las muchachas que no habían bailado con ellos, hablaban entre sí, con la mirada errante. Algunas de ellas sorbían la limonada de pajitas.

Bridie, todavía observando a Dano Ryan, se lo imaginaba llevando los anteojos de los que él había hablado, sentado en la cocina de la granja, leyendo una de las novelas del salvaje Oeste de su padre. Se imaginó a los tres comiendo algo que ella había preparado, huevos fritos y tocino y tortitas fritas de papa, y té con pan, manteca y mermelada, pan negro y de soda. Se imaginó a Dano Ryan abandonando la cocina a la mañana yendo a los campos para desmalezar las remolachas, y a su padre rengueando detrás de él, y a los dos hombres trabajando juntos. Vio el heno siendo cortado, a Dano Ryan con la guadaña que ella misma había aprendido a usar, y a su padre empleando un rastrillo lo mejor que podía. Se vio a sí misma

que, dada la ayuda suplementaria, podía ocuparse de cosas de la granja, cosas para las que nunca tenía tiempo por las vacas, las gallinas y los campos. Había cortinas de dormitorio que necesitaban ser reparadas donde la red se había rasgado, y empapelado que se había soltado y que necesitaba ser fijado con engrudo. La despensa de la cocina necesitaba ser blanqueada.

La noche en que ella pinchó la goma de su bicicleta pensó que él iba a besarla. Él se había agachado en la oscuridad con el oído cerca de la goma, para escuchar el aire que se escapaba. Al no oír nada, se incorporó y le dijo que pensaba que iba a aguantar. El rostro de él había quedado muy cerca del de ella y ella le sonrió. Y en ese momento, desafortunadamente, Mr. Maloney había pegado un bocinazo impaciente.

Frecuentemente había sido besada por Bowser Egan, en las noches en que él le insistía en hacer una parte del trayecto de vuelta con ella. Tenían que bajarse para empujar sus bicicletas colina arriba y, la primera vez que la acompañó, él planeó trastabillarse contra ella, tratando de recuperar el equilibrio poniéndole una mano en el hombro. Lo próximo fue descubrir la humedad de los labios de él y escuchar el sonido de la bicicleta de Bowser mientras retumbaba ruidosamente sobre el camino. Entonces, recuperando el aliento, él sugirió que fueran a un campo.

Eso había sido nueve años atrás. Durante ese tiempo ella había sido igualmente besada, en circunstancias similares, por Eyes Horgan y Tim Daly. Ella había ido a los campos con ellos y les había permitido que la abrazaran mientras respiraban pesadamente. En uno u otro momento, se había imaginado casarse con uno u otro, viéndolos en la granja con su padre, aun cuando esas fantasías fueran improbables.

Bridie se quedó con Cat Bolger, sabiendo que iba a pasar un rato antes de que Bowser Egan saliera del baño. Mr. Maloney, Mr. Swanton y Dano Ryan se acercaron, y Mr. Maloney insistió en que debería agarrar tres botellas de limonada de la mesa de caballetes.

—La última la cantaste maravillosamente —le dijo Bridie a Dano Ryan—. Qué canción hermosa.

Mr. Swanton dijo que era la canción más bella que jamás se hubiera escrito, y Cat Bolger dijo que ella prefería “Danny Boy”, que, en su opinión, era la canción más bella que se hubiese escrito.

—Denle una chupada a esto —dijo Mr. Maloney, extendiéndoles a Dano Ryan y a Mr. Swanton botellas de limonada—. ¿Qué tal estás hoy, Bridie? ¿Está bien tu padre?

Su padre estaba bien, dijo ella.

—Oí que estaban por abrir una fábrica de cemento —dijo Maloney —. ¿Alguien se enteró de algo? Están buscando algo en la tierra que

produzca buen cemento. A tres metros de profundidad, en Kilmalough.

—Eso va a traer empleo —dijo Mr. Swanton—. Lo que se necesita en esta zona es empleo.

—Canon O'Connel estaba al tanto —dijo Mr. Maloney—. Hay dinero yanqui involucrado.

—¿Van a venir los yanquis? —preguntó Cat Bolger—. ¿Son ellos los que van a dirigir la cosa, Mr. Maloney?

Mr. Malone, atento a su limonada, no oyó las preguntas y Cat Bolger no se las repitió.

—Hay algo que se llama Optrex —le dijo Bridie en voz baja a Dano Ryan—, que mi padre se ponía cuando le lloraban los ojos. En una de ésas, el Optrex podría parar el lagrimeo, Dano.

—Bueno, no me molesta tanto…

—Algo malo en los ojos es terrible. No hay que arriesgarse. Consigues el Optrex en la farmacia, Dano, y un recipiente pequeño con eso para que puedas darte un baño de ojos.

Los ojos de su padre se habían inflamado y era feo mirarlos. Ella había ido al Riordan's Medical Hall, en el pueblo, y le había explicado a Mr. Riordan cuál era el problema, y Mr. Riordan recomendó el Optrex. Ella se lo contó a Dano Ryan, añadiendo que su padre no había vuelto a tener problemas en los ojos desde entonces. Dano Ryan asintió.

—¿Oyó esto, Mrs. Dwyer? —preguntó Mr. Maloney

—Una fábrica de cemento para Kilmalough.

Mrs. Dwyer meneó la cabeza, disponiendo botellas vacías en un cajón. Había oído referencias a la fábrica de cemento, dijo: eran las mejores noticias en mucho tiempo.

—Kilmalough va a estar desconocida —comentó su marido, uniéndosele en la tarea de depositar las botellas de limonada vacías.

—Seguramente eso va a traer prosperidad —dijo Mr. Swanton—. Justo estaba diciendo, Justin, que el empleo es algo necesario.

—Claro, los yanquis van a… —empezó Cat Bolger, pero Mr. Maloney la interrumpió.

—Los yanquis van a estar en eso, Cat, o tal vez no vengan… quizás sólo pongan dinero en eso. Será enteramente trabajo local.

—No vas a casarte con un yanqui, Cat —dijo Mr. Swanton, riéndose ruidosamente—. A esos tipos no los agarras.

—¿Acaso no hay suficientes solteros locales? —sugirió Mr. Maloney. También se rio, tirando la pajita de la que había estado chupando y llevándose la botella a la boca. Cat Bolger le dijo que se metiera en sus cosas. Fue hacia el baño de hombres y se ubicó afuera de éste, sin hablarle a Madge Dowding, quien todavía estaba allí.

—Échale un ojo a Eyes Horgan —alertó Mrs. Dwyer a su marido,

advertencia que le daba a esa hora cada sábado a la noche, sabiendo que Eyes Horgan estaba bebiendo en el baño. Cuando se emborrachaba, Eyes Horgan era el soltero más difícil de todos.

—Todavía me queda un poco, Dano —dijo Bridie en voz baja—. Puedo traerla el sábado. La cosa para el ojo.

—Ah, no te preocupes, Bridie…

—No es molestia. Honestamente, yo…

—Mrs. Griffin me arregló un examen con el Dr. Cready. Los ojos no son una preocupación, sólo cuando leo el diario o en el cine. Mrs. Griffin dice que sólo estoy forzándolos por la falta de anteojos.

Cuando dijo eso, miró para otro lado, y ella supo de inmediato que Mrs. Griffin estaba arreglándoselas para casarse con él. Lo sintió instintivamente: Mrs. Griffin iba a casarse con él porque tenía miedo de que, si él se iba de su casa para casarse con otra, iba a ser difícil reemplazarlo por otro inquilino que fuera tan bueno con su hijo enfermo. Se había vuelto un padre para el hijo enfermo de Mrs. Griffin, con quien ya era amable. Era la consecuencia natural, porque Mrs. Griffin tenía todas las de ganar, viéndolo a él cada noche y cada mañana, sin tener que andar ingeniándoselas para tener encuentros semanales en el salón de baile.

Pensó en Patrick Grady, viendo mentalmente su cara delgada y pálida. Ella ya podría ser la madre de cuatro de sus hijos, o siete, o tal vez ocho. Podría estar viviendo en Wolverhampton, saliendo de noche para ir al cine, en lugar de cuidar a un hombre con una sola pierna. Si el peso de las circunstancias no hubiera intervenido, no estaría allí, de pie, en un salón de baile al lado del camino, haciendo el duelo del matrimonio de un peón de caminos a quien no amaba. Por un instante creyó que iba a llorar, parada ahí, pensando en Patrick Grady en Wolverhampton. En su vida, en la granja y en la casa, no había lugar para lágrimas. Las lágrimas eran un lujo, tal como lo serían las flores de los campos allí donde crecen las remolachas, o una mano de cal en la despensa. Nunca habría sido justo haber llorado en la cocina, mientras su padre estaba sentado escuchando *Spot the Talent*: su padre tenía más derecho a llorar por haber perdido una pierna. Sufría mucho, sin embargo seguía siendo amable y preocupándose por ella.

En el Salón de Baile del Romance sintió detrás de sus ojos las lágrimas que habría sido impropio liberar en presencia de su padre. Quería dejarlas salir, sentirlas corriendo en sus mejillas, recibir la compasión de Dano Ryand y de todos los demás. Quería que todos la escucharan mientras les contara sobre Patrick Grady, quien ahora estaba en Wolverhampton, y sobre la muerte de su madre, y sobre su propia vida desde entonces. Quería que Dano Ryan la abrazara para poder inclinar la cabeza contra su brazo. Quería que él la mirase con su mirada decente y que le acariciara con sus dedos de peón de

caminos el dorso de sus propias manos. Podría despertarse en una cama con él e imaginar, por un instante, que era Patrick Grady. Podría lavarle los ojos y simular.

—Volvamos a los nuestro —dijo Mr. Maloney, conduciendo a su banda a través del salón hasta los instrumentos.

—Dile a tu padre que estuve preguntando por él —dijo Dano Ryan. Ella sonrió y prometió, como si nada hubiese sucedido, que iba a decirle a su padre.

Bailó con Tim Daly y luego, de nuevo, con el joven que le dijo que tenía intención de emigrar. Vio a Madge Dowding yendo rápidamente hacia donde estaba el hombre de brazos largos cuando éste salió del baño, moviéndose más rápido que Cat Bolger. Eyes Horgan se acercó a Cat Bolger. Bailó con ella, le habló seriamente, intentando persuadirla de que le permitiera acompañarla parte del camino a casa con ella. No era consciente de los celos que a ella le despertaba ver a Madge Dowding apretarse al hombre de brazos largos cuando bailaban un *quickstep*. Cat Bolger también andaba por los treinta y pico.

—Vamos, fuera —dijo Bowser Egan, interrumpiendo al joven que estaba bailando con Bridie—. Vete a casa con tu mami, muchachito — y la tomó en sus brazos, volviéndole a decir lo linda que estaba esa noche—. ¿Oíste lo de la fábrica de cemento? —dijo—. ¿No es genial para Kilmalough?

Ella asintió. Dijo lo que Mr. Swanton y Mr. Maloney habían dicho: que la fábrica de cemento iba a traer empleo a la comunidad.

—¿Puedo acompañarte un tramo hasta tu casa, Bridie? —preguntó Bowser Egan, y ella hizo como que no lo oyó—. ¿Acaso no eres mi chica, Bridie? ¿No lo has sido siempre? —dijo, una declaración que no tenía el menor sentido.

Siguió susurrándole, diciéndole que se casaría con ella mañana mismo, salvo que su madre no permitiría otra mujer en la casa. Ella sabía cómo era la cosa, le recordó él, tener un padre a quien cuidar: no puedes dejar que se pudra, debes honrar a tu padre y a tu madre.

Bailó “The Bells Are Ringing”, moviendo las piernas al mismo tiempo que las de Bowser Egan, mientras que, por encima de su hombro, observaba a Dano Ryan, que golpeaba suavemente los tambores más pequeños. Mrs. Griffin se lo había birlado aunque ella tenía casi cincuenta, no era linda, y tenía piernas y brazos torpes. Mrs. Griffin se lo había birlado exactamente como la chica le había birlado a Patrick Grady.

La música cesó, Bowser Egan la abrazó con fuerza contra él, tratando de tocar su cara con la suya. Alrededor de ellos, la gente silbaba y aplaudía: la velada había llegado a su fin. Ella se apartó de Bowser Egan, sabiendo que nunca volvería a bailar al Salón del Baile

del Romance. Era el hazmerreír, que intentaba promover una relación con un trabajador de mediana edad del County Council, tan ridícula como Madge Dowding, que seguía bailando aunque su momento había pasado.

—Te espero afuera, Cat —dijo Eyes Horgan, encendiendo un cigarrillo mientras atravesaba las puertas vaivén.

El hombre de brazos largos —se le habían alargado, decían, por sacar piedras fuera de su tierra— ya había salido del salón de baile. Otros estaban saliendo rápidamente. Mr. Dwyer ordenaba las sillas.

En el guardarropa, las muchachas se ponían los abrigos y se decían que se verían al día siguiente en la misa. Madge Dowding se apresuraba.

—¿Estás bien, Bridie? —le preguntó Patty Byrne, y Bridie le dijo que sí. Le sonrió a la pequeña Patty Byrne, preguntándose si también le llegaría el día a esa muchacha jovencita, si un día iba a decidir que se había convertido en el hazmerreir de un salón de baile a la vera del camino.

—Buenas noches —dijo Bridie, abandonando el guardarropas, y las muchachas que seguían charlando allí le desearon las buenas noches. Afuera del guardarropas se detuvo un momento. Mr. Dwyer todavía seguía ordenando las sillas, recogiendo del piso botellas vacías de limonada, disponiendo las sillas en una fila prolija. Su mujer barría el piso.

—Buenas noches, Bride —dijo Mr. Dwyer.

—Buenas noches, Bridie —dijo su mujer.

Habían encendido luces suplementarias como para que los Dwyer pudieran ver lo que estaban haciendo. Con el resplandor, las paredes azules del salón de baile se veían mugrientas, marcadas con gomina allí donde los hombres se habían apoyado contra ellas, inscrito sus nombres e iniciales con corazones y flechas sobre ellas. La bola de cristal daba una luz que era inútil en el resplandor; la bola estaba rota aquí y allá, lo que no se notaba cuando las otras luces estaban encendidas.

—Buenas noches —les dijo Bridie a los Dwyer. Pasó por las puertas vaivén y bajó los tres escalones de concreto hasta la extensión de grava delante del salón. La gente se había reunido en la grava, hablando en grupos, al lado de sus bicicletas. Vio a Madge Dowding partiendo con Tim Daly. Un muchacho se alejó pedaleando con una chica sentada en el caño de su bicicleta. Los motores de los automóviles se encendieron.

—Buenas noches, Bridie —le dijo Dano Ryan.

—Buenas noches, Dano —dijo ella.

Atravesó la grava dirigiéndose hacia su bicicleta, oyendo a Mr.

Maloney, en alguna parte detrás de ella, repitiendo que mire como se mire, la fábrica de cemento sería una gran cosa para Kilmalough. Sintió un portazo y supo que era Mr. Swanton, golpeando la puerta del auto de Mr. Maloney, porque siempre pegaba el mismo sonoro portazo. Otras dos puertas se cerraron mientras llegaba hasta su bicicleta y entonces el motor y las luces se encendieron. Bridie tocó las dos gomas de la bicicleta para asegurarse de que no había pinchado. Las ruedas del auto de Mr. Maloney atravesaron la grava e hicieron silencio cuando alcanzaron el camino.

—Buenas noches, Bridie —le dijo alguien, y ella respondió empujando la bicicleta hacia el camino.

—¿Puedo acompañarte un tramo? —preguntó Bowser Egan.

Se fueron juntos y, cuando llegaron a la colina en la que era necesario desmontar, ella se dio vuelta y vio a la distancia las cuatro lamparitas de colores que decoraban la fachada del Salón de Baile del Romance. Cuando vio que las luces se apagaban, se imaginó a Mr. Dwyer empujando la reja de metal para cerrar el frente de su propiedad y cerrando los dos candados que la aseguraban. Su mujer estaría esperando con la recaudación de la noche, sentada en el auto.

—Bueno, ya sabes, Bridie —dijo Bowser Egan—, nunca se te vio mejor que esta noche.

Sacó de un bolsillo de su traje la botellita de whiskey que tenía. La destapó y bebió un poco, y luego se la ofreció a ella. Ella la aceptó y bebió.

—Claro, ¿por qué no ibas a beber? —dijo él, sorprendido de verla bebiendo porque nunca antes lo había hecho en su compañía. El gusto no era agradable, consideró ella, un gusto que sólo había experimentado un par de veces antes, cuando tomó whiskey como remedio para un dolor de muelas.

—¿Qué daño podría hacerte? —dijo Bowser Egan cuando ella se llevó la botella a los labios. Extendió una mano para que se la devolviera, aunque de pronto le preocupó que ella consumiera más que lo que él deseaba.

Bridie lo vio beber con mayor habilidad que la que ella había demostrado. Pensó que siempre iba a estar bebiendo. Iba a ser perezoso e inútil, sentado en la cocina con el *Irish Press*. Iba a derrochar dinero comprando un auto usado para ir hasta el pueblo y presentarse en los pubs los días de feria.

—Estos días, tiembla —dijo, refiriéndose a su madre—. Creo que difícilmente vaya a durar dos años. —Tiró la botella de whiskey vacía en la zanja y prendió un cigarrillo. Fueron llevando las bicicletas. Él dijo:

—Cuando ya no esté, Bridie, voy a vender todo el maldito lugar.

Voy a vender los cerdos y todas las malditas cosas, incluso las que no valen nada —dijo, haciendo una pausa para llevarse el cigarrillo a los labios. Dio una pitada y exhaló—. Con el efectivo que saque podría mejorar algún otro lugar, Bridie.

Llegaron a un portón sobre la mano izquierda del camino y, automáticamente, empujó las bicicletas hacia él y las apoyó. Trepó el portón para meterse al campo y ella lo siguió.

—¿Nos sentamos aquí, Bridie? —dijo él, sugiriendo eso como si justo se le hubiese ocurrido, como si hubieran entrado al campo con algún otro propósito.

—Podríamos mejorar un lugar como el tuyo —dijo, poniéndole el brazo derecho alrededor de los hombros—. ¿Tienes un beso, Bridie? —La besó, ejerciendo presión con los dientes. Cuando su madre muriese, iba a vender la granja y gastarse el dinero en el pueblo. Después iba a pensar en casarse porque no tendría dónde ir, porque iba a querer un fuego al que sentarse y una mujer que le cocinara. Volvió a besarla, sus labios eran calientes, el sudor de sus mejillas se le pegaba a ella—. Dios, qué buena que eres besando —dijo.

Ella se levantó y dijo que era hora de irse, y volvieron a trepar el portón.

—No hay nada como un sábado —dijo él—. Que tengas buenas noches, Bridie.

Montó a su bicicleta y pedaleó colina abajo, y ella empujó la suya hasta la cima, y entonces también se subió. Pedaleó atravesando la noche como había pedaleado la noche de los sábados por años, y como ya nunca iba a volver a hacerlo porque había alcanzado una cierta edad. Ahora esperaría y, a su debido tiempo, Bowser Egan la buscaría porque su madre habría muerto. Para entonces, probablemente su padre también. Se casaría con Bowser Egan porque estar sola en la granja iba a ser solitario.

JOHN MONTAGUE

Traducción de Andrés Ehrenhaus

John Montague (1929-2016) fue fundamentalmente poeta. Como tal, publicó *Forms of Exile* (1958), *Poisoned Lands and Other Poems* (1961 y 1977), *Chosen Light* (1967), *Tides* (1970), *The Rough Field 1961-1971* (1972), *A Slow Dance* (1975), *The Great Cloak* (1978), *Selected Poems* (1982), *The Dead Kingdom* (1984), *Mount Eagle* (1988), *New Selected Poems* (1989), *Time in Armagh* (1993), *Collected Poems* (1995, que incluye la colección hasta entonces inédita *Border Sick Cal*), *Smashing the Piano* (1999), *Drunken Sailor* (2004), *In My Grandfather Mansion* (2010), *Speech Lessons* (2011) y *New Collected Poems* (2012). Como compilador, *The Faber Book of Irish Verse* (1974). Su bibliografía se completa con las narraciones incluidas en *The Death of a Chieftain and Other Stories* (1964), *The Lost Notebook* (1987), la *memoir The Pier is Ripe* (2007) y los ensayos de *The Figure in the Cave and Other Essays* (1989).

UNA BOLA DE FUEGO

La primera vez que Michael Gorman vio al viejo fue el 1.° de noviembre. Él iba de regreso por el sendero de sirga que bordea el canal. Le gustaba ese paseo, sobre todo en invierno, cuando todo contribuía a acentuar el proceso de desintegración. El canal no se limpiaba desde hacía años y toda clase de cachivaches pasaban flotando alegremente, baldes sin asa, animales muertos, el esqueleto de un coche de bebé. En la margen de enfrente, una barcaza abandonada se hundía cada año un poco más en el barro: ¿era una ilusión óptica o las vigas verduzcas se habían combado visiblemente a su paso? Se detuvo debajo del goteo de los árboles para inhalar el viscoso aroma del crepúsculo invernal dublinés.

Y entonces apareció el hombre. Al principio sólo era una silueta, la difusa sensación de una presencia al final del sendero. Luego se fue acercando más y más, un punto creciente en la orilla de la conciencia, un indicio de movimiento en la densa quietud. Al girarse para continuar su camino, la figura ya estaba casi a su lado. Era un hombre bajito, de apenas metro sesenta, con una gorra de tela hundida en la frente y el cuello de la camisa bien abierto. Se movía tan rápido que sus botas martilleaban la dura arcilla del sendero. Adelantó a Michael Gorman sin dirigirle la mirada y al pasar le dio tal empujón con el hombro que casi lo tira al agua.

—¿A dónde diablos cree que va? —gritó éste con rabia. Pero el hombrecito ya estaba a medio camino del puente. Justo encima de su movediza figura, como si fuera el extremo ardiente de un túnel, el sol poniente trataba de abrirse paso en la bruma, que poco a poco lo iba asfixiando.

Esa noche le contó todo a su mujer. Ella estaba sentada junto al fuego cosiendo la funda de una almohada mientras él leía extractos del periódico en voz alta. El gobierno le obsequia un toro Aberdeen-Angus al papa. Una pandilla de ladrones que asola el Northside es apresada al detenerse a beber un cajón de cerveza en una cocina. Había también una acalorada discusión epistolar sobre la conveniencia o no de que los padres reprendieran a sus hijas adolescentes cuando éstas llegaran tarde a casa. Padre responsable recomendaba el uso de un cinto de cuero blando, pero Muchacha seria le replicaba sugiriendo que fueran las hijas quienes fustigaran a sus padres delincuentes. No era la primera vez que Michael Gorman advertía cuán extraño se estaba tornando el mundo: ¿realmente había tantos sádicos en

Kimmage?

—Eso me recuerda —comentó—, que hoy me crucé con un curioso hombrecito. No, *crucé* no es la palabra: me tropecé con él.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? —su calma autoridad solía irritarlo—. Si no estabas ahí.

—Lo sé porque diría que es nuestro vecino de al lado.

Tres meses antes, según parece, el hombrecito se había presentado en la casa de al lado con intención de alquilar el departamento del sótano. Las dueñas, dos ancianas protestantes que vivían en el segundo piso en un barullo surrealista de cortinados descoloridos, herrajes, muebles antiguos y otros despojos de su casa de campo, no lo habían considerado una amenaza ni para su virtud ni para su dinero, que era lo que más les preocupaba a partes iguales. Tampoco, debido a que apenas salían de casa, les inquietaban sus hábitos, que consistían en pasarse todo el día encerrado hasta que, al ponerse el sol, salía disparado al pub más cercano. Aparte del inevitable intercambio al hacer la compra, el hombrecito no hablaba con nadie de la zona aunque, en una ocasión, Deidre Gorman se lo había encontrado tanteando medio borracho delante de la puerta y le había ayudado a abrirla.

—Muy agradecido —había reaccionado él con inesperada distinción, levantando su gorra.

—Habrá tenido una vida dura —dijo ella con aplomo.

—¿Y eso? —soltó Michael.

—Nadie evita a la gente sin un buen motivo. Se siente traicionado. Para mí, tuvo un fracaso matrimonial o algo así.

—Quieres decir que si se hubiera casado con alguien comprensivo como tú le habría ido mejor, ¿no? ¡No seas tan sentimental! De hecho, ni siquiera sabemos si estuvo casado; todo lo que sabemos es que es un tremendo cascarrabias.

Deidre Gorman dejó de coser por un instante y atravesó a su marido con sus calmos ojos celestes.

—Huy. Parece que estás celoso. ¡Y de un viejito!

Por extraño que sonara, era verdad. Sólo que él no podía admitirlo. Lo único que podía hacer era desentenderse. Dejó que las hojas del periódico se deslizaran hasta formar un montón en el suelo, se puso de pie y se metió en el estudio, que estaba al lado.

Michael Gorman nunca iba a su estudio voluntariamente: necesitaba que algo lo obligara a ello, un empujón ajeno. Había

ganado un premio de dibujo en el colegio secundario y estuvo a punto de estudiar Bellas Artes, pero no lo hizo y al final se fue olvidando del asunto. Una década más tarde regresaría el ímpetu, aunque no del mismo modo. Michael descubrió que se pasaba el rato haciendo garabatos en la oficina, así que para no perder el trabajo se puso a dibujar un poco en casa. Pero como ni siquiera eso satisfacía su curiosidad, se dedicó a pintar, muy toscamente al principio, pero luego ya (es asombroso lo rápido que aprende uno a pintar al óleo) con algo más de pulcritud. Algunos cuadros suyos se exhibieron en una exposición local y, más bien a desgana, de pronto era una joven promesa de la pintura local.

Encima se esperaba de él que pintara más cuadros cuando ni siquiera sabía por qué había pintado el primero. Por segunda tarde en la semana, se encontró contemplando el insondable cuadrado blanco de la tela con algo cercano al odio. Hasta el olor de las pinturas (y el de los pinceles cómodamente instalados en su jarrón de mermelada) le daba náuseas. Sin mencionar que algunos colores, como el blanco de plomo y el azul de Prusia, eran venenosos. Agarró un pincel y lo embadurnó en la paleta que acababa de preparar (¡primorosa!) y empezó a arrastrarlo por el borde de la tela.

Lo primero que surgió fue una especie de bosquejo grueso del canal, un trazo de agua y el cielo bajo: casi podía oler las hojas fermentando. Pero con una velocidad que le dio un poco de miedo, esa ligera semejanza fue desapareciendo por obra de una serie de oscuras y lacerantes pinceladas. Nuevamente, algo ocurría; y se vio duplicando el esfuerzo para no perder el ritmo y, a la vez, mantener el control, hacerlo fluir entre márgenes invisibles como un río encabritado. En menos de una hora, la tela estaba cubierta por una capa espesa, pegadiza e intratable de pintura, un maelstrom de colores sombríos en el que se sumergía más y más. Estaba tan exhausto que se habría deslizado al suelo. Le echó una última mirada acusadora al cuadro (¿qué demonios era eso?) y se derrumbó en la cama.

Durante las semanas que siguieron, Michael Gorman vio al hombrecito bastante a menudo, como un detalle del paisaje que uno ha pasado por alto y de golpe se vuelve invasivo. Cuando regresaba del trabajo por las tardes, se lo encontraba surcando el ocaso con un paquetito —¿hogazas, huevos, un frasco de mermelada?— bajo el brazo. Si salía a dar una vuelta con su mujer antes de acostarse, lo más probable es que se lo cruzaran volviendo como una bala del pub a casa. Por borracho que estuviera, nunca se olvidaba de llevarse la mano a la gorra para saludar a Mrs. Gorman, un gesto de respeto que decididamente no incluía a su marido.

—Te dije que era dulce —señaló ella serenamente. _

—Muy dulce, sí, como el ácido prúsico.

—¡Palurdo! —sonrió ella, alejándose.

Pero lo peor fue cuando el tipo se presentó en The Eagle Nest, el pub que frecuentaba Michael Gorman. Él ya no bebía tanto como antes, la oficina y los cuadros se habían aliado para drenar su superávit de energía. Pero cuando una pintura se le complicaba solía llamar a un amigo escultor que vivía al otro lado del puente y se tomaban juntos algunas jarras. A veces se les unía su esposa, aunque no demasiado: ella nunca se había terminado de acostumbrar a ese ritmo peculiar, esa mezcla de vagancia y vitalidad que impera en los locales de bebidas.

Una tarde de finales de noviembre Michael estaba a punto de liquidar su tercera pinta cuando divisó al hombrecito. Al principio creyó que se había equivocado (¡por Cristo, no podía ser que el cretino lo estuviera siguiendo!), pero no había duda: estaba ahí, acodado a solas al final de la barra con la gorra tan incrustada que parecía integrada al vaso de cerveza que tenía delante. Estuvo a punto de levantarse y hablar con él, pero lo pensó mejor y se dirigió al barman.

—¿Sabes quién podría ser el gnomo desarrapado que está al final de la barra? Ese que está ahí solo, todo metido para dentro.

Pasaron un minuto o dos antes de que el barman descubriera a quién se refería.

—Ah, ése —dijo con alivio—. Es Mr. Daly. Viene muy a menudo.

—¿Te parece apropiado que lo invite a una ronda?

El barman limpió la barra alrededor del vaso de Gorman antes de responder.

—Bueno, a ver —dijo—, no sé si lo tengo tan claro. Es de esas personas muy calladas (una especie de mecánico o algo así, creo), y yo diría que no le gusta que lo molesten. ¿Sabes a qué me refiero?

Lo supiera o no, a Gorman no le quedaba más remedio que aceptarlo. ¿Qué clase de sociedad protectora se estaba erigiendo alrededor de ese misántropo de bolsillo? Sea como fuera, él no iba a formar parte de ella; se giró hacia su amigo escultor y le anunció intempestivamente que se iba a casa.

En diciembre el tiempo cambió y una sucesión de pálidas cortinas de lluvia empapó la ciudad. El merchante le había pedido un nuevo contingente de cuadros para una exposición colectiva, así que Michael Gorman pasó la mayor parte de las tardes en el estudio, retocando sus obras más recientes y tratando de armar una selección.

Eso era lo más duro de todo. Las había dispuesto contra las paredes según sus tonalidades de luz y procuraba irrumpir de pronto, como si

fuera un extraño que las ve por primera vez. Algunas le gustaban en seguida, debido a sus avances técnicos: sentía ese orgullo básico de artesano que acomete nuevos retos y dificultades. Pero cuando volvía a ellas poco después le resultaban curiosamente vacías, a pesar de su atractivo superficial: el ojo se apartaba de ellas, apaciguado pero insatisfecho. ¿Acaso el arte era algo utilitario, como un lápiz, un cuchillo o un tenedor, y no un fin en sí mismo?

Había otros que poseían una suerte de movimiento, una oscuridad amenazante, pero de un modo tan indeterminado que podía ser mera sensiblería. ¿La gente no acabaría riéndose de él si exponía cosas que no podía explicar o justificar, ni siquiera a sí mismo? Entre ellas estaba el cuadro que había empezado algo más de un mes atrás, el 1.° de noviembre, y que nunca había conseguido retomar. No sólo no le encontraba una explicación válida, sino que al contemplarlo sentía un ligero malestar, así que había acabado apoyándolo de cara a la pared.

Durante todo ese tiempo casi ni se acordó de su fastidioso vecino. Cada tanto se oían ruidos que venían de al lado, un sonido metálico, como si anduviera a los tumbos con un lavarropas viejo. Y una noche habría jurado que oyó un camión que se arrimaba, pero para asegurarse tendría que haber atravesado en puntillas el dormitorio delantero y abierto la persiana, y no quería darle al viejo la satisfacción de descubrirlo espiando. ¿Se estaría mudando? Sería una verdadera bendición.

¡Dublín en Navidad! Una frase francamente cantable, pensó Michael Gorman, si tuviera una melodía. A mediados de mes llegaba la primera fiesta, un redoble de tambor con sordina que presagiaba el desenfreno. Luego el ritmo se aceleraba. El único obstáculo real para ir de fiesta es la distancia; en una ciudad de tamaño moderado, el mismo mazo de naipes podía barajarse indefinidamente. En el teléfono de los Gorman llovían las invitaciones noche y día.

Tras un inicio cauto en nombre de la salud, Michael capituló. En lugar de trabajar por la tarde, pasaba por casa, comía algo, se cambiaba de ropa y se iba a alguna fiesta. Incluso empezó a convencerse, cuando le ocurrió por tercera vez consecutiva, de que volver a casa en coche a las tres de la mañana le gustaba; para despertar luego con la resacosa conciencia de una nueva madrugada laboral. Y en alguna ocasión se escabulló de la oficina en pleno día para reponer el volumen de alcohol en sangre.

Durante una de esas escapadas, acabó recalando distraídamente en The Eagle Nest. Se aventuró a lo largo del oscuro pasillo trasero para descubrir que, a las cuatro de la tarde, el local estaba igual de lleno que cualquier noche de sábado. Había neblina y acababan de encender

las luces; en la esquina más remota, Gorman divisó a su vecino, Mr. Daly.

Esta vez no se detuvo a pedirle consejo al barman. Toda la actitud de ese hombre menudo, el silencio que esparcía alrededor del sitio donde daba graves sorbos a su pinta, eran un insulto al espíritu sociable del que Michael Gorman se sentía imbuido. Con el vaso en la mano, se le acercó y le tocó bruscamente el hombro.

—¿Quiere una cerveza? —le dijo con la voz cargada.

Mr. Daly no pareció oírlo, así que Gorman bajó aún más su cara.

—Digo que si quiere tomar una cerveza conmigo —rugió.

Cuando Daly alzó el rostro, Michael Gorman lo contempló por primera vez con verdadero detalle. Tenía una frente pálida pero noble, surcada por arrugas y tan fina que los huesos destacaban nítidamente bajo la piel. Y su boca y ojos eran agradables; no había temor en ellos, solo una curiosa pasividad.

—Con gusto tomaré una cerveza con usted —dijo con claridad—. Siempre que no grite.

Cuando Michael Gorman volvió de la barra con las dos bebidas, el hombrecito le había hecho lugar. Pero aunque le agradeció muy educadamente la invitación, no parecía muy inclinado a continuar conversando. Para su sorpresa, Michael Gorman se sintió invadido por la leve melancolía de su compañero de mesa. Recién cuando se disponía a volver a la oficina, oyó a Daly hablarle otra vez.

—Dele mis respetos a su esposa.

—Lo haré.

—¿Sabe una cosa? —dijo el hombrecito como dudando—. Usted es afortunado, tiene una muy buena mujer.

Por lo general, a Michael Gorman este clase de comentarios le sonaban a ofensa soterrada, pero en esta ocasión lo dejó correr.

—Y su mujer, ¿cómo se encuentra?

El viejo clavó la vista en el vaso.

—¡Ella —pareció rememorar— era una avispa, muchacho!

El clímax de la estación se alcanzó en la fiesta de Nochebuena. Se celebró en el florido granero victoriano de una casa que pertenecía a un príncipe mercante que coleccionaba cuadros y gustaba de rodearse de artistas. Al principio Michael Gorman se resistió a ir, aduciendo que sería un asunto tan aburrido como gélido, pero rápidamente descubrió que la fórmula de su anfitrión para una fiesta era muy sencilla: inundar de bebida y música a los concurrentes hasta disolverles las facultades. Quizá diez días antes, el resultado podría haberle resultado horroroso, pero en plena fiesta Gorman se entregó a la algarabía familiar con el corazón desbordante.

Puesto que la distancia se mide a partir de un punto de referencia, Michael Gorman decidió medir la intensidad de la fiesta con base en el comportamiento del invitado principal. Se trataba de un escritor irlandés recién llegado de dar cursos en Upsala y, por alguna razón, tenía puesta una gorra de cazador con tres moscas de pesca ensartadas, la Bloody Butcher, la Tup's Indispensable y la Connemara Black. Parecía el concepto Christian Dior de hombre de campo, y cuando Michael pasó a su lado escuchó una frase estentórea que alzaba vuelo y se iba flotando:

—Cuando conocí a Keats…

Ese bastardo va a tardar en emborracharse, se dijo con pesar. Sin embargo, tres horas después, mientras bajaba las escaleras (sorteando con delicadeza el rincón en el que un estudiante de Harvard trataba de retener a su mujer), vio al escritor derrumbado contra la pared. Tenía los ojos casi cerrados, pero se aferró a Michael en un intento de transmitirle algún mensaje.

—Curva —balbuceó.

—¿Se refiere a la pared? No lo parece —dijo Michael.

El escritor sacudió la cabeza con rabia.

—Curda —dijo con sumo esfuerzo.

—Ah, quiere decir que está borracho —dijo Michael—. Bueno, nosotros vamos de camino.

Poniéndose de pie, su compañero consiguió tensar el arco una última vez.

—*Bastardos* —declaró, y para que no hubiera malentendidos añadió—: *Los que tienen dinero*.

En un rapto de camaradería, Michael lo depositó en un sofá cercano y el escritor se durmió con la cabeza sobre una pila de abrigos. Luego se fue a reclamar a su mujer: era hora de volver a casa.

Despuntaba la mañana y mientras iban colina abajo en el coche Michael Gorman se puso a canturrear para sí. A pesar de lo mucho que había bebido, gozaba de ese infrecuente estado de ánimo en el que la bebida proporciona una intensa claridad, y la pureza y levedad del amanecer en los herbazales (más próximo al agua que a la luz) lo invadía plácidamente. De vez en cuando, dirigía una afectiva mirada hacia su mujer, que dormitaba hecha un ovillo y le iba dando cabezaditas en el costado.

De joven, cuando se enfrentaba a la Muralla China de la castidad de las clásicas muchachas irlandesas, creía que la virtud suprema era la vitalidad. Había soñado que el amor, cuando apareciera, sería como una llama salvaje. Al acercarse a los treinta, una edad en la que el sexo placentero era más accesible, descubrió para su sorpresa que la

vitalidad podía ser engañosa y hasta peligrosa. Con frecuencia, la relación con su mujer ardía con la pasión de los primeros encuentros, pero ese ardor residía en otra parte, en la ternura duradera, nada espasmódica sino continua, que bañaba cada aspecto de sus vidas como una ola serena.

Como si hubiera percibido que pensaba en ella, Deirdre Gorman se enderezó. Después de bostezar varias veces, pegó la nariz a la ventanilla.

—¿Sabes qué? —dijo.

—¿Qué?

—Estuve pensando en eso, en por qué le tengo simpatía al viejo, a Mr. Daly, quiero decir, nuestro vecino.

—¿Por qué?

—Creo que es porque, de un modo curioso, me recuerda a ti. Me refiero a que podría imaginar que te fueras pareciendo a él si las cosas no funcionaran y te quedaras sin nadie que te cuide.

Michael Gorman recibió esta noticia sin hacer comentarios; no tenía ganas de digerir sus implicaciones a tan temprana hora del día. Lo único que dijo fue:

—Quizá deberíamos ver si está levantado cuando lleguemos para desearle feliz Navidad.

Sólo al estacionar el Prefect frente a su departamento fue cuando repararon en la hilera de botellas de leche. Seguramente, había ido creciendo en la cornisa del sótano durante varios días, pero en el furor de las fiestas la habían pasado por alto. Michael bajó las escaleras ruidosamente y tras llamar a la puerta sin que hubiera respuesta decidió acceder por atrás. Aunque lo más probable era que el viejito se hubiera ido unos días de vacaciones, valía la pena asegurarse.

Le llevó un buen rato sortear el muro que separaba los dos jardines; al final había tenido que dar vuelta a un balde para hacer pie en algo firme. Y cuando se dejó caer del otro lado, con el cemento raspándole las manos, casi pisa a un gato que salió disparado como una rauda y delgada sombra.

La parte posterior de la casa, rodeada por el muro, se veía lóbrega y descuidada. Se había formado una gran charca sobre la rejilla de un desagüe atascada con hojas caídas. La puerta tenía el cerrojo puesto, pero había una ventanita enrejada a la izquierda. Michael apoyó el codo en el alféizar y trató de ver algo, refregando la manga contra el vidrio. La estancia estaba a oscuras, pero se distinguían algunos detalles. Había una chimenea abarrotada de papeles viejos que se desparramaban en el suelo. Más allá había un colchón astroso y cruzado en él, con las piernas sobrepasando el borde y la boca abierta

en el indecoroso rictus de la muerte, yacía Mr. Daly.

La policía llegó una hora después; un sargento y un agente mofletudo. Apoyaron sus bicicletas en las barandillas, se quitaron ceremoniosamente las pinzas y bajaron en tropel los escalones. Tras examinar el lugar, decidieron que la única alternativa era derribar la puerta.

Lo hicieron por turnos: iban hasta el muro trasero del patio y se lanzaban en embestida. Parecían sorprendidos por la resistencia que les ofrecía y después de la quinta carga el joven agente se frotó el grueso refuerzo de su uniforme de sarga.

—Esta es de las matadoras —dijo, como si se pasase la vida derribando puertas.

Finalmente, cedió. No por la cerradura, sino por el centro, el corazón de la puerta, abriéndose con un crujido desgarrado ante el rápido uno-dos de cargas que le propinaron. Al introducirse sorteando los restos astillados, descubrieron por qué los cerrajes no habían cedido. Eran cuatro, uno por cada cuarto de puerta; vistos desde adentro, parecían una fortaleza.

Esa fue la primera sorpresa. La segunda los esperaba al entrar a la estancia principal. En otros tiempos debió de ser la cocina, pero estaba en sombras y fría, y cuando encendieron la luz una rata se escabulló por la extensión azul de la estufa que ocupaba la pared del fondo. Pero no fue eso lo que los paró en seco. Dispuestas en el pavimento de piedra, prietas las filas como un regimiento preparado para desfilar, se sucedían las hileras de máquinas tragamonedas. Algunas no tenían asas o habían perdido sus símbolos y otras tenían las tripas al aire pero todas esperaban, pacientemente y en línea, la mano del reparador.

—¡Jesús bendito! —dijo el sargento.

Pero ahí no se acabó la cosa. Después de revisar las habitaciones de atrás (“Muerte por causas naturales”, dijo el sargento bajando pesarosamente la vista), se decidió que el joven agente permaneciera de guardia hasta la mañana. El agente se había acomodado a leer una novela policial que había encontrado en un rincón cuando se le ocurrió que podía hacer un poco de té para Michael Gorman y él. No salía gas, así que fue al medidor instalado en el salón y metió un chelín, que entró y el gas brotó. Entonces la moneda repiqueteó alegremente de vuelta y reapareció a través de la ranura abierta precisamente para facilitar su salida del medidor.

Ya en su casa, Michael Gorman no se fue derecho a la cama, sino que enfiló hacia el estudio. A pesar de estar exhausto, se sentía pleno

de una energía poderosa y titilante que no era nada habitual en él. Pero como aún no tenía una dirección concreta, se dedicó a preparar las pinturas con la esperanza de empezar una nueva tela.

Entonces, como impulsado por un resorte, atravesó la estancia y se plantó frente a su único cuadro inconcluso, el del 1.° de noviembre, que reposaba de cara a la pared. Lo colocó en el bastidor y sus zonas lívidas le devolvieron la mirada: un caos de incompletud. Tomó un pincel y puso manos a la obra.

Una línea empezó a cobrar forma a lo largo de la oscura extensión de la tela. Frágil al principio como un cable eléctrico, fue creciendo en fortaleza y definición hasta convertirse en una línea danzarina e independiente, cargada de una energía extraña, que irradiaba una suave luz. La línea atravesaba toda la tela hasta completarla y culminar en una asfixiante explosión de color, como si de una bola de fuego se tratase.

BRIEN FRIEL

Traducción de Pedro Serrano

Brian Friel (County Tyrone, 1929 - County Donegal, 2015) publicó *The Enemy Within* (1962), *Philadelphia, Here I Come*! (1964), *The Loves of Cass McGuire* (1966), *Lovers: Winners and Losers* (1967), *Crystal and Fox* (1968), *The Mundy Scheme* (1969), *Winners* (1970), *The Gentle Island* (1971), *The Freedom of the City* (1973), *Volunteers* (1975), *Living Quarters* (1977), *Faith Healer* (1979), *Aristocrats* (1979), *Translations* (1980), *American Welcome* (1981), The *Communication Cord* (1982), *Making History* (1988), *Dancing at Lughnasa* (1990), *Wonderful Tennessee* (1993), *Molly Sweeney* (1994), *Give Me Your Answer, Do*! (1997), Afterplay (2002), *Performances* (2003) *y The Home Place* (2005).

Sólo algunas de sus piezas teatrales han sido traducidas al castellano. Entre otras, *Tres obras después* (traducción de Eugenio López Arriazu; Dedalus Editores, 2012) y *Traducciones* (traducción de María Yolanda Fernández Suárez; Asociación de Directores de Escena, 2016).

MI MÁS PARIENTE

Cuando éramos niños, uno de nuestros pasatiempos favoritos era jugar al "abuelo". A mí me tocaba el papel principal y a mis hermanas, los papeles secundarios. Hacíamos como si el camino que bajaba al pozo fuera la calle principal del pueblo más cercano de Mullaghduff y mis hermanas caminaran por ella, viendo de un lado al otro como si estuvieran mirando escaparates. De repente, yo saltaba desde detrás del seto de espinos, y con la voz más profunda que me pudiera salir a mis ocho o nueve años, decía:

—¡Ah!, mira nada más quién viene, mi nuera y su primorosa prole. Que tenga buenos días, madam. Tengan ustedes muy buenos días.

Con eso bastaba para que los tres nos atacáramos de risa. De hecho, había veces en que ni siquiera llegaba a terminar mi parlamento. Hubo veces en que incluso, a pesar de que sabían que iba a saltar de repente por algún lado del seto, les pude dar una genuina sorpresa; o quizás lo que pasaba es que mi imitación del abuelo era más elocuente. Entonces mis hermanas chillaban impresionadas de verdad, su susto se extendía hasta mí y, sin acordarnos de que nosotros mismos habíamos creado el mito, los tres salíamos despavoridos y corríamos hasta el fondo de la tierra del pozo donde nos desternillábamos de risa casi hasta la histeria. Algunas veces nuestro padre nos encontraba jugando a ese juego. Una mirada extraña aparecía en sus ojos y se alejaba de prisa, sin decir palabra. Sabía que estábamos jugando a su padre, pero no entendía que nuestra intención no era hacer nada malo. Supongo que pensaba que nos estábamos burlando del viejo. Pero cuando nuestra madre nos sorprendió jugando al abuelo nos dio un chirlo con la mano desnuda por detrás de las piernas, nos llamó niños desobedientes y atrevidos, y dijo que toda su crianza y ejemplo no habían servido para nada y que, a pesar de su esfuerzo, todo indicaba que nuestro destino en la vida era que nos fuera mal. Eso bastaba para que por un par de semanas se interrumpiera el juego; hasta que nos encontrábamos fuera del alcance de casa, aburridos y con ánimo rebelde, y sin hacer ruido me aproximaba por detrás a las niñas y entonaba de nuevo las palabras prohibidas.

El abuelo real jamás hubiera podido llegar a ser tan genial como el que inventamos, pero nunca tuvimos oportunidad de comprobarlo. Mamá tomó todas las precauciones para mantenerlo a distancia. Desde el mismo día en que se casó, le tuvo prohibido venir a nuestra casa y

nunca pudimos ver su casa por dentro. De hecho, si por ella hubiera sido, lo habría tenido totalmente oculto a nuestra existencia. Pero eso era imposible, porque todos los sábados por la tarde cuando se ponía elegante para llevarnos al pueblo a confesar, invariablemente, le echábamos una mirada rápida y nerviosa, ya fuera entrando o saliendo de un pub. Pero sólo un vistazo, porque tan pronto como aparecía mamá comenzaba a apurarnos.

—¿Traen sus rosarios? ¿Se acuerdan de sus pecados? ¿Cuándo fue la última vez que se confesaron? —debería saber que no había pasado nunca más de una semana—. Dejen de estar tonteando. Fíjense por dónde caminan.

Pero lo habíamos visto, y recuerdo el peculiar gusto a prohibido al poder verlo con el rabillo del ojo: alto, erguido, robusto, la enorme cara roja enmarcada en una maraña salvaje de pelo blanco y patillas y larga barba. Y no había más remedio que oírlo, porque siempre que nos veía —y recuerdo que fueron pocos los sábados en que no— nos hacía una gran reverencia y nos saludaba con su profunda y resonante voz, incluso cuando estábamos a veinte metros. Su saludo variaba, pero siempre se dirigía a mi madre como "nuera" y a nosotros como "prole". A veces, en su tono ligeramente burlón, decía:

—¡Ah, los Burke! ¿Cómo están? ¿No irán a confesarse de nuevo, nuera? ¡Caray, mujer, debes estar llevando una vida de perdición! —ante lo cual la cara de madre se ponía rígida y decía entre dientes "¡Qué lacra! ¡Qué lacra!", y nos arrastraba hasta la puerta de la capilla.

O quizás podía gritar:

—¡Vaya, vaya, la señora Burke y su prole! Ansiosa, como siempre, al servicio del Señor. ¿Les invito un refresco? ¿No? Bueno, en otra ocasión.

Jamás de los jamases le contestamos, y si sacábamos su nombre a colación al regresar a casa después de la confesión, lo único que mamá decía era:

—No es más que un hombre, Dios lo perdone. No puede hacer nada por él, porque es un hombre.

Pero a pesar de eso habíamos ido armando un borroso retrato de ese hombre a partir de lo que mamá decía de vez en cuando, o de lo que otros niños en la escuela nos dejaban saber. Papá era su único hijo y su esposa, nuestra abuela, había muerto el mismo año en que papá se casó con Mary Neeson, la mayor de una precavida y adinerada familia de County Louth. El anciano estaba entonces rondando los setenta, pero al mes de la muerte de su esposa se casó de nuevo, esta vez con una veleidosa mujer de cuarenta y cinco del pueblo de Mullaghduff. Al casarse por segunda vez ("Dios lo perdone", mamá solía decir, "que Dios en su misericordia lo perdone. ¡Ay, cuánta

indecencia! ¡Cuánta indecencia”), vendió su casa y un poquito de granja, y se mudó al pueblo a casa de su nueva esposa. Pero no había pasado ni un verano cuando ella también murió —pobre, no la culpo— y a partir de entonces se dio a la vida alegre: carreras de caballos, copas, todas las ferias a sesenta kilómetros a la redonda, velorios, bodas y bautizos. Se volvió descuidado. Los días de fiesta se metía en líos con la policía. Y los niños más grandes cuchicheaban que tomaba whiskey en el desayuno, ginebra en la comida y ron de cena. Recuerdo situarlo mentalmente junto a las cosas extrañas y aterradoras con las que me topaba en el mundo más allá de los alrededores de casa: la casa encantada en el campo; la vieja y demente Lizzy Quinn, que solía salir corriendo de una casa de un solo cuarto al lado de la carretera y que me agarraba por las solapas y me preguntaba con débil intensidad: “¿Ya regresaron los muchachos del frente?”. La perra cross terrier de Jack Taylor. El abuelo era uno de ellos; pero su amenaza era mayor, porque yo sabía que algún día, algún día fatídico, me iba a atrapar y, de verdad me lo creía, me iba a devorar.

Me atrapó al cumplir diez años. En nuestra casa, los cumpleaños se celebraban con el mismo júbilo formal y ceremonioso que los principales días de fiesta de la Iglesia. No es que realmente nos preparábamos para ellos haciendo ayuno, pero mamá intentaba intensificar el disfrute del acontecimiento imponiéndonos desde una semana antes fútiles condicionamientos. No nos daban dulces, no jugábamos después de la cena, no visitábamos a nuestros amigos ni ellos nos visitaban —“no, hasta tu cumpleaños”—. El resultado era que andábamos con las caras mustias por la casa y peleábamos unos con otros, y llegado el día de fiesta o de cumpleaños nos ponían nuestro traje de domingo y papá, rezongando, aceptaba no ir a trabajar a la granja, y cuando las buenas cosas de este mundo estaban acomodadas generosamente ante nosotros, no estábamos de ninguna forma listos para celebrar nada y el momento frecuentemente se desinflaba en más pleitos y muy seguido en llantos. En todo caso, mi décimo cumpleaños fue, como muchos otros antes, un fracaso. Era en el mes de mayo y el día había estado caliente y pesado con truenos amenazadores. Me había peleado con una de mis hermanas durante la comida de festejo por el gnomo de azúcar que decoraba el pastel y la otra hermana estaba malhumorada porque mamá la había llamado obstinada y testaruda cuando se negó a cantar mientras estábamos sentados a la mesa después de comer. Papá se había escabullido como solía hacerlo, las manos en los bolsillos, viendo vagamente hacia los manzanos o al techo del establo o hacia las montañas Gortin, donde rugían los truenos. Sólo mamá seguía teniendo energía y llena de enjundia. Para esa tarde, había preparado juegos familiares para nosotros y estaba empeñada en que deberíamos disfrutarlos.

El accidente ocurrió al estar ella atando al techo de la sala un trozo de cuerda con una manzana en un extremo. La escalerita en la que estaba subida se volteó y cayó al suelo, abriéndose la cabeza con la pantalla de latón de la chimenea. La cortada era grande y profunda, y ella yacía extendida en la alfombra con la cabeza alzada en una almohada. Si papá hubiera sido un hombre práctico, se habría permitido desmayarse, pero tenía que pensar y actuar por los dos.

—Ve por una palangana de agua caliente y un pañuelo limpio y pónmelos aquí al lado —ordenó—. Luego ve a mi recámara y en la esquina de abajo a la izquierda del armario vas a ver una botella de yodo. También tráemela.

Mis hermanas y yo nos quedamos viéndola absortos, cada uno sintiéndose culpable de este accidente por haber estado todo el día pesados. Papá regresó corriendo con el agua y el trapo. Pero no trajo yodo.

—Te dije —dijo mamá—. Está en el armario. En la esquina inferior izquierda.

—Ya busqué —dijo papá—. Aquí está la botella, pero está vacía.

Mamá dudó un instante.

—A ver, Tom, ya eres un niño grande. Puedes ir al pueblo por algo —me dijo—. No te va a tomar más de media hora correr allá y regresar —se volvió hacia papá—. En mi monedero bajo las escaleras te vas a encontrar un billete de diez chelines. Dáselo a Tom —se volvió de nuevo hacia mí—. Y si el farmacéutico te hace cualquier pregunta, dile nada más que es para curar una herida ligera. Con eso se queda tranquilo.

Debí haberme quedado viéndola, porque añadió:

—Bueno, ya te sabes el camino, ¿no? No actúes como un bebé. ¿Qué clase de bebé eres? Corre de ida y vuelta, y ten cuidado. Toma el dinero y vete. ¡Corre!

Claro que sabía cómo llegar, me sabía cada milímetro. Pero esta vez el viaje era diferente: la carretera era más estrecha y tortuosa, y los altos setos llenos de hojas ocultaban vagos enemigos que iban a tratar de impedirme salvar la vida de mi madre. El campo se había quedado callado, esperando a que un trueno se le desparramara encima. Me preparé para los peligros que conocía —la casa encantada en el campo de la escuela, la vieja y demente Lizzy Quinn, la perra cross terrier—, y lidié satisfactoriamente con cada uno de ellos conforme aparecieron. Pero nada más llegar a las afueras de Mullaghduff me acordé del abuelo y me llené de pavor. Una cosa era echarle miradas de reojo por detrás del codo de mamá. Pero otra muy distinta era encontrármelo a dos brazos de mí con toda su fuerza de oso gris. Me detuve a la entrada de la calle principal y la observé

atentamente. La botica estaba casi en lo más alto, del lado derecho. Mi mejor plan era correr como liebre junto a las casas, meterme como de rayo en el negocio, comprar el yodo y salir corriendo de nuevo. Apreté el billete en mi mano y me eché a correr.

Nunca alcancé a llegar. Ni siquiera llegué a la mitad. Justo cuando pasaba frente a la oficina de correos, retumbó una voz de gigante.

—Mira nada más, mi nieto, ¿eh? ¿Quién anda ahí? ¿Cuál de todos eres?

Tan concentrado estaba en alcanzar mi meta que no me fijé en ninguna otra cosa. Ahora, aterradora, su enorme figura se alzaba sobre mí y, con el miedo de mirar hacia arriba, mi cara daba a un esférico estómago.

—Es un Burke, ¿no es cierto? Anda, contesta. ¿No es cierto?

Dije que sí lo era.

—¡Qué sorpresa! ¡Un Burke sin custodia errando por el ancho y malo mundo y totalmente solo! ¡Voltéame a ver, hombre! ¡Voltéame a ver!

Me puso una mano del tamaño de un plato bajo el mentón y me inclinó la cabeza hacia atrás y vi la enorme cara peluda y la enorme boca hambrienta; y como nuestros cuerpos se tocaban de tan cerca que estaban, me di cuanta de algo totalmente nuevo para mí: había un olor en esta montaña de hombre. No era un olor desagradable, pero era muy fuerte y muy denso, tan denso como el olor de las amapolas o de las vacas en una noche gélida, y se quedaba impregnado en todo lo que lo rodeaba, como un aura en este día bochornoso. Incluso mientras le estaba viendo la cara, lo único que pensaba era que al respirar este olor se me estaba metiendo y me estaba adormilando.

—Eres el niño —dijo el abuelo—. Eres Tom, ¿no es cierto? Mi propio nombre, muchacho, y un buen nombre. Llévalo siempre con dignidad —su mano pasó de mi mentón a mis mejillas y por encima de mi pelo—. Sí, todo un Burke, un Burke hasta la médula de los huesos. Pero algo hay en la boca, muchacho, algo que no es nuestro. Sí, es pequeña y cautelosa: toda una boca Neeson, me temo. Pero no importa, no importa —me alborotó el pelo—. ¿Qué no tienes lengua, muchacho?

Contesté que sí.

—¿Y sabes quién soy?

Contesté que sí.

—Entonces dime.

—Eres mi abuelo.

—Sí —dijo lentamente—. Tu abuelo.

Y entonces soltó de repente tal carcajada que su inflado estómago se sacudió ante mi nariz.

—Carajo, esto sí que es bueno, ¿eh? Tom Burke y Tom Burke. Te voy a decir algo, hijo —su voz se hundió en un susurro—. Vamos a hacer un gran día de esto, tú y yo. ¿Eh? ¿Qué te parece? Vamos a dar un paseo por el viejo asentamiento de Mullaghduff, los Burkes, padre y nieto, un paseo de reconocimiento. ¿Qué te parece?

Le empecé a explicar lo de mi madre, pero interrumpió mis excusas.

—Todo a su tiempo —dijo—. Pero antes nuestro recorrido. Tú eres un muchacho hecho y derecho y bien formado, y yo quiero que todo el pueblo nos vea desfilar juntos. ¿No le vas a negar este gusto a un viejo, ¿verdad?

Me agarró del codo y me hizo voltear en dirección de donde había venido.

—Vamos a hacer un reconocimiento por el lado sur antes de que empiece a caer el sol —y me puso a marchar con él.

Me daba mucho miedo resistirme y me formé a su costado, dando dos o tres pasos por cada uno suyo. Desde el momento en que partimos nunca paró de hablar, y al principio yo tenía tanto miedo que no oía lo que decía. Pero gradualmente mi miedo se disipó y en su lugar vino una mezcla de asombro y curiosidad, una curiosidad verdadera sobre su edad y su altura y la textura de su barba y sus roces con la policía y sus viajes y sus escapadas. Pero cuando estaba a punto de hacerle la primera pregunta, mi lengua se trabó y lo dejé hablar y hablar. Hablaba como un gran juez del que fluían palabras maravillosas e hizo de la calle principal de Mullaghduff el lugar más romántico de toda Irlanda. Me enseñó las ruinas de la casa de Goden Gallagher, el hombre que encontró un galeón español en el fondo de Donegan Bay y que dio trabajo a todos los jóvenes en muchos kilómetros alrededor —el abuelo incluido— para bucear dentro de la negra quilla y sacar los doblones y cruzados y zafiros y joyas por puños y en la boca y entre los dedos de los pies. Y me señaló el punto en que las tropas de Cromwell fueron emboscadas y cada uno de sus hombres despedazado a mano limpia. Y nos plantamos en el mismo suelo en donde alguna vez estuvo el templo del Druida; y aquí el abuelo se puso de rodillas en el suelo para mostrarme cómo esos santones adoraban al sol. Y me llevó a un campo al final del pueblo por el que corría un río plateado cuyo canto sólo se podía oír en la noche del solsticio de verano y llegamos hasta una carreta de hojalata cerca de la cual, me dijo, vivía el único hombre que podía reclamar en toda Irlanda ser descendiente directo de Cathair Mór, rey de Leinster. Vimos a la segunda cabra más vieja de Europa y a un becerro que había nacido con dos cabezas (le acababan de quitar una la semana anterior). Nos asomamos por encima de una barda a la fábrica en la que, en los viejos tiempos, un salvaje capataz llamado el Sangriento

Baldrick había golpeado hasta matarlos a unos niños huérfanos, y quien a su vez había sido muerto a coces por un salvaje caballo tuerto. Y fuimos al puerto y lanzamos la mirada a través del Atlántico a Nueva York, donde un millón de luces ardían día y noche y donde los volcanes lanzaban a los cielos calles enteras.

Me había olvidado completamente de mi madre. De hecho, si el abuelo hubiera seguido hablando, quizás nunca me habría acordado de ella. Pero, cuando llegamos de regreso al lugar donde me encontró, se detuvo y dijo:

—Bueno, ¿y qué piensas ahora de Mullaghduff, eh? —se tomó la barba y me miró malicioso—. Ah, se me olvida otro lugar —dijo—. La capilla. Pero creo que ya has estado ahí un par de veces.

—Mamá…

—Sí, se cortó, ¿no es así? No te preocupes, muchacho. No te preocupes. Es rara la vez en que los Neeson se van en toda su plenitud. El Señor les da una larga vida en este valle de lágrimas antes de llamarlos. Y ahora, muchacho, después de tanto hablar, tengo sed. ¿Me acompañas por un refresco?

No tuve oportunidad de considerar su propuesta, pues ya me tenía de nuevo del codo y me metió a un pub cercano. El lugar estaba vacío, excepto por un chico como de mi edad que se hallaba detrás de la barra. Apenas nos vio, desapareció en la cocina por una puerta al fondo del negocio. Esperamos a que regresara. Los dedos del abuelo tamborileaban impacientes en el borde de latón y gritó: "¡Servicio! ¡Servicio! ¡Hola! ¡Hola!". Nadie vino a atendernos. Entonces, luego de un largo rato, la puerta se abrió de nuevo y el muchacho reapareció.

—Mi apá dice que aquí ya no hay nada de beber pa ti, Burke. Dice que ya no te da fiado.

Nunca he sabido, hasta el día de hoy, realmente bien qué fue lo que pasó después: nunca he podido distinguir entre lo que entonces sentí y supe y lo que ahora pienso que debí entonces sentir y pensar. Pero de algo estoy seguro. Pude ver la cara del abuelo en el espejo detrás de la barra y la cara que vi era vieja y arrugada, y le tuve una instintiva simpatía. No alcanzo a recordar cómo fue exactamente que el billete de diez chelines que llevaba apretando toda la tarde se deslizó de mi mano a la suya. Sé que nada se dijo. Sé que no pudo haber un solo segundo de duda. Sé que cuando nuestros dedos tantearon torpes debajo de la barra yo no estaba consciente ni de ser insensato ni generoso ni condescendiente ni imprudente. En ese momento, supe qué era lo que tenía que hacer: se necesitaba dinero y yo lo tenía. Eso era todo.

—¿Fiado? ¿Quién quiere fiado? —reclamó el abuelo—… ¿No reconoces el dinero cuando lo ves? —Azotó el billete en el mostrador y gruñó, desdeñoso—. Aquí, muchacho, ¡rápido! Lo de siempre para

mí y una soda para mi nieto, Tom Burke —dudó un momento—… mi más pariente. ¡Apúrate, muchacho! ¡No te nos quedes viendo con la boca abierta! ¡Apúrate!

Apenas salimos a la calle de nuevo los cielos rompieron sobre nosotros, lisas láminas de lluvia que me empaparon en segundos. Bajamos la cabeza y corrimos bajo ella. Al final de la calle, mi abuelo se detuvo como si hubiera llegado al límite de su territorio y no pudiera ir más allá. Luego se quitó su saco y me cubrió la cabeza y los hombros.

—Eres un buen muchacho, Tom Burke —dijo quedamente—… Un buen muchacho. Pronto habremos de tener otro día juntos. Ahora, anda. Vete ya a casa.

Me dio un suave empujón en la espalda para hacerme andar. Me alejé unos cuantos pasos y me di vuelta. Iba corriendo en mangas de camisa, la enorme cabeza metida en su pecho, la espalda encorvada. Seguí mirándolo hasta perderlo de vista, pero no volteó.

No tenía prisa por regresar a casa. Me fui bobeando por la carretera, metiéndome deliberadamente en cada charco de agua que se había ido juntando. El saco del abuelo era una enorme tienda desde la cual yo podía ver las cuerdas de lluvia impulsándose ante mí. Adentro de mi tienda se estaba caliente, húmedo y cómodo. Y entonces, mientras deambulaba, volví a ser consciente del olor, el olor del abuelo. Llenaba mi caverna y flotaba alrededor de mi nariz y de mis ojos. Alcé un brazo y lo olí. Ahora mi brazo se había impregnado de él y mi pecho y todo mi cuerpo. El olor me atravesaba y estaba todo a mi alrededor. Y yo sabía que mientras durara tendría el valor de encontrar a mi madre y darle la horrible noticia: que no había yodo ni tenía el dinero y que el abuelo me había atrapado.

EUGENE MCCABE

Traducción de Pedro Serrano

Eugene McCabe (Glasgow, Escocia, 1930 - County Cavan, 2020) publicó *Victims: A Tale from Fermanagh* (1976), *Heritage and Other Stories* (1978), *Death and Nightingales* (1992), *Christ in the Fields, A Fermanagh Trilogy* (1993), *Tales from the Poor House* (1999), *Heaven Lies about Us* (2005) y *The Love of Sisters* (2009). Escribió las siguientes piezas teatrales: *A Matter of Conscience* (1962), *King of the Castle* (1964), *Pull Down a Horseman* (1966), *Breakdown* (1966), *Swift* (1969), *Gale Day* (1979), *Victims* (1981), *Cancer* (1973), *Heritage* (1973), *Siege* (1973) y *Roma* (1979).

ROMA

María salió de la cocina con un guiso de pescado para la cena.

—Aquí te lo dejo, Mickey, en el mostrador.

Le dio las gracias de rodillas mientras trapeaba la falsa loseta, la gorra suelta con la visera encima de los anteojos empañados. Parecía ciego. Ella se sentó en una mesa con cubierta de fórmica cerca de la rocola, abrió una revista y lo observó levantarse. No tiene la culpa de cómo se ve; los dientes amarillos y las encías rojas, la cara blanca como de monje. Por eso los niños le arrojaban cosas mientras tiraba de su carretilla por las calles, las mujeres riéndose entre dientes en los portales cuando sus hombres hacían trompetillas o mentaban a Dios. Algo de guasa, pensaban, al verlo soltar el carrito y persignarse. Claro que era raro eso de ir rezando de casa en casa, y cuando no estaba acarreando escombros o limpiando basureros se sentaba al fondo del patio en el pajar que compartía con Joe el Abrojo. Joe era un mendigo de medio tiempo, borracho de tiempo completo. Un día le preguntó a Joe qué tanto hacía Mickey en el pajar.

—Pues no más anda haciendo recortes de libritos sagrados y los va pegue y pegue en cuadernos de retratos de santos. Esas cosas a las que se dedican las monjas viejas.

Santo Mickey, el loco Mickey, Mickey el mudito, Mickey escombros, Mickey Longford, tenía apodos suficientes como para diez municipios. Nunca le había puesto mucha atención hasta que ayer Connolly se lo llevó a cargar unos cerdos. Dejó la huerta a las carreras, la chaqueta embutida en la horqueta de un árbol. Al colgar la ropa para secar, ella se dio cuenta de que en el bolsillo de adentro había un atado de cosas. No había nadie cerca. Se puso debajo de un manzano a revisar el atado, pedazos de papel, recortes de periódico, la mayoría subrayados con diferentes plumas.

Leyó:

c/o Digacimo
Café Roma
El Diamante
El Mundo Se Va a Acabar
El Pueblo se Está Muriendo.
Una Cura para el Mundo
Cierren los pubs
Cierren los Salones de Baile

Cierren los Cines
Saquen los coches de las calles
Más penitencia
Vive modestamente
Piensa en la muerte de día y de noche,
Malpensar conduce a mal hablar
Hace que el hombre haga cosas malas
Después de eso la cabeza se pira
Quema los libros, las revistas y las películas sucias,
Reza por mi padre en el manicomio, no dejes que se vaya al infierno
Reza por mi madre allá en su tumba en Knockatallon
Reza por Annie y Jossie que me han olvidado
Reza por Joe el Abrojo que cada noche peca
Reza por la gente que me grita y los niños que se burlan de mí
Reza por el señor y la señora Digacimo, y por M
Pero sobre todo por M que se mantenga pura

Pegada con cinta adhesiva a un cartón, había una imagen de la Virgen metida hasta la cintura en algodones. Escrito con cuidado en la parte inferior:

María
Que Dios riegue su camino con la Flor de su Divina Bendición.

Empezó a sentir que estaba transgrediendo algo y jugueteó con el atado. Cayeron al pasto medallas, escapularios, notas y cartas. Al recogerlas, se fijó en una. Empezaba con su nombre:

María tengo que decirte algo La verdad Muchas veces me quedo en el patio abajo de tu cuarto Me gustaría ser la luz de tu cuarto Podría así verte y alumbrarte mientras haces la tarea Me quedaría despierto toda la noche mirándote respirar eso es todo Alguna vez me gustaría ser las pantuflas que te pones en casa y en el café o las sábanas de tu cama o tu peine en la calle Estoy llorando por ti mi vida es terrible no hay nada que pueda hacer odio el gruñido de los cerdos y su olor me provoca náuseas Todos los días veo a los lechoncitos mamando de grandes cerdas y los grandes reproduciéndose como ratas kilómetros de ellos en Clonfad un pueblo de cerdos al lado del pueblo cuando están listos para la fábrica ayudo a subirlos a los remolques cuando hace calor huele horrible sangre y chillidos en el patio de la fábrica Quién sabe si lo sabrán me sorprende que casi todo el mundo coma

salchichas tú también yo no me da náuseas todo me da náuseas excepto tú no lo puedo explicar… no hay nada nuevo para mí antes de irme a dormir eres mi puerta al cielo… eres mi estrella de la mañana al despertar y la verdad es que tengo el corazón roto dentro de mí por cómo me siento y nunca te lo puedo decir o darte esta carta Escribo esto porque es la verdad quizás te la dé algún día pero creo que no

Recogió todo sintiéndose culpable y lo guardó en el atado. Se paso incómoda toda la tarde. Se le fue el sueño y a la mañana despertó temprano. Lo había tenido en la cabeza todo el día y ahora esperaba junto a la rocola, mirándolo mientras empezaba a comer. Él sintió su mirada. A veces los sábados, cuando el café estaba cerrado, ella entraba así como ahora y se sentaba a hojear una revista, con un chaquetón encima del uniforme escolar. Alguna vez ponía un disco en la máquina o andaba inquieta, haciendo ruido con los dedos. Otras veces se iba con su madre y su padre a la cocina. Casi todos los sábados por la noche cuando cerraban se sentaban ahí, a leer en voz alta periódicos extranjeros, trabajadores empeñosos que no se metían con nadie. Sin amigos; así como yo.

—¿Cuántos años tienes, Mickey?

Se le había quedado viendo fijamente, con unos ojos en la cabeza como los de ningún otro cuerpo de niña o de mujer que hubiera conocido.

—¿Te estoy molestando?

—Tengo treinta y seis.

Regresó a su revista. Él se dio vuelta para ver el letrero arriba de la freidora de acero, realizado por Murray, el pintor, en colores chillones; el papa Juan sonriendo delante de san Pedro, la mano levantada para la bendición: al lado el presidente Kennedy sonriendo delante de la Casa Blanca, las manos en los bolsillos del saco dirigiéndose al mundo a través de un megáfono. Él se metió una papa en la boca.

—¿Por qué estás tan gris?

—Así salí, supongo, es mi naturaleza.

—¿Hace mucho que te fuiste de tu casa?

—Me fui cuando murió mi madre. Me fui contento.

—¿Pero eres de por aquí?

—Vengo de Longford, y estoy aquí desde hace mucho, recuerdo cuando naciste, la gente decía “estos italianos tuvieron una niña”.

—¿Desde entonces ya estabas aquí, Mickey?

—En el pueblo.

—¿Trabajando?

—Cuando podía.

—¿En qué?

—En lo que fuera.

—Y tu gente, ¿qué hacía?

—El viejo era herrero cuando andaba sobrio… bebía como loco.

—¿También está muerto?

—En el manicomio, allá en Mullingar. Dios le nubló la mente, le rompió el corazón a mi madre, dejó que el techo se nos viniera encima, y toda la casa se fue al carajo. No lo pude detener. Tengo dos hermanas casadas en Inglaterra.

—¿Las ves?

—No.

—¿Te escriben?

—No.

—¿Y tú?

—No desde hace un buen tiempo.

—Tienen sus propias familias, lógico.

Él no le pudo seguir sosteniendo la mirada, así que miró para otro lado. Ella metió unas monedas en la máquina y puso un disco. Salió un ruido como de cerdos castrados al compás de una batería; cuando terminó le preguntó:

—¿Lo ves alguna vez, a tu padre?

—La última vez no me reconoció, y soltó un grito: “No tengo ningún hijo, soy el Espíritu Santo, no tengo ningún hijo”. Después se echó a reír y a hacer gestos y muecas y a decir toda clase de barbaridades. Ha de pagar su pútrida vida. El castigo de Dios por tantas cosas horribles que hacía cuando estaba borracho.

—¿Qué cosas? ¿Era malo?

—Yo diría que era malo.

—¿Qué cosas hizo?

—Era malo.

—Papá dice que no deberías estar durmiendo al fondo del patio con Joe ni acarreando escombros por las calles.

—Cada quien sus cosas.

Nunca le había hablado de tan cerca. Se sintió incómodo. Movió el cuchillo de un lado a otro de la mesa.

—¿Te estoy molestando?

—No.

—Si no te pregunto, no cuentas nada. A veces te pasas todo un mes sin decir ni una sola palabra. ¿Por qué?

—No hay necesidad… de todos modos…

—¿Sí?

—Eres muy joven
—¿Para qué?
—Para saber
—¿Qué?
—¡María! ¡María! —La voz de la señora Digacimo resonó desde la casa.
—¿Ciao, Mama?
La voz dijo algo en su lengua. Al levantarse para salir dijo:
—Me tienes que contar eso que no sé. Luego vengo.
La vio caminar por el piso de loseta bajo la luz fluorescente y pasar al lado del papa Juan y el presidente Kennedy, al lado de los brillosos murales con edificaciones antiguas y puentes medio derruidos a la mitad de unos campos, al lado de la torre ladeada y de las calles llenas de barcas, y a través de la cortina de cuentas que llevaba a la casa.

¿Qué era lo que no le podía decir? Hay cosas que un hombre adulto no puede decirle a una chica joven, especialmente a ella. No le podía decir que el pajar que compartía con Joe el Abrojo daba a la entrada de un pub y cómo por las noches podía oír broncas y empujones, manoseos y gemidos de hombres y mujeres, y cómo vio una vez a su padre borracho en un cobertizo, o hacerle ver cómo Joe el Abrojo lo maltrataba noche tras noche. Incluso esta misma noche al venir a fregar el piso, Cissy Cafferey y el joven Mulligan estaban sentados uno frente al otro. Mulligan tenía la mano metida en la falda de Cissy y ella no tiene ni quince y los dos hablando y riendo sin rastro de vergüenza. Pues claro que son jóvenes. Hay que tomar eso en cuenta. Quizás Dios vea con buenos ojos la sangre tierna, pero había otras cosas tan malas que no te las puedes restregar de la mente. El mundo era una porquería y entre más lo veía peor se ponía. A veces parecía que Dios estaba sordo o ciego o se había dormido. A veces parecía que no habría salvación.

Las luces del café se apagaron y la luz de la calle cayó sobre la cubierta de la freidora, haciendo de los dos Juanes un par de sonrientes fantasmas. Escuchó de nuevo a alguien por las escaleras.

María entró al café y avanzó entre mesas a oscuras hacia donde había dejado la revista. Seguía ahí; solo. Las luces de la calle lo hacían parecer irreal, como esta mañana al asomarse al patio temprano desde su ventana. Estaba recargado contra la cochera, la cara y la cabeza grises, los brazos extendidos. Ella se había puesto su bata y observaba. Santo Mickey, Mickey el mudito, Mickey Longford. Lo que había leído en la cartera era tan raro, íntimo de algún modo, pensaba guardárselo para sí misma, pero cuando hoy Ursula Brogan empezó de nuevo a jactarse de aquel viejo Ward que siempre la detenía y la tomaba de la mano se encontró hablando de Mickey. Ursula la escuchó y le dijo:

—Ay, Dios, eso es horrible. Yo lo pararía en seco, María, te juro que lo haría.

—En cierto modo, es bonito.

—¡Virgen santa… es asqueroso!

—Pero yo soy virgen.

—No la Virgen santa. No está bien. Si yo fuera tú, se lo diría.

—¿Decirle qué?

Se removió en la silla cuando ella se le aproximó. Apenas podía distinguirlo.

—¿Te dejamos a oscuras de nuevo, Mickey?

—No pasa nada, ya me iba a dormir.

Se movió para verlo mejor, y dijo:

—¿Soy muy joven para saber qué cosas?

—El mundo es malo, señorita.

—Eso claro que lo sé.

—Y este pueblo está podrido como la mala orilla de una ciudad.

—Ay, no me digas, Mickey, ¿cómo lo sabes?

—Lo oigo y lo veo.

—¿Dónde?

—Allá en el patio, por todo el pueblo, afuera en el campo, por todos lados. Nadie piensa en Dios ni en morirse ni en qué viene después.

Ella se volvió a ver la calle. Sostenía la revista contra su pecho, tal como la Virgen cargaba al niño en una imagen que él poseía, pero más joven, más bella. Le hubiera querido decir que se moriría por mantenerla tal como era, lejos de los Mulligans y de Joe el Abrojo, de los pubs, de los borrachos, de las mujeres en los portales, de los cerdos y los salones de baile, del escombro, de toda la fealdad de esta vida. Era como una cuesta que recordaba un día de primavera en Longford hace mucho, unos altísimos setos que tapaban las casas, las carreteras, los caminos. No se veía nada más que el cielo. Sólo prado, cardos en flor y el cielo. Era tan hermoso que sintió que se iba a quedar ciego. Hubiera querido dormirse y no despertar nunca. Así se veía ella mirando hacia la calle. Sintió ahora lo mismo que había sentido en el campo, ¿pero cómo decir tal cosa? Entonces se oyó a sí mismo:

—Eres como un campo.

—¿Un campo?

¿Soltó una risita? No estaba seguro.

—En mi pueblo cerca de Knockatallon. Había unos setos altos.

Supo que no podía decir lo que pensaba.

—Un campo en mayo… acequias con cardos… había una pujanza en flor.

Por un rato largo, ninguno dijo nada. Entonces María dijo:

—Yo no soy así; entiendo lo que quieres decir, pero yo no soy así. Cuando dijiste un campo estuve a punto de reírme porque la semana pasada estuve en un campo con Ursula Brogan detrás de la cancha de fútbol. Seguimos a Cissy Caffery allá y a dos chicos de la secundaria. Una buscona. Lo hizo con los dos, uno detrás del otro, y nosotros observábamos.

Las luces de la calle se apagaron. El silencio era extraño. Sintió que tenía que seguir hablando:

—Yo no soy así; pero si amara a alguien me acostaría con él y lo haría feliz. Esa es la verdad de mí. ¿Estás ahí, Mickey?

—Sí.

—¿Escuchaste lo que dije?

—¿Por qué dijiste eso?

—Es la verdad.

—No deberías.

—¿Lo has visto o te lo han dicho?

No contestó. La silla rechinó y lo vio ir hacia la cocina.

—¡Mickey!

Él atravesó la cocina y salió por la puerta de atrás rumbo al patio. Ella sentía que la cara le ardía y le latía raro el corazón. Le había parecido bien decírselo pero a medida que hablaba le sonaba hueco, sucio y terminante, como si deliberadamente estuviera destruyendo algo; falso también porque le había dado asco y no lo había dicho. "Pero si no era mi intención", pensó. Qué le hizo decir eso cuando sabía lo que él había escrito y lo que pensaba de ella; era como burlarse de un tullido o poner veneno en el biberón de un bebé.

Bajó al patio y miró hacia el pajar; no había luz. Incluso si lo viera qué podía hacer para desdecirse de lo que había dicho. Sintió ahora que era peor que Cissy Caffery, que había hecho algo muy estúpido y muy equivocado, y que no había manera de deshacerlo.

—Lo siento, Mickey. De verdad lo siento mucho.

Estaba en el pajar sentado en el marco de hierro de la cama. Algo dijo dos veces Joe el Abrojo. Mickey oyó palabras pero no pudo entender qué decían.

—¿Estás sordo o qué?

—¿Qué?

—¿Por qué no dices nada?

—¿Qué?

—¡'Ta madre!

Mickey se recargó vestido en la cama y miró las estrellas por el

tragaluz. Joe el Abrojo comenzó a moverse, insultándolo como hacía casi todas las noches. Los resortes chirriaron y las ruedas rechinaron en las duelas apolilladas. Mickey escuchaba.

—Dios te está viendo, Joe.

—Ya cállate, viejo, por el amor de Dios. Te van a encerrar como a tu padre.

Luego Joe ya estaba roncando y Mickey contaba las campanadas de la iglesia. Una y otra vez, se restregaba la mente rezando, pero no podía dejar de ver en los ojos de ella el momento en que estaban viendo lo que había dicho que habían visto, su boca hablando de desnudez y de pecado, y por un instante la vio acostándose con Joe el Abrojo y se despertó sobresaltado y sudoroso. ¿Por qué habría dicho tales cosas? ¿Ella también se iba a ganar el infierno lleno de sucias brujas, una bruja ella misma, la boca negra y gritando, condenada? ¿Qué le estaba pasando al mundo? Hombres, mujeres y niños marchando hacia la perdición. Casi se habían apagado las estrellas cuando se encontró diciendo:

—Casa de oro, Arca de la alianza, Puerta del cielo, Estrella de la mañana, Estrella de la mañana, Estrella de la mañana.

Era invierno y había estrellas en el campo escarchado y estaba de rodillas en el duro suelo a la espera de la Madre de Dios, Cristo de nuevo resucitado en este campo de Knockatallon. Estaría allí y el mundo se salvaría. Por la brecha helada apareció un asno llevando a una pequeña figura con capa. Detrás venía azuzándolo un hombre con sombrero. Podía verlo todo muy claro, incluso el puntilloso trote del asno, la cola meciéndose… Eran San José y la Virgen María. El asno subió por el campo hasta donde él estaba arrodillado. María desmontó y comenzó a abrir un paquete. Pudo ver que era muy joven, casi una niña. San José hizo un arco de varas de fresno negro y le puso por encima un manojo de bolsas. Encendió un fuego a la entrada de la tienda y se sentó. La Virgen sacó algo del paquete y se arrastró a su lado. Vio entonces que eran María y Joe el Abrojo y que ella tenía una botella de whiskey y estaban dándole ahora tragos y riéndose y después de un rato Joe le susurró algo. Ella se sonrió y puso su cabeza en sus piernas. Mickey cerró los ojos. Había un ruido horrible de chillidos y gruñidos revueltos de animales y humanos, como los cerdos de Clonfad y algo en su cabeza le estaba diciendo: Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Consuelo de los afligidos, pero el ruido aumentó y pudo ver claramente por arriba su hermosa cabeza entre las piernas de Joe, y Joe se la detenía y de repente Joe empezó a gritar: “Cristo —y luego—, ah Cristo, Cristo, Cristo”, y la empujó a un lado. Ella escupió, agarró la botella de whiskey y se la bebió de un trago. Miró a su alrededor y lo vio a él con ojos nublados, la boca abierta, la cara manchada, el pelo un sucio estropajo como el de la

vieja Maggie Greggan del Gullet. Emanaba de ellos un olor como el olor del chiquero de Conolly, tan fuerte que apenas podía respirar. Trató de levantarse. No pudo. El olor se puso peor y comenzó a oler como a corrupción y a muerte y ya no podía respirar por el olor tan fuerte y empezó a tener arcadas y luego estaba sentado en la cama y se estaba ahogando y llorando.

Las estrellas se habían ido. Joe el Abrojo seguía dormido en una esquina del pajar, la boca abierta como un hoyo negro en un rastrojo gris. Le dio náuseas mirar a Joe. Se quedó un rato pensando, se levantó y amarró en una sábana lo que tenía, vació una caja de recortes en una caja de cartón y bajó las escaleras. Caía una luz grisácea en el patio. En las tejas de una panadería abandonada, se podía ver llover; las iglesias, las casas, las calles y campos parecían hechas piñas, condenadas. Se lavó en una llave del patio. El agua salpicaba en el cemento agujereado y corría por una zanja que se perdía entre goteantes manzanos. Llevó la caja de cartón a un sitio desnudo junto a un ciruelo y le prendió fuego. Mientras ardía, echó todo lo que había en el atado y guardó únicamente el obituario de su madre. Observaba las llamas torcerse y doblarse y dijo en voz alta: “Quisiera estar muerto y enterrado, tal cual”. Cuando los papeles se hicieron ceniza, regresó al patio y se dio vuelta a ver la casa de estuco y leyó las palabras en la pared:

Café Roma
Bocadillos, guisos de pescado, habitaciones.

Una cañería de plástico negro bajaba por la mitad de la casa, pasaba al lado de su ventana con cortinas azules.

—No lo voy a pensar —dijo—…voy a ir.

Entonces comenzó a escalar la tubería. Estaba mojada y resbalosa. Bajó al sótano por la escalera de piedra y se metió por la ventana de la despensa. De ahí subió al vestíbulo con el arco sobre la puerta, las grandes fotografías, la mesa y dos sillas. De nuevo por las escaleras terminadas en hule al piso de arriba con su gran ventanal con vista hacia el norte. Había un linóleo café en el piso, una gran planta en una maceta de latón. Cinco puertas. Esa, abierta, era la suya. Podía ver las cortinas azules, el uniforme escolar sobre la silla. Se metió. Estaba profundamente dormida, respirando suave, hermosa como ninguna pintura que él hubiera visto jamás:

—Impura.

Abrió los ojos:

—Impura —gritó—, sucia.

Se apoyó en los codos. Se podía oír a sí mismo, pero no estaba

seguro de lo que decía. Después estaba temblando y llorando y balbuciendo. María se sobresaltó. No sentía miedo, sólo pena y vergüenza.

—Mickey, lo siento mucho. Por favor. No hagas eso. Estás gritando, los vas a despertar. Por favor vete, por favor.

—Impura, sucia, sucia, sucia.

Entonces el señor Digacimo estaba en pijama en medio del cuarto, el pelo con tanto cuidado acicalado por la coronilla cayéndole sobre la oreja. Mickey estaba balbuciendo:

—Madre de Dios Todopoderoso, una puta digna de cualquier bribón, sucia, impura.

El señor Digacimo lo asió del brazo.

María dijo:

—Papá, por favor, no va a hacer nada, está alterado.

Mickey se soltó y salió del cuarto. Vio a la señora Digacimo en bata en el descanso. La oyó decir algo así como “policía”. Salió al patio por la puerta de atrás, puso el bulto de la sábana en el carrito y lo empujó hacia la entrada de la calle.

—No lo voy a pensar —dijo—… voy a ir.

Se fue por la carretera del oeste hacia Leitrim. Había escuchado una vez a un hombre decir que no quedaba nada en Leitrim, sino las montañas pelonas, casas vacías y los huesos de ovejas. Los setos se volvían un estrago de retamos. Volvió la vista abajo. El pueblo había desaparecido en un borrón de lluvia. Ella también iba a morir en su mente y a ser olvido, como cuando muere un cuerpo. Después había coches, camiones y furgonetas; niños en autobuses escolares miraban hacia afuera riéndose y señalando. Se fue por una carretera lateral. Iba a encontrar su camino por carreteras y sendas apartadas. No había vuelta de hoja. Cansado, se sentó en una zanja y se puso a ver el campo, el sol perdido entre las nubes, miles de cuervos volando hacia algún lado, encima de lagos oscuros, noviembre de nuevo, un viento delgado, y los campos empapados.

Un viejo venía subiendo por la carretera guiando dos vacas huesudas. Tenía la barba color cigarro y los ojos nublados, la cara ajada como la de su padre:

—¿A dónde vas con la carretilla, mi hijo?

—A Leitrim.

—¿A dónde allá?

—No lo sé.

—Que tengas suerte, hijo, y también Leitrim.

Ya rezaría cuando pudiera pensar mejor. Mientras tengas a Dios y a su Santa Madre, da igual a donde vas ni cuándo es que vayas a llegar. Tenía que mantenerse en eso y quemar todo lo demás de su

mente. Era verdad. Entonces dijo en voz alta:

—Mi corazón está roto, esa es la verdad, mi amor está muerto, eso es un hecho.

JULIA O’FAOLAIN

Traducción de Jorge Fondebrider

Julia O’Faolain (1932-2020) publicó *We Might See Sights*! (1968), *Godded and Codded* (1970), *Man in the Cellar* (1974), *Women in the Wall* (1975), *Melancholy Baby* (1978), *No Country for Young Men* (1980), *The Obedient Wife* (1982), *Daughters of Passion* (1982), *The Irish Signorina* (1984), *The Judas Cloth* (1992), *Adam Gould* (2009), *Trespassers: A Memoir* (2013) y *Under the Rose* (2016).

En castellano, *No hay lugar para los jóvenes* (traducción de Montse Conill; Ultramar, 1990) y *Emparedadas* (traducción de Silvia Komet; Global Rhythm, 2007).

PRIMERA CONJUGACIÓN

Era de Cremona: una criatura patricia que andaba por los cuarenta y que había seguido a su marido refugiado hasta nuestra ciudad y enseñaba italiano en nuestra preparatoria local. Sus colegas eran nietos de campesinos a los que la ambición había abandonado en lo más alto del árbol académico de Irlanda. Suboficiales de un ejército sin lugar a donde ir, trataban a sus dóciles alumnos con cansada ironía. Para ellos, la presencia de la *signora* era como la luz de la luna en un pozo. Cada destello de ella era un tónico en ese angosto foro de concreto fundido cuyas paredes internas estaban pintadas de un verde orina lavable.

Ella sola proporcionó la hiperintensidad que yo esperaba de la preparatoria y lo hizo en las pocas semanas iniciales. Con sus togas académicas, otros maestros parecían cuervos que mudaban de plumaje o funebreros silenciosos. Ella llevaba la suya como un vestido de baile y su cuello sombreado de un verde propio de Pamigianino se elevaba electrizante en las ondulaciones de sus pliegues. El cabello le rodeaba la cabeza con el austero vigor de los negros arroyos de montaña. Su cuerpo se desplazaba como el agua en una acequia y tenía una vitalidad mayor que la de cualquiera que hubiera conocido.

Esa vitalidad controlada me cautivó, así como una distante compasión por nuestra simplicidad, y la prodigalidad con la que, tal vez para su propia diversión, proponía consideraciones demasiado finas para nuestras posibilidades. De haber sido un estudiante varón, me habría enamorado de ella.

Así las cosas, su belleza fijó estándares a los que, desesperadamente, yo aspiraba. De noche, en la cama, pensaba en ella, a veces inventando historias en las que me ganaba su estima, a veces permitiéndome ser ella y transitar aventuras maravillosas aunque sombrías. A los dieciséis, perseguía mis ensoñaciones con lánguido entusiasmo. Anhelaba que sucediera algo real y comenzaba a pensar en los hombres. Para conciliar mis deseos, como la *signora*, me imaginaba que me cortejaba un hombre. "Oh, tú —me susurraba—, arte maravilloso como el aire de la tarde / en los brazos azules de la lasciva Aretusa…". ¿Quién era él? Resultaba difícil darle un rostro porque no conocía a ningún hombre que valiera la pena. Sólo alumnos que, si no eran religiosos, tenían granos, o tenían el cuello como codornices desplumadas o la cara, según decía mi amiga Ita, "como trastes de bebés": una desgracia sexual para cualquier chica a la que

se acercasen. Y no es que se nos acercaran a Ita o a mí. Más bien, el único que lo hacía era Nick Lucy, cuya cara triste e hinchada se me aparecía de manera inapropiadamente repentina en mi sueño, con su actitud servil de míreme-*signora*, del mismo modo en que me miraba fijamente a mí misma todas las mañanas en la cafetería.

¡Bobo! ¡Mequetrefe! ¡Cómo se atrevía a perturbar mis fantasías privadas! ¡Lo odié! ¿Pensaba en mí tal vez? ¿Hostigándome telepáticamente a que pensara en *él*? Ante la idea de que Nick Lucy hiciera algo semejante, mordí la almohada con rabia.

—Aférrate a Nick —me había recomendado Ita esa mañana, cuando él fue a comprarnos unos buñuelos—. ¡Va a ser útil!

—¡Se ve horrible!

—Como todos —dijo Ita echando una mirada a la cafetería—. No tenemos otra opción.

—Mike McGuillacuddy no está tan mal —sostuve—. ¡No andarías por ahí con él si se viera como Nick!

—Mike es realmente horroroso —dijo Ita—, ¡es un infatuado! Pero tiene vv.

—¿Qué es eso?

—Valor vehicular. ¡vv! Significa que tiene auto. Un tipo con auto puede llevarte a lugares donde vas a conocer a otros tipos. Si te quedas en casa, nunca vas a conocer a nadie. ¡No hay chance de que ellos vengan a buscarnos!

—Bueno, Nick no tiene vv… auto.

—Con un auto basta —dijo Ita—. Pero necesitamos un hombre cada una. ¿No ves? Cualquier papanatas va a servir con tal que podamos ir a bailar con él o al pub. Las chicas no pueden ir a los pubs solas y es *ahí* donde una conoce hombres. Eso dice mi hermana. Dice que a los irlandeses no les *gustan* las chicas —explicó Ita pacientemente—, por lo tanto debe ser una dura persecución sin límites.

La hermana de Ita era cuatro años mayor que nosotras y estaba comprometida, de modo que ella, supuse, debía saber. Acepté darle calce a Nick.

—Con todo —dije—, me da nervios.

Así era. En los últimos meses mi cuerpo se había convertido en un arpa eólica, resonando ante la menor exhalación. Si me rozaba la pelusa de los brazos o de la nuca con la punta de un lápiz, me subía el placer por la columna. Cuando Nick Lucy recogía los libros de mi pupitre, el roce de su manga contra mi mejilla era como la presión del sapo en las huevas gelatinosas de la rana.

—¡Deja esos libros donde estaban, Lucy! ¡No quiero que me los cargues!

—¡Ok, ok, fiera! —decía y se iba, cansino y herido, porque tenía tanto malhumor y ansiedad como yo.

—Conmigo es horrible —le dijo a Ita.

—Ah —dijo Ita, como suele decirse—, en realidad le gustas.

No era verdad. Él me incomodaba: una masita chorreante cuya inconveniencia, sin embargo, me molestaba. Por lo que yo sabía, soñaba conmigo como yo soñaba con la *signora* Perruzzi, y eso le había dado “falsas esperanzas”. Yo sabía que una cara de torpe no era la emanación de un alma torpe, pero también que la manera en que uno actuaba era más importante que el aspecto que se tiene. O intentaba saberlo. ¡Sí! ¡Sí! Pero la levadura de mi sensualidad estaba atascada en lo profundo de la masa del esnobismo. Yo no podía hacer de mí algo como él, ¿no es cierto? El hombre que me iba a hacer hervir las venas iba a tener que verse fenomenal, tener un estándar de ensueño, a diferencia del pobre Nick, cuya fealdad parecía de alguna manera contagiosa.

—No me sigas a la clase de italiano —le dije.

Podía ser amable con él en el café o, mejor aún, en los senderos cubiertos de hojas de los terrenos de la preparatoria, donde me divertía con las historias de su infancia en el campo; pero temía ser vista con él por la *signora*. La amabilidad de Nick no era la del tipo que saltaba a la vista, y yo me imaginaba que el ojo de *ella* era más exigente que el mío. Sus cejas muy arqueadas se veían irónicas, y no podía imaginarme su esbelto cuello doblado por la compasión. O no quería imaginarlo.

Para demostrar que no iba a ser intimidado, Nick, de todos modos, me siguió a la clase de italiano, y se sentó en la última fila a dibujarme de perfil.

Lo ignoré. Era en “conversación” donde la *signora* daba lo mejor de sí. Debió haber sido deslumbrante en los *salones* fascistas de hacía diez años. Ahora ejercitaba su muy poderosa munición en tres seminaristas, cuatro monjas, unos pocos campesinos con la entonación de la región central marcada y en mí. Me esforcé por entenderla. ¿*Por qué* había tenido que abandonar Italia? ¿Por qué terminó en este lugar provinciano que todos —incluidas las cuatro monjas tristes destinadas a cuidar a aristócratas florentinos y hombres de negocios de Prato— intentábamos dejar atrás? ¿Qué crímenes de guerra eran los suyos que enseñaba aquí por una miseria, desperdiciando sus destellos en ese cuarto verde pis, debajo de una lamparita eléctrica pelada y del crucifijo pintado sobre la pared? (Un profesor extremista había insistido en tener en la pared todos los crucifijos pintados y ahora, se rumoreaba, se oponía por motivos políticos a que la *signora* formara parte del personal. La mancha pálida colgaba detrás de ella como una reprobación).

—En nuestra época patriótica, en Italia —suspiró la *signora*—, usábamos *voi*, no el *Lei*. Está más cerca del antiguo *tu* romano.

Se rio con una risa opulenta. Innecesariamente pródiga, la aspereza y profundidad de su voz evocaba un montón de alfombras gruesas y la piel de los abrigos cómodos en un invierno lombardo. Era una exiliada alegre, no digna de lástima.

—Los romanos —dijo suavemente— eran democráticos. El *Lei* fue una servil importación española.

Nick, cuyo padre había servido en el ejército británico, murmuró en la última fila.

Me di vuelta.

—¡Cállate! —susurré.

Cuando volví a poner la vista al frente, los ojos de la *signora* estaban sobre mí. Frunció el ceño. Luego, sus labios formaron una sonrisa breve y tensa.

—Ya veo —exclamó, alegre—. ¡Está impaciente por la conversación! Bien, yo voy a conversar y, a lo mejor, usted anotará mis frases, dado que su italiano, tal vez, no está a la altura para responder. A ver, ¿de qué vamos a hablar? —murmuró distraídamente —. Ya sé: del amor. El amor es el gran tema italiano. O al menos — dijo, burlona— es lo que creen los extranjeros. A quienes, quizás, les importa más que a los italianos mismos. Bueno, tenemos el verbo *amare*, primera conjugación, regular. *Io amo*, amo. *Tu ami* —y dirigió su atención a un cierto punto de la última fila, lo que me hizo mover con aprensión—, amas. *Tu ami la ragazza* —increíblemente, se estaba dirigiendo a Nick—. Amas a la muchacha —le dijo—. *Egli ama,* él ama —se volvió hacia los demás, e hizo inequívocamente un movimiento de cabeza, primero en dirección de Nick y luego en la mía, de modo tal que incluso las monjas se tentaron y lo miraron a él y me miraron a mí—. Él ama a la chica —dijo la cruel *signora. Oh belle dame sans merci*! Boquiabierta, escuché horrorizada. Era más hermosa que nunca. ¡Y mala! ¡Exactamente como lo había supuesto! Pero ¿por qué conmigo? ¿Por qué?—. Él viene a clase porque ama a la chica. *Elia ama* o *essa*, o podríamos decir *lei ama* —dijo la *signora* Perruzzi con una lentitud irritante—, lo que podría significar, ya que el italiano es una lengua rica, que ella ama.

Sentí como si me estuviese poniendo gusanos encima, como si estuviera desvistiéndome y ensuciándome con mugre. “Si vuelve a asociarme con él… Si dice…”. No se me ocurría qué más podría decir. ¿Acaso tenía vista de rayos X? ¿Sabía que yo la había adorado? ¿Era ése su modo de rechazar mi devoción? Sentí el bochorno paralizante, la vergüenza que solía sentir de niña cuando estaba soñando en voz alta y de repente sospechaba que mi hermano se había metido debajo de mi cama para sorprenderme y burlarse. La agonía de esos pocos

segundos, mientras iba a tientas a encender la luz y volvía, dándome cuenta y sofocándome. "Me levanté", pensaba poco convencida. "Voy a caminar". Era Nick a quien detestaba, aun cuando fuera la *signora* la que me había atormentado. "Él lo está disfrutando", pensé con feroz injusticia. "Está feliz de que lo vincularan conmigo". *Odiare*, odiar, me decía la gramática: primera conjugación, regular.

—¿Ella lo ama? —pronunció la *signora*— puede traducirse al italiano sin ninguna inversión: "*¿Lo ama?*". —Me miró fijo—. "*¿Lo ama?* —repitió inquisidoramente—, que también significa "*¿Lo amas? ¿Eh?*" —y me preguntó—: "¿Eh?".

Recogí mis libros y abandoné la clase.

Cuando pasaba, las cuatro monjas, con sus cabezas elegantemente veladas estaban inclinadas sobre los verbos de la primera conjugación.

Eso fue todo: la humillación de una niña. Incluso como "mi momento más vergonzoso" difícilmente podría clasificarse en una competencia con los hombres que pierden sus trajes de baño en una playa o con muchachas sorprendidas por sus pretendientes rizándose el pelo. La *signora* Perruzzi, si recordaba su propia adolescencia, pudo haber una leve punzada de remordimiento. Pero es más probable que no. ¿Cómo podía haber sabido en que áreas tumefactas y sensibles se había metido o que, para mí, la ofensa era absoluta?

Absorta en las simetrías de mis propios tabúes, no era consciente de ella: de la *signora* real. Y cuando la herí no fue por un planificado *quid pro quo*, sino por el movimiento aleatorio de agitación de la criatura que no está segura de su propia ubicación.

Durante las semanas que siguieron, intento convencerme, invitando a su departamento donde organizaba pequeñas veladas italianas con polenta frita y grandes momentos de la ópera italiana a partir de discos. Antes de la crucial clase de conversación (AC), nada me habría dado mayor alegría. Ahora rechacé la invitación. Me imagino que su brío decayó un tanto por mi desdén. Podía *tener* en su departamento gente de la región central con la entonación marcada, seminaristas y monjas. Me mantuve distante. Acepté escribir un artículo sobre D'Annunzio para la Modern Language Society, pero sólo para ridiculizar al poeta de "nuestra época patriótica en Italia". Me puso una buena calificación. No había notado cómo la había idolatrado y pareció no preocuparse cuando ataqué a su ídolo.

*

Y luego nuestros mundos chocaron.

Un amigo soltero de mis padres me rogó que fuera y prepara sándwiches para una fiesta de adultos que estaba haciendo y, como

recompensa, me invitó a que me quedara. Era una fiesta musical para celebrar la llegada a nuestro pueblo de un pianista muy conocido, y entre los invitados estaba el *signor* Perruzzi, el marido de mi *signora*. Ella no fue.

Él no debía llegar a más de la mitad de la altura de ella.

—¿Estás seguro —le pregunté a mi anfitrión— de que es él?

—Sí —dijo—, ése es el *signor* Perruzzi.

Era un tipo gordo como un mirlo romano, con todo su peso inclinado hacia adelante, de modo que las colas de su esmoquin se le separaban un poco del trasero, como si estuviera constantemente considerando inclinarse para besarle la mano a alguien. Tenía ojos como moras, una boca húmeda y unos contornos cálidos y alegres en un rostro que no tenía ni un solo hoyuelo. Era asombrosamente diferente de su esposa y no dejaba de echarse al buche caramelitos de cereza que le hinchaban las mejillas de modo que se parecía Tweedledum. Y aunque estaba ahí, nuestro anfitrión me contó cuál fue la causa del exilio de ellos. Había sido un ardiente fascista, había compuesto himnos y marchas para Mussolini e incluso había cometido imprudencias durante los días del gobierno de Badoglio.

—No sólo políticas, sino más bien algo escabroso, supongo. Algo que ver con abusar de un menor —dijo el anfitrión y luego, al mirarme, claramente decidió cambiar de tema—. No puede volver —me dijo—. Y no puede trabajar. Era un director de orquesta muy conocido, ¿sabes?, pero sobre él pesa una prohibición. Su antisemitismo…

—¿Y ella? —pregunté, pensando en su piel olivácea, su rostro fino, violento.

—Oh, es sólo un ama de casa. Nadie tiene nada contra *ella*. Lo adora y soportó mucho. Con ella, él se portó muy mal —dijo el anfitrión y se alejó para darle la bienvenida a otros.

Yo llevaba una bandeja de sándwiches y me dirigí hacia el *signor* Perruzzi. Le pregunté esmerándome con el italiano si quería uno. Se dio vuelta. Movió las manos como un prestidigitador. Las palabras fluyeron con la velocidad de un grifo abierto. Era ordinario, una caricatura del italiano, un vendedor de baratijas. Repartía elogios edulcorados y en tecnicolor con la amabilidad falsa y familiar equivalente a la irlandesa. No necesitaba conocer Roma para darme cuenta.

—*Ma guarda, guarda che bella signorina*!

Alargaba la i-i-i de *signorina* como lo haría un irlandés que hiciera las veces de tío con la de *cailín*[8] (“¿Qué linda *cailín* es esa muchachita?”).

—¿Y sabes italiano? ¿Eres alumna de mi esposa? ¿Todas sus

alumnas son tan bonitas como tú? ¡No me extraña que las tenga escondidas!

El tono era el mismo, pero sus ojos lascivos, no. Sin pestañear, como los de un gato, cambiaron de naturaleza, parecían cambiar de sustancia cuando me miraban fijo. En ellos había una excitación desvergonzada, una manera de agrandarse que nunca antes había visto, jamás imaginado y que contrastaba de un modo inquietante con las perogrulladas que salían suavemente de sus labios blandos.

—¡Te va a contagiar el acento lombardo! Deberías venir a tomar clases conmigo. Hablo el mejor italiano. *Lingua toscana in bocca romana*! ¿Sabes lo que significa eso? ¡Lengua toscana en una boca romana! —su propia lengua pasó por la superficie húmeda de sus labios. De repente, se inclinó casi hasta caerse sobre mí. Era más bajo que yo; ¿cuánto más bajo que ella?—. *Conosce l'amore*? —preguntó—. ¿Conoces el amor?

Me lo quedé mirando. ¿Qué había querido decir? Una *siente* amor. ¿Cómo podría una conocerlo? Y ¿por qué me estaba preguntando *a mí* tal cosa? Al recordar la manera en que la *signora* había conjugado el verbo *amar*, me sonrojé.

No se sonrió de la manera en que se habría sonreído un irlandés. Su mirada penetrante y mi risita fueron interrumpidas por nuestro anfitrión, que me dijo que mi padre se estaba yendo y que debería ir a buscar mi abrigo. Fui, pero cuando estaba yéndome volví a pasar delante del *signor* Perruzzi.

—¿Yéndote tan pronto? —preguntó—. ¡Las niñitas necesitan dormir para estar bellas! —lo dijo sin darle importancia y me sentí defraudada como si hubiera incumplido una promesa. Pero ahí estaba nuevamente en la puerta.

—¡Cuándo? —susurró rápidamente cuando mi padre ya estaba en el ascensor.

—¡Cuándo qué?

—Nuestra clase de conversación.

—Oh —dije, ¿no era una broma? —y corrí al descanso de la escalera—. Adiós —dije—. Dele mis saludos a su esposa.

Mientras el ascensor bajaba, lo vi darse vuelta. Era un hombrecito gordo.

Pensé en él cuando me senté en la clase de italiano, donde la *signora*; ahora, me parecía menos maravillosa. Fríamente, noté las patas de gallo en los rincones de sus ojos. La poesía que le gustaba citar me pareció empalagosa. Leyó:

Ecco settembre, O amore mio triste, sogneeremo.

In questo ciel l'estramo sogno si dileguera.
D'un pensoso dolore, settembre il ciel riempie,
Gli languon sulle tempoe, le rose dell'esta.

¿Era *él* su *amore triste*? ¿Qué había querido decir nuestro anfitrión con eso de que él se había portado muy mal con ella? Los ojos de Perruzzi volvieron a mí cuando cerré los míos, imperiosamente. Negros, pensé, como escarabajos. Redondos y negros como el excremento fresco de las cabras. Pero eso no los apartaba de mí.

Entonces, una mañana, tomé un libro que la *signora* me había prestado y fui hasta su departamento. Era un sábado y pensé que ella podría haber salido a hacer compras, al igual que a menudo lo hacía mi madre los sábados por la mañana. El *signor* Perruzzi abrió la puerta.

—¡Ah —dijo—, la pequeña *signorina*!

Aun en mis zapatos sin taco era más alta que él, pero supe que había dicho "pequeña" para tranquilizarme y exorcizar algo inminente y furtivo que había en el aire.

—Vine a devolver el libro de la *signora* —dije y me quedé ahí.

Lo tomó.

—¿Te gustaría un café?

—Si usted toma —dije—, gracias. —Y lo seguí hasta la cocina de la *signora*.

Era una cocina irlandesa, alquilada, con apenas unos pocos toques extranjeros: una cuchilla de carne con forma de medialuna, una máquina de café. El *signor* Perruzzi se estiró hasta el estante para alcanzarla. Su mano me rozó el cuello y temblé. "*Piccola*!". Dejó el aparato en su estante, me agarró de los hombros y, tirando de ellos hacia abajo, me besó el cuello, que apenas podía alcanzar. Me agarró de las manos, que luchaban débilmente. *Bambina*, susurró y, apretando una mano contra su estómago fuertemente fajado, empecé a empujarlo con determinación hacia abajo. Lo aparté de un tirón, luego, cuando él me agarró, apoyé la rodilla contra su muslo y, liberándome con una llave inglesa, caí de espaldas para chocar con alguien que acababa de abrir la puerta trasera. Era la *signora*, que estaba volviendo, cargada de paquetes.

Lanzó un grito: "¡Eugenio!", luego recogió las compras que se le habían caído y las puso sobre la mesa.

Traté de mantenerme en pie, pero me había lastimado el tobillo y sentí fuertes dolores en la pierna cuando intenté apoyarme sobre ella. Tuve que sentarme en una silla, masajeándome y esperando mientras el *signor* y la *signora* Perruzzi se peleaban en un súbito italiano. Él gritaba y ella hablaba con calma y fría claridad, por lo que todo lo que

logré entender venía de su lado. “¡Ah, no!”, decía ella todo el tiempo. “¡Otra vez no, ya basta! Y luego: “¡Debería irme de inmediato!”. Y después: “Escándalo. ¡Ya no soporto el escándalo! ¡Ésta apenas tiene dieciséis!”. Ninguno de ellos me prestó la menor atención y tuve tiempo de intentar incorporarme dos o tres veces como para irme, pero cada vez la pierna no lograba sostenerme y tenía que volver a sentarme en la silla. Era tan desagradable tener que estar sentada ahí escuchando que el dolor era casi un alivio. Cuando por fin el *signor* Perruzzi, al cabo de un crescendo particularmente estridente de sus gritos, hizo una pausa, me hizo una reverencia y atravesó con lenta dignidad una puerta que daba al interior, empecé a preguntarme si la *signora* no iba a atacarme físicamente. La culpa es un sentimiento que aísla y no sentí piedad alguna por ninguno de los Perruzzi. Ni siquiera me lo cuestioné. Lo único que quería era volver a casa lo más rápido posible y olvidarme.

—¿Estás lastimada? —me preguntó en voz baja la *signora*. Probablemente estaba tan ansiosa de deshacerse de mí como yo de irme—. Probablemente sea nada más que una torcedura. Apóyate sobre mi hombro. Fíjate si puedes ir saltando como para llegar al auto y te llevaré a tu casa.

Hicimos lo que dijo y me llevó a casa sin decir nada más. Estuve mirando por la ventanilla todo el tiempo y únicamente una vez, cuando de golpe, del otro lado frenó una camioneta y me dio una excusa, le eché una mirada a su rostro. Carecía de expresión, pero, de cerca, las arrugas le producían zarcillos de sombras en la luz color damasco.

—Ése es nuestro portón —dije—. Gracias por traerme. Creo que puedo valerme sola.

No quería que ella viera a mis padres.

Me miró.

—Tengo que preguntarte algo. Es importante para mí. Eres lo suficientemente grande como para entender…

De pronto, hizo un puchero. La *signora* Peruzzi se había puesto a llorar.

Avergonzada por ambas, con las manos apretadas contra mi regazo, esperé. Si hubiera seguido queriéndola, no habría sabido cómo ayudar, y ya no la quería.

—¿Acaso él —preguntó—, acaso mi marido te pidió que fueras a mi departamento esta mañana? ¿Te dijo que *yo* estaría ahí?

La miré.

—¿Te pidió que fueras? —repitió un tanto cortante.

Dudé y le dije:

—Sí, eso hizo. En realidad, insistió mucho —dije—. Lamento todo,

signora Perruzzi. Adiós.

A pesar del dolor, salí del auto y llegué como pude hasta el portón. Cuando oí que el auto se iba, llamé a la criada para que viniera a ayudarme.

—Me caí —le dije— bajando del bus.

Era abril, casi el final del año académico. Con la excusa de mi tobillo, pude quedarme en casa y evitar volver a ir a las clases de italiano. En junio teníamos los exámenes. Durante la pausa del almuerzo, uno de los días de examen, me topé con el *signor* Perruzzi en los terrenos de colegio. Estaba dándoles de comer a los patos con un niñitos de unos cinco años, y estaba por escabullirme, pero me vio y me llamó.

—¡*Signorina!*

—Hola —le dije, con una sonrisa y seguí apurada mi camino.

Pero corrió detrás de mí.

—¡*Signorina!* ¡Detente! Quería preguntarte…

Iba trotando para seguirme el paso, arrastrando al niño de la mano, así que tuve que detenerme.

—Por favor —le rogué—, podemos olvidarnos… __

—¡No! ¡No! —los ojos del *signor* Perruzzi miraban en todas direcciones. Ya no era vivaz, sino que estaba desanimado. Turbias sombras semicirculares le surcaban la carne en las comisuras de los ojos y la boca. Se dio vuelta hacia el niño y aprovechó la oportunidad de examinar el callejón que había detrás de nosotros—. Mi hijo —explicó—. Di “hola” —le dijo al niño, pero enseguida se apartó de él—. Mi esposa tuvo una mala impresión —me dijo—. Es muy desafortunado. Por razones que no puedes saber… —hablaba rápidamente y con una vaga urgencia—. De la mayor gravedad. Para mí. Tengo que pedirte que me ayudes… —sus ojos cambiaron—. ¿Te acuerdas de la última vez…que nos vimos? Fue nada más que un momento de ternura —dijo el *signor* Perruzzi, mientras el niño le tiraba del brazo—. Un impulso. Si pudieras decirle eso a mi esposa. Dile —rogaba— que no fue premeditado…

En ese momento, vi a la *signora*. “*Mama*”, gritó el crío, corriendo hacia ella. La *signora* abrió los brazos para recibirlo y las alas negras de su toga se cerraron vengativas alrededor de él. Se encaminó hacia nosotros. Patética y repelente, las arrugas de su rostro se movían bajo el sol como las patas articuladas de insectos agonizantes. Ambos, ella y su marido, me parecieron viejos.

—Entonces —dijo en inglés—, sigues dando citas. Por Dios, Eugenio, no puedo dormir, no puedo trabajar sin preocuparme por un nuevo escándalo. Si al menos te metieras con adultas…

—María, te juro —dijo el marido—. No hubo cita. Me acabo de encontrar con la *signorina* por casualidad, hace dos minutos. Pregúntale, nunca le di ninguna cita. *¡Pregúntale!*

—¡Le pregunté la última vez —replicó la *signora* de mal modo—, y ella me dijo esa vez que habías hecho una cita para verla a mis espaldas! Eugenio, esto es demasiado…

Esta vez, libre de todo dolor de tobillo, me escapé. Mientras me iba, pude oír el ida y vuelta de sus voces incomprensibles que peleaban. Amargos, tristes y oscuros, esos sonidos me siguieron por todo el jardín.

Claro, me sentí culpable, remordimiento que enterré tan rápida y profundamente como pude. Me dije a mí misma, ¿qué podía hacer de todos modos? Aun cuando me hubiera retractado de mi mentira, al decirle a la *signora* que su marido *no* me había invitado a su departamento aquella mañana o que no había arreglado para encontrarse conmigo en los jardines de la preparatoria, no me habría creído. ¿O sí? Por otra parte, ¿no era él claramente un disoluto? ¿Una criatura débil, lasciva, moralmente baja? Cargué sobre él mis propias vergüenzas inciertas.

Era octubre y el comienzo de un nuevo año académico cuando me enteré de que ella había vuelto con su hijo a Italia. Se pensó que ella estaba buscando una anulación del matrimonio, y él andaba dando vueltas por la ciudad viviendo de lo que podía. Al tiempo, lo vi en la calle; ya no se veía como un mirlo, sino más bien como un triste tordo vestido con un abrigo de *tweed* que alguien debió haberle dado porque sus hombreras le llegaban hasta la mitad del codo. No me vio y no puedo recordar si le ahorré un arrepentimiento pasajero.

Abandoné el italiano y estuve ocupada compitiendo con Ita por la atención de Nick Lucy, que se había vuelto musculoso, bronceado y mundano durante un verano en el sur de Francia. Si alguna vez mencionamos a la *signora* Perruzzi después de eso, fue para reírnos —afortunadamente— por la manera en que se había burlado de nosotros durante la clase de conversación.

JOHN MCGAHERN

Traducción de Inés Garland

John McGahern (County Leitrim, 1934 - Dublín, 2006) publicó *The Barracks* (1963), *The Dark* (1965), Nightlines (1970), *The Leavetaking* (1975), *Getting Through* (1978), *The Stoat* (1978), *The Pornographer* (1979), *High Ground* (1985), *Amongst Women* (1990), *The Collected Stories* (1992), *That They May Face the Rising Sun* (2002), *Memoir* (2005) y *Creatures of the Earth: New and Selected Stories* (2006).

Sus traducciones disponibles en castellano son *El pornógrafo* (traducción de Ángela Pérez; Circe Ediciones, 1988), *Entre mujeres* (traducción de Ángela Pérez; Circe Ediciones, 1992) / *Entre todas las mujeres* (traducción de Javier Erro; Meetok, 2016), *Cuentos completos* (traducción de Gerardo Gambolini; Adriana Hidalgo, 2009), *La oscuridad* (traducción de Mariano García; Adriana Hidalgo, 2012) y *Memorias* (traducción de Jorge Brash Guillaumín; Universidad Veracruzana, 2015).

COREA

—¿También viste una ejecución, ¿no? —le pregunté a mi padre, y empezó a contarme mientras remaba. Había sido capturado en una emboscada a fines de 1919 y en esa época estaban fusilando prisioneros en Mountjoy como forma de represalia. Él pensó que era el próximo, porque después de varios días lo mudaron a una celda cerca del patio de la prisión. Podía ver hacia afuera a través de los barrotes. Esa noche no hubo ningún golpe a la puerta para que se preparara y al amanecer vio cómo hacían marchar al patio a dos prisioneros a los que habían decidido fusilar: un hombre de poco más de treinta años y un joven, casi un chico, de dieciséis o diecisiete años que lloraba. Le vendaron los ojos al chico, pero el hombre rechazó la venda. Cuando el oficial gritó, el chico se puso en posición de firme, pero el hombre se quedó como estaba, masticando algo con parsimonia. Tenía las manos en los bolsillos.

—Sáquese las manos de los bolsillos —gritó otra vez el oficial con voz irritada.

El hombre negó con la cabeza.

—Es un poco tarde para eso —dijo.

El oficial ordenó disparar y sonó la descarga, el chico tironeó de su chaqueta a la altura del corazón, como si quisiera arrancarse las balas, y los botones de la chaqueta volaron por el aire antes de que cayera de cara en la tierra.

El otro se cayó silenciosamente hacia atrás: debe de haber sido por las manos en los bolsillos.

El oficial despachó al chico boca abajo con un disparo del revólver, pero descargó cinco balas una detrás de la otra en el cuerpo del hombre, como para vengarse de que no hubiera obedecido sus órdenes.

—Cuando estaba en mi luna de miel años más tarde, era mayo, y nos subimos al tranvía que sube la colina de Howth desde Sutton Cross —dijo mi padre, descansando en los remos—. Nos sentamos en el piso de arriba al aire libre en los asientos de madera con la baranda alrededor que lo hace como un pequeño barco. El mar estaba abajo y nos rodeaba el olor marino y aulagas florecidas, y yo miré hacia abajo y vi las vainas de aulaga que se abrían y el modo en que explotaban en todas direcciones era estremecedor, como los botones cuando él tironeó de su chaqueta. No me lo pude sacar de la cabeza en todo el día. Me destrozó el día.

—¿Es raro que no tuvieran las manos atadas? —le pregunté cuando remaba entre la boya negra de navegación y la roja donde el río entra a Oakport.

—Supongo que era porque los consideraban soldados.

—¿Crees que el chico se puso en posición de firme porque pensó que si obedecía las reglas todavía podía librarse?

—A mí eso me suena un poco presuntuoso. Eso viene de ir al colegio demasiado tiempo —dijo con agresividad, y yo me callé. Era nuevo para mí oírlo hablar de su vida. Antes, si le preguntaba por la guerra, se pasaba los dedos por los ojos como para arrancarse una telaraña, pero era mi último verano con él en el río y parecía que le habían dado ganas de hablar, de dar de sí mismo antes de que se terminara.

Con una mano después de la otra fui recogiendo el sedal palpitante de pescados; había más de tres kilómetros de sedal, una tanza con anzuelo por cada metro. El permiso era para mil anzuelos, pero usábamos más. Éramos los últimos en pescar en esas aguas dulces para ganarnos la vida.

A medida que las anguilas entraban al bote por la borda, las soltaba con un corte de cuchillo dentro de la jaula de alambre, donde resbalaban unas con otras en su propio aceite, el anzuelo retorcido en la boca. Los otros pescados —los lucios atorados en la perca encarnada que se habían tratado de tragar, besugo, rutilo— los hacía resbalar por las tablas hacia la proa del bote. Los venderíamos en el pueblo o los regalaríamos. Limpié los anzuelos que no tenían pescado y los clavé en hileras alrededor del costado de la caja de madera. Dejé que el sedal cayera en el centro. Después de un kilómetro y medio, él tomó mi lugar en la popa y yo remé. La gente todavía no se había levantado y la niebla fría de la mañana flotaba en el río. Más allá del sonido de los remos en el agua y las sacudidas de los peces en el sedal, perlado con las gotas de agua que se deslizaban a medida que yo lo recogía, el río estaba en absoluto silencio, excepto por el mugido ocasional del ganado en las orillas.

—¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer después del verano? —preguntó.

—No. Voy a esperar y ver lo que pasa —respondí.

—¿Qué quiere decir *lo que pasa*?

—Según los resultados del examen. Si son buenos, tendré opciones. Si no, no va a haber opciones. Tendré que aceptar lo que pueda conseguir.

—¿Cuán buenos te parece que serán?

—Creo que van a estar bien, pero no olvidemos la fábula de la lechera.

—No —dijo, pero había algo calculador en su cara; me puso en alerta mientras remaba el último trecho de sedal. Para cuando levantamos la gran jaula de alambre de los juncos, y la vaciamos de la pesca de anguilas de la mañana y la volvimos a hundir otra vez, había empezado el día, los sonidos lejanos de las granjas, las primeras moscas en el río.

—Vamos a tener suficiente para una consignación mañana —dijo.

Cada semana mandábamos las anguilas vivas a Billingsgate, en Londres.

—Pero mira, aun si te va bien, ¿no considerarías dejar este país totalmente e irte a América? —dijo, buscando a tientas las palabras, mientras yo empujaba el bote fuera de los juncos con un remo después de haber hundido la jaula de anguilas, el barro de un sucio amarillento se alzaba a la superficie entre los tallos.

—¿Por qué América?

—Bueno, es la tierra de las oportunidades, ¿no? Un país gigantesco, en expansión. No hay lugar para la ambición en este lugar insignificante. Para lo único que hay lugar es para agujerear las pintas de cerveza negra.

Yo estaba cansado de las palabras rimbombantes. No eran suyas.

—¿Quién pagaría el pasaje?

—Encontraríamos la manera. Juntaríamos el dinero de algún modo.

—¿Por qué juntarías dinero para que yo vaya a América, si puedo conseguir un trabajo aquí?

—Sentiría que te estoy dando una oportunidad que yo no tuve. Peleé por este país y ahora quieren sacarme hasta el permiso de pesca. ¿Vas a pensarlo al menos?

—Lo voy a pensar —contesté.

Durante el resto del día, desmalezó los surcos en el campo de papas mientras yo reemplazaba los anzuelos en el sedal y cavaba en busca de lombrices, con la pena de hacer cosas por última vez y el aburrimiento de saber que pronto no habrá ninguna necesidad de hacerlas, que podrían ser descartadas aun ahora. Apareció la culpa de irme: estaba descartando su vida para adoptar la mía, un hombre para remar disminuiría las ganancias menguantes de la pesca y ni siquiera era seguro que le renovaran el permiso. La junta de turismo había rechazado la última aplicación. Dijeron que empobrecíamos la pesca tosca de los turistas; los turistas que venían en verano desde Liverpool y Birmingham cada vez más a sentarse en sillas de aluminio en la orilla del río a pescar con cañas. Los campos que teníamos apenas alcanzarían para vivir sin la pesca.

Lo vi asomarse por encima de la pared para conversar con Farrell,

el comerciante de ganado, cuando fui a dejar las lombrices en el barro en la oscuridad del cuarto de baño donde las almacenábamos. Farrell estaba en la calle apoyado en el manubrio de su bicicleta. Pasé cerca de ellos camino al cuarto de baño pensando que hablaban del precio del ganado, pero mientras vaciaba las lombrices en la caja me llegó la palabra *Moran* y abrí cuidadosamente la puerta para escuchar. Era la voz de mi padre. Estaba excitado.

—Lo sé. Oí la suma exacta. Les dieron diez mil dólares cuando mataron a Luke. La vida de cada soldado americano está asegurada por diez mil dólares. Oí que les dan doscientos cincuenta dólares al mes a cada uno por Michael y Sam mientras estén en servicio —siguió diciendo.

—Están comprando ganado a diestra y siniestra —la voz de Farrell me llegó cuando cerré la puerta y me quedé parado en la oscuridad, en el olor a mierda y a orín y el olor tibio y carnoso de las lombrices reptando en demasiado poco barro.

La conmoción que sentí era la conmoción que sentiría más tarde en la vida cuando me equivocaba en una situación social, la fractura en el amor propio y la necesidad de arrastrarme a un cuarto de baño oscuro a pensar.

El cuerpo de Luke Moran había llegado de Corea en un cajón de plomo, había cruzado el puente de piedra al son de las lentas campanadas funerarias seguido por los autos inmensos de la embajada, el cajón envuelto en la bandera de los Estados Unidos. Habían disparado salvas junto a la tumba antes de llenarla con tierra. Hubo fotos de sus condecoraciones que el agregado militar entregó a la familia.

Él juntaría como fuera el dinero para el pasaje, me reclutarían, recibiría un monto en dólares mientras yo estuviera en servicio y diez mil dólares si me mataban.

En la oscuridad del cuarto de baño entre las cajas de lombrices, antes de tirar el sedal nocturno para la pesca de anguilas, supe que mi juventud se había acabado.

Remé mientras él dejaba caer el sedal nocturno, sus dedos encarnaban cada anzuelo con tanta gracia que parecía un solo movimiento. La oscuridad avanzaba desde Oakport al cobertizo para botes de Nutley, los murciélagos giraban en remolinos desagradables por encima de nuestras cabezas, las alas de los patos se plegaban en la curva para entrar a la bahía.

—¿Pensaste en lo que te dije de ir a América? —preguntó, sin alzar la vista de los anzuelos y la caja de lombrices.

—Pensé.

Los remos se hundieron en el agua sin salpicar, la espiral del hueco

creció en la calma para deslizarse hacia atrás de él sentado en la popa.

—¿Decidiste aprovechar la oportunidad?

—No. No voy a ir.

—No vas a poder decir que no te di la oportunidad cuando no llegues a nada en este país estúpido. Va a enterrarte.

—Va a ser mi propio entierro —respondí, y después de un largo silencio pregunté—: A medida que envejeces, ¿no te parece que recuerdas cada vez más esos días en la guerra y en prisión?

—Sí. Y no quiero hablar de ellos. Hablar de esa ejecución me alteró infinitamente, esos botones malditos explotando en el aire. Y lo que es más, si yo hubiera librado mis propias guerras y hubiese dejado que este país estúpido se defendiera solo, estaría mucho mejor hoy. No quiero hablar de eso.

Yo sabía que ese silencio se había instalado para siempre y seguí remando sin hablar hasta que él preguntó:

—¿Crees que esta noche será muy buena?

—Está demasiado calmada —respondí.

—A menos que se levante el viento nocturno —dijo con ansiedad.

—A menos que se levante el viento nocturno —repetí.

El bote avanzaba por el agua quieta y el sedal se deslizaba entre sus dedos por el costado; nunca antes me sentí tan cerca de él, ni siquiera cuando me llevó sobre los hombros a la Final por encima de la multitud alegre. Cada movimiento que hacía lo vigilaba tan de cerca como si también yo tuviera que prepararme para asesinar.

BERNARD MACLAVERTY

Traducción de Andrés Ehrenhaus

Bernard MacLaverty (Belfast, 1942) ha publicado *Secrets & Other Stories* (1977), *Lamb* (1980), *A Time to Dance & Other Stories* (1982), *Cal* (1983), *The Great Profundo & Other Stories* (1987), *Walking the Dog & Other Stories* (1994), *Grace Notes* (1997), *The Anatomy School* (2001), *Matters of Life & Death & Other Stories* (2006), *Collected Stories* (2013), *Midwinter Break* (2017) y *Blank Pages and Other Stories* (2021).

En castellano, *Solo a dos voces* (traducción de Antón de Vez Ayala-Duarte; Edhasa, 1999), *Cal* (traducción de César Rendueles; Akal, 2002) y *Unas vacaciones en invierno* (traducción de Álvaro Marcos; Libros del Asteroide, 2019).

BÚSQUEDA

Belfast 1971

No sabía qué la había despertado. Algo debió ser. Encendió el velador y comprobó que apenas eran más de las tres. Apagó la luz y se mantuvo inmóvil en la oscuridad. El cuartito esquinero estaba en silencio. Su única ventana, con una rendija abierta para el fresco veraniego, daba a la calle trasera y el patio. Ni un mísero ladrido de perro en la distancia. No se solía despertar en plena noche; tenía que haber una explicación. Quizás había reaccionado a una plegaria. Si Mammy, que dormía en el cuarto principal, rezaba en voz alta al sentirse mal, Molly era la encargada de comprobarlo. Un tramo corto de escaleras arriba. Asomar la cabeza desde la puerta. Quizás ni eso. Si la anciana estaba roncando, se la podía oír desde el rellano.

Ésa era una de las cosas que odiaba de ser viuda, esa sensación de miedo. Tampoco es que estando vivo su marido hubiera hecho gran cosa, pero al menos lo sentía ahí con ella. El miedo compartido era menos miedo. El par de noches que su hijo pasaba en casa cuando venía de Londres las dormía profundamente.

Pero ahora era una mujer de sesenta, a cargo de todo. Y aun así sabía que no podía hacerse cargo de nada, sin mencionar a su madre y cada uno de sus ochenta y tres años. Se podía encargar de lo corriente, como poner la comida en la mesa. O de acompañarla a paso lento cada domingo a la misa de diez a la vuelta de la esquina. O de llamar a su cuñado, que se las ingeniaba con esas cosas, cuando a la aspiradora Hoover le daba por fallar. Todo eso lo hacía sin problemas. Pero los ruidos, sobre todo los que la despertaban a esa hora de la noche y en esa ciudad, ya eran otra cosa. Permaneció lo más quieta posible para que el rumor de la ropa de cama no se confundiera con otros más lejanos. O el del colchón al moverse. Entonces oyó algo. Sin lugar a dudas. Casi imperceptible. Ese sonido sibilino que emite la gente cuando reza. Un seseo. Más un susurro que una voz. Parecía haber entrado desde abajo por la ventana abierta. Alguien en el patio, quizás. Madre de Dios, ¿qué podía ser? Separó la cabeza de la almohada para liberar ambos oídos. De cara a la oscuridad del techo. Como la gata cuando un sonido la alertaba y movía las orejas como un radar para rastrearlo. Así estaba ella. No era gente hablando, pero podía ser gente susurrando. ¿Y por qué iba alguien a susurrar allá fuera, por qué no hablaba normalmente? No acababa de entenderlo.

Entonces oyó algo con toda claridad.

Vidrios rotos, Jesús, María y José. En dos ocasiones anteriores las bombas habían roto sus ventanas, pero en este caso no había habido ninguna explosión. Y el sonido era metálico, como si los pedazos de vidrio que se estaban rompiendo fueran grandes. Venían de la fachada de la casa. Alguien tirando ladrillos a las ventanas a las tres de la mañana. Pero también se oían golpes. Ruidos de topetazos. Cristo de mi alma. Encendió el velador y se enfundó la bata. Estaba temblando. Sus piernas estuvieron a punto de no sostenerla. No había alcanzado a atarse el cinturón de la bata antes de que los golpes empezaran a subir por las escaleras alfombradas, cada vez más cercanos. Gritos. Pasos rápidos y pesados.

—¿Quién anda ahí? —su voz era tan vacilante que tuvo que repetirlo. Más alto—. ¿Quién anda ahí?

—Ejército británico, señora.

—Ay… Gracias a Dios.

Entreabrió la puerta del dormitorio. El lugar bullía de soldados armados. Se habían tomado la libertad de encender todas las luces de abajo. Eran unos cinco o seis. La gata se escurrió escaleras arriba a la velocidad del pánico. La puerta principal estaba intacta, exactamente como ella la había cerrado unas horas antes.

—Pero ¿cómo entraron?

Un recluta pasó corriendo escaleras arriba. Ella se fijó en el fusil negro y gris que empuñaba y en las branquias que tenía en los flancos. El hombre que tenía frente a ella, que parecía estar al mando, le gritó en la cara.

—Quiero a todo el mundo en la planta baja. ¡Ahora!

—Le va a dar un susto de muerte a mi madre —le chilló ella al que subía las escaleras corriendo. El soldado pateó la puerta del dormitorio trasero con la suela de su bota y desapareció. La madre estaba en el otro cuarto, el que daba a la calle.

—Ahora la levanto —gritó Molly mientras dejaba atrás al primer soldado, que trató en vano de detenerla y hacerla bajar, pero tenía las dos manos ocupadas.

—Mammy, Mammy.

La puerta del dormitorio de la anciana siempre estaba entornada, por si acaso. Por si acaso llamaba en medio de la noche, por si acaso necesitaba algo, por si acaso sufría otro ataque. Por si acaso la gata necesitaba un lugar donde refugiarse.

—¿Eres tú, Molly?

—Sí, soy yo.

Entró deprisa. La luz estaba prendida. Su madre estaba sentada en la cama con las sábanas enrolladas en el puño bajo el mentón. De la

gata, ni rastros.

—¿Qué ocurre, por Dios Santo? —dijo la anciana—. ¿Quién grita?

El que estaba al mando irrumpió en la habitación detrás de ella. Se disculpó por las molestias causadas, pero dijo que era absolutamente necesario. Y también que quería que todos fueran a la planta baja para poder vigilarlos mejor. Molly oyó que alguien pasaba corriendo por delante del cuarto y subía en tropel las escaleras al piso de arriba. Voces estridentes, nada de risas. Se asustó. Sabía lo que encontrarían allá arriba. Porque solo ella sabía de lo que era culpable.

—Disculpe —exclamó Molly y abrió la puerta y siguió a quien fuera que había subido las escaleras.

—Dios piadoso.

Conocía cada peldaño. Cada crujido, cada raja. El corazón le golpeaba el pecho y jadeaba agitadamente mientras trataba de subir tan rápido como podía.

El que estaba al mando había salido al rellano y gritaba que quería a todo el mundo abajo. Ahora mismo. Donde pudiera verlos. Molly pensó que tal vez tenía miedo de quedarse con su madre a solas.

El recluta, más allá, había empujado la puerta del dormitorio de arriba. Ella entró detrás de él. Las cortinas estaban descorridas y las luces de la calle iluminaban tenuemente la estancia. Molly prendió la luz del cuarto. El soldado estaba arrodillado junto a la cama. Había metido el brazo bajo las mantas revueltas de la cama sin hacer.

—¿Qué está haciendo? —dijo Molly, casi sin aliento.

Él retiró el brazo, la ignoró y se paró. Levantó el cenicero de la mesita de luz. Había un par de colillas dentro. Su hijo nunca había logrado dejarlo. El soldado las olió, las palpó con los dedos. La verdad que era apenas un crío, pero tenía la cara embadurnada en betún. Alzó los ojos al techo. Así estuvo durante un rato. Al hablar con la cabeza hacia atrás, le bailaba la nuez de Adán. Era blanca. No se la había embetunado. Le temblaba la voz.

—¿Hay una trampilla en el techo, señora?

—¿Perdone?

—Una trampilla en el techo.

—No lo entiendo. Ni tampoco entiendo qué está haciendo.

El soldado señaló hacia arriba como un niño.

—Una trampilla. En el techo. Una trampilla de escape.

—No. Sólo en el baño. Para el tanque de agua.

El que estaba al mando entró en el cuarto. También él miró el techo. Luego, la cama.

—¿Quién estuvo durmiendo acá?

—Mi hijo.

—¿Dónde está?

—Volvió a Londres.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas.

El soldado al mando deslizó la mano libre dentro de la cama.

—¿Por qué no está hecha la cama?

Ella se encogió de hombros.

—Qué sé yo.

—¿Durante dos semanas?

—Estoy tan ocupada con mi madre… no tuve ni tiempo de darme cuenta. El cuarto está arriba de todo. ¿Y a ustedes qué más les da?

También parecía interesado en el cenicero, que era una cazuela blanca. Olió y palpó las colillas. Después salió del cuarto y se fue abajo. El otro, el más joven, asintió y se dirigió al aparador. Lo abrió de un tirón. Ella sabía lo que había dentro, era donde guardaban todo lo inservible e inútil. Una vieja radio que no funcionaba, marcos con el vidrio roto, los protectores de críquet de su hijo —siempre había dicho que era mejor bateador que lanzador—, cortinas enrollables, cañas de bambú, alfombras deshilachadas que le habría dado vergüenza poner abajo. El soldado apartó algunas de las cosas para ver qué había detrás.

—¡Cómo se atreve! ¿No tiene modales?

El soldadito dijo algo para sí, pero ella no pudo descifrar qué era. No sonaba a disculpa. Atravesó la habitación y, una vez afuera, bajó de a dos en dos los escalones. Se metió en el baño. Ella lo observaba. Él tiró del cordón de la luz y miró el techo. Antes de seguirlo escaleras abajo, ella se fijó en la cama. Estiró el protector y lo encajó bajo el colchón. Luego las sábanas. Y el edredón de satén rosado. Todo eso lo hizo gimiendo: Ay no, ay no. Dejó intacto el desorden que había dejado el recluta, pasándolo por encima.

Entonces se dirigió al baño, agarrándose fuerte de la baranda. El soldado había cerrado la puerta del baño con cerrojo. Dios sabe qué estaría haciendo. El que estaba al mando andaba por otra parte.

Ella siguió bajando hasta el cuarto de la madre. Cuando entró, se puso una hebilla en el pelo.

—Ay, qué vergüenza. Qué vergüenza más grande —dijo.

—¿Qué pasó? ¿Siguen ahí? —preguntó la anciana desde la cama—. No los oigo.

Molly asintió.

—Claro que ya no oigo muy bien.

Molly vio las manos de su madre fuera de las sábanas, tanteando las cuentas.

—Rezo el rosario, así se van. Y rápido.

—¿Qué estarán buscando?

—Será algún fugitivo.

—Suena muy antiguo eso.

—Como en los veinte —dijo la madre—. Cuando nos mudamos a esta casa nos dijeron que el hueco bajo el techo corría a la par de la terraza.

—¿Quieres una taza de té?

Su madre se lo pensó. Luego hizo un gesto afirmativo.

—Me va a quitar el sueño. Pero todo este lío también.

La leve luz de la lámpara de mesa hacía brillar la piel del dorso de las manos de la madre.

—¿Acá arriba o abajo? —dijo Molly.

—¿Qué?

—Quizá sea mejor que bajemos. El que manda no para de insistir.

Molly ayudó a la anciana a salir de la cama. La mujer se bajó el camisón todo lo que daba de sí. Molly despojó a la cama de una de las mantas y le cubrió los hombros con ella.

—La próxima vez que vaya a la ciudad te compro una bata de noche.

—Parezco una obrera saliendo de la fábrica con su chal —dijo la madre. Molly aprovechó para atarse el cinturón de su propia bata. Un rápido giro de manos, un apretón en la cintura.

—Acá estamos. Listas para el camino.

Pero la madre dio vuelta en busca de su maciza cartera negra.

—Ay, mamá, vamos.

La anciana recogió con el puño las cuentas del rosario, las guardó en la cartera y la cerró con un chasquido. Se la colgó en el hombro derecho. En las escaleras se sostuvo con la otra mano en la baranda. Molly la precedía, ensanchando la espalda por si trastabillaba. La puerta del salón estaba abierta y Molly sintió el frío que venía de allí. Se asomó; la ventana estaba rota, incluido el marco, un rectángulo de madera astillada y vidrios rotos. Sus buenas cortinas de red, henchidas al viento, parecían destrozadas también.

—¿Cómo en nombre de Dios voy a arreglar esto? —dijo.

Su madre esperaba en el salón lleno de soldados dando vueltas.

—Ven conmigo, Mammy. —Molly la condujo hasta su butaca y la ayudó a sentarse. Un soldado encaramado a una banqueta husmeaba en lo alto de un aparador—. Uf, ahí seguro que encuentran todo.

Otros dos andaban por el patio, uno en la leñera, el otro asomado a un tacho con una linterna. En ese momento, la cocina estaba vacía.

—¿Preparo algo de té ahora?

El soldado de la banqueta se giró.

—Gracias, señora. Muy amable —dijo.

—Ahórrese las gracias. Hablaba con mi madre.

El soldado hizo una mueca, como admitiendo su error. Una especie de uuups.

—Mejor si te caliento un poco la leche —le dijo Molly a su madre —. Así te ayuda a dormir.

Molly había llenado una ollita de leche que se estaba calentando en la hornalla. El que estaba al mando entró en el salón y saludó con la cabeza a la anciana sentada en la butaca. Parecía haberse relajado un poco. Salió a comprobar qué hacían los dos hombres que estaban en el patio. El haz de la antorcha penetraba una y otra vez por los vitrales de la ventana de la cocina. Se oían voces amalgamadas. El que estaba al mando volvió a entrar. El recluta, que seguía sobre la banqueta, se dio vuelta.

—Acá hay algo —dijo y lo lanzó al otro lado de la habitación. El que iba al mando lo atrapó hábilmente con una sola mano y lo sostuvo en alto. Una pelota de críquet, roja como una cereza. Con una costura blanca. La frotó contra el pantalón de fajina como si le sacara lustre en pleno partido.

—¡Eh! —dijo—. Como el día en que la compraron. _

Se le iluminó la cara. Miró a ambas mujeres en busca de una explicación.

—Es de mi hijo —dijo Molly desde la cocina—. Déjela donde estaba, si no le importa.

—¿Su hijo juega?

Molly asintió. No parecía muy dispuesta a entablar una conversación. Pero la voz del hombre era muy finoli. La ablandó. Como si fuera de la BBC. Él se llevó la pelota a la cara y la olió, y una mirada atravesó sus facciones embetunadas.

—¿Dónde juega?

—Es sólo un club local. Solía ir calle arriba por Clifton Road.

—¿Y sigue jugando?

—¿En Inglaterra?

—Sí.

—Creo que sí. Tengo una foto suya en alguna parte, todo vestido de blanco. Con las protecciones. _

El que estaba al mando seguía lustrando la pelota. Sacudió la cabeza lentamente, como si desconfiara.

—¿Dónde juega en Inglaterra?

—¿Es un interrogatorio?

—No, es una conversación. ¿Dónde?

—Y yo qué sé. ¿En el West Ham? ¿Fulham Wanderers? Dios sabe.

Un sonido sibilante anunció que la leche había hervido y se

derramaba.

—¿Ve lo que me hizo hacer?

Molly apartó la ollita del fuego. Vertió la leche en una taza y le agregó un chorrito de leche fría de la botella.

—Aquí tienes —se la llevó a su madre—. Así no te desvelas.

La anciana la atrajo para sí con las cejas. Molly se inclinó cuanto pudo.

—¿Por qué le das tanta charla? —susurró la madre.

—Uf —dijo Molly, incorporándose.

La madre sopló la espuma de la leche y sorbió con cautela. Molly volvió a la cocina para recogerlo todo.

—Yo pensaba que los católicos apostólicos no jugaban al críquet —le dijo el que mandaba cuando ella pasó. Seguía lustrando la pelota muy despacio en su pantalón. La alzó para contemplar el brillo y apoyó el índice en la costura, como si fuera a lanzarla.

Molly titubeó.

—Eso demuestra lo poco que saben —dijo.

Un instante después, ya se habían ido. Tan de sopetón como habían llegado. Y en los días y semanas posteriores, por mucho que se esforzara en buscarla, ya no encontraría la pelota de críquet de su hijo.

COLM TÓIBÍN

Traducción de Inés Garland

Colm Tóibín (County Wexford, 1955) ha publicado *The South* (1990), *Homage to Barcelona* (1990), *The Heather Blazing* (1992), *The Story of the Night* (1996), *The Blackwater Lightship* (1999), *The Master* (2004), *Mothers and Sons* (2006), *Brooklyn* (2009), *The Empty Family* (2010), *The Testament of Mary* (2012), *New Ways to Kill Your Mother* (2012), *Nora Webster* (2014), *House of Names* (2017), *Mad, Bad, Dangerous to Know: The Fathers of Wilde, Yeats, and Joyce* (2018), *The Magician* (2021) y *A Guest at the Feast* (2022).

Sus libros traducidos al castellano son *El brezo en llamas* (traducción de María Isabel Butler de Foley; Anaya & Mario Muchnik, 1994), *La señal de la cruz, viaje al fondo del catolicismo europeo* (traducción de María Isabel Butler de Foley; Anaya & Mario Muchnik, 1996), *Crónica de la noche* (traducción de Eduardo Hojman; Emecé, 1998), *Mala sangre: peregrinación a lo largo de la frontera irlandesa* (traducción de María Isabel Butler de Foley; Península, 1998), *El faro de Blackwater* (traducción de María Isabel Butler de Foley; Edhasa, 2002), *El sur* (traducción de José Manuel Álvarez Flórez; Emecé, 2003), *El amor en tiempos oscuros y otras historias de vidas y literatura gay* (traducción de Ivor Rubio Tamplin; Taurus, 2003), *The master: retrato del novelista adulto* (traducción de María Isabel Butler de Foley; Edhasa, 2006), *Nuevas maneras de matar a tu madre* (traducción de Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte; Lumen, 2013), *El testamento de María* (traducción de Enrique Francisco Juncosa Cirer; Lumen, 2014), *Brooklyn* (traducción de Ana Andrés Lleo; Lumen, 2016), *Nora Webster* (traducción de Antonia Martín; Lumen, 2016), *La casa de los nombres* (traducción de Antonia Martín; Lumen, 2017) y *El mago: la historia de Thomas Mann* (traducción de Antonia Martín; Lumen, 2022).

LA FAMILIA VACÍA

La luna cuelga baja en Texas. La luna es mi madre. Está llena esta noche, y más brillante que el neón más brillante; hay pliegues rojos en la vastedad del ámbar. Tal vez sea una luna de cosecha, una luna comanche. Nunca vi una luna tan baja y tan llena de su brillo profundo. Esta noche hace seis años que murió mi madre; Irlanda queda a seis horas de distancia y duermes.

Estoy caminando. Nadie más está caminando. Es difícil cruzar Guadalupe; los autos vienen a toda velocidad. En la Community Whole Food Store, donde todos son bienvenidos, la chica de la caja me pregunta si me gustaría unirme al club de la tienda. Si pago setenta dólares, mi membresía, dice, no expirará nunca, y obtendré un siete por ciento de descuento en mis compras.

Seis años. Seis horas. Setenta dólares. Siete por ciento. Le digo que estoy aquí sólo por pocos meses, y sonríe y me dice bienvenido. Le sonrío. El ambiente es cómodo, informal, amable.

Si te llamara ahora, serían las dos y media de la madrugada; te despertaría. Si te llamara, podría repasar todo lo que pasó hace seis años. Porque eso es lo que está en mi mente esta noche, como si no hubiera pasado el tiempo, como si la fuerza de la luz de la luna hubiera elegido con una especie de magia feroz esta noche para llevarme de vuelta a la última cosa real que me pasó. Por teléfono contigo a través del Atlántico, podría recorrer los días que rodearon al funeral de mi madre. Podría revisar los detalles como si corriera el peligro de olvidarlos. Podría recordarte, por ejemplo, que fuiste de traje y corbata al funeral. Recuerdo que te vi cuando hablé de ella desde el altar, que estabas en el pasillo de la derecha. Recuerdo que tú, o alguien, dijo que había tenido que tomar un taxi desde Dublín porque perdió el tren o el ómnibus. Sé que te busqué entre la gente y no pude verte cuando el coche fúnebre llegó después de la misa para llevarse el cajón al cementerio, mientras empezamos a caminar detrás de él. Viniste al hotel cuando ella ya estaba bajo tierra y te quedaste a cenar conmigo y Sinéad, mi hermana. Jim, su marido, debe de haber estado cerca, y Cathal, mi hermano, pero no recuerdo qué hicieron cuando se terminó la cena y la gente se dispersó. Sé que cerca del final de la cena una amiga de mi madre, que se dio cuenta de todo, se acercó y te miró, y me susurró que era lindo que mi amigo hubiera venido. Usó la palabra “amigo” con un énfasis dulce, insinuante. No le dije que lo que había visto ya no estaba ahí, que era parte del pasado.

Sólo dije que sí, que era lindo que hubieras venido.

Sabes que eres la única persona que sacude la cabeza de exasperación cuando insisto en hacer bromas o hablar de cosas superfluas, cuando me niego a ser directo. A nadie más le importó nunca como te importa a ti. Eres el único que quiere que diga siempre algo que sea verdad. Sé ahora, mientras camino hacia la casa que alquilé aquí, que si te llamara y te dijera que el pasado amargo ha vuelto esta noche en estas calles extranjeras con una fuerza que se siente como violencia, dirías que no te sorprende. Te preguntarías sólo por qué me tomó seis años.

Estaba viviendo en Nueva York en esa época, la ciudad a punto de entrar en su último año de inocencia. Había alquilado un departamento allí, como hice en todos los lugares a los que fui.

Era en la 90 y Columbus. Nunca lo viste. Fue un error. Creo que fue un error. No me quedé mucho tiempo —seis o siete meses—, pero fue lo máximo que me quedé en un mismo lugar en esos años y en los años que siguieron. El departamento necesitaba que lo amueblara y me pasé dos o tres días disfrutando del arrebato intenso de comprar cosas: dos sillones, que más tarde mandé a Irlanda; un sofá de cuero de Bloomingdale's que le di eventualmente a uno de mis alumnos; una cama grande de 1-800-Mattress; una mesa y algunas sillas de un lugar en el centro; un escritorio barato de la tienda de segunda mano.

Y todos esos días —un viernes, un sábado y un domingo de principios de septiembre—, como estaba ocupado con los horarios de las entregas, las tarjetas de crédito y el zumbido de los taxis de tienda en tienda, mi madre se estaba muriendo y nadie podía encontrarme. No tenía celular y no me habían conectado la línea del teléfono fijo en el departamento. Usaba un teléfono público en la esquina, si necesitaba hacer llamadas. Les di a las compañías de reparto el teléfono de una amiga, en caso de que tuvieran que comunicarme cuándo iban a entregar los muebles. Llamaba a mi amiga varias veces al día y ella venía de compras conmigo de vez en cuando y era divertida y disfruté esos días. Los días cuando nadie en Irlanda podía encontrarme para decirme que mi madre se estaba muriendo.

Eventualmente, un domingo en la noche tarde, me metí en un Kinko's y me conecté a Internet y descubrí que Sinéad me había mandado un *mail* detrás de otro, desde hacía tres días, marcados "Urgente" o "¿Estás ahí?" o "Por favor, contesta" o "Por favor, confirmar recepción", y después simplemente "¡Por favor!". Leí uno de ellos y contesté para decir que llamaría apenas ni bien encontrara un teléfono, y después leí uno por uno. Mi madre estaba en el hospital. Era posible que la operaran. Sinéad quería hablar conmigo. Se estaba quedando en lo de mi madre. No había nada más en ninguno de los *mails*, la urgencia no estaba dada tanto por el tono como por la

frecuencia y los diferentes títulos que ella le daba a cada *mail* que mandó.

La desperté en la noche de Irlanda. La imaginé parada en el vestíbulo al pie de las escaleras. Me encantaría contar que Sinéad me dijo que mi madre estaba pidiendo mi presencia, pero no dijo nada parecido. En vez de eso, habló de los detalles médicos y de cómo le habían dado a ella la noticia de que mi madre estaba en el hospital y cómo se había desesperado de pensar que no me podría encontrar nunca. Le dije que llamaría otra vez por la mañana y ella dijo que tendría más noticias para entonces. Mi madre no tenía dolor ahora, dijo, aunque lo había tenido. Esa noche pareció como si sólo hubiera querido hablar conmigo, contarme. Nada más.

Pero, por la mañana, cuando llamé me di cuenta de que había pensado con rapidez apenas oyó mi voz en el teléfono, que supo que yo no podría arreglar un viaje a Dublín un domingo a la noche tarde, que no habría vuelos hasta la noche siguiente. Había decidido no decir nada hasta la mañana; había querido que yo tuviera una buena noche. Y la tuve, y por la mañana cuando la llamé, dijo simplemente que llegaría un momento muy pronto en el que la familia tendría que tomar decisiones. Habló de la familia como si fuera tan distante como el Consejo del distrito urbano o el gobierno o las Naciones Unidas, pero ella sabía y yo sabía que éramos solo tres. Nosotros éramos la familia; y hay una sola cosa que a una familia le piden que decida en un hospital. Le dije que iría; que me tomaría el próximo avión. No estaría en mi departamento nuevo para algunas de las entregas de mis muebles y no estaría en la universidad para mis primeras clases. En lugar de eso, encontraría un vuelo a Dublín y la vería lo antes posible.

Mi amiga telefoneó a Aer Lingus y descubrió que había algunos asientos reservados para eventualidades como esta. Podía volar esa misma noche.

Sabes que no creo en Dios. No me importan mucho los misterios del universo, a menos que me lleguen con palabras o con música, tal vez, o en una serie de colores, y entonces los contemplo meramente por su belleza y sólo de manera fugaz. Ni siquiera creo en Irlanda. Pero sabes, también, que en estos años de estar lejos hay momentos en los que Irlanda viene hacia mí como una aparición repentina, cuando veo una insinuación de algo familiar que quiero y necesito. Veo a alguien viniendo hacia mí con una manera suave de sonreír, o una cara terca y preocupada, o una forma de moverse con cautela en un lugar público, o una mirada clavada a media distancia, tosca, bordeando el resentimiento. En todo caso, fui al aeropuerto jfk esa noche y los vi apenas salí del taxi: una pareja de mediana edad

empujando un carrito con demasiado equipaje, el hombre con aspecto de asustado y dulce, como si alguien pudiera interrogarlo en cualquier momento y él no fuera a saber cómo defenderse, y la mujer atosigada y exhausta, su ropa demasiado colorinche, sus tacos demasiado altos, la boca rígida con una determinación simple y ciega, pero los ojos humildemente vigilantes, sin insolencia.

Podría haberles hablado sin ninguna dificultad y les podría haber contado por qué estaba yendo a casa y se hubieran detenido a preguntarme de dónde era y hubieran asentido comprensivos al escucharme. Hasta los jóvenes en la fila del *check-in* yendo a casa para tomarse un breve respiro: el solo hecho de ver su aire de incertidumbre y pararme cerca de ellos me relajó. Pude respirar por un rato sin preocupación, sin tener que pensar. Yo también podía verme como ellos, como si no fuera dueño de nada, o de casi nada, y estuviera preparado para sonreír suavemente o mantener mi distancia sin ninguna arrogancia si alguien me decía “con permiso” o un oficial se me acercaba.

Cuando recogí mi pasaje y fui al mostrador del *check-in*, me dijeron que fuera a otro mostrador que se ocupaba de la clase ejecutiva. Se me ocurrió, mientras llevaba mi bolsa hasta allí, que podía ser una política de la aerolínea consolar con un ascenso de clase a aquellos que volvían por razones como la mía, mimarlos durante la noche con calladas condolencias y una manta extra o algo. Pero cuando llegué al mostrador supe por qué me habían mandado allí y me pregunté acerca de Dios e Irlanda, porque la mujer del mostrador había visto mi nombre agregado a la lista y les había dicho a los demás que me conocía y que le gustaría ayudarme ahora que yo necesitaba ayuda.

Se llamaba Joan Carey y había vivido en la casa de al lado de la de mi tía, donde nos dejaron a Cathal y a mí cuando mi padre se enfermó. Yo tenía ocho años en esa época. Joan debe haber tenido diez años más, pero la recordaba bien, igual que a su hermana y a sus dos hermanos, uno de ellos de una edad cercana a la mía. Su familia era dueña de la casa donde vivía mi tía, la tía que nos acogió. Eran más ilustres y mucho más ricos, pero ella se había hecho amiga. Como las casas compartían el jardín de atrás y algunas dependencias externas, había mucho tráfico entre las dos.

Cathal tenía cuatro años, pero en su mente era más grande. Ya estaba aprendiendo a leer, era inteligente y tenía una memoria prodigiosa y en nuestra casa se lo trataba más como a un chico que como a un bebé; podía decidir qué ropa usar cada día y qué canal de televisión quería ver y en qué habitación quería estar y lo que quería comer. Cuando sus amigos lo visitaban, podía invitarlos a pasar o salir con ellos.

En todos los años siguientes, Cathal y yo nunca más volvimos a

hablar de la época en esa casa nueva con esa nueva familia. Y mi memoria, habitualmente tan buena, no es siempre clara. No puedo recordar, por ejemplo, cómo llegamos a la casa, quién nos llevó o qué dijo esa persona. Sé que yo tenía ocho años solo porque recuerdo en qué clase estaba en la escuela cuando me fui y quién era mi maestra. Es posible que ese período haya durado dos o tres meses. Tal vez fue más. No era verano; estoy seguro de eso, porque Sinéad, que se mantuvo indemne a todo esto (o eso dijo una vez, hace años, cuando le pregunté), estaba de vuelta en el internado. No tengo recuerdo de un clima frío en esa casa donde nos depositaron, aunque creo que anochecía temprano. Tal vez fuera de septiembre a diciembre. O los primeros meses después de Navidad. No estoy seguro.

Lo que recuerdo con claridad son los cuartos, el salón y el comedor que casi no se usaban y la cocina, más grande que la de nuestra casa, y el olor y el sabor del pan frito. Yo detestaba las rodajas gruesas y calientes, recién salidas de la sartén, embebidas en manteca o grasa. Recuerdo que nuestros primos eran más chicos que nosotros y tenían que dormir durante el día y teníamos que quedarnos quietos horas de horas, aunque no tuviéramos nada que hacer; no teníamos ninguno de nuestros juguetes ni nuestros libros. Recuerdo que nadie nos escuchaba o nos sonreía cuando nos veía, a ninguno de los dos, ni siquiera a Cathal, que, antes y después de ese acontecimiento, fue muy amado y deseado por las personas que se cruzaban con él.

Dormíamos en la casa de mi tía y comíamos su comida lo mejor que podíamos y algo debemos haber hecho o a algo debemos haber jugado, aunque nunca fuimos a la escuela. Nadie nos lastimó en esa casa, nadie se nos acercó en la noche o nos pegó o nos amenazó o nos asustó. El tiempo en que mi madre nos dejó en la casa de mi tía no está vinculado a ningún drama. Era todo gris, extrañeza. Nuestra tía lidiaba con nosotros distraídamente. Su marido estaba generalmente ocupado o de viaje; cuando estaba en la casa tenía un modo agradable, casi buen humor.

Y todo lo que sé es que nuestra madre no se contactó con nosotros ni una vez, ni una sola, en ese tiempo. No hubo una carta o una llamada telefónica o una visita. Nuestro padre estaba en el hospital. No sabíamos cuánto tiempo nos dejarían allí. En los años que siguieron, nuestra madre nunca explicó su ausencia y nosotros nunca le preguntamos si había querido saber cómo estábamos o cómo nos sentíamos durante esos meses.

Esto no debería significar nada, porque equivalía a nada, del mismo modo que uno menos uno equivale a cero. Apenas debería ser digno de contártelo mientras camino por las calles vacías de esta ciudad en el desierto tan lejos de donde pertenezco. Parece que Cathal y yo pasamos ese tiempo en el mundo de las sombras, como si nos

hubieran hecho descender silenciosamente en la oscuridad, todo lo que nos era familiar desapareció y nada que pudiéramos hacer o decir cambiaba esa realidad. Porque nadie nos lastimó o nos asustó; no nos golpeó el hecho de que estábamos en un mundo donde nadie nos amaba o de que algo así tuviera la más mínima importancia. No nos quejamos. Nos habían quitado todo y en el vacío sobrevino algo como el silencio, casi ningún sonido, solo algunos ecos tristes y algunos sentimientos borrosos.

Te prometo que no voy a llamarte. Ya te llamé lo suficiente y te desperté suficientes veces, en los años en los que estuvimos juntos y en los años desde entonces. Pero hay noches ahora en este lugar chato y desamparado en las que esos ecos tristes y esos sentimientos borrosos me asaltan más intensamente que antes. Son como susurros o el sonido de sollozos atrapados. Y desearía que estuvieras aquí y desearía no haberte llamado todas esas otras veces cuando no te necesitaba tanto como ahora.

Mi hermano y yo aprendimos a no confiar en nadie. Aprendimos en ese tiempo a no hablar de las cosas que nos importaban y fuimos fieles a eso lo más que pudimos con una especie de orgullo terco y desdichado toda nuestra vida, como si fuera un talento. Pero tú sabes eso, ¿no es cierto? No necesito llamarte para decírtelo.

En JFK esa noche, Joan Carey sonrió cálidamente y me preguntó cuán mal estaban las cosas. Cuando le dije que mi madre se estaba muriendo, dijo que la impactaba mucho. Recordaba tan bien a mi madre, dijo. Dijo que lo lamentaba. Me explicó que podía usar la sala de espera de primera clase, dejando en claro, sin embargo, de la manera más simpática, que cruzaría el Atlántico en turista, que era lo que había pagado. Si la necesitaba, dijo, podía subir en un rato y conversar, pero les había dicho a los de la sala de espera y a los del avión que me conocía y que me cuidaran.

Mientras hablábamos y ella etiquetaba mi equipaje y me daba la tarjeta de embarque, calculé que no la había visto en más de treinta años. Pero podía ver en su cara a la persona que había conocido, y rastros de su madre y de uno de sus hermanos. En su presencia —el recordatorio que ella ofrecía de esa casa donde nos habían dejado a Cathal y a mí todos esos años atrás—, pude sentir que volver a casa y a la cabecera de la cama de mi madre no sería simple, que algunos de nuestros amores y apegos son elementales y más allá de nuestra elección, y que por esa misma razón vienen sazonados con dolor y remordimientos y necesidades y vacío y un sentimiento lo más cercano a la ira que seré capaz de administrar.

En algún momento de la noche en ese avión, cuando cruzábamos parte del hemisferio oeste, silenciosa y, espero, inadvertidamente, empecé a llorar. Estaba en ese momento en el mundo sencillo de antes

de ver a Joan Carey, un mundo donde el latido del corazón de alguien había sido el mío, su sangre se había convertido en la mía y dentro de su cuerpo yo había estado ovillado alguna vez, y ahora ella estaba postrada en una cama de hospital. La idea de perderla me desesperaba de tristeza. Y después traté de dormir. Recliné mi asiento, la noche pasaba, y mantuve la vista apartada de la película, ni sé cuál era, y dejé que el asunto terrible que me convocaba me golpeara.

Alquilé un auto en el aeropuerto y manejé a través de Dublín en la luz desvaída de esa mañana de principios de septiembre. Atravesé Drumcondra, Dorset Street, pasé por la plaza Mount Joy, bajé por Gardiner Street y manejé por las calles del otro lado del río que conducían al sur, como si fueran una piel que se había desprendido. No me detuve por dos horas o más hasta que llegué a la casa, aterrado de que si paraba en alguna parte a desayunar la somnolencia que tenía por manejar sin dormir empeoraría.

Sinéad acababa de levantarse cuando llegué, pero Jim seguía durmiendo. Cathal había vuelto a Dublín la noche anterior, dijo ella, pero vendría más tarde. Suspiró y me miró. Habían llamado del hospital, siguió diciendo, y las cosas estaban peor. Tu madre, dijo, tuvo un derrame cerebral durante la noche, sumado a todo lo demás. Era una vieja broma entre nosotros: nunca "nuestra madre" o "mi madre" o "Mammy" o "Mummy", sino "tu madre".

Los doctores no sabían cuán malo había sido el derrame, dijo, y todavía estaban preparados para operar, si consideraban que era posible. Pero necesitaban hablar con nosotros. Era una pena, agregó, que el especialista de tu madre, el hombre que le cuidaba el corazón, el que la veía regularmente y a ella le encantaba, estuviera de viaje. Me di cuenta entonces de por qué Cathal había vuelto a Dublín: no quería ser parte de la conversación que tendríamos con los médicos. Dos de nosotros bastaríamos. Le había dicho a Sinéad que me dijera que lo que fuera que decidiéramos estaría bien para él.

Ninguno de los dos lo culpaba. Él era el que más se había acercado a ella. Era el que ella más amaba. O quizás era el único al que ella amaba. En esos años, seguro. O quizás eso es injusto. Quizá nos amaba a todos, del mismo modo en que nosotros la amábamos mientras se moría.

Y pasé, en esos días —desde ese martes a la mañana hasta el viernes a la noche cuando se murió— de sentir por momentos una gran distancia con ella a querer, casi en el mismo momento, que mi madre volviera a donde había estado siempre, al mando imaginativo de su mundo, lleno de sueños y perspectivas extrañas, difícil, dispuesta para la vida. Amaba, como yo, los libros, la música y el clima caluroso. A medida que envejecía logró, con sus amigos y con nosotros, un encanto natural, una liviandad en el tono y en la manera

de tocar a los demás. Pero yo sabía que no debía confiar en eso, que no debía acercarme, y nunca lo hice. Conseguí, por mi parte, exudar mi propia liviandad y encanto, pero eso también lo sabes. Tampoco necesitas que te lo diga, ¿no?

Lamenté, sin embargo, cuando me senté al lado de su cama o les dejé el lugar a otros para que la vieran, lamenté cuánto me había alejado de ella, la distancia que mantuve. Lamenté cuánto había dejado que esos meses separado de ella en el limbo de la casa de mi tía y los años de vuelta en nuestra casa, mientras mi padre moría lentamente, me devoraran el alma. Lamenté lo poco que ella sabía de mí, como ella, también, debe haberlo lamentado, aunque nunca se quejó ni lo mencionó, excepto quizás a Cathal, y él no le contó nada a nadie. Tal vez ella no lamentó nada. Pero las noches son largas en invierno, cuando llega la oscuridad a las cuatro de la tarde y las personas tienen tiempo de pensar en todo.

Tal vez es por eso que estoy aquí ahora, lejos de la oscuridad irlandesa, lejos del invierno largo y abismal que se instala tan amenazadoramente en el lugar donde nací. Estoy lejos del viento del este. Estoy en un lugar donde hay tanto vacío porque nunca estuvo lleno, donde las cosas se olvidan y son eliminadas, si es que alguna vez estuvieron. Estoy en un lugar donde no hay nada. Llanura, un cielo azul, noches suaves, sin fantasmas. Un lugar donde nadie camina. Tal vez soy más feliz aquí de lo que sería en ninguna otra parte, y es solo la inocencia ponzoñosa de la luna de esta noche la que me hace querer marcar tu número y ver si estás despierto.

Mientras manejábamos para ver a mi madre esa mañana, no pude hacerle a Sinéad la pregunta que me rondaba. Mi madre había estado enferma por cuatro días y estaba acostada ahí, tal vez asustada, y yo me pregunté si había estirado la mano para tomar la de Cathal y si se habían tomado de las manos en el hospital, si habían logrado volverse tan cercanos como eso. O si le había hecho algún gesto a Sinéad. Y si podría hacérmelo a mí. Era algo estúpido y egoísta que me preguntaba, y, como todo lo que se me ocurría en esos días, me permitía evadir el hecho de que ya no habría más tiempo para que se dijera o se explicara nada. Habíamos consumido nuestro tiempo. Y me pregunté si eso le hacía alguna diferencia a mi madre ahora que estaba postrada y despierta en el hospital en esas últimas noches de su vida: habíamos consumido todo nuestro tiempo.

Estaba en terapia intensiva. Teníamos que tocar el timbre y esperar a ser admitidos. Ese lugar estaba sumido en el silencio. Habíamos discutido lo que yo le diría para no asustarla, cómo le explicaría que había vuelto. Le dije a Sinéad que diría que me había enterado de que

ella estaba en el hospital y, como tenía varios días libres antes del inicio de clases, había decidido volver para asegurarme de que estaba bien.

—¿Te sientes mejor? —le pregunté.

Ella no podía hablar. Sin embargo, nos hizo saber que tenía sed y no la dejaban tomar nada.

Tenía un suero en el brazo. Le dijimos a las enfermeras que tenía la boca seca y dijeron que no había mucho que pudiéramos hacer, excepto tal vez dejarle caer pequeñas gotas de agua en los labios con uno de esos palitos especiales con una esponja en la punta que usan las mujeres para maquillarse los ojos.

Me senté en la cama a su lado y me pasé un rato mojándole los labios. Estaba en casa con ella ahora. Sabía cuánto odiaba la incomodidad física; su apetito por esas gotas de agua era tan abrumador y desesperado que no importaba nada más.

Y entonces llegó la noticia de que los médicos nos verían. Cuando nos levantamos y le dijimos que volveríamos, casi no respondió. Una enfermera con acento inglés nos guio por los pasillos hasta un cuarto. Había dos médicos allí; la enfermera se quedó en la habitación con nosotros. El médico que parecía a cargo, el que dijo que hubiera sido el encargado de la operación, nos dijo que acababa de hablar con el anestesista, y el anestesista había insistido en que el corazón de mi madre no sobreviviría una operación. El derrame cerebral, dijo, no ayudaba.

—Podría hacer la prueba —dijo, e inmediatamente se disculpó por decirlo de ese modo. Se corrigió—. Podría operar, pero ella podría morir en la mesa de operaciones.

Había un bloqueo en alguna parte, dijo. No llegaba sangre a los riñones y a lo mejor a otras partes tampoco; la operación nos daría certezas, pero podría resultar simplemente exploratoria, podría resultar inútil para resolver el problema.

El tema era circulatorio, dijo. El corazón no latía con la suficiente fuerza como para mandar sangre a todas las partes de su cuerpo.

Tuvo la sabiduría de dejar un silencio después de eso y el otro doctor hizo lo mismo. La enfermera miró el piso.

—No pueden hacer nada entonces, ¿no? —dije.

—Podemos hacer que esté más cómoda —respondió.

—¿Cuánto tiempo puede sobrevivir así? —pregunté.

—No mucho tiempo —dijo.

—Me refiero a ¿horas o días?

—Días. Algunos días.

—Podemos hacer que esté muy cómoda —dijo la enfermera.

No había nada más que decir. Después, me pregunté si deberíamos

haber hablado con el anestesista personalmente o tratado de contactarnos con el especialista de mi madre o si deberíamos haber pedido que la trasladaran a un hospital más grande para una segunda opinión. Pero no creo que nada de esto hubiera hecho ninguna diferencia. Por años nos habían advertido que este momento llegaría, cuando se desmayaba en lugares públicos y perdía el equilibrio y se deterioraba. Había estado claro que su corazón estaba fallando, pero no tan claro para mí como para venir a visitarla más de una o dos veces en los veranos, y cuando venía estaba protegido de lo que podría haberse dicho, o no dicho, por la presencia de Sinéad y Jim y Cathal. Tal vez debería haber telefoneado varias veces a la semana, o haber escrito cartas como un buen hijo. Pero a pesar de todas las señales de peligro, o tal vez justamente por eso, había mantenido mi distancia. Y ni bien sopesé esa posibilidad, con todo el remordimiento que acarreaba, me imaginé la frialdad y la indiferencia con que habría sido recibida mi decisión de pasar un verano cerca y verla seguido, y lo difícil y enervante que habrían sido para ella, tanto como para mí, algunas de esas visitas o llamadas telefónicas. Y lo bruscas y eficientes que habrían sido sus respuestas a esas cartas mías.

Y, mientras caminábamos de vuelta a la habitación para verla, con la enfermera, apareció este doble arrepentimiento: el más simple, por haberme mantenido alejado, y el otro, mucho más difícil de dilucidar, el de que no se me diera la posibilidad de elegir, el hecho de que ella nunca me quisiera mucho y no pudiera ahora rectificar eso en los pocos días que le quedaban en el mundo. Se lo impedirían la atención a su propio dolor e incomodidad y el esfuerzo enorme que estaba haciendo para mantener la dignidad y la calma. Era maravillosa, como había sido siempre. Le toqué la mano varias veces por si abría la suya y buscaba la mía, pero nunca lo hizo. No respondió a mi contacto.

Vinieron algunos de sus amigos. Cathal vino y se quedó con ella. Sinéad y yo nos mantuvimos cerca. El viernes a la mañana, cuando la enfermera me preguntó si pensaba que mi madre estaba angustiada, le dije que sí. Estaba seguro de que, si insistía, podía conseguirle morfina y una habitación privada. No consulté con los demás; supuse que estarían de acuerdo. No mencioné la morfina a la enfermera, pero sabía que era sensata y vi, por la manera en que me miró cuando hablé, que sabía que yo sabía que la morfina estaría bien. Le facilitaría el sueño a mi madre y le facilitaría el irse del mundo. Su respiración iba y venía, superficial y profunda, su pulso se debilitaba, la respiración se detenía y volvía y se iba otra vez.

Iba y venía hasta que, en la habitación privada, al anochecer, pareció detenerse completamente, nosotros la miramos horrorizados e impotentes, después nos sentamos erguidos otra vez cuando volvió, pero no por mucho tiempo. No por mucho tiempo. Se detuvo una vez

más y quedó detenida. No volvió a empezar.

Estaba muy quieta. Se había ido. Nos quedamos sentados con ella hasta que vino una enfermera, le chequeó el pulso en silencio, sacudió la cabeza con tristeza y se fue.

Nos quedamos con ella un poco más; cuando nos pidieron que nos fuéramos, le tocamos la frente uno por uno y salimos de la habitación, cerramos la puerta. Caminamos por el pasillo como si por el resto de la vida nuestra respiración fuera a guardar los rastros del final de la de ella, de su lucha final, como si nuestra manera de estar en el mundo hubiera sido partida al medio o en cuartos por lo que habíamos visto.

La enterramos junto a nuestro padre, que había estado en su tumba esperándola por treinta y tres años. A la mañana siguiente, volé de vuelta a Nueva York, a mi departamento amueblado a medias en la 90 y Columbus, y empecé mis clases al día siguiente. Entendí, tal como podrías decirme ahora —si levantaras el teléfono y me encontraras al otro lado de la línea, en silencio al principio y después diciéndote que necesitaba hablarte—, entendí que había postergado demasiadas cosas en esos años. Me instalé a dormir en esa cama nueva en la ciudad oscura, vi que era demasiado tarde ahora, demasiado tarde para todo. No tendría una segunda oportunidad. En las horas cuando me desperté, tengo que decirte que esto me golpeó casi con alivio.

RODDY DOYLE

Traducción de Matías Battistón

Roddy Doyle (Dublin, 1958) ha publicado *The Commitments* (1987), *The Snapper* (1990), *The Van* (1991), *Paddy Clarke Ha Ha Ha* (1993), *The Woman Who Walked into Doors* (1996), *A Star Called Henry* (1999), *Oh, Play That Thing*! (2004), *Paula Spencer* (2006), *The Deportees and Other Stories* (2007), *The Dead Republic* (2010), *Bullfighting* (2011), *The Guts* (2013), *Smile* (2017), *Charlie Savage* (2019), *Love* (2020) y *Life Without Children: Stories* (2021).

En castellano se encuentran *La caminoneta* (traducción de Antonio Resines; Alfaguara, 1996), *La mujer que se daba con las puertas* (traducción de Bevia Villalba y Herminia Resines; Alfaguara, 1997) / *La mujer que se estrellaba contra las paredes* (traducción de Grupo Editorial Norma, 2004), *Paddy Clarke, Ja Ja Ja* (traducción de Antonio Molina Foix; Espasa Calpe, 1998), *Los Commitments* (traducción de Juan Fernando Merino; Grupo Editorial Norma, 1999), *Una estrella llamada Henry* (traducción de Miguel Martínez Lage; El Aleph, 2000) / *Un héroe llamado Henry* (traducción de Miguel Martínez Lage; Grupo Editorial Norma, 2002), *El renacuajo* (traducción de Juan Fernando Merino; Grupo Editorial Norma, 2000), *Chicago Blues* (traducción de Carlos Milla Soler; Debolsillo, 2008) y *Como un galgo* (traducción de Roser Villagrassa; Editorial Bambú, 2012).

EL CHISTE

Si él se fuera ahora, no volvería nunca. Se iría y ella no se enteraría, ni le importaría tampoco. Él volvería y sería lo mismo: a ella no le importaría. Entonces, ¿para qué? No se iba a ir a ningún lado.

Y eso empeoraba las cosas. Y lo ponía mucho más molesto. Y enojado. Y tonto.

Esto de ahora. No era nada. En sí.

—No, no. Él pasa a buscarte.

Eso era. Palabra por palabra. Eso lo tenía mitad de pie, mitad sentado, con su culo gordo sobrevolando el sillón.

No tenía el culo gordo. Pero era un culo más considerable que antes. Aunque no mucho más.

En fin.

Ésas eran las palabras.

—No, no. Él pasa a buscarte.

Las palabras en sí eran inofensivas. Ella ni siquiera le estaba hablando a él.

Pero ése, justamente, era el tema. Ella ni siquiera le estaba hablando a él. Le estaba hablando a alguien más. Y le seguía hablando. Por teléfono. No sabía a quién. La hermana, la mamá, la suegra. Todas opciones igual de probables. Pero podría haber sido cualquier otra persona. Su amiga, la adúltera, era una sospechosa más. Si fuera una apuesta, la amiga pagaría tres a uno.

Pero él no era de apostar. Ni lo había sido nunca.

Estaba metida en la cocina: él no sabía a quién le estaba hablando. Pero sí sabía que acababa de ofrecerlo como chofer para quienquiera que fuera.

—No, no. Él pasa a buscarte.

Y esa era la cuestión. Y lo había sido durante mucho tiempo. Y ya estaba harto.

¿Pero harto de qué?

No estaba seguro. De toda la cuestión. De todo. Estaba harto, y punto.

El puto hombre invisible.

—No, no. Él pasa a buscarte.

Ése era. Eso era. El hombre invisible. El cero a la izquierda. Como si estuviera siempre ahí, esperando. Sin nada mejor que hacer.

Es cierto, no estaba haciendo nada. Pero ése no es el tema. Ni por

casualidad. Estaba ahí sentado, sin hacer nada en particular, con la tele apagada. Pero no importaba. Si hubiera estado escalando el Everest o en el piso de arriba, en la cama, no habría importado tampoco. No importaba un carajo qué estuviera haciendo o no.

Era el hecho, la cuestión. No sabía cómo…

El mero hecho de oír eso. Estaba harto. Y no podía decir nada. Porque era algo tan intrascendente. Nunca hubiera podido explicarlo sin pasar por mezquino o egoísta o tantas otras cosas que en realidad no era.

La amiga, por ejemplo. La adúltera. Eran amigas desde hacía años. Linda mujer. No aparentaba la edad que tenía ni de lejos. Y lo del adulterio era injusto. Él no la juzgaba. Ni lo había hecho nunca.

En fin. Él estuvo ahí cuando ella dejó al marido. La ayudó a cargar el coche, el coche de *él*, con sus bolsos y sus dos hijos y todas sus cosas. Mientras el marido estaba en el trabajo, o donde fuera… en el pub, no tenía idea. Y se alegraba de haberlo hecho. Era lo que había que hacer. Nunca lo puso en duda. Ni una sola vez. Ni le dio rencor ni nada. El marido era un idiota, un animal. Ella hizo bien en irse. Y a él no le hubiera importado si el marido venía a buscarlo. La mujer, sentada a su lado, tenía la mandíbula rota y vendada. Los chicos en el asiento de atrás estaban pálidos. Había sido una buena acción, ésa. Se había sentido un poco como un héroe. La mujer lo abrazó, lo besó, le dio las gracias una y otra vez.

Ése era el ejemplo más claro. El más dramático.

No estaba yendo al grano. Se estaba yendo por las ramas.

Otro ejemplo mejor. Su suegra. No era tan mala. Inofensiva, realmente, una vez que uno la conocía. En fin, él había salido cuando diluviaba para llevarla del bingo a casa. Más de una vez, y no había problema. Lo había hecho con gusto, y lo volvería a hacer. Con la cuñada, lo mismo. Le llevó veinte atados de cigarrillos cuando ella no podía salir por haberse quebrado la pierna. Y un helado bañado en chocolate.

Favores piadosos. Los venía haciendo desde hacía años. Y ése (por fin) era el tema. Nadie nunca, ni una sola vez, se los pidió a él.

Ella seguía en el teléfono.

—Sí, ya sé, sí. Dios.

Ni una sola vez. Es verdad, siempre le daban las gracias.

Qué amable.

Qué tesoro.

No sé qué haría si no estuvieras.

Y eso estaba muy bien. Y lo apreciaba. Pero nunca habían llamado y pedido hablar con él. Ni una sola vez. Nunca.

Y eso no era todo.

Era…

Era todo, carajo. Estaba harto.

Pero se volvió a sentar. Ya le estaban empezando a doler los brazos, sosteniéndose así por encima del sillón. Pero eso no tenía ninguna importancia. No había cambiado de opinión, no se había decidido. Podía volver a levantarse, y es lo que iba a hacer. Ella seguía en el teléfono. No era urgente, sea lo que fuera. Tenía que concentrarse. Tenía que ser claro. Iba a decirle que no cuando ella viniera a buscarlo. Él tenía que saber por qué.

Venía de antes. Mucho, mucho, mucho antes. Ah, Dios… de hace años. Culpa de él. Lo aceptaba. Sí. Culpa suya. En fin.

Pero no eran los favores piadosos. Ella los llamó así. No era eso sólo. Tenía que ser claro.

Le había gustado, según recordaba. Cuando los llamó así, favores piadosos. Ella se estaba secando el pelo con una toalla. Se sentó en su regazo. Con las piernas abiertas, a ambos lados de las suyas, bien contra él.

Él todavía conservaba el pelo. La mayor parte.

Regazo era una palabra tonta.

La amaba. Eso es lo importante.

A ver.

Toma y daca. Alguna vez fue así. Colaboración. Así lo hubiera llamado él, aunque tampoco le gustaba esa palabra. Colaboración. Toma y daca. Él llevaba a su suegra a la casa después del bingo; ella se sentaba en su regazo. Pero no, dicho así queda vulgar. La cuestión no era el sexo. Pero…

Eso también. Sí, definitivamente.

¿Pero cómo…? ¿Cómo iba a hacerse entender sin que pareciera que era todo cuestión de sexo cuando no era así aunque, en cierto modo, sí lo era?

Se las arreglaría.

En fin.

Colaboración. Era la base de todo. La relación… otra palabra de mierda. Habían hecho cosas juntos. Hasta cuando no estaban juntos. Él conducía o hacía las compras, limpiaba las ventanas, lo que fuera. Pero los dos se involucraban. Lo hacían juntos. Así se sentía. Así era.

Algo pasó.

No pasó nada. Pasó y listo. Así son las cosas ahora.

Ella seguía ahí, en el teléfono. Podía sentirla hablando, que sí y que no, con quien fuera. Escuchando, asintiendo con la cabeza. Acomodándose el pelo detrás de la oreja.

Todavía la amaba.

Y la colaboración se había cortado. En algún momento. Nunca

había podido precisar cuándo, no tenía idea. No fue nada que hubieran dicho. Nada que hubieran hecho. Hasta donde sabía él. Pero ¿quién sabe?

Todo era un desastre. Él, también. Un desastre. Su enojo. Sus cambios de humor.

Quería estirarse y tocarla. En la cama. Y no podía. No había manera, no podía hacerlo. No podía levantar la mano y moverla, treinta centímetros, cincuenta, o menos. No podía. ¿Qué había pasado? ¿Qué había pasado?

No sabía. Francamente, no. No sabía.

Era una buena tele, grande, una de esas de pantalla panorámica. Pensó que podrían mirarla juntos. Eso, por lo menos. Cuando la compró.

Estaba más viejo. Qué carajo importaba, ella también. Eso no era. No creía.

Nunca habían hablado del tema.

¿De qué?

No sabía. El cambio. El corte. No sabía. La colaboración. El matrimonio, mejor decirlo de una puta vez. Y no era cierto lo del sexo tampoco, exactamente. Seguían teniéndolo, haciéndolo. De vez en cuando. Cada tanto. Las manos se encontraban. Aquel calorcito.

¿Qué le iba a decir? ¿Cuándo ella viniera?

Seguía ahí metida, en la cocina. Todavía charlando.

Pero él tenía razón. Básicamente, tenía razón. Algo se había arruinado. Algo pequeño. Algo que él ni siquiera había notado. Había cambiado. Ella no podía negarlo.

¿Y lo haría? Negarlo. Él no tenía idea.

Antes hubiera sabido. Solía adivinar, en general. Lo que diría ella. Cómo reaccionaría. Cruzaban sonrisas, porque los dos sabían qué estaba tramando el otro. Ella le daba una palmada en el culo cuando él pasaba. Él le tocaba el pelo. Las palabras no importaban, ella sabía lo que él quería decir. Te amo. Te aprecio. Estoy contento.

Te amo. Te aprecio. Estoy contento.

Eso era todo.

Antes… podía adivinar si ella estaba por decir algo. Antes de que lo hiciera. Había algo en el aire, en la atmósfera. No tenía que estar mirándola. Lo sabía. Y ella también. Y a él le gustaba que ella adivinara.

No sabía cuándo se había terminado aquello. Adivinar. No sabía. Quizá todavía pudieran leerse las mentes, pero no lo hacían. No sabía; le parecía que no. No la conocía. La *conocía*, pero no la conocía. Había sido algo muy paulatino. Muy gradual. No se había dado cuenta.

Eso no era cierto. Sí. Se había dado cuenta.

Pero no había hecho nada.

¿Qué?

Dios, era terrible. Una tontería.

Estaba enojado. Siempre estaba enojado.

Siempre estaba enojado.

Se quedaba despierto en la cama, se despertaba temprano. No se lo sacaba nunca de la cabeza. No sabía por qué. No había pasado nada. Nada grave. La culpa era de él. Debería haberlo sabido. Había empezado mucho tiempo atrás, la diferencia. El silencio. Lo supo en el momento.

Nunca habían tenido ninguna pelea. Eso era cierto, más o menos. Nunca hubo nada serio. Tonterías. Llaves que se pierden, su suegra en Navidad. Nada grave. Fundamental. Ninguno de los dos se había ido nunca dando un portazo ni había roto nada. No había pasado nada por el estilo. No había pasado nada.

Quizá fueran los chicos.

Estaba culpando a los chicos.

No, no los culpaba. Sólo que, bueno, quizá tuvieran que ver con lo que había pasado. Nunca tenían tiempo, estaban demasiado ocupados. Siempre llevándolos de un lado al otro, fútbol y danza y grupos de exploradores y discotecas. Y después llevando y trayendo a su suegra también. Y a su cuñada, y a su propia madre. Y a la amiga de ella. La mujer a la que él había ayudado a dejar a su marido.

Había sentido algo por ella. Lo había admitido. Nunca pasó a mayores. Pero lo había sentido. Una mujer que se acostaba con alguien que no era el esposo. A él le parecía excitante. Es cierto. En aquel momento. Incluso con los chicos de ella en el asiento trasero del coche. Adulterio. Otra palabra que no lo convencía.

¿Los chicos? No tenía sentido. Por ellos estaban ocupados, corriendo de aquí para allá, una locura. Pero eran algo que tenían en común. Hasta cuando estaban arriba, en la cama.

¿Ese sonido será uno de ellos que se está despertando?

No te detengas, no te detengas.

¿Dónde está su inhalador?

¡No te detengas!

Les había gustado. Les había encantado. En el momento. Y duró mucho. Veintiséis años. ¿Qué pasó?

No tenía la más puta idea.

¿Y ella?

No sabía si ella sabría.

Probablemente.

Él no.

Él no sabía nada.

La tele no había funcionado. No mucho que digamos. Una tontería, repito. La idea de que un televisor podría acercarlos. Por más caro que fuera. Ni siquiera miraban tanta tele. Nunca lo hicieron. A él le gustaba el fútbol, de vez en cuando, pero tampoco se desvivía por eso. A ella le gustaba la política. El programa de debates, *Questions and Answers*. El de actualidad, *Prime Time*. Había otra tele, arriba, en el dormitorio. No hace falta una pantalla gigante para ver políticos. La idea había sido una tontería desde el principio.

Aunque el fútbol sí era mejor en una pantalla gigante.

Sintió que estaba empezando a sonreír. Como si luchara contra su propia cara. Aflojó. Sonrió.

Ella todavía estaba hablando por teléfono. Se reía.

Como en los viejos tiempos. Él sonreía, ella se reía. Se conocían tan bien en aquel entonces.

Una tontería.

Estaba siendo un tonto. No era como en los viejos tiempos, no era para nada como en los viejos tiempos, fueran lo que fueran los viejos tiempos. Él estaba solo. Ella estaba en otro lugar. No había unión. Ninguna.

Aunque era linda. Su risa. Siempre le había gustado.

Antes la hacía reír.

Dios.

¿Era capaz todavía? ¿De hacerla reír? Lo dudaba. ¿Le hubiera gustado a ella? No sabía.

Pero lo había hecho antes. Le hacía cosquillas, de vez en cuando. Ahora no podría. Acercándose a ella sigilosamente por la espalda en el baño. Nunca estaban en el baño juntos. Volvió a sonreír. Qué idea. Acercársele por la espalda. Se pondría a gritar. Y esa no era la única manera en que la hacía reír. Antes con palabras era suficiente. Chistes. Payasadas, hacerse el tonto. Le gustaba. Le encantaba. Ella se le acercaba cuando se reía.

Podría intentarlo. Ahora. Un chiste. Un inglés y un irlandés entran a un bar… No, era una tontería. Estaba ese otro sobre el tipo sin agujero en el culo. No. Aquel sobre el irlandés en un concierto de Tina Turner. Sonrió. Muy largo, y a ella no le gustó cuando se lo contó por primera vez. Se acordaba.

¿Qué estaba haciendo?

No estaba seguro.

¿Cuál es la diferencia entre un buen paseo y una buena cagada? Ese era gracioso. Cortito y gracioso. Pero hacía tanto desde la última vez que le había contado un chiste… Era una estupidez.

No se hablaban desde esta mañana.

Está lloviendo ahora.

Sí.

Está lloviendo ahora. Él.

Sí. Ella.

Y eso había sido —miró su reloj— hacía ocho horas. Y ahora le quería contar un chiste. Era una locura. ¿Cuál es la diferencia entre un buen paseo y echarse una buena cagada?

Una locura.

Una estupidez. Una tontería.

Aunque ya no estaba enojado. No sabía muy bien por qué lo había estado.

Eso no era cierto. Lo sabía. Pero ya no estaba enojado. Le iba a contar el chiste. Se había puesto nervioso. Aunque era bueno. Cortito, sin ninguna historia. Iba a ver cómo le caía mientras se lo contaba.

¿Qué iba a ver? No sabía. Qué quería ver, ese era el asunto. La cara de ella. Quería verla escuchando, nada más. Verle la cara, verla escuchando. Verla adivinar lo que él tramaba. Con eso sería suficiente.

Se puso a escuchar. Estaba ahí metida, en la cocina. Podía sentir sus zapatos. Sabía, de algún modo, sin saber cómo, que estaba terminando la llamada. Por cómo se movía, como si se estuviera yendo. Estaba por cortar.

¿Cuál es la diferencia entre un buen paseo y una buena cagada? No podía hacerlo. Era demasiado loco, demasiado desesperado. Se iba a dar cuenta de lo que realmente era: una súplica. Un puto pedido de auxilio.

Aunque eso también era una tontería. No era un pedido de nada. Qué súplica ni qué ocho cuartos. Era un chiste, nada más. Listo, había colgado el teléfono. Seguía en la cocina. Era más que un chiste. Eso él lo sabía.

¿Ella se daría cuenta?

Ya oía sus pasos.

Ella se acercó a la puerta. Se detuvo.

Él la miró.

ANNE ENRIGHT

Traducción de Andrés Ehrenhaus

Anne Enright (Dublín, 1962) ha publicado *The Portable Virgin* (1991), *The Wig My Father Wore* (1995), *What Are You Like*? (2000), *The Pleasure of Eliza Lynch* (2002), *Making Babies: Stumbling into Motherhood* (2004), *The Gathering* (2007), *Taking Pictures* (2008), *Yesterday's Weather* (2009), *The Green Road* (2015), *Actress* (2020) y *The Wren, The Wren* (2023).

Sus libros traducidos al castellano son *¿Cómo eres?* (traducción de Bianca Southwood; Poliedro, 2002), *El encuentro* (traducción de Francisco Javier Calzada Jiménez; Lumen, 2009), *El camino de los Madigan* (traducción de María Porras Sánchez; Siruela, 2016) y *La actriz* (traducción de Rubén Martínez Giráldez; Seix Barral, 2021).

REVANCHA

Trabajo para una empresa que fabrica guantes de goma. Hay muchos tipos de guantes protectores, desde los quirúrgicos y veterinarios (de brazo largo) hasta los industriales, de jardinería o de uso doméstico. Todos tienen en común la calidad. Todos tienen relación con el asco. Hay quien no manipularía un ratón muerto sin un par de guantes de goma, otros no alzarían a un bebé. No hace falta que mencione que hay negocios en el Soho que venden trajes de monja hechos de goma, que hay señores mayores que añoran el cubrecolchón de goma de su infancia, que la goma podría salvar a la raza humana. La goma es un material excitante, tanto moral como sexualmente. Nos proporciona una amnistía plástica: podemos hacernos pis en la cama, manipular cosas muertas, embarcarnos en prácticas sexuales o no tocar a quien no nos da la gana.

Vendo y trabajo con material a diario, respondo diariamente preguntas sobre índices de expansión, de desgarro, de endurecimiento. Pasé de análisis de mercado a control de calidad. Vengo estirando más elástico que etcétera, etcétera.

Mi marido y yo somos de esas personas que ponemos pequeños avisos clasificados en busca de otras parejas que podrían estar interesadas en divertirse discretamente. Esto genera unas cuantas preguntas diarias. ¿Cómo hace la gente para hacer esas cosas? ¿Qué se dicen mutuamente? ¿Qué les dicen a las parejas que responden? Cuyas respuestas son: Con facilidad. Poca cosa. “Deberíamos volver a vernos”.

Cuando era chica, lo mío era la alfombra. Tendría que haberme especializado en revestimientos de suelo. Había una alfombra marrón moteada de negro en el comedor que era el orgullo y la alegría de mis padres. “¡Cuidado con la alfombra!”, me decían, y yo lo tenía. Me pasaba el rato sentada encima, acompañada por las cálidas motas negras. Para mí los objetos son muy importantes.

El olor a guantes de goma derretidos me da palpitaciones. También me produce eccema y una tos muy fea. A mi marido ese olor le parece de lo más afrodisíaco. Ni siquiera los productos lo excitan, porque después de siete años uno ya no sabe a quién está tocando o no.

Mi marido se llama Malachy y yo lo quería un montón. Me fue infiel de un modo informal, del estilo “para mí no significó nada, sabes”. Yo estaba desconcertada, por supuesto, porque así es como me educaron. Se espera que esté desconcertada. Se espera que diga: “¿Qué

es el amor, a fin de cuentas? ¿Qué es el sexo?”.

Una vez que se pincha la ficción entre dos personas, todo se desmorona, o así dicen. Pero yo no quería salvar mi matrimonio, sino a mí misma. Mi cabeza, por así decir, es un globo atado a un hilo; por dentro soy elástica. Tengo que mantener la presión entre el adentro y el afuera si no quiero desinflarme o explotar.

Así que fue algo más que una solución suburbana lo que me llevó a ser infiel con mi marido y no en contra de él. No era sólo por lo de la hipoteca. Yo también tenía mis necesidades: necesitaba que me llenaran, que me hicieran sentir. Buscaba revancha y equilibrio. Quería tener mi propia situación fastidiosa. Aunque también fue una solución suburbana, claro. ¿De verdad quieren conocer nuestras penurias sexuales? Cómo perdimos agarre, cómo nos vimos empujados a ponernos cosas, cómo hacemos para que parezca que va en serio.

Malachy y yo nos reímos en la cama, es así como resolvemos el tema de la convicción. En los días buenos también nos reímos en el desayuno, y a veces volvemos a reírnos al mediodía. Una risa bastante sincera, diría, si ambas palabras pertenecieran a la misma frase, cosa que dudo. Esta es una de las conversaciones que nos encaminaron a poner avisos en las páginas personales:

—Yo creo que en la cama todavía nos defendemos. (risa)

—Yo creo que somos unos *cracks*. (risa)

—Yo creo que deberíamos publicitarnos. (risa)

Ésta es otra:

—¿Te acuerdas de John Jo, el del trabajo? Su mujer cumplió treinta y cinco ayer. Así que le dije: “¿Y qué le diste para su cumpleaños?”. Y él contestó: “Le di uno por cada año cumplido. Ni se compara con soplar velitas”. ¿Puedes creer? (risa).

Se preguntarán cuándo cesaron las bromas y llegó la hora de la verdad. Como si no supieran lo solitario que puede llegar a ser vivir con alguien.

El papelito original con el texto no tiene mayor importancia. John Jo compuso el aviso a modo de broma durante la pausa del café. Mi marido trató de arrebatárselo. Y hubo una corrida.

También la hubo cuando Malachy trajo la revista a casa para mostrármela. Pegué un grito. La enrollé y le di revistazos en la cabeza. Lo perseguí con un tazón de agua y le empapé la camisa. Eso nos alivió y tuvimos sexo bueno y sincero. Yo dije: “Me pregunto qué dirán las cartas” y “¿Qué tipo de parejas harán ese tipo de cosas? ¿Qué clase de gente responde a esos anuncios?”. Y también: “¡Qué cochinada, por Dios!”.

Algunas de las cartas venían con fotos: “Ésta es mi mujer”. No hay nada incomprensible cuando uno sabe que la vida es triste. Contesté a

una de las cartas, por seguir la broma. Le dije a Malachy:

—Adivina quién viene a cenar.

De primero hice paté de caballa. La caballa es carroñera y buena para el corazón. De segundo, osobuco de ternera, por motivos que no hace falta explicar, y como postre un budín de higos y especias con manteca al ron. Los dos huevos que rompí eran de doble yema, detalle que me pareció conveniente.

Pasé la aspiradora a fondo en previsión. Nuestro dormitorio es a prueba de extraños. Es la clase de dormitorio en el que te puedes morir sin preocuparte por los del servicio fúnebre. La alfombra es un pelín más interesante que el *beige*, el cobertor es marrón tirando a ocre, el motivo de las cortinas es caro y atrevido. Una de las paredes es de espejo, que es más higiénico, con manijitas para las puertas del armario.

—Ding Dong —dijo el timbre. Malachy los recibió. Oí sonidos de abrigos retirados y bebidas ofrecidas. Me quité el delantal, hice una parada en el espejo y abrí la puerta de la cocina.

Ella llevaba el pelo excesivamente arreglado, pensé: demasiada permanente y demasiado gel. Lucía un maquillaje brillante y tenía ojos chicos. Toda su inteligencia se concentraba en la boca, que se le torcía con ironía al decir “hola”. Era una boca amplia, sexy y egoísta. Malachy le estaba ofreciendo un *gin tonic* con cierta torpeza.

El marido se concentraba en el hielo de su copa. Su traje era de un verde tan oscuro que parecía negro: muy exquisito, pensé, y de otro nivel, frente a la remera y los *jeans* baratos de Malachy. Yo no quería mirarlo a la cara ni él a la mía. En un fugaz cruce de miradas, noté que estaba gastado para su edad.

Creo que el tipo era alcohólico. Bebió durante toda la comida y se mostró cordial. Daba la sensación de que estaba reprimiendo el vicio. Malachy, en cambio, se pasaba de chabacano. Él y la mujer festejaban chistes malos y se rozaban los pies bajo la mesa. El marido me preguntó sobre mi trabajo y le hablé de la máquina medidora de losetas de goma que tengo y cómo estira la goma a alta velocidad en cuatro direcciones diferentes. Le puse un poco de gracia, como si fuera un chiste. Él se rio.

Me di cuenta de que me empezaba a invadir una lenta excitación física, una especie de pánico pornográfico. Era como si la casa estuviera llena de globos que ejercían una suave presión contra el techo. Encaré al marido.

—¿Es tu primera vez?

—No —dijo él.

—¿Qué clase de gente hace estas cosas? —le pregunté, sinceramente, porque no lo sabía.

—Bueno, la comida nunca es tan buena o directamente ni la hay —dijo él, y yo me sentí culpable—. Esto es mucho más civilizado. La mayoría yo diría que están bebidos antes de que lleguemos. Por regla general.

—Lo siento —dije—. Yo es que no bebo.

—Verás —se inclinó hacia mí—. Yo estaba sentado con mi *gin tonic* en el salón de unos y la mujer se la llevó a María arriba para mostrarle el maldito azulejado o yo qué sé y entonces se me acerca el tipo, ¡y me doy cuenta con unos seis minutos de retraso de que juega en el puto Arsenal! No sé si me explico. Un tipo realmente ordinario.

—Hay que tener cuidado —dijo—. Y su mujer, más loca que una cabra.

Cuando yo era chica me quedaba mirando los objetos como si supieran algo que yo ignoraba. A veces me los metía en la boca y los mordía para ver qué podía ser. De noche guardaba tres cosas bajo la cama: un cacho de madera, una manija de puerta de metal y un retal de tela. Y chupaba eso en vez de chuparme el dedo.

Subimos las escaleras detrás de Malachy y la mujer, que se estaban riendo. Malachy se mantenía fuera de mi alcance. Tenía la misma mirada que cuando volvía de un partido de *hurling* en el que había ganado el equipo correcto.

El marido hablaba en un tono bajo y constante que no me dejaba opción. Recuerdo estar mirando la alfombra, que tanto había significado para mí. Todos parecían saber lo que hacían.

Yo creía que teníamos que terminar todos juntos y haciendo posturas y todo eso. Sentía curiosidad por el poder que me daría eso en el desayuno, pero no me atraía la confusión. Ya me cuesta arreglármelas con un juego de extremidades, que son cosas pesadas además, como para saber qué hacer con tres. Tal vez un par de risas nos ayudarían a superar la torpeza, pero en el fondo de mi corazón la idea de estar con una mujer desnuda no me hacía ninguna gracia. ¿Qué chistes haríamos? ¿Se esperaba que hiciéramos cosas?

En realidad, lo que yo quería era ver la infidelidad de Malachy. Quería que exhibiera en público su barriga, esa mirada en su cara, el trasero al aire. Eso sí que me podía hacer gracia.

No esperaba que me llevaran del salón al cuarto de huéspedes. No esperaba tener que sentarme a solas con un alcohólico pero buen mozo al que no conocía, un tipo con una expresión viciosa en la mirada. No esperaba tener que sentir nada.

Yo quería que me besara. Él se inclinó y trató de descalzarse.

—Dios, cómo odio a esa mujer —dijo-. ¿La viste? Esa manera de reírse con los labios repintados. ¿No viste que parece toda de plástico? Cuando la trato de abrazar se me resbala de tanta loción corporal con

olor a petróleo y animal muerto que se pone.

Ya se había sacado los zapatos y estaba patas arriba en la cama.

—La tipa no cambia nunca —ahora trataba de sacarse los pantalones—. Sí, ya sé que es sexi. Bueno, ya la viste. Es sexi. Es sexi. Es sexi. Uf, prefiero que lo haga otra persona. Si no te importa.

Yo seguía con ganas de que me besara. De la otra habitación llegaban risas.

Después me escurro de la zona húmeda y me recuesto en el suelo con la mejilla en la alfombra, que es cálida y familiar. Tendría que trabajar en revestimientos de suelos.

Me viene el recuerdo de ser chica y mojar la cama. Primero está caliente y después se enfría. Voy al cuarto de mis padres, con todo el olor, y lloro. Mi madre se levanta. Está medio dormida pero no parece enojada. Es enorme. Quita la sábana mojada de la cama y también el protector de goma, que cae sonoramente al suelo. Pone una capa de papel de diario sobre el colchón y extiende la otra sábana. Me dice que me quite el pijama. Me acuesto en cueros entre la sábana encimera y el cubrecama, y cuando me doy vuelta los diarios calentitos de abajo crujen.

SHEILA PURDY

Traducción de Jorge Fondebrider

Sheila Purdy (Dublín, 1950) ha publicado los cuentos “The Ladder” (2013) en la antología de Faber & Faber, *Town and Country*, editada por Kevin Barry, y “Transactions” (2019), en el volumen compilado por Lucy Caldwell.

TRANSACCIONES

Temprano, el primer sábado de enero, Rose Kathleen Philomena Kelly se levantó de la silla dura. La habitación de adelante se había enfriado, pero ella no podía irse a la cama. En lugar de eso, movió la persiana, vio lo oscuro que estaba y sintió algo en la ventana.

—Rose, ¿puedes oírme? —el buzón vibró—. Soy Mary. Abre.

En el espejo, Rose se ató el cabello con una tira de terciopelo, luego retiró algunas cosas de la mesa del vestíbulo y abrió la puerta principal. Allí, de pie, estaba la vecina de al lado de lo Paddy, con anorak, bufanda de lana rosa y gorro.

—¿Mary? —dijo— ¿Qué pasa?

—No quise asustarte, Rose, así que me dije que era mejor venir. El pobre Paddy está en la ambulancia camino al Vincent.

—En la ambulancia…

—Se vino abajo, empeoró.

—¿En la casa? —Rose imaginó la ambulancia afuera de lo de Paddy, la camilla y las puertas cerrándose.

—En la cocina. Entré con el papel. Entonces él no respondió…, y luego allí estaba. —Mary la agarró del codo, se lo apretó.

—Dios. Debes haberte pegado un flor de susto —dijo Rose—. ¿Podía hablar?

—A decir verdad, no pude entenderle mucho.

—¿Qué pasó? ¿Qué piensas, Mary?

—No sé. El plato del gato estaba sobre la mesada, y cuando la ambulancia llegó encontré el tenedor, pero no la comida del gato. ¿Habrá sido el corazón?

—La pastillita blanca —dijo Rose—. Apuesto que se olvidó de tomarla. —Miró a Mary con su bufanda nueva—. ¿Tuviste que caminar hasta aquí con este frío?

Mary tocó las borlas.

—Salir a esta hora…

Como familiar más cercano, Rose iba a tener que vestirse, sentarse en el autobús durante una hora hasta Elm Park y luego esperar.

—Para cuando estés allí, ya lo habrán instalado. Ve y vístete.

Rose no dijo nada más.

—Date prisa, no vayas a olvidarte de llamarme más tarde, ¿eh? Voy a encender una vela.

—Gracias, Mary.

Rose subió las escaleras y se puso la falda y el suéter. Se ató las botitas, se preparó para el frío.

Pensando en lo que se venía, en la cocina, untó manteca en el pan que había sobrado, lo envolvió en papel encerado y lo puso en el bolso junto con su billetera y algunas otras cosas. Se abrochó el cinturón del abrigo, apagó la luz y cerró la puerta principal detrás de sí, sabiendo que la espera en el hospital iba a ser larga.

La parada estaba al otro lado de la rotonda, y si el conductor no la hubiese visto y esperado, habría perdido el autobús.

—Bueno —dijo el hombre—, qué frío.

En el interior, ocupó el lugar detrás del asiento vacío reservado para discapacitados; sólo vio reflejos en las ventanas oscuras. El autobús viajó lentamente por caminos de ripio, traqueteando todo el tiempo. Llegado el momento, tocó el timbre de su parada, se tomó de la barra y se puso de pie, dándose cuenta al hacerlo de que le temblaba la mano.

En la parada de autobús que había afuera del St. Vincent, el aire olía a mar. Deslizó el dedo por el horario, anotó la hora del último servicio y luego se dirigió a la puerta principal, por lo que el edificio de hormigón quedaba frente a ella. El sendero que atravesaba los terrenos brillaba por el hielo, y cuando estuvo cerca de la Guardia se detuvo junto a un seto espinoso, trató de entender dónde estaba. Cuando llegó una ambulancia y la camilla que llevaba un paciente, fue empujada ruidosamente a través de las puertas dobles, pudo oler el interior, la explosión de antiséptico.

Usó la entrada para peatones, pasó junto a una advertencia de peligro: *Pisos resbaladizos*. Un lugar muy aburrido: paredes grises y lisas, el pizarrón de anuncios repleto de advertencias. Al lado de una máquina de bebidas frías, brillaba un árbol de Navidad con adornos plateados. La gente esperaba, hablando en voz baja; algunos en sillas, otros de pie. Se frotó las manos con desinfectante hasta que se evaporó y luego se acercó al hombre que estaba detrás del cristal.

—Vine por Paddy Kelly. Lo trajo una ambulancia.

—Patrick Kelly. ¿Es pariente cercana? —según el distintivo, era Jay.

—Soy la hermana.

—Tengo dos Patrick Kelly acá.

—El corazón. Ya estuvo aquí.

Ella apoyó el bolso en el mostrador.

El escritorio de Jay estaba ordenado. Tenía una abrochadora, un marcador de tinta seca.

Levantó la vista.

—¿No sabría su clave de admisión?

—La admisión… no, no.

—¿Sabe su fecha de nacimiento?

—Tiene sesenta y tres, veinte de octubre. —Era su gemelo, pero no lo dijo.

—¿Tendrá su número de seguridad social?

Rose hizo una pausa, se puso colorada y lo reconvino.

—Bien. Creo que ya lo tengo.

Ella confirmó su dirección y teléfono, mientras él tipeaba en el teclado.

—Tome asiento, la enfermera la va a llamar.

—¿Sabe si está mal?

Sobre el escritorio, sonó un teléfono.

—Lo llevaron directamente para diagnosticarlo. —Jay atendió el teléfono, tapó con la mano el auricular y dijo—: La zona de las máquinas expendedoras está allá; el café abre a las nueve los sábados.

En la sala de espera, eligió una silla cerca del fondo para no tener que hablar con nadie. Un chico puso una moneda en la expendedora de Pepsi, que le devolvió la moneda a través de la ranura de metal. Volvió a ponerla, la vio caer y luego lo intentó varias veces más hasta que alguien le dijo que parara. De vez en cuando se abría la puerta, daban un nombre y alguien entraba.

Rose se acercó, tomó un vaso de agua fría del botellón y volvió a sentarse. Miró en su bolso el pan que había traído, palpó la billetera con la tarjeta de débito adentro. Ahora podría ser la oportunidad de dejarla en casa de Paddy, antes de que él se diera cuenta de que no estaba. Si la preocupación iba a mantenerla despierta por la noche, como la noche anterior, la cosa no valía la pena. Mentalmente, podía ver el nombre de él, las letras mayúsculas en relieve, la fecha de vencimiento; trató de recordar su última transacción, dónde se había utilizado, por cuánto y para qué.

Cuando ya todos los asientos a su alrededor estaban ocupados, y después de leer un *Herald* que alguien había dejado, y cuando casi se había dado por vencida, se abrió una puerta, salió una enfermera y la llamó por su nombre.

Rose se acercó.

—El doctor quiere hablarle, Rose.

La condujo por un pasillo a través de puertas que se abrían a un área de trabajo con salas de guardia a un lado y la bocanada de amoníaco, yodo y vendas frescas. Ella la siguió, manteniéndose fuera del camino del personal, de los médicos y de las cosas que parecían complicadas.

—Patrick está al final. No es lejos.

Rose mantuvo la vista baja, se preparó para pasar por las

habitaciones con cortinas hasta que llegaron a la última.

—Le diré al Dr. Sullivan que está aquí —dijo la enfermera, entrando.

Rose miró pasando la cortina, hacia donde el personal, vestido con batas, estaba ocupado en una mesa de laboratorio. Paddy estaba tumbado sobre una camilla elevada con ruedas, cubierto a medias con una manta de algodón y una bata de hospital puesta al revés sobre los hombros. Tenía tubos en la nariz, almohadillas eléctricas con ventosas en el pecho: cables rojos, blancos y amarillos conectados a una máquina para mantenerlo funcionando. Tenía un moretón de un lado de la cara y un brazo conectado a un tubo de plástico. El lugar estaba bien equipado, tenía un aspecto técnico, muy parecido al interior del garaje de Paddy antes que tirara la toalla: overoles, cables de colores, cables auxiliares, baterías, latas de aceite relucientes, productos de limpieza: todo tipo de cosas, cada una en su propio lugar, hasta el distribuidor de toallas de papel en la pared.

Paddy, cuando la vio, suspiró y levantó la mano.

—Rosie —se le quebró un poco la voz—. Ella está aquí —le dijo a la persona que limpiaba el gotero.

—¿Te cuidan bien, Paddy?

—Estoy un poco apretado. ¿No me aflojarías la manta?

Rose tiró, desordenando los cables.

—El doctor tiene que hablarte, Rose —dijo Paddy.

Se acercó un hombre de bata y barba prolija.

—¿Ms. Kelly? Soy el Dr. Quincey Sullivan —le estrechó la mano—. ¿Podríamos hablar un momento, le parece bien?

La llevó a un sector aparte, del tamaño de la sala de vacunación de la farmacia de McKenna. La luz procedía de las pantallas de las computadoras y, a través de una ventana, pudo ver a Paddy en el compartimento que estaba más allá.

—Como sabe, trajeron aquí a Paddy en ambulancia; no está bien.

—¿Es algo grave, doctor?

—Lo que nos preocupa es el corazón. Está siendo monitoreado: ese es el pitido que escucha —y señaló una pantalla con gráficos de colores, números cambiantes—. Le hemos dado algo para la arritmia, para que su corazón vuelva a la normalidad, pero no está funcionando como esperábamos.

Rose intentaba recordar, asintió.

—En promedio, bajó, pero está de vuelta en los sesenta y uno —tocó la pantalla—. No se encuentra estable. Le estamos realizando exámenes para detectar posibles causas —tomó un gráfico—. Para bajar los números, nuestra única opción es darle una descarga eléctrica en el corazón —dijo—. No está exenta de riesgo. Paddy lo

sabe.

Esta vez era peor: si el tratamiento salía mal, podría morirse. Pariente cercano, pensó, y mentalmente vio a Paddy de chico, ambos con toallas, caminando hacia los baños de mar con las piernas desnudas en sus chancletas, él cargando una goma de auto inflada como flotador.

El doctor aguardaba, esperando una respuesta.

—Si no hay otro remedio, doctor —dijo—, supongo que hay que hacerlo.

—Bien dicho —dijo él y la palmeó en el hombro.

Alguien trajo un formulario. Firmó en un rectángulo ancho en el documento de aspecto rojo.

—Vamos a proceder con eso ahora, darle algo para que duerma. Y apenas podamos, la tendremos al tanto.

Rose volvió a la camilla con ruedas.

—¿Lo firmaste, Rose?

—Supongo que sí, Paddy.

—Entonces está decidido.

—¿Qué fue lo que te pasó?

—No sé —dijo él.

—Tienes un moretón.

—Quiero que busques en casa; saca algo para Puddin. Ya pasó la hora de su cena. No te olvides, Rose.

—Está bien —dijo ella.

—No es una cazadora de ratones, no puede valerse por sí misma.

Parecía tener sueño, sus ojos trataban de permanecer abiertos.

—¿Estás durmiéndote, Paddy? —lo tocó, lo apretó un poco.

—Hablaremos cuando haya pasado —dijo él.

Vino una enfermera con una ficha, dijo que necesitaba información. Llevó a Rose a un área para familiares, la sentó cerca de las puertas de incendio y se instaló a su lado.

—¿Usted es la única pariente viva de Paddy?

—Supongo que soy la única.

—Tengo unas pocas preguntas, después le daremos una taza de té.

Preguntó sobre los medicamentos, la dieta, las circunstancias de Paddy e hizo marcas en los casilleros. Rose la informó sobre la presión sanguínea, la píldora de Lisinopril —si es que así se llamaba—, la aspirina, la pastillita para el corazón. Algunas de las respuestas las tuvo que inventar, pero las contestó todas y mientras la enfermera escribía notas Rose miró a su alrededor, había dos adolescentes sentados cerca que parecían haber estado llorando. Cuando la enfermera se levantó para irse, Rose le recordó el té y luego se sentó a

esperar. La gente entraba y salía, la entrada al área de familiares se abría y cerraba, y una corriente de aire hacía que el antiséptico soplara en su dirección hasta que volvió la enfermera.

—Era té, ¿no?

Rose asintió.

—Sírvase. ¿Algo más antes de que me vaya?

—No. Con esto basta.

Cuando la enfermera se fue, Rose desenvolvió el pan. Dadas las circunstancias, no sabía demasiado mal. El té, en el vasito de telgopor todavía estaba caliente, y lo bebió a sorbos mientras comía. Esperaban que se quedara, y se preguntó cuánto tiempo tomaría. Tal vez el estímulo haría que su corazón volviera a la normalidad y se le permitiera volver a la casa. Luego dobló el papel, lo tiró en una papelera con el vasito y se dirigió al baño de damas. Había uno cerca, pero una anciana había entrado, de modo que siguió avanzando en busca de otro, tomó por el pasillo pasando por un sector con pacientes en bata y pantuflas, algunos en sillas de ruedas, un niño con un globo blanco. Fue a la izquierda o derecha, siguiendo las flechas hasta que el pasillo quedó vacío y silencioso.

Cuando empezó a estar más frío, sintió que estaba cerca de la morgue y trató de volver por otro camino, pero el equipo médico, que habían dejado ahí, le dificultaba el paso. Así que siguió hasta que encontró los baños.

Eligió el cubículo para discapacitados asistidos, que se duplicaba como área para cambiar pañales, con una mesa que se abría hacia abajo. Por alguna razón, tal vez sólo para pasar el tiempo, vació el contenido de su bolso de mano. Un lápiz de manteca de cacao salió rodando entre las tarjetas que se raspan, el monedero, un paraguas plegado y una botellita en forma de cono con una tapa dorada. La manteca de cacao estaba fría, tenía sabor a damasco, era difícil de esparcir. Encontró un par de pendientes azules, se los puso. No había dónde mirarse, así que inclinó la cabeza de uno a otro lado para sentirlos e imaginarse cómo se veía, después se los sacó. Sirviéndose de la botellita, se puso un poco de perfume detrás de las orejas. Probó un refrescante bucal que se anunciaba anisado, pero sabía a regaliz. Después de revisar, volvió a poner todo en el bolso.

Más adelante, ya en la tarde, sentada cerca de las puertas de incendio, con los fríos como piedras, Rose se puso de pie y caminó para pasar el rato. Llegó hasta un televisor mudo que mostraba a hombres con sobrepeso lanzando dardos a un tablero y un reloj de pantalla que calculaba el puntaje. En la escuela, Paddy había ganado un trofeo del último año, haciendo él mismo con facilidad restas mentalmente. Todavía estaba allí mirando cuando vino Jay y le dijo que Paddy había salido, y que, si quería, podía entrar a verlo.

Paddy se veía alterado, su cabello estaba desordenado, no parecía querer hablar, o tal vez no estaba en condiciones de hacerlo. Tenía los ojos entrecerrados e hinchados como con líquido, y la cara manchada de amarillo y morado. No había mucho que ella pudiera hacer más que darle un empujoncito para ver si estaba despierto.

—Soy yo, Paddy. ¿Estás mejor?

—Dicen que todavía estoy —respondió él.

—Por suerte, ya pasó.

También ella susurraba, y su voz le parecía extraña.

—Tienen que hacer más exámenes.

—Quieren saber la causa —dijo ella—, qué es lo que no anda bien.

Se quedó en silencio, como si estuviera pensando, sin mirarla.

—Pregúntales si me van a dejar volver a casa —dijo.

—No puedo preguntarles eso.

Después de un rato, se volvió hacia ella.

—Supongo que no importa, Rose —dijo suspirando y luchando un poco consigo mismo.

—¿Que no importa qué, Paddy?

—Era nada más que dinero —dijo—. Y sabes que, si necesitas, allí hay más, Rose.

La miró como si no pudiera o no quisiera verla, y eso la hizo retroceder.

—Debes tener mala opinión de mí, Paddy.

—No es eso… sólo que no entiendo.

Ella quiso irse.

—No te vayas ahora, Rose; quédate hasta que me trasladen.

—Está bien, Paddy.

—Búscate una taza de té.

Rose asintió.

—¿Dónde está mi abrigo? —preguntó—. Hay dinero en el bolsillo.

Rose no se movió.

—Y cómprate un bollo de crema pastelera.

Salió al pasillo, de vuelta a donde había estado. Pensó en lo que le había hecho el tratamiento, lo que él tenía en mente, y se distrajo mirando a un muchachito diferente tratando de meter su moneda dentro de la máquina de Pepsi rota.

A eso de las 8 p. m., llegó el Dr. Sullivan, bien afeitado, con camisa de vestir y esmoquin, perfume y zapatos brillantes de punta larga. Estaba sosteniendo su teléfono y las llaves del auto.

Rose se puso de pie.

—Me temo que su hermano no muestra ninguna mejora —dijo.

—¿Está peor?

—Hace un rato, el cardiólogo de turno revisó los resultados y ordenó su traslado a la Unidad Coronaria, para que sea tratado por especialistas.

Rose asintió.

—Así que lo vamos a trasladar dentro de poco.

—Trasladarlo —dijo ella, y se apartó del paso.

Vino una enfermera, un reloj cromado al revés abrochado en el bolsillo.

—Cuando venga mañana, ¿le podrá traer sus cosas?

Le dio a Rose una hoja de papel con una lista:

- Pantuflas/pijamas/bata
- Ropa interior/medias
- Cepillo de dientes/dentífrico
- Peine/cepillo
- Maquinita de afeitar/espuma de afeitar
- Toallitas

—Dispositivos para la salud; vale decir, anteojos para leer, audífonos, *etc.*

Por favor, no traer cosas de valor o grandes cantidades de dinero al hospital. El hospital no puede hacerse responsable por los bienes personales o las cosas de valor.

Le tocó el brazo a Rose y le dijo:

—No se preocupe.

—¿Va a estar bien?

—Haremos todo lo que podamos.

Hubo un retraso esperando al camillero, pero vino y se llevó la camilla, el suero y el equipo adjunto. La cara de Paddy parecía de mejor color, tenía los ojos cerrados y el monitor emitía su pitido. Rose los acompañó todo el camino y los siguió hasta la Unidad Coronaria. En el escritorio de las enfermeras, le hicieron la admisión. Para entonces eran casi las nueve y cuarto de la noche. Llevaron la camilla a un espacio entre un casillero y una silla, le pusieron el freno y alguien corrió las cortinas rosadas y blandas.

Cuando Rose salió del hospital, estaba bien oscuro y más helado. Tomó el último bus y se bajó una parada antes de llegar a casa. El viento arreciaba y cruzó el estacionamiento, entró en el supermercado. Remolinos de basura se metieron volando por la puerta con ella. Se ajustó la tira de terciopelo y pasó un cartel que decía *Pozo de la Lotería de Hoy 8 millones de euros*. Su billete, lo buscó en el monedero; esperaba no haberlo perdido cuando revolvió sus cosas en el hospital. Quiso ver si tenía suficiente para lo que necesitaba.

Caminando por el pasillo del pan, con sus estantes medio vacíos, se

preguntó qué le había querido decir.

—Es nada más que dinero —dijo en voz alta.

Un muchacho que compraba pan de molde Big Toast se dio vuelta a mirar.

—Nada más que dinero —dijo ella, y él volvió a su pan, mientras ella se quedó mirando las pitas y los *wraps*. No creía que él fuera una persona avara; era sólo que no podía hacer que el Seguro de Salud se extendiera a las cosas pequeñas, las cosas que quería. Un día, en el quiosco, ella había visto a la venta hileras de tarjetas para raspar y ganar, retroiluminadas, detrás de un cristal de plástico, de todos colores, brillantes. Se imaginó raspando la pintura plateada, viendo que los íconos, símbolos y letras coincidían y ganando pases gratis. Aquel día no había tenido suficiente dinero encima, de modo que fue hasta la casa de él y se llevó su tarjeta de débito —se había imaginado que la tenía guardada en el cajón, junto con el número de pin—, con la idea de traerla de vuelta. Las tarjetas para raspar no ganaron nada, pero eran coloridas y bonitas, agradables de raspar. Al día siguiente, compró más, y luego de eso, cada tanto, algunas cositas, para ella.

En el siguiente pasillo, al pasar por Productos Frescos, despegó una bolsa de plástico. Tenía que acordarse de comprar leche y dentífrico. Con apenas la parte más pequeña de los ocho millones de euros, con sólo cuatro números, podría devolverle el dinero a Paddy, tal vez incluso comprarse ese conjunto abrigado de gorro y bufanda que había en Dunnes, sólo para ella. Entonces recordó que, si usaba la máquina que había en la tienda, entre Ferretería y Revistas, podría sacar algo de dinero en ese mismo instante. Cambió de dirección, atravesó el pasillo de Pañales, sacó la tarjeta de débito y se dirigía para buscar el dinero cuando la detuvo un hombre, que estaba en Revistas, mirando los periódicos.

—Me enteré de lo de Paddy. ¿Ya está en casa?

—Está pidiendo volver a casa, pero lo tienen ahí. Justo estaba buscando algunas cosas para él.

—¿Se permiten visitas?

—No sé. Mañana voy temprano.

—¿La alcanzo hasta su casa?

Ella hizo una pausa.

—Vamos, Rose, reúna lo que necesite. Yo la llevo.

—Muchas gracias, pero creo que voy a caminar. Estuve metida adentro todo el día.

Cuando Rose se alejó, vio cosas que debería haberle comprado a Paddy la primera vez que estuvo en el hospital. Retrospectivamente, recordó cómo alguien en la sala le había prestado *The Van*, y cómo Paddy le había dado los nombres de otros dos libros, y su tarjeta de

débito y pin para que sacara efectivo de la máquina en el hospital. Esa tarde, había ido y gastado lo que retiró, pero, por alguna razón, nunca compró ningún libro. Después de que pasaron unos días, había vuelto a verlo, pero si Paddy recordaba, no había dicho nada.

El aroma de los crisantemos en macetas y los cubos de lirios mustios, en oferta, devolvieron a Rose al mundo real. Volvió a guardar la tarjeta de débito en la bolsa y fue en busca de pasta dentífrica.

Se detuvo en las estanterías de Cosméticos. Centelleaban hileras de lápices labiales, sombras de ojos y colorete, y los estrechos exhibidores espejados reflejaron su rostro como si dijeran que la habían visto antes. Fue difícil mirarse a sí misma, la piel coriácea y arrugada, y se alejó, sólo para encontrar pequeñas botellas de esmalte de uñas que brillaban con motas de plata y de oro. Tenía que pensar dónde pondría el billete. Al abrir el bolso, metió la mano hasta el fondo.

En la caja del autoservicio, escaneó la leche y la pasta de dientes, cambió el billete de cinco con el que pagó y, cuando la máquina se lo indicó, tomó sus artículos y el cambio.

Afuera, el viento traía una fría sensación de invierno y, con fuerza, comparó el peso de la pequeña bolsa de plástico con la leche y la pasta de dientes en una mano respecto del bolso que tenía en la otra. Salido de la oscuridad, un hombre con una chaqueta brillante se adelantó y la detuvo.

—Discúlpeme. ¿Pagó todo lo que compró?

Miró, pero no pudo verle claramente el rostro.

—Tengo que preguntarle, madam. ¿Hay algo que no haya pagado?

Levantó la bolsa de plástico para que él pudiera ver.

—Leche y pasta dentífrica —y le pasó la factura—. Está pagada —dijo.

Llegó otro hombre.

—Tenemos todo en la cámara —dijo.

—Tenemos que pedirle que vuelva a la tienda con nosotros.

Cuando se dio vuelta, vio que su vecino salía con sus compras. Rose se arregló el abrigo alborotado por el viento, se aflojó el cinturón y, escoltada por los dos hombres de seguridad, volvió a entrar.

Los hombres la llevaron a un área pequeña, más allá de los baños y de un depósito, y luego abrieron una puerta. Miró hacia atrás y vio al vecino observando, distante, mientras la conducían a la oficina del gerente.

La habitación, iluminada por un tubo fluorescente, estaba llena de desodorante Sure; se sentó donde le había dicho el hombre que estaba detrás del escritorio haciendo girar un bolígrafo con la mano. Una empleada entró y se puso de pie, con los brazos cruzados.

Rose no pudo mirar a nadie.

—¿Sabe por qué está aquí? —preguntó el gerente.

Rose negó con la cabeza.

—Observe, por favor.

Sobre una pantalla, apareció en blanco y negro Rose Kathleen Philomena Kelly, una mujer de medios no declarados, y cuyos pies habían estado fríos todo el día. Una cámara cenital mostró imágenes de ella entrando al supermercado y, luego, de pie en el pasillo de Cosméticos. Se vio a sí misma estirándose para agarrar algo, una cosa pequeña, o tal vez dos cosas. Éstas parecieron perderse en su manga; luego aparece ella metiendo la mano en su bolso, y después salió de cámara. La pantalla pasó a un ángulo diferente, luego a otro, mostrando lo mismo desde diferentes puntos de vista. Incluso había un primer plano de cuando se había mirado en los angostos espejos.

El hombre de la chaqueta brillante no apartó los ojos de Rose; la empleada, con las uñas pintadas de rojo, miraba a todas partes.

—¿Quiere mostrarnos lo que tiene en la bolsa? —preguntó el gerente.

—Sólo cositas y monedas.

—Bueno, los policías la registrarán cuando lleguen aquí.

No se movió para abrir la bolsa. No creía que fueran a llamar a la policía.

—La policía está en camino —dijo sentándose—. Tienen la potestad de registrar. Todo es parte del procedimiento.

Apoyó la bolsa sobre el escritorio y dejó que sacaran el esmalte de uñas dorado y la sombra de ojos plateada. Un hombre de seguridad puso el esmalte en posición vertical y colocó la sombra de ojos al lado. Luego, el gerente, con su bolígrafo, sacó el lápiz de manteca de cacao, vio que estaba usado y lo volvió a guardar.

—¿Por qué estos cosméticos no fueron pagados? —preguntó—. No figuran en la factura.

Ella explicó lo mejor que pudo que se trataba de un error.

—¿Está segura? —dijo él. Luego le volvió a pasar el video.

Le pidió al hombre de la chaqueta que escaneara el precio de los artículos, y puso la copia impresa frente a ella, sobre el escritorio.

—Quince euros con treinta y cuatro centavos.

Ella se concentró en un gráfico sobre la pared, algún adorno que se movía con la corriente.

—Tenemos el poder para hacerla responsable. Nuestra política es aplicar la ley —dijo. Es una pena que hayamos llegado a esto.

Dejó la pluma y salió de la habitación.

Confinada, fría y vigilada, durante mucho tiempo Rose se sentó a esperar, frotándose las manos.

Cuando volvió el gerente, llegó con dos policías que vestían

chaquetas luminosas con cintas reflectivas en las mangas que decían “garda”. El más joven le tomó los datos y luego se adelantó el policía canoso.

—Rose Kelly, usted está siendo arrestada bajo la Ley de Justicia Penal (Delitos de Robo y Fraude) de 2001, Sección 8. No está obligada a decir nada, a menos que desee hacerlo, pero todo lo que diga…

Rose dejó de escuchar, aunque podía oír la voz del policía, sabía que estaba recitando una fórmula para el juzgado.

Cuando el policía terminó, Rose vio una posibilidad. ___

—¿Puedo irme a casa ahora? —preguntó—. Necesito irme a casa.

—No puede pedir eso —dijo el joven policía, tomando nota.

La llevó hasta la puerta.

Ambos policías la condujeron saliendo por atrás, en la oscuridad, hasta el patrullero; la tienda estaba cerrada, las luces apagadas, las persianas bajas. Después la llevaron a la comisaría.

La acompañaron por un sendero, hasta el vestíbulo, a través de un pasillo y hasta una oficina; para entonces era la 01:15 en el gran reloj digital. Se la entregaron a un policía que trabajaba con un teclado, junto a él una gorra de fieltro marrón con astas de ciervo, una ramita de acebo. Él le dijo que esperara, señaló una silla dura en el rincón.

Al cabo de un rato, llegó una mujer policía con un joven esposado, las zapatillas sin cordones.

—Hola, doña —le dijo el joven a Rose cuando pasaba.

Rose no podía pensar; se lo llevaron.

A eso de las dos y diez, el policía se incorporó y vació la bolsa sobre el escritorio. Las tarjetas raspadas salieron junto con las otras cosas: tabaco de liar y viejos papeles para cigarrillos mezclados. Anotó los ítems: - Paraguas

- Monedero con monedas (€0.98)
- Tarjeta de débito Visa
- Lápiz mocho
- Boleto de bus usado, fechado el 6 de enero
- Tarjetas All Cash de Lotería (€20 × 17, usadas)
- Botella de perfume, Marc Jacobs Honey (vaporizador, tapa dorada, *Muestra: no a la venta*) - Manteca de cacao
- Refrescante bucal
- Pendientes azules, un par, 3,95 impulse

Rose observaba para ver si él anotaba todo.

—¿Todo esto es suyo?

—Sí.

El hombre tomó la tarjeta de débito; le dio vuelta.

—¿Quién es Patrick Kelly?

—Mi hermano.

—¿Su hermano?

—Sí. Mi hermano mellizo; está en el hospital, en Vincent.

Entró la mujer policía, le preguntó a Rose si tenía cordones, si llevaba un cinturón y le dijo que se sacara el abrigo. Encontró un billete de lotería en el bolsillo.

—El sorteo de esta noche —dijo—. ¿Quiere las huellas dactilares?

—Por ahora, no —dijo, sin levantar la vista.

Una impresora se puso en marcha y el policía levantó la hoja, miró el reloj y escribió algo. Luego se la entregó a Rose.

Ella leyó lo que él había escrito: *La tienda inicia la demanda. Se fijara e instruirá el lunes 8 de enero.*

Firmó en la línea punteada.

Luego, él le puso el billete de lotería en frente de ella, que hizo una pausa y también lo firmó.

—Se ve a sí misma como ganadora, ¿no, querida? —dijo—. La estamos deteniendo a la espera de los cargos y, a su debido tiempo, la traerán para ser entrevistada por los detectives. Tiene derecho a una llamada telefónica.

Volvió a sentarse ante su escritorio, los brazos cruzados.

Ella lo miró, los botones dorados en el frente de su uniforme.

—Una llamada telefónica —dijo ella.

Tal vez la llamada era para conseguir un abogado. Podría llamar a Mary, pero entonces se enteraría todo el mundo. Quizás, si tuviera el número, podría llamar al hospital, preguntar por Jay. Vio el distintivo de Jay con su nombre. Legalmente, debería avisarle a Paddy, pero ahora ya era muy tarde para eso.

Camino a las celdas, la mujer policía se detuvo en la máquina del té, puso un vasito, apretó el botón del agua caliente. Habló en voz baja con dos compañeros de trabajo vestidos de paisano que estaban tomando café. Ambos le echaron un vistazo a Rose. Trató de repasar mentalmente qué harían con sus transacciones con la tarjeta de Paddy, si las llamarían robo, qué le harían decir. Cuando la máquina se detuvo, el vaso fue levantado y a Rose la llevaron a la celda de detención.

Adentro, el olor a enfermo y a desinfectante era difícil de soportar. A lo largo de la pared se extendía un banco para dormir, con sus patas atornilladas al cemento. Cuando la mujer policía advirtió la cinta de terciopelo, también se la llevó, después salió por la puerta y la cerró.

Rose se quedó mirando por un minuto, contemplando dónde estaba, desconcertada por lo que había hecho para terminar allí. Encontró la taza de telgopor pero no la levantó, una taza medio llena de té gris. En el tiempo que tardó en enfriarse el té, los pensamientos

y preocupaciones de la vida que había tenido hasta entonces parecieron desvanecerse, y en su lugar se hizo más claro el problema en el que se hallaba: *atrapada robando en una tienda, detenida con cargos pendientes*; se había metido en un problema serio. De a poco, fue sumando todo. Cuanto más lo pensaba, menos podía soportar pensar que Paddy lo había sabido todo el tiempo y no había dicho nada. Si pudiera aguantar hasta la mañana, volvería a entrar y lo vería. Deseaba un día más, supuso que tendría uno. Lo consideró, lo descartó y se tumbó en el banco.

COLUM MCCANN

Traducción de Jan de Jager

Colum McCann (Dublín, 1965) ha publicado *Fishing the Sloe-black River* (1994), *Songdogs* (1995), *This Side of Brightness* (1998), *Everything in this Country Must* (2000), *Dancer* (2003), *Zoli* (2006), *Let the Great World Spin* (2009), *TransAtlantic* (2013), *Thirteen Ways of Looking* (2015), *Letters to a Young Writer: Some Practical and Philosophical Advice* (2017) y *Apeirogon* (2020).

En castellano ha publicado *Perros que cantan* (traducción de Damián Alou; El Aleph, 2001), *Un país donde todo debe morir* (traducción de Damián Alou; El Aleph, 2002), *El bailarín* (traducción de Jordi Fibla Feito; RBA, 2004), *A este lado de la luz* (traducción de María Barros Ochoa; RBA, 2008), *Zoli* (traducción de Jordi Fibla Feito; RBA, 2008), *Que el vasto mundo siga girando* (traducción de Jordi Fibla Feito; RBA, 2010), *Trece formas de mirar* (traducción de Marta Alcaraz; Seix Barral, 2017), *Trasatlántico* (traducción de Marta Alcaraz; Seix Barral, 2017), *Cincuenta consejos para ser escritor* (traducción de Héctor Castells Albareda; Seix Barral, 2018) y *Apeirógono* (traducción de Rubén Martín Girález; Seix Barral, 2021).

TODO EN ESTE PAÍS DEBERÁ

Vino una creciente de verano y nuestra yegua de tiro se quedó atascada en el río. El río batía las piedras con un ruido que me sonaba como a echar cerrojos. Era tiempo de ensillado y el agua olía a pasto. La yegua de tiro, la favorita de Padre, se había metido al río un momento y se quedó atascada, no podía soltarse, la pata delantera atrapada entre las rocas. Padre la encontró y la llamó *¡Katie!* por encima del ulular de la lluvia. Yo estaba en el cobertizo atajando con la lengua gotas del agujero en el techo. Fui corriendo por al lado de la granja y entrando al prado. En el río la yegua me miraba desesperada a través de la lluvia y quizás me recordaba. Padre se movía lento y temeroso como quien avanza por nieve profunda pero no había nieve, sólo creciente, y Padre le tenía miedo al agua, siempre le tuvo. Padre me dijo *Ahí en la roca hija*. Me dio una soga con la presilla del arnés y supe qué hacer. Desde que cumplí quince, soy más alta que Padre. Me estiré como el amor y puse un pie en la roca del medio del río y una mano en la rama de árbol que había arriba y me abalancé por encima de la creciente.

Desde atrás Padre decía *Cuidado ahora eh*. El agua corría tibia y rápida y yo me sostenía de la rama, y a la vez pude asomarme al borde de la roca y sujetarle la soga al arnés de la hermosa yegua de tiro.

Los árboles se inclinaban hacia el río secreteando y suspendían sus largas sombras por encima del agua y la yegua tironeó de pronto y sentí que habría una muerte, pero tensé la soga para sostenerle el cuello arriba del agua, apenas.

Padre gritaba *¡No sueltes la soga hija!* y yo le veía los dientes apretados y los ojos muy abiertos y todas las venas grandes del cuello, igual que cuando camina bordeando las zanjas de nuestra granja, muchas vacas, setos, cercados. Padre está siempre lleno de miedo por haber perdido a Mami y a Fiachra y ahora la yegua, su favorita, una belga grandota que araba los campos hace tanto.

El río se partía en la roca y saltaba salpicando, me subía por los pies y me entraba por el vestido. Pero yo me aferraba a la soga, igual que como a veces Padre se aferra al último cigarrillo Sweet Afton en la cena antes de la oración. Padre gritaba *¡Afírmala bien hija!* Miraba el agua como si Mami estuviera ahí, como si Fiachra estuviera ahí, respiró hondo y se metió al agua para liberar el casco de la yegua, y estuvo hundido tanto tiempo que me hizo clamar al cielo por

quedarme sola. Él estaba bien agarrado a una raíz del árbol pero todo el resto de su cuerpo se hundía en el agua rápida y marrón.

La noche había empezado con estrellas. Estaban arriba entre las ramas. El río las salpicaba.

Padre salió a la superficie boqueando por aire con los ojos desorbitados y con la gorra perdida río abajo. La soga me tironeaba las manos y ardía como moldes de horno, y él gritaba *¡No la sueltes hija por el amor de Dios no la sueltes eh por favor!*

Padre se sumergió de nuevo pero volvió a salir pronto, sin más nada en los pulmones para quedarse abajo. Se quedó en el río agarrado a la raíz y el agua le golpeaba los hombros y estaba triste viendo que la yegua se ahogaba, así que otra vez tiré fuerte de la soga y la yegua pegó un grito y levantó la cabeza.

Una vez más, dijo Padre con voz triste como su voz ante los ataúdes de Mami y de Fiachra hace tanto.

Padre se hundió y se quedó abajo por un tiempo largo como el ayer de ayer, y entonces unos faros llegaron barriendo la calle del pueblo. Las luces pintaban la lluvia hasta lo alto y ponían sombras en los setos y zanjas. La cabeza de Padre asomó del agua y estaba jadeando sin aliento, así que no vio las luces. El pecho ancho y agitado. Miró a la yegua y después me miró a mí. Yo señalé hacia el camino y él se dio vuelta y se quedó mirando. Padre sonrió, quizás pensó que era Mack Devlin con su camión de la leche o Molly volviendo de la tienda de dulces o alguien que venía a ayudar para salvar a su yegua favorita. Tirando de la raíz se salió del río y parado en la orilla alzó los brazos en el aire como saludando, gritando *¡Eh por aquí por aquí!*

La camisa de Padre estaba mojada debajo de su traje de faena y se la veía muy blanca cuando los faros la iluminaron. Las luces se acercaban y en la luminosidad oímos gritos y luego se distinguieron voces. Sonaban como si hubiesen tragado cosas que yo nunca tragué.

Miré a Padre y él me miró de pronto con una cara rarísima, como que estaba perdido, como que estaba golpeado, como si él fuese la gorra que flotaba en el río, como un árbol grande y solitario ansiando un bosque. Gritaron *Eh hombre ¿qué está pasando?* con su manera extraña y Padre dijo *Nada*, y entonces inclinó la cabeza contra el pecho y me miró a través del río y creo que lo que me estaba diciendo era *Suelta la soga hija*, pero no lo hice. La sostuve con fuerza, manteniendo la cabeza de la yegua fuera del agua, y todo el rato Padre estaba diciendo sin decir *Suéltala por favor Katie suéltala, deja que se ahogue.*

Pasaron rápido a través del cerco sin importarles sus uniformes y yo oía cómo las espinas les rasgaban las casacas. Uno se sacó el casco mientras corría y su pelo era del color del hielo en invierno. Uno tenía un bigote que parecía de pastos largos y uno tenía una cicatriz en la mejilla parecida al cabo de la navaja de cortar heno de Padre.

El Navaja fue el primero en llegar a la orilla del río y el rifle le golpeó la cadera cuando saltó a la roca donde yo estaba sosteniendo el arnés. *Ok linda, ahora estás segura*, me dijo con la mano mojada de lluvia en mi espalda. Tomó el arnés y les gritó cosas a los otros soldados, qué hacer, dónde pararse. Agarró el arnés y me entregó a Pasto Largo, que me tomó de la mano y me trajo a salvo a la orilla. Ahora eran seis, todos armas y cascos. Padre no se movía. Estaba con los ojos fijos en el río, quizás viendo a Mami y a Fiachra que lo miraban.

Un soldado le estaba hablando alto y rápido, pero Padre estaba como maniquí de un escaparate de Derry y el soldado alzó los brazos y se dio vuelta en la lluvia y escupió al viento una escupida grande.

El Navaja estaba en perfecto equilibrio en la roca con el arnés y ni siquiera se agarraba de la rama de arriba. Pelohielo se estaba sacando las botas y el arma y la camisa y no se parecía para nada a los chicos del pueblo que vienen al cobertizo por amor, no se parecía a Padre cuando Padre corta heno sin la camisa, no se parecía a nadie, era muy flaco y fuerte y con las costillas como a veces las tienen los caballos después de un largo día en el campo. No se zambulló como ahora se me ocurre que me hubiese gustado, sino que se metió al agua caminando muy despacio y nada presumido y empezó a cruzar el agua, brazos en alto, hundiéndose. Pero el río se hacía más profundo y el Navaja le gritó desde la roca *Quédate en lo alto Stevie, quédate en lo alto.*

Y Stevie le hizo seña de pulgar en alto al Navaja y después se sumergió y lo último que se vio fue un pataleo.

Pasto Largo estaba parado a mi lado y me puso en los hombros la casaca de Stevie para abrigarme, pero vino Padre y apartó a Pasto Largo de un empujón. Padre lo empujó con fuerza. Era más pequeño que Pasto Largo pero Pasto Largo se golpeó contra el tronco del árbol. Pasto Largo respiró hondo y lo miró con rabia. Padre dijo *Déjala en paz ¿no ves que es apenas una niña?* Yo me cubrí la cara de vergüenza como en la escuela cuando me pusieron en un escritorio especial más grande que los otros, no los de madera con la tapa que se levanta, sólo que ya no voy a la escuela desde que pasó lo de Mami y Fiachra. Sentí vergüenza como la vergüenza que sentí ese día en la escuela y me cubrí la cara pero espiando por entre los dedos.

Padre lo estaba mirando enojado a Pasto Largo, y Pasto Largo lo miró fijo a Padre por largo rato y después sacudió la cabeza y caminó

hasta la orilla del río donde Stevie todavía estaba en el agua.

Las manos de Padre en mis hombros ahora me estaban dando un poco de abrigo y él dijo, *Todo va a estar bien ahora amor*, pero yo estaba pensando en Stevie y todo el rato que llevaba debajo del agua, el Navaja estaba gritando a todo pulmón y mirando para el agua y yo levanté la vista y vi el camión del ejército atravesando los cercados y el cerco estaba todo roto con un agujero y Padre gritó *¡No!*

Los reflectores del camión estaban encendidos y todo el río se iluminó. Padre gritó otra vez *¡No!* pero se calló cuando uno de los soldados lo miró fijo, *Tu caballo o tu puto cerco, hombre*.

Padre se sentó en la orilla del río y dijo, *Siéntate, Katie*, y oí en la voz de Padre más tristeza que cuando estuvo ante los ataúdes de Mami y de Fiachra, más tristeza que el día después de que los chocó el camión del ejército, más tristeza que el día que el juez dijo, *Nadie es culpable tan sólo ha sido un trágico accidente*, más tristeza que en ese día y todos los otros días que siguieron.

Bastardos, susurró Padre, *bastardos*, y me rodeó con su brazo y se quedó sentado mirando hasta que Stevie salió del agua nadando contra la corriente para quedar en el mismo lugar. Le gritó al Navaja, *Tiene la pata atascada*, y después, *Voy a tratar de soltar la pezuña*. Stevie respiró hondo cuatro veces y el Navaja tiraba de la cuerda del arnés y la yegua gritaba como nunca oí gritar a ningún caballo ni antes ni después. Padre estaba callado y yo quería estar de vuelta en el cobertizo atajando gotas con la lengua. Yo tenía puesta la casaca de Stevie pero estaba temblando y mojada y tenía frío y miedo porque Stevie y la yegua iban a morir, porque todo en este país deberá morir.

A Padre le gusta su té sin saquitos como Mami lo preparaba y entonces tengo que hacerlo de esa manera especial: poner agua fría en la jarra y solamente fría y después hervirla y poner un poquito de agua hirviendo en la tetera y menearla hasta que el fondo de la tetera esté caliente. Entonces poner las hojas de té, no saquitos, y luego el agua hirviendo y revolver todo lentamente y ponerle el cubretetera y dejarla encima de la estufa por cinco minutos cuidando que la llama no esté muy alta para que el cubretetera no se prenda fuego y se queme. Entonces poner leche en las tazas y después el té y a lo último el azúcar y revolver todo en una cuidadosa mezcla.

Todos mis melindres para hacer el té hicieron sonreír a los soldados incluso a Stevie que tenía la cabeza chorreando sangre de donde la yegua lo había pateado por arriba del ojo. La cara de Padre se puso pálida cuando Stevie sonrió, pero Stevie se comportó de manera muy educada. Me pidió una toalla porque dijo que no quería manchar de sangre la silla. Me sonrió dos veces cuando me asomé por

la puerta de la cocina y levantó un dedo queriendo decir *Una de azúcar por favor* y una O grande con los dedos para indicar *Sin leche por favor*. La sangre se le estaba secando en el pelo y tenía los ojos brillantes como debería ser el cielo, y sentí que la barriga se me iba muy para abajo como cuando el amor en el galpón, y me sonrió por tercera vez.

Todo el mundo se sentía bien por salvar una vida aunque fuese una vida de caballo, pero Padre estaba en silencio en un rincón. Estaba enojado conmigo por haber invitado a los soldados a tomar el té y el mentón le bajaba hasta el pecho y había un charco a sus pies. Todos se estaban secando con toallas menos Padre porque no había suficientes toallas.

Pasto Largo estaba sentado en el sillón y dijo, *Qué bueno que tenía esas lámparas de calor, jefe.*

Padre apenas asintió con la cabeza.

¿Cómo estuvo la cosa abajo del agua Stevie?, dijo Pasto Largo.

Mojada, dijo Stevie y todos se rieron menos Padre. Lo miró fijo a Stevie y después apartó la mirada.

La sala estaba ahora muy iluminada. Me gustaba el verde de los uniformes y hasta me gustaba el rojo de la sangre de Stevie. Pero la cabeza de Stevie le debía estar doliendo bastante por la patada de la yegua. Los otros soldados estaban hablando de que quizás el camión del ejército debería llevar a Stevie directo al hospital, y no secarse, sino ponerle puntos de sutura, y no que tome el té, y volver más tarde a ver si la yegua sobrevive con las lámparas de calor. Pero Stevie dijo, *Estoy bien muchachos, es apenas un raspón, muero por una taza de té*.

El té estaba bueno por el largo tiempo de maceración y teníamos unas galletas para las visitas especiales, las fui a buscar a la despensa. Mordí una para asegurarme que estuvieran frescas y presenté la bandeja.

Yo estaba estornudando pero tuve cuidado de no estornudar la bandeja para ser educada como Stevie. Stevie dijo *Dios te dé salud* de esa manera graciosa y todos estuvimos callados mientras sorbíamos el té pero yo estornudé otras tres cuatro cinco veces y el Navaja dijo, *Te tendrías que quitar esa ropa mojada, linda*.

Padre apoyó la taza en el platillo con fuerza y se hizo mucho silencio.

Todos hasta los soldados nos quedamos mirando al piso y el reloj de la repisa hacía tictac y la foto de Mami miraba fijo desde la pared y Fiachra jugando al fútbol y los soldados no las veían pero Padre sí. El silencio largo se hacía más y más largo hasta que Padre me llamó, *Ven aquí, Katie*, y me paró junto a la ventana y tomó en sus manos la cortina larga. Me dio vuelta y me envolvió en la cortina y me agarró el

pelo y me empezó a frotar no suave sino fuerte. Padre es bueno, me quiere secar el pelo porque yo estaba temblando aún con la casaca de Stevie. Desde debajo de la cortina podía ver a los soldados y más que nada a Stevie. Él sorbía su té y me sonreía y Padre carraspeó muy fuerte y el reloj hizo más tictac hasta que el Navaja dijo, *Eh, jefe, ¿no quiere usar mi toalla para ella?*

Padre dijo, *No gracias*.

El Navaja dijo *Pero sí jefe*, hizo un bollo con la toalla y el ademán de tirarla.

Padre dijo, *¡No!*

Stevie dijo, *Tranquilo*.

¿Tranquilo?, dijo el Navaja.

Va a ser mejor que se vayan, dijo Padre.

Al Navaja le cambió la cara y tiró la toalla al piso a los pies de Padre y el Navaja infló las mejillas y resoplando decía *La gente como ustedes son unos desagradecidos de mierda*.

El Navaja estaba parado y apuntándole a Padre y la luz le brillaba en las botas y la cara se le retorcía y así parecía que la cicatriz le cortaba la cara. Pasto Largo y Stevie se levantaron y atajaron al Navaja, pero el Navaja decía, *Nos jugamos la vida para salvar a tu puta yegua y así nos das las gracias, ¿eh?*

Padre me abrazaba fuerte, yo envuelta en la cortina y él temeroso y chiquito y tembloroso. El Navaja gritaba mucho y estaba con la cara roja y torcida. Stevie lo retenía. La cara de Stevie estaba larga y triste y yo sabía que él sabía porque cada vez miraba a Mami y a Fiachra en la repisa junto al reloj. Stevie sacó al Navaja de la sala y en la puerta de la cocina lo soltó. El Navaja se dio vuelta y por encima del hombro de Stevie una última vez miró a Padre con la cara toda torcida, pero Stevie lo agarró de nuevo y le dijo *Ya pasó hombre*.

Stevie se lo llevó al Navaja por la cocina y la cuadra y hasta el camión del ejército y la lluvia seguía cayendo afuera y la sala estuvo en silencio salvo por el reloj.

Oí cómo arrancaba el motor del camión.

Padre se apartó de mí y apoyó la cabeza en la repisa junto a las fotos. Yo me quedé al lado de la ventana todavía con la casaca de Stevie que él se olvidó y no volvió a buscarla todavía.

Me quedé mirando el camión que se iba por la senda y las luces rojas en la tranquera verde cuando se detuvo y dobló hacia el camino pasando por donde sacaron a la yegua del río. No oía nada y entonces Padre empezó a hacer ruidos con la garganta y yo no me di vuelta porque sabía que él se iba a enojar si lo veía. Padre estaba gimiendo, quizá se olvidó de que yo estaba ahí. El llanto le entraba y salía a borbotones como nunca en la vida escuché. Padre estaba temblando

mucho y rápido. Sacó un pañuelo y se apartó de la repisa. No lo miré porque sabía que se avergonzaría por haber llorado.

El camión ya casi no se veía, solo las luces rojas en los cercados.

Oí que se cerraba la puerta de la sala y después la de la cocina y después la de la despensa donde Padre guarda su rifle de caza y después la puerta delantera y oí el ruido del cerrojo del rifle y él seguía llorando y alejándose más y más hasta que se fue el lloro y él debía estar en la cuadra parado en la lluvia.

El reloj de la repisa sonaba muy fuerte y también la lluvia y mi respiración y yo miraba por la ventana.

Afuera estaba todo casi vacío y los soldados estaban doblando la esquina cuando oí los sonidos, no eran como balazos, eran más como ruidos *pop* un dos tres.

El tic tac del reloj seguía.

Hacía tictac y tictac y tictac.

La cortina que me envolvía estaba mojada pero me la ajusté alrededor. Yo estaba asustada, no me podía mover. Estuve esperando como mil años.

Cuando Padre volvió a entrar supe lo que pasó. Su cara estaba como tallada en piedra y ya no estaba llorando y ni siquiera me miró, fue directo a sentarse en la silla. Levantó la taza de té pero traqueteaba en el platillo, así que la volvió a apoyar y puso la cara en las manos y se quedó así. El tictac se me fue de la mente y todo estaba en silencio en el mundo y yo me aferraba a la cortina como me aferraba al sonido de las balas entrando en la yegua, su favorita, en el cobertizo, un dos tres, y yo parada junto a la ventana con la casaca de Stevie, miraba y esperaba y la lluvia seguía cayendo afuera un dos tres y yo pensando oh que cielo tan pequeño para tanta lluvia.

CLAIRE KEEGAN

Traducción de Jorge Fondebrider

Claire Keegan (County Wicklow, 1968) ha publicado *Antarctica* (1999), *Walk the Blue Fields* (2007), *Foster* (2010) y *Small Things Like These* (2021).

En castellano ha publicado *Recorre los campos azules* (traducción de Jorge Fondebrider; Eterna Cadencia, 2008), *Antártida* (traducción de Jorge Fondebrider; Eterna Cadencia, 2009), *Tres luces* (traducción de Jorge Fondebrider; Eterna Cadencia, 2011 y 2023) y *Cosas pequeñas como esas* (traducción de Jorge Fondebrider; Eterna Cadencia, 2021).

RECORRE LOS CAMPOS AZULES

Temprano, las mujeres llegaron con flores, cada una de un tono más intenso de rojo. En la capilla, donde esperaban, su perfume era fuerte. El organista volvía a tocar sin prisa la *toccata* de Bach, pero un estremecimiento de duda se extendía por los bancos. La inclinación del sol matinal ya había cruzado la protuberancia de granito de la pila bautismal y se había deslizado hacia la fuente. El sacerdote alzó la cabeza y se quedó mirando fijo las puertas abiertas, donde las damas de honor, vestidas de seda verde, permanecían en silencio. Más allá, una nube pálida se deshacía en el cielo de abril. Deshecha, había empezado a dispersarse antes de que John Lawlor subiera los escalones para entregar a su única hija.

Sin ninguna referencia al tiempo, el sacerdote le dio la bienvenida a todo el mundo y prosiguió con la ceremonia. Hubo un momento en que tropezó con las palabras, pero, enseguida, se expresaron los votos y Jackson le puso a ella en el dedo el sencillo anillo de oro. En la sacristía, el sacerdote advirtió cómo le temblaba la mano a la novia cuando levantó la pesada lapicera fuente, lo tenue que fluía la tinta oscura en el registro, pero los gruesos trazos de Jackson claramente expresaban su nombre.

Ahora, el sacerdote está afuera y contempla los terrenos de la capilla. Es un día fresco, brillante y con viento. El confeti voló entre las lápidas, el empedrado, por encima del sendero del camposanto. Sobre el tejo, se agita un pedazo de velo. El sacerdote se estira y lo saca de la rama. Se siente rígido al tacto, más extraño que tela. Ahora le gustaría cambiarse de ropa y salirse del camino campestre, cruzar la cerca y bajar hasta el río. Allá, en el terreno pantanoso, entre los campos, su presencia haría que los patos salvajes se dispersaran. Más hacia abajo, en la orilla del río, se sentiría en calma, pero, tan pronto como gira la llave de la puerta, enfrenta la calle, donde está su deber.

Hoy muchos de los negocios del pueblo están cerrados: en la vidriera de la carnicería, las bandejas de metal limpias están vacías; detrás del cristal de la mercería, las persianas no se mueven. Sólo está abierta la puerta del puesto de diarios y revistas; una muchacha con tijeras recorta los titulares de los diarios de ayer. El sacerdote cruza la calle y camina por la avenida hasta el hotel. Alguna vez ésa fue propiedad protestante. A ambos lados, los árboles son altos y ahí el viento es extrañamente humano. A través de los sauces se alcanza a oír un delicado discurso. Los olmos se inclinan en un tenue susurro.

Algo a propósito del lugar evoca el pasado antiguo: el perro de caza, la lanza, la rueca. La historia depara no poco placer. Lo reciente es otra cuestión y recordarlo es penoso.

Afuera, están reunidos sobre el césped, la novia y el novio con sus parientes. Las damas de compañía, con sus llamativos vestidos, se ríen ahora de algo que ha dicho el padrino de boda. Enfrente está el fotógrafo, diciéndoles dónde y cómo pararse. El sacerdote cruza la alfombra roja y se llega hasta ahí para volverle a dar la mano al novio. Este es un hombre bajo, de ojos celestes comunes y de una gran fuerza corporal.

—Les deseo lo mejor —dijo el sacerdote—. Espero que sean muy felices.

—Gracias, padre. ¿Por qué no sube para salir en la foto con nosotros? —dice, ubicándolo al lado de la novia.

La novia es una belleza, cuyo vestido deja ver sus hombros pecosos. Contra la piel, le cuelga pesadamente un largo collar de perlas. El sacerdote se ubica al lado sin tocarla y contempla la línea blanca de su cuero cabelludo que separa su brillante cabello rojo. Se la ve calma, pero el ramo que lleva en la mano tiembla.

—Debes tener frío —le dice.

—No.

—Sí.

—No —le dice ella—. No siento nada.

Finalmente, ella lo mira. Sus ojos verdes son fríos y nada revelan.

—¡Miren para acá, por favor!

El sacerdote mira las nubes, por encima de la cabeza del fotógrafo. Las nubes se están moviendo con rapidez, oscureciendo el sol, proyectando lógicas sombras sobre el prado.

—¡Bien! Así —dice el fotógrafo. El grupo se queda duro mientras aprieta el botón y luego se desarma—. ¿Podemos reunir a la familia del novio ahora? Por favor, que todos los miembros de la familia del novio den un paso.

Adentro del hotel está el calor de la muchedumbre, el flujo de los invitados. Cerca de la recepción, un mozo sirve ponche. Otro tiene un cuchillo afilado y corta tajadas de un gran salmón ahumado. Los invitados hacen cola, buscan tenedores, alcaparras, rodajas de limón. A su alrededor, hay flores. El sacerdote nunca vio flores como ésas: tulipanes completamente abiertos, jacintos azules, gladiolos acampanados. Se queda al lado de un florero de cristal con rosas y las huele. Tienen un perfume pesado. La necesidad de un trago se le impone y se dirige al bar.

—Hola, Padre —dice Miss Dunne, una mujer robusta, con un vestido multicolor—. Fue una ceremonia decorosa. Usted la hizo corta

y agradable.

—Esa es la parte fácil, Miss Dunne. Espero que ahora sean felices.

—Sólo el tiempo lo dirá —responde ella—. Podría adelantarse a los acontecimientos.

El sacerdote sonríe.

—¿Le ofrezco algo para beber?

—No —responde Miss Dunne—. Nunca bebo —agrega cruzándose de brazos.

—¿Nunca?

—No. Nunca. Si no sabe por qué, quédese hasta que se haga de noche.

—¿Querrá un refresco?

—No —responde—. Esperaré a la cena.

El sacerdote se da cuenta de que ella está a gusto ahí, sola. Va al bar y pide un whiskey caliente. La camarera suspira y enciende la tetera eléctrica, corta una rodaja de limón con clavo, introduce una cucharita en un vaso vacío. El sacerdote mira hacia el gentío y espera que caiga alguien. Mayormente, son mujeres las que le hablan. Allí hay personas a quienes les gustaría hablarle. Hay otras que le deben dinero.

Mrs. Jackson, la madre del novio, se acerca. Tiene colores subidos, que contrastan con su vestido lila. Se saca el sombrero y, no sabiendo dónde dejarlo, se lo vuelve a poner.

—¿A dónde iba a ir con esto? —dice—. Una vieja como yo.

Es el antiguo juego que a él solía gustarle y del cual se cansó: se tiran a menos, de modo que él pueda halagarlas con facilidad. Siempre buscando un cumplido.

—Quiere dejar eso —dice él—. ¿No ve que luce maravillosa?

—Dios nos asista, padre, pero usted sabe poco de esto —dice la mujer, una pulgada más alta que antes.

—Qué fácil darse cuenta de que es un sacerdote —dice la sobrina de Mrs. Jackson—. Un hombre nunca diría eso —agrega estudiando el salón, claramente decepcionada por los hombres que hay allí.

Mrs. Jackson deja pasar la observación.

—Bueno, al menos ya hay algo hecho. Ahora me queda sólo uno y, Dios sabe, puede que me quede con él hasta el fin de mis días.

—¿No cree que se casará?

—¿Quién lo querría? Una verdadera lata, eso es lo que es. Todo trabajo y todo juego. Nada en el medio.

—¿Quiere una bebida, Mrs. Jackson?

—No —responde ella—. Dios santo, saldré a ver cómo marcha la comida.

Una joven, que no es de la parroquia, está apoyada en la barra, esperando que le sirvan. Se apoya en el peluquero, quien contempla su vaso.

—¿Qué diría usted, padre? ¿El vaso está medio lleno o medio vacío?

—Está como a usted le parezca —responde el sacerdote.

—Bueno, no sé qué han estado bebiendo —dice la mujer—, pero seguramente no puede ser una cosa sin que sea la otra.

El peluquero frunce el ceño y luego registra lo que dijo la joven.

—Mujeres —dice, meneando la cabeza—. Las mujeres siempre tienen una respuesta.

Una niña del cortejo pasa corriendo, arrastrando más niños. El whiskey caliente lo tranquiliza, le recuerda las noches invernales de su juventud. Comienza a pensar en Navidad y en su madre, en cómo ella vertía la cerveza negra en el pudín y lo hacía revolver, lo hacía desear. Sin obligarlo, lo había alentado al sacerdocio. Una vez, cuando era monaguillo, estaba en la sacristía y se permitió pasar la mano por sobre la sotana, la sobrepelliz. La luz invernal se teñía sobre la alta ventana y en la capilla el coro estaba practicando “Grande Tú eres”. En ese momento sintió abrirse el camino, pero no hay tiempo para demorarse en tales cosas. Lawlor, el padre de la novia, se había acercado, serio, y le daba un apretón de manos. El sacerdote siente el dinero en la palma.

—Algo por sus molestias —dijo Lawlor en voz baja.

—Gracias —aceptó—. Fue un placer.

Lawlor es un viudo con doscientos acres camino a Carlow. La corbata de seda está perfectamente anudada, sus rayas hacen resaltar el rojo oscuro de la trama del traje. Es un hombre conocido por su buen gusto, agradable. Mira al novio, al otro lado del bar, que tiene la cabeza inclinada, oyendo algo que otro hombre está diciendo.

—¿Cree que el hermano del novio aguantará de pie? —pregunta Lawlor.

—¿No van a servir pronto la cena? —dice el sacerdote.

—Lo hemos arreglado, así que no estaremos esperando. Nos estarán llamando en cualquier momento —dice y se vuelve en silencio, volviendo a contemplar al novio—. Cuando a una mujer se le mete algo en la cabeza, uno no puede interponerse en su camino. Es mejor salirse del medio.

—Las cosas tienen su propio modo de arreglarse —lo consuela el sacerdote.

—Algunas sí —dice Lawlor, dejando caer la cabeza, tocando el taburete con la punta de su gran zapato lustrado—. Uno tiene que apartarse y dejarlos, dejar que cometan sus propios errores. Ese es el

problema. Y si uno no se mete en ese problema, se busca más.

La muchacha que estaba sirviendo el ponche va hasta el bar con un gong.

—¡Por favor, tomen asiento! ¡Damas y caballeros! ¡Se va a servir la cena!

Hay una oleada de sorpresa. Las mujeres buscan sus carteras. Los bebedores se dejan llevar por el pánico y piden otra ronda. Hay un tránsito paulatino hacia el salón de baile, donde se han dispuesto las mesas.

—Si llegara a necesitarme —dice el sacerdote—, sabe dónde estoy.

—Espero no tener que llamarlo —dice Lawlor.

—De cualquier manera, llámeme —dice el sacerdote—. La mayor parte de las noches estoy en casa.

En el baño de caballeros, parado frente al espejo, se lava las manos y se peina, sacándose el cabello de la frente. Le está creciendo rápido, le cae sobre los ojos, aunque la última vez que fue al peluquero se lo cortaron mucho. Donal Jackson, el padrino de bodas, llega, se inclina contra la pared y orina. El chorro es largo y hace ruido contra los azulejos. Se da vuelta antes de guardar la verga. Es una verga grande y le cuesta volvérsela a meter adentro de los pantalones alquilados.

—Lindo adorno, ¿no, padre? —dice—. Casi como el suyo.

—¡Basta! —grita Kennedy, quien ha tirado la cadena y sale del cubículo—. No hay necesidad de eso. ¿Quieres guardar esa cosa? —dice un tanto divertido—. No le preste atención a este canalla, padre. No le haga caso.

Al salir, el sacerdote oye risas. Hubo un tiempo, no hacía mucho, en que ellos habrían esperado hasta que él no hubiese podido oír. Debe ir al bar y serenarse una vez más. Las bodas son difíciles. La bebida fluye y las palabras salen, y él tiene que estar allí. Un hombre pierde a su hija con un hombre más joven. Una mujer ve cómo su hijo desperdicia su vida con una mujer de menor valía. Es algo en lo que creen a medias. Está el gasto, la sensiblería, el no volver atrás. Cada vez que se hacen promesas en público, la gente llora.

Está en la barra y se pide un vasito de Powers[9]. Cuando la camarera se lo da, le dice que ya está pago. El sacerdote levanta la vista. En el extremo de la barra, sosteniendo una pinta de cerveza negra, está el novio. Levanta la copa y le sonríe. El sacerdote alza el whiskey y bebe un sorbo. Nunca antes, hasta ahora, se le había ocurrido que Jackson podría saber.

La multitud llenó el salón de baile, ahora cubierto con las mesas puestas. Están la platería alineada, la llama de las velas, el deslizarse de las sillas sobre la madera encerada. Media parroquia está ahí; una pequeña boda no bastaría. En la mesa principal, están ocupados todos

los lugares, menos el del novio. ¿Por qué el sacerdote supuso que allí habría una silla que le estaría reservada? Torpemente, hace un recorrido por las mesas, buscando su lugar. Miss Dunne le hace señas, le indica. Lo han sentado en una mesa con parientes. A su izquierda, el tío de la novia. A su derecha, la tía del novio.

—Veo que lo han mandado con los demás pecadores —dice la tía.

El sacerdote no le responde. Durante un minuto o dos, le saca todo el jugo que puede al tema del tiempo y luego mira el menú. Los platos están impresos en dorado, y tienen una opción: sopa crema de vegetales como entrada, o carne de cangrejo servida en palta. Después, salmón cocido con salsa de perejil o cordero con salsa de romero.

La tía del novio no ve la necesidad de tanta bambolla

—¿Acaso no habría sido suficiente para nosotros un pedazo de jamón hervido? No fuimos criados para comer paltas —dice, buscando aprobación.

—Me pregunto dónde habrán cocido el salmón —dice Sinnott, un hombre enjuto y nervudo que apenas paga lo que debe y que confesó haber robado ovejas de la colina de Jackson—. Espero que no haya sido en mi lado del río.

Lawlor, en la mesa principal, golpea un vaso y la multitud se calla. Llega alguien del personal con un micrófono y se lo alcanza al sacerdote. Este comienza mecánicamente:

—Bendícenos, oh Señor, y a estos Tus dones…

Las cabezas se inclinan. Sacan del salón a un niño que llora. Tan pronto como llega el amén, aparecen las fuentes con paltas y boles de sopa. Los panes se llenan de manteca. Se agachan las cabezas. Muchachas con una botella en cada mano sirven vino tinto y blanco. Se sacan platos con papas asadas, vegetales, salseras con jugo de carne. La comida trae bienestar y el silencio reina hasta que la primera oleada de hambre se sacia. Luego comienza la charla.

—Nunca engorda ni una onza, padre —dice la tía—. Permítame preguntarle cómo hace para mantenerse en peso.

—Camino —responde el sacerdote, dejando escapar un suspiro.

—Dicen que la caminata es buena. ¿Va lejos?

—Salgo del camino y voy hasta la fábrica de productos lácteos y bajo hasta el río —dice—. Voy cada vez que puedo.

—Conozco el trayecto —dice Miss Dunne—. ¿Bajó alguna vez hasta lo del chino, Padre?

—No —responde riéndose—. ¿Qué chino?

—Bueno, no debe conocerlo —no es cristiano—, pero hay gente que baja a verlo para curarse.

—¿Curarse?

—Sí —dice la mujer, buscando la sal.

—¿Dónde vive exactamente?

—Más abajo de lo de Redmond, en la casa rodante. ¿Vio ahí, en la parte de atrás del cobertizo del heno? Si hace ese recorrido, debe saberlo.

—Es un refugiado, hay alguna relación de esa gente con el chino —dice el pariente de Jackson—. Redmond, el de la cantera, lo contrató como jornalero y ahora está ahí cuidando las ovejas.

—Diga que aún no perdió una oveja —dice Breen—. Francamente, dicen que es un buen hombre, a pesar de que no siempre hace las cosas a nuestra manera.

—No tiene perro. Les tiene terror a los perros —agrega Mike Brennan, el de la colina.

—Es probable que se haya comido al maldito perro ovejero —dice Sinnott, estirándose para alcanzar la última papa asada.

—¿Qué es exactamente lo que hace? —pregunta el sacerdote.

—¿No le dije que cuida las ovejas? —dice Miss Dunne.

—No, me refiero a qué cura.

—No sé decirle, padre. Lo único que sé es que la gente va a verlo. Nunca me le acerco. Si algo me duele, voy a lo de Nail, el que compone los huesos.

—Un gran hombre, si usted recibió un golpe en la espalda —añade Breen—. Lo único es que le puede tocar que lo atienda después de un galgo.

—¡O de un maldito pony! —agrega Sinnot—. Tuve que esperar dos horas detrás de un caballo pinto cojo.

Hay risas.

—Si algo le duele, el chino es el tipo justo.

—Es palabrería. Claro, ¿para qué otra cosa podría servir? No sabe decir ni una palabra en inglés. Uno no tendría manera de decirle qué le duele.

—Bueno, ¡tampoco habría manera de hacer que usted dejara de decirle lo que tiene! —dice Mike Brennan entre risas.

—¡Se le podría indicar! —dice Miss Dunne.

—Uno podría bajarse los calzones, decirle qué parte del trasero le duele y confiar —dice Sinnot—. Claro que es chino: come perro y caga té.

—¡Cuidado! —dice Brennan frunciendo el ceño—. Acá hay un hombre de hábito.

—Sí —gruñe Sinnot—. Y todos sabemos que el hábito blanco se mancha fácil.

La risa rápidamente se convierte en un silencio frágil. Breen tose.

La tía vuelve a ordenar el cuchillo y el tenedor.

—Usted sabe mucho de manchas —dice Miss Dunne— y tiene cinco hermanas que le planchan cada arruga del pijama.

Es un buen intento por salvar la situación, pero la observación de Sinnot quema. El sacerdote corta el cordero. Mike Brennan mira al otro lado del salón, donde un hombre con muletas se va abriendo camino.

—Hablando de huesos —dice—, ¿qué le paso a Donoghue?

—Esta mañana lo pateó una vaquillona —dice Sinnot.

—Eso le enseñará a calentarse las manos. ¿Fue al doctor?

—No. No creo.

—Llevarlo es imposible —dice Breen.

—Entonces, debe haber tenido los palos esos. Hay dos cosas que uno nunca debe guardar en casa: muletas… y un cochecito de bebé.

—Habló la voz de la experiencia —exclamó Miss Dunne.

—Sí, puede reírse, pero nunca nadie dijo mayor verdad. Cuando Mary estaba teniendo al último, saqué el cochecito al patio y lo rocié con kerosén —dice Brennan—. Cuando volvió a casa quiso matarme, ¿pero acaso no era tiempo? Claro que las gallinas se acostumbraron a poner en la canasta del moisés.

—¿Tiene siete u ocho? —pregunta la tía.

—Tengo nueve —dice Brennan, buscando cigarrillos en sus bolsillos—. Al final, ¿no es terrible tener que salir afuera por un cigarrillo?

Ahora que ya se ha terminado el plato principal, la preocupación del servicio va extinguiéndose. Las muchachas que van a retirar los platos son otras. Nada se ha roto. Nadie se ha ido. Vienen los postres: tarta de almendras con frutillas, sopa inglesa, crema. Están por levantar las cucharitas y comenzar la próxima charla, cuando Donal Jackson, en la mesa principal, golpea su copa y se pone de pie. Tan pronto como se levanta, vuelve a caerse en la silla. La multitud se vuelve hacia él, en silencio. Aguza el oído. El padrino intenta, nuevamente, mantenerse de pie. Esta vez se las arregla para pararse, pero tiene que apoyarse sobre la mesa, con la mano sobre el mantel.

—¡Hola a todos! —grita—. ¡Hola!

El novio murmura algo sobre hacer que la puta cosa sea breve. Se escucha, sin que haya querido que se escuchara, por el micrófono.

—¡Buenos días a todos! —grita el padrino—. Espero que ya se hayan llenado.

En ese instante, se detiene, indeciso sobre cómo continuar. Baja la vista a la novia. Mira a su hermano.

—Cuando mi hermano empezó a cortejar a Kate, aquí presente, todos dijimos que nunca conseguiría conquistar a una chica tan fina —

dice y mira el mantel, las copas, el salero y el pimentero de plata—. Ahora que vemos que lo hizo, ¡qué lástima que no tenga una hermana! —y tira del mantel, haciendo que se muevan los platos. Se cae una copa de vino tinto manchando la tela blanca.

Sinnott mira fijo al sacerdote y se sonríe, volviendo luego la mirada al padrino.

—Si tuviera una hermana, podríamos haber compartido la tierra y…

Rápidamente, Lawlor le saca el micrófono de la mano. Lo hace con toda la elegancia del caballero que es y empieza a agradecerle a todo el mundo, muy sinceramente, por haberse hecho presente. Dice que está contento de que su única hija haya encontrado a un buen marido. Dice que hizo todo lo que pudo para educarla bien y, a pesar de que la madre no puede estar allí, sabe que los está viendo y bendiciendo ese día. Elogia la comida, el vino, el servicio. Le agradece al sacerdote por la sencilla ceremonia, a las damas de honor que atestiguaron, y a todos los allegados al novio. A éste le da la bienvenida a la familia y desea que trate bien a su hija durante toda su vida. Nada más puede desear, dice y toma asiento.

El novio abre una hoja de papel y, a su vez, vuelve a agradecerle a todo el mundo, reflejando el discurso de su suegro. La novia está sentada en silencio, rodeada por todos los hombres que dan discursos. Llega un mozo con champagne, pero ella no quiere. Mientras está ahí sentada, acariciando el pie de su copa, el sacerdote recuerda algo. Es un recuerdo claro y vívido que le provoca deseos de estar solo.

Cuando llega la torta, hay aplausos. La novia y el novio se ponen de pie y sostienen el cuchillo. La hoja se hunde profundamente en el piso de abajo y se toma la fotografía obligatoria. Poco después, vuelve la torta, cortada y sobre platos pequeños, espolvoreados con azúcar. Se sirve té, café.

Miss Lawlor extiende la mano y mete una servilleta dentro de su cartera.

—Un recuerdo —dice—. Ya debo tener como una docena.

Nuevamente, le acercan el micrófono al sacerdote, que se pone de pie y bendice la mesa, sin sentir ninguna de las palabras. Últimamente, cuando rezaba, sus plegarias no habían sido respondidas. "¿Dónde está Dios?", se había preguntado. No, ¿qué es Dios? No le preocupa no conocer a Dios. Su fe no ha flaqueado —eso es lo extraño—, pero desea que Dios se le aparezca. Lo único que quiere es una señal. Algunas noches, cuando el ama de llaves se ha ido y las cortinas están bien cerradas detrás de las ventanas, se arrodilla y le ruega a Dios que le muestre cómo ser un sacerdote.

Se le pide a todo el mundo que termine para poder correr las

mesas y dejar espacio para bailar. La gente abandona el salón de baile por el bar, los baños, para salir al patio cervecero a fumar. En este momento, el sacerdote podría irse. Podría acercarse a los que todavía están lo suficientemente sobrios para recordar que se despidió y estrecharles las manos. Sabe que en su casa hay un fuego dispuesto. Lo único que tiene que hacer es volver y acercarle un fósforo. El sueño lo arrastraría y el día habría terminado. Pero tiene que quedarse para el baile. Se quedará para ver el baile y luego se irá.

La música comienza con un vals lento: "¿Podría tener este baile por el resto de mi vida?". Cuando el novio conduce a la novia a la pista, el dobladillo del vestido de ella se le engancha con el taco del zapato. Se agacha para desengancharlo, ruborizada. Se ha sacado el velo, de modo que la parte de atrás de su cuello está desnuda, excepto por el collar de perlas. Cuando se incorpora, Jackson la atrae a sus brazos. Ella parece acceder voluntariamente. Las luces se reflejan en el diamante de su anillo de compromiso. Los zapatos blancos siguen el recorrido que su marido traza alrededor de la pista. Dan una primera vuelta y dan otra, y entonces el hermano del novio sale con la dama de honor. Siente los pies ligeros. Puede que el padrino de la boda sea incapaz de hablar, pero puede bailar. Sigue el amigo del novio con su doncella. Parecen tímidos, inseguros de sí, del otro. Al cabo de tres valses, la música se detiene y el padrino le pregunta a su hermano si puede bailar con la novia. El novio lo mira. Lawlor está de pie, en el borde de la pista, tratando de captar la mirada del novio. El sacerdote se da cuenta de que le costará permanecer ajeno a esto, aun cuando dijo que debía. El novio duda, pero consiente y pronto se intercambia la dama de honor por la novia.

La banda acelera, cambiando a un ritmo rápido. El padrino comienza a bailar. Años atrás, ganó algún tipo de concurso de rock, y ahora está decidido a mostrar su destreza. Hace un arco con el brazo y la novia pasa por debajo, sale detrás de él, pero no se mueve tan rápido como él quiere. Empuja a la novia para que dé un giro, pero cuando él se da vuelta para que deje de girar, la mano de él no atrapa la de ella; en lugar de esto, aferra el collar de perlas y cuando gira, el collar se rompe.

Mientras las perlas se van saliendo del hilo, el sacerdote se queda paralizado. Las observa saltar fuera de la pista de baile encerada y rodar en su dirección. Una de las perlas golpea contra el zócalo y rueda pasando la mano estirada de Miss Dunne. Esta deja escapar un suspiro, mientras la perla retrocede rodando hacia la silla del sacerdote, quien baja la mano y la levanta. En su mano se siente caliente, con el calor de ella. Eso, más que ninguna otra cosa de las sucedidas ese día, lo sobresalta.

El sacerdote atraviesa la pista de baile. La novia está allí, de pie,

con las manos abiertas. Cuando el sacerdote le pone la perla en la mano, ella lo mira a los ojos. Hay lágrimas en ellos, pero es demasiado orgullosa como para pestañear y dejar que una le caiga. Si ella pestañease, él la tomaría de la mano y la sacaría de ese lugar. Eso, al menos, es lo que se dice. Es lo que ella una vez deseó, pero dos personas difícilmente quieran lo mismo en un determinado momento de la vida. A veces, ésa es la parte más difícil de ser humano.

—Lo siento —dice él.

Mira las frágiles líneas de las palmas abiertas de ella, las perlas que se acumulan. Nuevamente alza la vista hasta el rostro de ella. Lawlor lo mira fijo, pero llega Breen y pone fin a la situación.

—¿Cuántas eran? —pregunta Breen.

—¿Cuántas? —repite la novia, sacudiendo la cabeza.

—Sí —dice Breen—. ¿Tienes alguna idea de cuántas había en el collar? —Breen la mira y cambia—. Ah, no llores, muchacha. Es sólo un collar. Se arregla fácil.

En la puerta del salón, el novio tiene agarrado al padrino por el cuello. La gran mano aprieta el rostro blanco, trasunta furia.

—¡Pendejo de mierda! —ruge—. ¿No podías controlarte un puto día?

Qué agradable volver a salir a la avenida, dejar esa terrible música atrás. Ya no hay más viento y ahora los árboles están quietos. Sobre una rama, hay posado un cuervo vigilante. Calle abajo, una chimenea arroja un humo blanco contra el cielo. El puesto de diarios cerró, pero en la agencia de apuestas todavía parpadea un televisor encendido. El sacerdote se detiene ante la ventana, ve que hay una muchacha, profundamente dormida con un libro abierto. Le gustaría entrar y despertarla para decirle que así le dará tortícolis, pero continúa caminando hacia la casa parroquial. Tan pronto como su pie toca la grava, sabe que no puede entrar. Se vuelve hacia la calle, pasa los surtidores de combustible y enfila por el camino rural.

Así que está casada. Por un instante, piensa en las posibilidades de todo lo que empieza y luego éstas se desvanecen. Pasa los altos muros del convento; después, la cerca de acero tubular del mercado. Ahora no hay pavimento, sólo el camino desnudo, un franja de hojas secas bajo sus pies. Hay partes resbaladizas y se dice que no sabe realmente a dónde está yendo. Pasa el portón de Jackson, los envases de leche parados en el cajón. De tanto en tanto, alguna bestia en algún campo o establo dejar oír su bramido. Buena parte del ganado de la parroquia no será alimentado esa noche. Camina sin dejar que ningún pensamiento domine su mente. Al cabo de algunas millas puede oír, camino abajo, el reconfortante ruido del río.

Cuando llega a la fábrica de lácteos, se dirige hacia Hunter's Lane. Allí, la casa Blackstairs sobre la tierra, sumiendo los campos en una sombra extraña y azul. Los cazadores acuden los domingos, después de la misa. Han dejado en la casa las aves abatidas: faisanes, patos, un ganso. El casero las ha colgado, desplumado, servido a la mesa de la cena. Al sacerdote no le gusta pensar en esto, aun cuando ha disfrutado las comidas, la salsa.

El sendero termina donde una vez se alzó una casa, sus paredes en ruinas están invadidas por la hiedra. En la parcela pantanosa donde crecen los alisos, hay pánico en el agua, un aleteo y los patos salvajes levantan vuelo. Las plantas tiemblan detrás de ellos. El sacerdote gira y se queda inmóvil, y mira al cielo buscando la garza. Ni una vez antes ha ido hasta ahí sin verla. Volver a verla es pedir mucho, pero, de repente, está allí, con sus lentas alas llevándola en una curva plácida contra el cielo.

Abajo, en el río, la aletargada agua marrón continúa corriendo. La paz es más profunda que siempre, sencillamente porque todavía está ahí. Sobre la superficie del agua, el reflejo de los lejanos árboles de la orilla es ondulado. Una única nube flota en el cielo, tan pálida y fuera de lugar, como una nube de otro día, abandonada. El sacerdote recuerda el pedazo de velo sobre los tejos, se mete la mano en el bolsillo y lo siente ahí. Lo saca, lo deja caer. Antes de que toque el agua, lo siente, pero tuvo su oportunidad, y ahora su oportunidad pasó.

La noche en que ella fue a la casa había una niebla lechosa en el huerto. Era el día de Difuntos, y él estaba solo en el salón, con el fuego encendido. Antes, ese mismo día, le había dado la extremaunción a un joven en el hospital; luego, había conducido de vuelta para decir la misa vespertina. Era una de esas noches en las que sentía la imposibilidad de estar solo. Estaba pensando en el joven, en lo joven que él mismo era todavía. El reloj de la chimenea sonaba fuerte. Puso más carbón en el fuego y recorrió la habitación. Ella fue para que le firmara una tarjeta de misa por su madre. El le pidió que se acercara, que se sentara junto a él. Sintió que ella se quedaba para no ofenderlo. Nunca tuvo la intención de tocarla, pero cuando ella se quedó mirando fijo el fuego, el sacerdote vio la línea blanca de su cuero cabelludo, donde se dividía el cabello rojo oscuro. Extendió la mano sencillamente para sentir el calor del fuego en su cabello. Eso fue todo lo que quiso hacer él, pero ella malentendió el gesto y le aferró la muñeca.

Siempre se encontraban en lugares apartados: en la playa agreste de Cahore o Blackwater; en los bosques, más allá de los caminos comunales de Avondale. Una vez, se toparon con Miss Dunn en la playa. Ella caminaba hacia ellos y era demasiado tarde para darse

vuelta, pero justo cuando estaban por encontrarse ella giró hacia el mar. Ni ese día ni ningún otro hizo la menor insinuación de haberlos visto.

Pasaron las estaciones y volvió a llegar el invierno. Se escaparon, viajaron hacia el norte a The Silent Valley y se hospedaron en una pequeña pensión, cerca del pueblo de Newry. Esa noche, durante la cena, ella acarició el pie de su copa y le dijo que no podía soportar la situación. Si él no podía abandonar el sacerdocio, ella ya no volvería a verlo en esos términos. A la mañana siguiente, camino a casa, fueron a un parque histórico y retrocedieron a través del tiempo, desde la casa y el astillero viking hasta la vivienda prehistórica en el lago, terminando en una tumba neolítica. Allí estuvieron a la orilla de un lago artificial, donde habían sumergido a medias un bote rudimentario de madera. La superficie del agua estaba cubierta por semillas de diente de león. A través de las cañas silbaba una brisa fría, pero ellos estaban en silencio, atrapados en la certeza de saber que nunca nada volvería a ser igual.

Ahora, ella está casada. Esa noche Jackson la llevará a un cuarto y le sacará el vestido. El sacerdote todavía ve la verga del hermano, el tamaño, la dificultad para volvérsela a meter en los pantalones. Se inclina sobre la orilla del río, arranca algunos yuyos altos. Debería volver al pueblo y meterse en la cama, pero no está dispuesto a dejar que el día se acabe. En lugar de ello, camina en dirección opuesta, atravesando las cercas que dividen los campos. La tierra cambia de los rastrojos ordinarios a brillantes brotes de trigo. Qué invierno seco el que tuvieron. Más allá, hay pasturas suaves y a su alrededor, en todas partes, pastan las ovejas. Así que ésta es la tierra de Redmond. Mira hacia el camino. Ve el techo del gran cobertizo y a su amparo, una casa rodante.

Tan pronto la ve, se dice que no fue hasta allí para eso. Lo último que quiere es compañía, pero sus pies, con una voluntad propia, lo llevan a través del prado. En un lugar abrigado, más allá de los arbustos de grosellas, hay un pedazo de terreno cuidadosamente cercado con postes de madera y alambre. Hay surcos dispuestos en filas ordenadas, barro en un rastrillo. Cuando empuja el sencillo portón de madera, chirría. El sacerdote se queda ahí, en el jardín, por un rato, oyendo. No escucha nada en el interior y, sintiéndose confiado de que no hay nadie en casa, golpea la puerta. En cuanto golpea, se vuelve para irse, pero la puerta se abre y aparece un chino, calzado con chancletas y vestido con un *jogging* holgado.

—Sí —le sonríe—. Pase.

El sacerdote retrocede.

—Buenas noches.

—Sí —dice el chino.

No debería haber ido, pero ahora sería un insulto no entrar a la casa del hombre. Adentro, la casa rodante brilla: un piso lustrado, un colchón con un edredón blanco y almidonado. Hay un olor acre a té hervido, vapor que sale de una tetera. Hay una luz brillante cubierta con una pantalla. Casi todo es blanco, contrachapado pintado. Hay un gran almohadón marcado y un libro abierto.

El chino mira los pies del sacerdote. Allí, los zapatos sucios son un insulto. El sacerdote se los quita y los deja afuera, advirtiendo, al igual que el chino, que sus pies están doloridos. El chino retira un taburete. Sus manos son rápidas. Es un hombre ágil, apuesto, que se mueve libremente por su casa. El sacerdote mira el río a través de una ventana de cristal perfectamente claro y siente una fresca punzada de envidia.

—Sí —dice el chino—. Usted problema.

—¿Mi problema?

El chino asiente.

—No tengo problema —dice el sacerdote.

El chino se ríe; comprende que eso es lo que dice la gente que tiene problemas. Toma un vaso de un anaquel, saca unas hojitas secas de una lata, sirve agua hirviendo. Llena un vaso hasta el borde, se lo da al sacerdote. Está casi demasiado caliente como para sostenerlo. Al principio las hojas flotan y luego descienden lentamente y se expanden. Tiene gusto amargo y le quema la lengua.

El chino se lo queda mirando. Tiene los ojos muy abiertos, concentrados. Se arremanga cuidadosamente hasta el codo y estira las manos para tocar al sacerdote. Pasaron tres años desde la última vez que alguien lo tocó y la ternura en las manos del extraño lo alarma. ¿Por qué la ternura es mucho más paralizante que el agravio? Las manos están secas y calientes. Cuando descienden desde su mandíbula hasta la garganta, al sacerdote le cuesta tragar y se queda mirando un grabado que hay en la pared. El grabado representa un bol sencillo y de alabastro, y su sombra.

—Sí —dice el chino y va hasta el colchón y le da golpecitos.

—¿Qué? —dice el sacerdote.

—Bien —dice el chino—. Sí.

El sacerdote se quita el saco y se recuesta sobre el colchón. Está acostado de espaldas, pero las manos lo hacen dar vuelta. Le sacan las medias. Los pulgares presionan sus dedos, sus talones y penetran profundamente en la planta de sus pies. El chino deja escapar un gruñido en señal de que comprende, se mueve hacia el costado del sacerdote y empieza, con sus manos, a golpearlo. Comienza en sus tobillos y se desplaza, con infinita paciencia, hasta la parte de atrás de sus muslos. Cuando llega hasta las nalgas, empuja el puño profundo en

la carne. El sacerdote siente ganas de gritar, pero las manos se desplazan a la otra pierna, empujando lo que sea que tiene en las piernas hasta el torso, como si sus contenidos pudieran pasarse de un lado de su cuerpo al otro. El sacerdote poco a poco siente que su resistencia cede; es la antigua y preciada sensación de que su voluntad decrece. Deja que el hombre lo golpee. Es una sensación extraña, pero es nueva. Gira la cabeza y se queda mirando el bol de alabastro.

Por su mente cruzan fragmentos de su época con la hija de Lawlor. Qué lindo fue haberla conocido íntimamente. Ella decía que el autoconocimiento se hallaba en el extremo del habla. El propósito de la conversación era encontrar lo que, de algún modo, uno ya sabía. Creía que en toda conversación había un cuenco invisible. La conversación era el arte de poner palabras decentes en ese cuenco y sacar otras de allí. En una conversación amorosa, uno se descubría a sí mismo de la manera más amable y, al final, el cuenco volvía a estar vacío. Ella decía que un hombre no podía conocerse a sí mismo y vivir solo. Creía que el conocimiento físico estaba en el extremo de las relaciones sexuales. Esas opiniones a veces lo irritaban, pero él no podía demostrar que estaba equivocada. Recuerda esa noche en el salón, sus brazos suaves y pecosos. Cómo se sentó en el borde de la cama, en el pueblo de Newry, y cosió el botón que se le había desprendido de la camisa. A la mañana siguiente, la última, se habían quedado acostados, con la ventana abierta, y él soñó que el viento había volado las pecas del cuerpo de ella. Más tarde esa mañana, cuando ella se volvió y lo miró, él le dijo que no podía abandonar el sacerdocio.

Ahora, el chino le manipula las manos, tirando de ellas desde las muñecas hasta que el sacerdote tiene la sensación de que se le van a romper. Le levanta la cabeza, describiendo círculos que se hacen cada vez más amplios. A ambos lados de su cabeza hay rodillas. El chino arrastra algo desde la base de su columna, desde el huesito dulce subiendo por todo el cuerpo. Hay algo duro que no quiere moverse, pero a las manos no les importa. Antes de estar listo, el sacerdote siente que algo dentro de él se dobla y retrocede, del mismo modo que el agua se repliega y retrocede en la costa antes de formar otra ola… y de su boca rompe un ruido, un grito terrible que es el nombre de ella, y entonces cesa.

Al cabo de un tiempo que no puede medir, se sienta lentamente y mira alrededor del cuarto. Se queda viendo al chino, sus pies descalzos, el piso. Ahora hace más calor y se siente hambriento. El hombre vuelve a llenar la tetera, enciende un fósforo, como si eso ocurriese cada día.

—Gracias —dice finalmente el sacerdote—. Gracias.

El chino se sienta en cuclillas a su lado, con un fresco vaso de té.

Es un hombre que vive feliz, en un lugar limpio que le pertenece. Un hombre que cree en lo que hace y que disfruta de su trabajo. El sacerdote tiene que darle algo. Se lleva la mano al bolsillo y allí siente el dinero que Lawlor le dio. Cuando lo recibe, el chino se inclina, pero no cuenta los billetes. Sencillamente los deja caer adentro de una jarra marrón que hay sobre la mesa de la cocina.

El sacerdote señala el grabado en la pared.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Viejo —dice el chino.

—Está vacío —se ríe el sacerdote.

El chino no comprende.

—Vacío —dice el sacerdote—. No lleno.

—Sí —dice el chino—. Usted problema.

El sacerdote encuentra sus medias y sale a buscar los zapatos. La noche azul se ha extendido misteriosamente sobre los campos. Empuja el portón de madera y escucha el sonido que hace al cerrarse detrás de él. Se queda ahí mirando el mundo. La primavera llegó, seca y prometedora. El aliso está lleno de brotes; sus ramas pálidas, desembozadas. Ahora todo parece más repentino. La noche se prepara contra los postes de la cerca. El rastrillo es una cosa brillante, bienamada y gastada.

“¿Dónde está Dios?”, se ha preguntado, y esa noche Dios le responde. Alrededor el aire es intenso, con el olor penetrante de los arbustos de grosellas silvestres. Un cordero se despierta de un sueño profundo y recorre el campo azul. En lo alto, las estrellas han rodado hasta estar en su lugar. Dios es la naturaleza.

Recuerda haber estado desnudo con la hija de Lawlor, en una cama, en las afueras del pueblo de Newry. Recuerda todos esos dientes de león hechos semillas y que le dijo a ella que siempre la querría. Se acuerda de esas cosas, en su totalidad, y no siente vergüenza. Qué extraño es estar vivo. Pronto será Pascua. Hay trabajo que hacer, un sermón que escribir para el Domingo de Ramos. Sube por los campos en dirección al camino, pensando en su vida mañana, como sacerdote, descifrando lo mejor que pueda el idioma romano de los árboles.

WENDY ERSKINE

Traducción de Matías Battistón

Wendy Erskine (Belfast, 1968) ha publicado *Sweet Home* (2018), *Satan is Real. Two Short Stories* (2020) y *Dance Move* (2022).

LA ÚLTIMA CENA

El tajo de seis pulgadas en el vinilo del sofá fue hecho con una navaja, y el responsable, sea quien sea, metió la mano en la gomaespuma para llevarse un buen puñado de recuerdo. Ahora, por más esmero que pongan en arreglar el tajo con cinta adhesiva, va a parecer algo salido de la guerra. ¿Quién se sentó en ese lugar hoy, en la mesa cuatro, la más baja, contra la vidriera? Estaban esos muchachos recién salidos del peluquero, que habían terminado peleándose en un arranque de energía juvenil, aunque no sería justo acusarlos, porque podría haber sido cualquiera.

Andy le señala el sofá a Jake.

No tengo idea, dice él. No vi nada.

Jake, ya lo sé. Solo digo que mires lo que hizo algún inadaptado.

Rosaleen sacude la cabeza.

La iglesia no sabe si cerrar o no el café, un local que abrieron en colaboración con una organización benéfica de salud mental, para brindar un entorno de trabajo alentador a quienes lo necesitaran. Cosa que está muy bien, pero hay muchísimos otros proyectos meritorios que podrían ayudar a todavía más gente. Éste pierde demasiado dinero. Ni siquiera los miembros de la congregación, que en general ven el café con buenos ojos, suelen frecuentarlo. Los fieles más viejos prefieren algo más tranquilo y cómodo, y los más jóvenes van a un lugar cerca de la iglesia donde por la noche hay cantautoras, usualmente atractivas, que tocan el teclado o a veces el ukelele y cantan canciones que podrían ser sobre Jesús o sobre sus novios.

El café se llama Bufones. Antes, en los menús había imágenes de un bufón medieval, pero cuando Andy mandó a hacer los nuevos, el estudio gráfico le mostró la imagen de un arlequín, como el que figura en los comodines, y le preguntó si no podían usar ésa en vez de la otra. Claro, dijo Andy, porque eran más o menos parecidas. Sin embargo, cuando llegaron de la imprenta los menús no solo tenían la imagen del arlequín, sino que se habían tomado la libertad de incorporar otros naipes en el diseño. Encima de los postres estaba la reina de corazones y encima de los desayunos, el rey de diamantes.

Un miembro de la iglesia, que vino por casualidad, se horrorizó. Según dijo, los nuevos menús eran muy inapropiados: ¿cómo se le había ocurrido a Andy que estaban bien cuando la Biblia era tan, tan contraria a los juegos de azar? ¿No la había leído? Andy replicó que era solamente un menú, que nadie jugaba a las cartas en el café, pero

el representante de la iglesia dejó muy en claro que eran inviables. Mandarlos a hacer de nuevo sería un desperdicio de tiempo y dinero, así que Andy fue al Shop Kwik a comprar unos marcadores negros e hizo que todos ocultaran las imágenes ofensivas. Rebekah y Jake se pusieron a tontear, esgrimiendo los marcadores como armas, manchándose las caras entre sí. Rosaleen hizo el trabajo con una precisión absoluta. JD los miró mientras cumplían con su tarea. Dijo que las siluetas, sobre todo las del arlequín y la sota, ahora parecían claramente satánicas. Y tenía razón. Se veían acechantes, peligrosas.

Andy no duda de que la gente con la que trabajó a lo largo de los años en otros cafés y restaurantes también había tenido sus dificultades y sus problemas, pero no era algo que se declarara de una manera tan oficial como en este lugar. En este lugar se preparan cosas simples —sopa, escones, tostadas, papas al horno, *wraps*, tortas— y nadie está obligado a mostrar un gran talento culinario. Cuando empezó, Andy vio que Rosaleen usaba un buzo debajo de la camiseta de mangas cortas y cuello tipo polo de Bufones, y que siempre tenía los puños del buzo mojados. ¿Te podrías arremangar, por favor, Rosaleen?, le dijo. Te estás empapando. Y cuando ella se arremangó lentamente, Andy se dio cuenta. Ah, quizá sería mejor que dejes las mangas como estaban. Rebeka se ata la camiseta con un nudo grande en la espalda, estirándola y dejándola bien pegada al pecho. Evidentemente la favorece, pero se ve un poco innecesario. Sin embargo, Andy no quiere decir nada al respecto.

A las cuatro de la tarde, ya casi dejan de venir clientes.

¿Podemos sacar ese ruido ahora?, pregunta JD.

Es Avicii, dice Jake.

No te estoy preguntando quién es. Te estoy preguntando si lo podemos sacar.

Es música para jóvenes, JD, dice Rosaleen.

Es música para sordos.

No le hagas caso, Jake, dice Rosaleen. JD sigue viviendo en los ochenta.

Ojalá, dice JD. Ojalá.

No lo saques, Jake, dice Rosaleen. Si te gusta, no lo saques.

Puede que yo siga viviendo en los ochenta, dice JD, pero con un corte de pelo como el tuyo, Rosaleen, se diría que estuviste ahí cuando nació el rock and roll. ¡Miren, es Bill Haley and The Comets! Ah, no, esperen, es Rosaleen McCann.

Ni siquiera me gusta Avicii, dice Jake. Lo pueden sacar si quieren, no me importa.

Andy llama a Rebekah para pedirle que entre los geranios que están afuera, en cajas de madera, y las mesas y sillas para fumadores.

¿Yo?, dice Rebekah. ¿En serio? Me cuesta mucho mover todo eso, Andy.

No sabía que era tan pesado, dice Andy.

Ah, sí, pesadísimo, dice Rebekah.

No es pesado, afirma Rosaleen.

Bueno, en tu caso quizá no, pero para mí es pesado.

Eso es porque nunca estás dispuesta a hacer el más mínimo esfuerzo.

No todas somos marimachos, Rosaleen. No todas somos marimachos ni podemos andar llevando cualquier cosa de un lado para el otro.

No todas somos malcriadas.

Chicas, chicas, por favor, dice Andy.

JD ya empezó a limpiar todo. Esperen otros cinco minutos, dice Andy, y den vuelta al cartel. Las únicas mesas que siguen ocupadas son la cinco y la seis, y se van a liberar pronto. Rosaleen entra los geranios, las mesas y las sillas, y también el letrero del local. ¿Me harías el favor de vigilar todo mientras yo cruzo de una corrida, Rosaleen?, dice Andy, que quiere comprar algo de cinta adhesiva y arreglar el sofá antes de irse, porque en un segundo las cosas siempre se pueden romper del todo.

Andy consiguió su puesto en Bufones a través de la iglesia. En esos tiempos, iba casi todas las noches por esto o aquello, grupos de debate, seminarios, talleres y noches de oración. Eso era cuando todavía lo atraía la novedad del asunto. Y en una reunión alguien de la iglesia mencionó que estaban buscando un supervisor para el café. Bueno, él no tenía nada mejor por el momento. ¿Le interesaba el trabajo? Sí, pero ¿tenía experiencia? Necesitaban a alguien que supiera lo que hacía. El lujoso restaurante libanés donde Andy había estado trabajando, Noches en Biblos, acababa de cerrar. La gente en Belfast, al parecer, tenía tantas ganas de pasar noches en Biblos como la gente de Biblos en pasar noches en Belfast. No mucho después se apareció en la oficina de la organización, donde tenían que hacerle una entrevista breve, informal.

En el camino de vuelta al café Andy ve que la puerta se abre y que salen un chico y una chica. Los dos se están riendo, y se detienen un momento para espiar por la vidriera del local antes de seguir caminando por la calle. Entonces sale Rebekah como una tromba.

¡Ey!, grita Andy. ¡Rebekah! ¿Qué pasa?

Cuando entra, Rosaleen está sentada en una de las mesas con dos mujeres.

Te vas a tener que ocupar de esto, dice JD.

¿Qué?

Ya vas a ver.

Andy, dice Rosaleen, ¿podrías venir un minuto? Creo que estas dos mujeres necesitan hablarte.

JD le guiña un ojo. Buena suerte, dice.

Una de las mujeres está sorbiendo agua de un vaso mientras la otra la mira, solícita. Bueno, dice la mujer, una viene a un lugar como éste y no espera ver algo así. Piensa que este lugar va a ser una cosa y resulta ser otra.

Una se imagina, dice su amiga, una se imagina que está aportando su granito de arena viniendo a un lugar como éste. Quizá no debería, pero lo hace igual. Tampoco es que falten locales por la zona. Se está llenando de cafés.

¿Hubo algún problema?, pregunta Andy.

Claro que hubo un problema. ¡Qué gente! Hace un gesto agitando la mano. ¡Qué gente! Cuando voy a un café no pienso ver algo por el estilo. Mucho menos en un lugar supuestamente religioso. ¿Se supone que este es un lugar religioso, no?

Perdón, pero no entiendo, dice Andy.

Cuando estábamos por irnos, dice ella, se me ocurrió pasar al baño antes, ¿y sabe qué vi? ¿Sabe qué vi? A dos personas en su baño.

Teniendo relaciones, dice la amiga. ¿Sabe a lo que me refiero?

No, dice Andy. ¿En serio? ¿Ahí? Andy mira al único baño del local: unisex, apretado, con un lavamanos diminuto que golpea contra la puerta, un jabón medio derretido y un cepillo para el inodoro con el código de barras todavía puesto. Parecía una maniobra bastante complicada, pero quizá los dos chicos a los que vio irse del local se las habían arreglado de algún modo.

¿Están seguras?, pregunta él.

Hijo, estoy segura, dice ella.

Su amiga dice: Hacen eso y después se ponen a tocar las salchichas y cosas por el estilo. Salen y siguen trabajando con la comida.

Momento, dice Andy. ¿No me estarán diciendo que fue gente que trabaja en el café, no?

Eso es exactamente lo que estoy diciendo, dice ella.

Andy se da vuelta para mirar hacia el mostrador, desde el cual JD y Rosaleen observan la escena.

No, dice la mujer. Ellos no. Ellos no fueron. Fueron los otros, los jóvenes.

Ni siquiera trabaron la puerta, dice la amiga. Cómo no van a trabar ni siquiera la puerta. Una traba la puerta aunque solo vaya a usar el baño.

Ni siquiera me vieron ahí parada, dice la mujer. Estaban demasiado concentrados.

Está claro que la historia puede terminar en los diarios: una foto solemne de esta mujer recién salida del peluquero, sentada en la seguridad de su propia sala de estar, con una taza de té entre las manos, preparada en el territorio rigurosamente asexual de su propia cocina. Algo así garantizaría el cierre del café.

Esto no tendría que haber pasado, dice Andy. Debe haber sido muy chocante para usted, y lo único que puedo decir es que lo siento mucho. Andy hace una pausa. Pero voy a pedirle algo, un favor personal muy grande, y es que no se lo cuente a nadie. ¿Está bien? Me voy a ocupar de los responsables, se lo aseguro, esto no va a volver a pasar. ¿Puede quedar entre nosotros?

Bueno…, dice ella.

Me voy a ocupar de los responsables y nunca lo van a volver a hacer.

Bueno, no sé, dice ella.

Por favor, dice Andy.

La verdad es que prefiero olvidarme de lo que vi, dice ella.

Además, la gente que trabaja en este lugar tampoco está bien de la cabeza, dice la amiga. ¿No?

Bueno… Andy está a punto de contradecirla, pero decide no hacerlo.

No es un lugar común, concede.

No, responde ella. Dios los ayude, realmente.

Andy les da dos tarjetas de puntos del local y las marca siete veces. ¡Eso quiere decir que la próxima vez tenemos un café gratis!, dice la amiga. Después les ofrece las primeras rodajas de la nueva pavlova para que se lleven a su casa. Me encanta que me den la primera rodaja, dice la amiga. ¿No te encanta que te den la primera rodaja?

Cuando se van, Andy encuentra a Jake afuera, en la parte de atrás del café, fumando un cigarrillo. No puedo creer lo que pasó, dice Andy. Es una locura. Una desgracia. O sea, ¿qué tienen en la cabeza?

Jake clava la mirada en el suelo.

¿No podían esperar hasta el final del día? ¿Tan difícil era ir a un lugar privado en alguna otra parte? ¿No podían hacerlo en el callejón aunque sea?

Perdón, dice Jake.

No puedo creer la conversación que acabo de tener con esas dos mujeres, dice Andy.

Perdón.

Bueno, es fácil pedir perdón, ¿no? Además, te estás disculpando porque te atraparon. Veo que tu cómplice no se quedó mucho tiempo.

Jake se encoge de hombros.

Bueno, no necesito decirte quién va a limpiar el baño esta noche.

Jake asiente con la cabeza. Está bien.

Espero que te des cuenta de la gravedad del asunto, Jake. No está bien.

Ya lo sé, dice. ¿Les vas a contar a Ronnie y Michelle?

Andy se había encontrado con los padres adoptivos de Jake una vez. Caras sonrientes en un auto familiar viejo y sucio, con tres otros chicos y dos perros en la parte de atrás.

Andy suspira.

No, probablemente no les cuente nada a Ronnie y Michelle.

Ellos desinfectan las superficies. Ponen las tazas en el agua con detergente. Andy hace el cierre de caja, emite los comprobantes, controla la recaudación con el balance, repone el fondo fijo y guarda el dinero en la caja fuerte. La poca recaudación que hay. Se encarga de las facturas y Jake limpia el baño. JD trapea el piso, pero se detiene para levantar la cinta adhesiva que Andy dejó apoyada en una de las mesas. A ver, dice, ¿con qué envuelven a un hámster para que no explote cuando se lo cogen?

Ni idea, dice Rosaleen.

Cinta adhesiva.

¿Cuál es el chiste?, responde Rosaleen. No es gracioso.

Rosaleen preparó una ensalada rusa hace unos días. Queda una fuente entera. Ahora mira la fecha de vencimiento.

Vamos a tener que tirar todo esto, dice con tristeza. Qué desperdicio.

Dame unas cucharadas y me llevo un poco a casa, dice JD.

Pero está vencida, dice Rosaleen.

¿Y te parece que la gente con la que vivo se va a dar cuenta?

JD comparte con un grupo variopinto lo que alguna vez fue una casa elegante y lujosa en la otra punta de la ciudad, desde hace mucho tiempo subdividida en cuartuchos fríos.

Si estás seguro de que la van a comer…, dice Rosaleen.

Ah, no te quepa duda, responde JD. Probablemente termine comiendo yo también.

Es que no me gusta tirar las cosas, dice ella.

La experiencia religiosa que llevó a Andy a la iglesia y después al café sucedió en la segunda noche de la despedida de soltero de su hermano. En la primera hubo tragos con hielo seco que lo hicieron vomitar una bilis luminosa. En la segunda, aunque supuestamente era

la atracción principal, no la pasó bien con la *stripper*. La había visto sentada en la barra un rato antes, hablándole a alguien, con una mueca triste en la boca, comiendo papas fritas. Después, cuando apareció en el salón privado, pudo verle, bajo la luz blanca, la marca en la piel justo donde antes ella tenía puestos los calcetines. Todos estaban aplaudiendo y gritando, pero él volvió a la habitación del hotel, con la pequeña jarra eléctrica y los saquitos de leche ultrapasteurizada en un viejo cenicero.

Se quedó en la cama mirando la tele por un rato. Al control remoto le faltaban algunos botones. Andy hojeó la carpetita estampada donde figuraban los servicios que ofrecía el hotel y vio que alguien había dibujado una verga en el papel de carta. ¿Quién se iba a poner a escribir una carta en este lugar, de cualquier forma? Quizá sirviera para una nota de suicidio, supuso. Alguien había dibujado también tres esvásticas en la parte inferior izquierda. La carpetita decía que el hotel era una empresa familiar desde hacía veinticinco años. Andy abrió el cajón de la mesa de luz y vio un tubo de dentífrico y un calcetín al que le habían metido algunos preservativos adentro. Alguien había viajado lleno de optimismo. Y había una pequeña Biblia de Gedeón, todavía más de plástico que la carpetita. El papel era casi traslúcido, con letra minúscula. Tenía que prestar mucha atención para descifrarla. Rocky Raccoon, pensó. Andy abrió un par de páginas al azar y trató de recordar lo que le pasaba a Rocky Raccoon, si le disparaba a alguien o si le disparaban a él, y no supo si estaba leyendo desde hacía dos minutos o dos horas porque el tiempo pareció estirarse y curvarse y colapsar, y las cosas fugaces que él nunca había podido expresar antes empezaron a cobrar una forma más sustancial que la de meras palabras. Cuando miró el techo de aquella habitación barata, la mancha de humedad en la esquina, la rajadura alrededor del florón de la lámpara y las repetidas marcas en forma de medialuna donde alguien había hecho rebotar una pelotita sucia en el cielorraso, la fragilidad de todo aquello le pareció abrumadora, y su belleza también, porque ahí estaba el buzo de Marty, con los pliegues iluminados como los de las túnicas en esas pinturas antiguas, y las toallas, un blanco brillante en el piso: durante siglos la gente había limpiado la suciedad de las sábanas y las toallas, refregando con los puños las manchas de mugre, frotándolas hasta que desaparecían, con el agua trazando círculos antes de irse por el desagüe y con infinitas sogas donde se secaba lo lavado recortándose contra el cielo, flameando cuando el viento soplaba con fuerza.

Una vez que todos se han ido y el café queda en silencio, Andy saca la carpeta administrativa con los distintos protocolos en caso de mal comportamiento: no hay dudas, lo que corresponde es llamar a alguien de la organización y a alguien de la iglesia. Pero Andy cierra

la carpeta y la pone donde estaba. Se queda en el café hasta tarde. Un par de personas creen que sigue abierto y tratan de abrir la puerta. ¿No podían venir durante el día, cuando al local le hacía tanta falta? Pensamos que quizá de noche se podía consumir alcohol, dicen. Traen sus propias botellas.

Desde hace tiempo que hay algunos problemas con las luces, por cómo titilan a veces, y aunque Andy no es ningún experto en electricidad se sube a una de las mesas para echar un vistazo. El lugar podía estar en mejores condiciones. Antes de ser Bufones era Café Society, y antes de eso, Olive's. Olive ahora trabaja como representante de una empresa de heladeras industriales; una vez vino al local y le sorprendió que la decoración siguiera siendo la misma. Y no me acordaba de que fuera tan chico el local, comentó varias veces. No conocían a nadie de Café Society, pero a menudo les llegaban avisos de deuda a ese nombre con remitentes de Bolton. Andy vacía la heladera para limpiarla y después pasa a la parrilla. El piso ya lo trapeó JD, pero Andy lo trapea de nuevo. En la puerta tienen el *sticker* con las cinco estrellas que les dieron los inspectores de Sanidad y Calidad cuando vinieron. Higiene y seguridad de los alimentos: Muy buena. Cumplimiento estructural: Bueno. Confianza en la gestión: Alta. A Andy lo puso muy contento. Ahora corta la cinta adhesiva con cuidado y la pega en el sofá, alisándola; bajo esa luz es difícil distinguir entre la cinta negra y el sofá marrón, pero ante la duda pone un almohadón encima. Por el momento bastará con eso. El tipo de la iglesia tenía razón, él no conocía bien la Biblia, no se sabía los nombres de todos los libros y el orden en el que aparecían, no sabía qué pasaba en todas las historias, no sabía que decía Jesús después. Pero sí sabe que hay que tratar de ser decentes, ¿y qué más puede decirse, la verdad? ¿Qué más hace falta saber? Ser decentes. Cuando volvían de la despedida de soltero, Marty le preguntó a dónde se había ido la noche anterior. Se notaba que tenías un humor de perros, no quedaba otra que meterte una pastilla en el trago… Pero entonces te fuiste sin saludar, ¿no? Lo de la pastilla era un chiste de Marty, pensó. Y sí, era chiste. Ahora limpia la cafetera otra vez.

Por la mañana Rosaleen ya está esperándolo como de costumbre, apoyada contra la persiana, con el pedido de pan y las botellas de leche a sus pies. Buen día, Andy, dice ella, exhalando vapor. Está helado, agrega. Encendamos la calefacción rápido, dice él. Una vez adentro, él enciende las luces, el lavaplatos, la cocina, el horno, la parrilla eléctrica, la placa eléctrica, el baño maría y las luces de la estantería. Mira el teléfono; tiene un mensaje de Rebekah, apenas audible. No se siente bien y no va a venir hoy. Después hay que encender el hervidor de agua, la cafetera y la radio. Andy limpia el termómetro de cocción otra vez y archiva los remitos en la bandeja de

entrada, antes de poner donde corresponde los recordatorios de las normas de higiene para manipular la comida. Después llega JD. Dios, qué frío que hace, dice. Me estuve congelando las bolas durante veinte minutos esperando el bus.

Te vendría bien un té, responde Andy.

Rosaleen empezó a hacer la sopa de vegetales. Quizá no la sales tanto, dice Andy.

¿Por qué, estaba muy salada el otro día?

Bueno, la verdad es que no me pareció tan salada, dice Andy. Pero un par de personas comentaron que para ellas, sí.

Perfecto, dice ella. No le pongo sal, entonces.

No, hay que salarla, pero no tanto, dice Andy.

Quizá deberíamos usar sal marina, dice Rosaleen. Supuestamente es más suave.

No es tan difícil, dice JD. Te está diciendo que te saques la puta costumbre de usar tanta sal. Nada más. No importa si es sal marina o de otro tipo, no uses tanta. Y no te tomes todo tan a pecho.

Jake llega con la capucha del buzo puesta.

Ah, miren quién es, el último de los amantes fogosos, dice JD. Justo anoche estaba pensando: ¿vieron que la gente que coge en un avión automáticamente pasa a formar parte de una especie de club exclusivo, según dicen? Me pregunto si habrá un equivalente para los cafés.

JD, dice Andy. Basta.

Jake, cuando estés listo, ¿podrías hacer los escones hoy? Ya está todo lo necesario ahí esperándote.

Andy siempre compra un par de diarios para poner en el revistero, pero los empleados del local sólo leen la primera plana para no manosearlos. Precaución totalmente inútil, porque después de que el primer par de clientes los lee ya quedan las páginas manchadas de manteca y migas de hojaldre en los pliegues. A veces la gente se los lleva como si fueran de regalo. Si uno les decía algo, respondían cosas como uf, se ve que no tienen nada mejor que hacer, ¿tanto escándalo por un diario mugroso?

¿Rebekah no va a venir hoy?, pregunta Rosaleen. ¿La princesita decidió no ver a nadie hoy?

No se siente bien. Dejó un mensaje.

Claro, dice Rosaleen. No se siente bien. Seguro.

Jake clava la mirada en el bol.

La masa no se va a preparar sola, dice Rosaleen.

Vamos, hijo, dice JD. Qué carajo importa. Yo tenía un amigo… de acuerdo, esto pasó hace unos años, pero tenía un amigo que tuvo sexo en un campo de concentración.

Bueno, dice Rosaleen, me parece que eso ya es el colmo del mal gusto.

La verdad es que sí, dice Andy.

Bueno, lo que él decía era… era… momento, esperen un minuto que me acuerdo… era que lo suyo había sido para celebrar la vida en un lugar marcado por la muerte.

No es muy convincente, dice Rosaleen.

No, dice Andy.

Bueno, no te preocupes, amigo, dice JD, tuviste sexo en el baño de un café, no en Belsen.

Bueno, vamos a tener que hablar del tema más adelante, dice Andy. No es Belsen, pero es nuestro lugar de trabajo. Lo que necesito es que después de preparar los escones te encargues de los cubiertos, ¿sí? Y después necesito que vayas al banco para buscar algo de cambio.

Andy no está seguro de que estén funcionando bien las aspas del extractor. Va a revisarlas él mismo, porque llamar a alguien saldría carísimo. Un par de clientes entran para desayunar, habitués. La mujer siempre pide un café con una jarrita de leche caliente para poder agregarla ella misma. Andy mira la puerta del baño. Antes tenían un cartel que decía sólo para clientes, porque la gente entraba para usarlo y se iba. Pero el cartel se caía continuamente. Les decían es sólo para clientes, ¿no vio el cartel? Y ellos respondían ¿qué cartel? Y entonces miraban hacia abajo y ahí estaba, tirado en el piso.

A media mañana entra un hombre de traje y camisa, con el primer botón desabrochado, sin corbata. Se sienta frente al mostrador y saca unas carpetas de plástico y un portátil. Cuando Andy se acerca, el hombre lo saluda con mucha cordialidad. ¡Andy!, dice. ¿Cómo estás?

Andy se mira el prendedor con su nombre, que nunca engancha bien y siempre queda torcido. A veces la gente hace eso: ve el nombre y empieza a usarlo una y otra vez en chiste. ¿No tendrás un poco de salsa de tomate, Andy? Gracias, Andy. ¿Podrías llevarte el plato, Andy? ¿A qué hora cierran, Andy? Hay gente que se mata de risa haciendo eso. JD se niega a usar el prendedor.

Todo bien, dice Andy. ¿Qué tal?

¿No te olvidaste, no?, dice el hombre.

¿Olvidarme de qué?

¿La evaluación semestral?

Andy mira al hombre y después mira lo que está en el mostrador. Entonces ve el nombre que figura en el papel membretado, escrito en letras simpáticas, en minúscula. Es de la organización. ¿Cómo podía haberse olvidado de que era hoy? Está marcado con un círculo naranja en el calendario. Hasta puede verlo mentalmente. Como el marcador

no funcionaba bien, al lado hay otro garabato naranja.

Creo que no nos conocemos. Soy Aidan, dice. Un gusto, querido.

Le da la mano.

Andy dice que tiene razón, que le parece que no se conocen. Para la evaluación semestral de Rosaleen había venido una mujer.

Sí, dice Aidan. Debe haber sido Carole. Soy su supervisor. Soy el jefe de Servicios.

Claro, sí, dice Andy.

Aidan echa un vistazo al café. ¿Me imagino que Rebekah va a venir para que hablemos?

No, dice Andy. Llamó esta mañana para avisar que estaba enferma.

¿Cuándo?

A primera hora.

De acuerdo, dice. No pasa nada, Andy, pero hubiera sido mejor que me lo hicieras saber.

Es difícil hacer esto si Rebekah no está presente.

¿Quizá preferirías volver otro día?

No, Andy, está bien. No hay ningún problema, me parece que lo mejor es que nos arreglemos solos. Empecemos.

Claro, dice Andy. ¿Un café?

No, gracias, querido. No tomo café.

Aidan abre el portátil y saca un par de documentos de una carpeta. Bueno, ahora sí.

Rebeka. ¿Impresión general?

Sí.

¿La impresión general es sí?

Ah, claro. Impresión general: buena.

¿Así que, por ejemplo, en general cumple los horarios?

Y, sí, dice Andy.

¿Presentismo? Salvo hoy, obviamente. ¿En general, bueno?

Bueno, dice Andy.

Muy bien.

Ahora nos toca ver las capacidades organizativas de Rebekah. ¿Cómo las calificaría?

Buenas.

¿Y las capacidades organizativas de tareas complejas?

Trabaja bien. Tampoco tiene que organizar muchas cosas que digamos, ¿no?

Según veo en la información enviada, el CV de Rebekah es muy bueno, realmente. Aprobó varios exámenes preuniversitarios.

Claro.

Con el tiempo va a progresar a algo mejor, dice Aidan.

Supongo, dice Andy.

Ahora, ¿cómo interactúa socialmente con la gente y con el resto del equipo?, pregunta Aidan. ¿Bastante bien?

Andy echa un vistazo fugaz hacia la puerta del baño. Bien, dice. Trabaja bien. Todos tienen sus momentos, en cualquier trabajo.

¿O sea?

Obviamente, hay personalidades muy variadas en este lugar. Distintas personas, distintos…

Entiendo, dice Aidan. Quizá debería haberte aclarado antes, Andy, que para los fines de esta evaluación nos interesa solamente cómo se percibe desde tu perspectiva, y la de nuestro cliente, aunque ella ahora no esté presente, claro, el entorno laboral, y si este resulta satisfactorio o no para el cliente. A menos que seas médico, cosa que, con todo respeto, no creo que sea el caso, a menos que te hayas especializado en salud mental, creo que no corresponde que nos metamos con todo eso.

No es mi intención.

Lo menciono sólo para que quede claro, Andy.

Está claro.

Andy piensa en capullos enormes sobre una alfombra gastada floreciendo de repente, en su mano acariciando una encuadernación de plástico rojo, en la poesía latente en una mancha de humedad en el techo.

Perfecto, Andy. Así que, en general, ¿dirías que no tuviste ningún problema con Rebekah?

Hay treinta y ocho casos graves de mala conducta enumerados en el manual, pero ése no figura porque a nadie se le había ocurrido incluirlo. No puede considerarse tampoco dentro de la categoría inmediatamente inferior, los casos moderados de mala conducta, que incluían cosas como “hacer payasadas mientras se trabaja” y “perder el tiempo adrede”.

No, dice Andy, todo va más o menos bien. Lo esperable. Lo mismo digo para JD, Jake y Rosaleen.

Como Rebekah no está, dice Aidan, ya casi terminamos. Normalmente esto es más largo porque debería entablarse un diálogo donde participe el cliente. Lo que buscamos es… una dialéctica.

La otra mujer nunca había hecho énfasis o hincapié en ninguna dialéctica. Según recuerda Andy, lo que le interesaba era saber si había un lugar cerca donde pudiera hacerse algún retoque.

¿Quisieras ofrecer una reflexión sobre el proceso?

¿Qué proceso?

El proceso que acabamos de realizar.

Andy mira a su alrededor y ve a Rosaleen de rodillas, limpiando

una mancha en el suelo, y ve el menú apoyado contra la vidriera, con sus figuras de naipes coloreadas de negro.

La verdad es que no, dice Andy.

Bueno, lo único que falta, dice Aidan, es que firmes esto. Necesito tu firma acá, y después acá también. Sólo para verificar todo. Listo. Y acá también. Perfecto.

Después, guarda el portátil y los documentos. Cuando está saliendo, dice: Andy, ¿alguna vez fuiste a Slim's Kitchen? ¿No? Es muy bueno, Slim's Kitchen. Andy se queda mirando cómo la cabeza de Aidan se aleja por la calle hasta que la pierde de vista.

¡Tutti!, grita una mujer. ¡Tutti Frutti! Entonces pasa un perro enorme, arrastrando la correa. ¡Tutti Frutti!, grita la mujer otra vez, pero el perro no le hace caso. Andy trata de agarrar la correa, pero se le escurre entre los dedos. Lo sigue. El perro logra mantenerse siempre apenas medio metro delante de él, hasta que frente al Kwik Shop el perro se detiene y empieza a girar sobre sí mismo, haciendo que la correa se sacuda para todos lados. Un grupo de jóvenes lo rodea, riéndose. ¡Agárrenlo! ¡Se está volviendo loco! ¡Agarren la correa, agárrenla, ya está, la agarré! Pero entonces el perro se zafa otra vez y los chicos lo persiguen mientras la mujer sigue muy rezagada, gritando el nombre del animal en vano.

Andy entra al Kwik Shop. Ve las góndolas de dulces enfrente, los adornos para el jardín a un lado, las balanzas y las sanducheras a la izquierda. Se escucha el sonido polifónico de una hilera de pescados a pila, moviéndose mientras cantan. Alguien fue por el pasillo apretando todos los botones. Hay un cartel brillante donde se anuncia que el vino espumante de frambuesa (sin alcohol) está en oferta. Andy levanta una botella. Hay muchas tortas, con descuento, hechas en una cocina rural, según la etiqueta. Va a comprar una, una torta Battenberg.

Jake ya volvió del banco cuando Andy entra de nuevo al café.

Había mucha cola, dice. Estuve mil años.

Como siempre, dice Andy. Todos van a ése porque cerraron los otros dos.

Probablemente paraste en el camino para tomarte un trago, ¿no?, dice JD. ¿Probaste el Spirytus alguna vez? Tiene 95 % de graduación.

Pensé que ése era el nombre de un club, dice Rosaleen. Dicho sea de paso, terminé de preparar tus escones, Jake.

¿Sí? Bueno.

Parece que la princesita no se dignó a aparecer en todo el día, dice Rosaleen. Me pregunto si se sentirá mejor.

No tienen mucho trabajo durante la hora del almuerzo. La comida sigue bajo las luces de la repisa, dorándose, resecándose. JD pasa por

las mesas con la jarra de café, preguntándoles a los clientes si quisieran otra taza, con un repasador puesto con mucho cuidado sobre el brazo. Lo hace en chiste. La mayor parte de la sopa de Rosaleen sigue en la olla. Unos obreros de la construcción que hay a la vuelta vienen y piden frituras, pero se quieren ir cuando les dicen que el café no sirve comida frita. Tenemos sopa, dice Rosaleen. ¿No quieren una sopa?

Los hombres cruzan miradas. No, sopa no. No te hagas problema. Y se van.

JD dice que cuando estaba casado hacían pollo asado los domingos y después sopa con los huesos. Siempre quedaba riquísima.

¿Estuviste casado, JD? No sabía, dice Andy.

Ah, sí, contesta por lo bajo. Hace mucho tiempo.

Hoy es Jake el que entra los cajones con flores de la calle, y las mesas y las sillas también, que apila entre los sofás junto a la vidriera. Le pregunta a Andy si puede irse un poco más temprano, porque tiene turno en el hospital.

Te avisé la semana pasada, dice.

Ah, sí, es verdad, recuerda Andy. Bueno, mejor que vayas yendo, entonces. Nosotros limpiamos.

Andy.

¿Qué?

Perdón.

Oh, no pasa nada, dice Andy. No importa.

En serio, agrega Andy, no te preocupes. En cualquier caso, Jake, ¿te das cuenta de que no vas a trabajar acá para toda la vida?

Jake se encoge de hombros.

¿No se te ocurre otra cosa que te gustaría hacer?

Ni idea, dice. No se me ocurre nada ahora.

Oh, bueno, dice Andy. Estoy seguro de que hay muchas oportunidades en otros lados.

¿Cómo qué?

No sé.

En fin, dice Andy, mejor que vayas yendo o vas a llegar tarde.

Dan vuelta al cartel. Vuelven a desinfectar las superficies. Ponen las tazas en el agua con detergente. Andy hace el cierre de caja, emite los comprobantes, controla la recaudación con el balance, repone el fondo fijo y guarda el dinero en la caja fuerte. La poca recaudación que hay. Se encarga de las facturas mientras Jake trapea el piso. JD arrastra los pies, bailando con el trapeador y canturreando algo. Ay, por el amor de Dios, ¿te podrías callar?, dice Rosaleen, mientras controla las temperaturas de la heladera con congelador y la heladera con puerta de vidrio, anotándolas.

Están terminando de ordenar cuando JD dice que tiene algo para mostrarle a Andy.

¿Viste esto?, le dice. Me parece que no te va a gustar. Vayamos para allá, que Rosaleen no lo vea. JD apoya el celular y en la pantalla se ve la página web del café. Hay una reseña de una estrella de Malcolm McCourt, que tiene de foto de perfil a una mujer en bikini montada en una bicicleta.

¿Y qué?, pregunta Andy. Ya nos dieron malas reseñas antes. No importa.

No, quiero que la leas, dice JD.

Está bien, está bien. Y Andy agarra el celular.

> "Si saben lo q les conviene no vengan a este lugar a menos q quieran comida preparada x una gorda tortillera y un borracho. Pero sobre todo vengan si no les molesta q cojan en los baños xq acaba de pasar y lo vimos en serio no es chiste, bienvenidos al café más bizarro del mundo".

La van a borrar, dice Andy. La denuncio y la borran.

Pero ya la compartieron seis veces. Alguien comentó: omg ja, ja.

Andy mira el local, con la cafetera todavía reluciente.

Bueno, tendrían que investigar mejor antes de escribir, dice JD. No me emborracho desde 2009.

Nadie le va a prestar atención, dice Andy. Pero es muy probable que la iglesia se entere. Va a ser la excusa que andaban buscando. Se van a dar cuenta de que él firmó la planilla de Aidan donde dice que la chica que tuvo sexo en el baño es, bajo todo punto de vista, una buena trabajadora.

¿De qué están hablando, muchachos?, pregunta Rosaleen.

Oh, nada, dice Andy. Vengan, siéntense conmigo un minuto o dos.

Saca el vino espumante sin alcohol y la torta Battenberg y las pone en el medio de la mesa.

Una atención, dice. Ya que estamos viendo que terminó la jornada.

Sí, dice Rosaleen. Tiene la mano dentro de la manga del buzo. Sí, ¿por qué no te vas a sentar, JD? Ahí hay una silla.

¿Pero no les parece que podemos hacer las cosas un poquito mejor? Yo creo que sí, dice Rosaleen. Se va al fondo y trae un mantel —de papel, blanco— con el que cubre la mesa, alisándolo.

¿Tenemos copas de vino?, pregunta. Creo que ya no.

No importa, usemos las otras, dice JD, las que son para los helados. Cuando hacíamos helados. Esas copitas baratas.

Se sientan todos en la mesa: Rosaleen, JD y Andy.

Andy corta la torta, dejando a la vista el cuadriculado de rosa y

amarillo de la Battenberg, y cada uno toma una rodaja.

Un poco seca, dice JD. Si no fuera por el mazapán, uno diría que está comiendo pan.

No está mal. Tampoco es para tanto, dice Rosaleen.

Andy la prueba. Digámoslo así, comenta, entiendo por qué estaba en oferta.

No sé si se acuerdan del chiste del otro día, dice JD, pero lo conté mal. ¿Se lo acuerdan? ¿Sí? Dije que el remate era lo de la cinta adhesiva. Pero es al revés: ¿por qué hay que… por qué hay que envolver al hámster con cinta adhesiva? Respuesta: para que no explote cuando te lo…

Sí, JD, está bien, dice Rosaleen. Creo que ya sabemos cómo sigue. No creo que sea mucho más gracioso en ese orden.

Afuera la luz está empezando a declinar. Si hacía frío por la mañana, ahora será todavía peor.

Miren, dice Andy, todavía queda un poco en la botella. Y comparte el fondo entre las tres copas de helado, antes de hacer un chinchín.

LOUISE KENNEDY

Traducción de Inés Garland

Louise Kennedy (County Down, 1968) ha publicado *The End of the World is a Cul de Sac* (2021) y *Trespasses* (2022).

En castellano, *Días de ceniza* (traducción de Clara Ministral Riaza; Catedral, 2023).

LO QUE OYERON LOS PÁJAROS

Los pájaros la oyen primero. Ligeros aleteos y alzan vuelo las golondrinas, siete u ocho de ellas, a pocos metros por encima de la marisma, antes de aletear para bajar otra vez. Doireann piensa en seguir caminando, pero Tim Gallagher hace una pausa, parece escuchar. Está justo debajo del sendero, en la orilla del estuario, en una estructura como un cobertizo de jardín con una pared de menos. Golpea la cabeza de un clavo sin levantar la vista.

Llegas tarde hoy, le dice, como si la hubiera estado esperando. Ella baja por la ladera de pasto. Es empinada y se desliza a mucha velocidad. Cuando llega abajo, él sale del cobertizo y la ataja tomándola del brazo, la suelta cuando recupera el equilibrio.

Estaba contestando correos, dice ella, detesta reconocer que se despertó cansada y se volvió a meter en la cama con un tazón de té. Tres ventanas sin vidrios han sido caladas en el costado del cobertizo que mira al estuario. La madera fresca tiene un aroma mohoso que a ella la descompone. ¿Esto qué va a ser? Pregunta.

Es para avistaje de aves, dice él, haciéndose a un lado para dejarla entrar. Las ventanas son de diferentes tamaños, a diferentes alturas, una baja, para un niño. Él se agacha hacia un bolso de lona caqui de la tienda de rezagos militares y saca un set de prismáticos desenrollando la correa. Hay algo en él de la naturalidad de un chico que a ella le da ternura. Está enojada consigo misma. Ponte la correa en el cuello, dice él, son pesados.

Los binoculares tienen un molde de metal como de aluminio golpeado y son fríos y ásperos al tacto. Estos son tan viejos, dice Doireann.

Eran de un submarino.

No puede ser.

La flota de submarinos alemanes se rindió en Derry al final de la guerra, dice él. Su acento es más fuerte cuando pronuncia el nombre de la ciudad donde nació.

A través de los lentes, ella mira al otro lado del estuario el embarcadero norte. Un bote pequeño se escora al final de las gradas, su casco despintado se hunde en el agua. En la orilla lejana hay otros pájaros que ella no reconoce. ¿Cómo se llaman esos? Los del canto como un graznido.

Se supone que debes observarlos y escucharlos, después vas a tu casa y los buscas. Ella se demora, quiere que él diga algo más, pero

agarró el martillo y le dio la espalda.

¿Quieres venir a cenar a casa?, dice ella.

Sí.

Te veo más tarde, entonces. Arranca una flor de filipéndula y la frota, soltando su almizcle almendrado. El sonido del martillo de Tim Gallagher resuena por el estuario a medida que se aleja, cada golpe tenue seguido de una pausa cuando busca un clavo y lo ubica. Se pregunta si él mira en su dirección, aunque más no sea por un segundo, y se siente tonta por darse ese permiso. Consigue no mirar hacia atrás.

Le gustan más esas marismas barrosas cuando hay marea baja, cuando parece que algo hubiera chupado al río de su cauce. En la desembocadura seca gira hacia la orilla, acelerando el paso cuando llega a la firme arena de marea. El momento en que la orilla se inclina en el límite con la playa nunca deja de asombrarla, la desbandada de blancura y viento. No ha logrado dilucidar lo que hace el mar, si va o viene, y se olvidó de traer el libro de mareas que él le dio.

No tenía intenciones de venir tan al norte. Después de dejar a Paul, había querido mudarse al oeste, a Louisburgh o Rounstone o Ballyvaughan, pero la cabaña era barata y estaba disponible por un año, con un jardín de invierno que podía usar como estudio. Los otros vecinos vinieron a darle la bienvenida el día que llegó. Pasó por la casa de Tim Gallagher varias veces antes de que él le hablara. Estaba camino a la playa. Era más tarde que las ocho, la mañana brillante de pronto se nubló.

Sospecho que no le va a tocar el clima que esperaba, dijo él. Le ponía resina a una vieja tabla de surf con trazos largos y suaves. Tenía puesto un traje de agua sin mangas, manchas de daño solar en los hombros y los brazos. De lejos había parecido bronceado.

Puede ser que llueva.

Igual está bien equipada.

Ella había comprado ropa deportiva por Internet que no había perdido su aspecto de recién estrenada. Dios mío, parezco una turista alemana, ¿no?

Ja. O una jubilada del norte.

Voy a quedarme en invierno y pensé que era mejor que tuviera todo el equipo.

Piensa que va a aguantar el invierno, dijo él, más como una observación que como una pregunta. Dio vuelta la tabla y empezó a pulirla con un trapo. Ella miró hacia atrás. Su cabaña había sido renovada, la puerta estaba pintada de un color lavanda, en el pequeño jardín habían plantado césped de un verde azulado y claveles rosas y espuelas de caballero. La casa de él era un caos. Un árbol de manzanas

silvestres se inclinaba alejándose del viento, las ramas se enmarañaban y se enredaban sobre sí mismas. Había pedazos de las maderas que arrastra la deriva tirados por el césped en lugar de apilados en los alféizares. Matas de redes y cajas de plástico de pescadería, un tráiler con tablas de surf amontonadas. Una bañera de plástico color verde llena de trajes de agua, con una manguera tirada en un costado chorreando agua hacia el camino. Él soltó el trapo y la miró de soslayo. ¿Ya está instalada, entonces?

Todavía no dilucidé la televisión, probablemente es mejor así. Estoy terminando montones de trabajo.

¿Y qué trabajo sería ése?

Le contó de su estudio en la parte de atrás de la cabaña. De cómo ella trabaja cada día en una de los cientos de fotografías del estuario que saca con su teléfono. Que pinta sobre las páginas arrancadas de una muy eduardiana enciclopedia de pájaros, un arao solitario o un herrerillo o un martín pescador. Que una revista de decoración dijo que el lugar era “ideal para fanáticos de pájaros retro”, que eso estaba muy bien porque ella se había dado cuenta antes de terminar las clases de arte en la universidad que su trabajo era mediocre y había hecho un posgrado en Ciencias. Que no se había dado cuenta de cuánto extrañaba pintar hasta mudarse allí. Que para ella se trataba del proceso, la búsqueda del tono exacto para un pico o una pluma, difuminar y esfumar. La mirada de él iba y venía de los ojos a la boca mientras ella hablaba. Se quedó callada, le preocupaba haber sonado demasiado efusiva y esperó a que él dijera algo. Él no pareció sentirse obligado a responder. Decidió que era maleducado y giró para irse.

Le podría echar un vistazo, supongo, dijo él.

¿Qué?

La tele. Podría echarle un vistazo.

Ella se encogió de hombros y bajó a la playa. Recordó a quién le hacía acordar él y le mandó un mensaje a su hermana. *Acabo de conocer al soltero más cotizado de Inishowen. Anda alrededor de los cincuenta y usa un traje de agua sin mangas que lo hacía parecer el Único Gay en el Pueblo*.

Apareció en la cabaña justo después de las siete, cuando ella estaba por sentarse a comer. Miró el sitio en la mesa que ella se había armado, la copa de vino. Qué sofisticación, dijo.

¿Quiere una copa?, dijo Doireann. Él no contestó, ella ya se estaba acostumbrando a eso. Recogió los dos controles remotos y los sacudió frente al televisor apretando los botones. Ella apagó la hornalla donde calentaba la comida y simuló lavar unos platos. Él le mostró cómo encender y apagar el televisor y cómo cambiar canales y grabar. Ella le agradeció y se paró junto a la puerta para despedirlo.

¿No me amenazaste con un trago?, dijo él.

Ella sacó la botella de la heladera. Él se apoyó de espaldas contra la pileta y la miró servir la copa. Hice una olla de algo si todavía no cenaste, dijo ella.

No puedo dejar que engullas sola una olla de algo, supongo.

Era un guiso de cordero, suficiente para varios días. Ella le dijo que lo había hecho con un borrego del carnicero en Malin Village que sólo se abastecía de carne de sus propios rebaños y con zanahorias y puerros y nabos del hombre que vendía desde una camioneta a la salida del colegio secundario de Cardonagh los sábados a la mañana. A Paul le había gustado hablar de lo que comían, usaba palabras como procedencia y, en el último tiempo, *terroir*. Tim Galagher la miró de una manera que ella no pudo interpretar y extendió el plato para que le sirviera más.

Tres noches más tarde, trajo turba. Del año pasado, buena y seca, le dijo que estaba haciendo lugar en su cobertizo para turba fresca. Fue y vino, cargando cinco bolsas de fertilizante con turba y las dejó al costado del porche de adelante. Se lavó las manos en la pileta de la cocina y después caminó por el *living*, levantando cosas, mirándolas. Entró al jardín de invierno. Había una página clavada en el tablero de dibujo, el boceto de un cormorán hecho con un lápiz negro muy fino. A ella le pareció que él lo aprobaba por el modo en que se inclinó para mirarlo más de cerca.

Ella había traído un litro de whisky Powers cuando se mudó. Imaginó que sus vecinos pasarían a tomar un trago, como si todos fueran personajes de un libro de McGahern. Le ofreció un whisky caliente. Se tomaron la botella. Él apoyó el vaso y la miró, achicando los ojos. Se suponía que era una sonrisa. Ella casi se ríe; él era más creíble cuando era desagradable. Se paró para llevar los vasos a la pileta y la habitación se escoró. Estoy totalmente en curda, dijo.

Tim Gallagher tragó. ¿Te gustaría acostarte?, dijo.

Los polvos, porque no hay otra palabra para nombrarlos, se llevan a cabo en la cabaña de ella. Él trae una ofrenda, la deja sobre la mesa, no se la ofrece. Esquejes de geranios limón, un frasco de mermelada de manzana, un salmón que él evisceró y cortó en porciones. Les da a sus encuentros sexuales un matiz de *meiheal*[10], como si fuera un intercambio de tareas, un esfuerzo amigable. Cuando trae vino, es de alguno de los supermercados ingleses en Derry, tintos españoles o italianos casi caros, pero no toman mucho. Es mejor cuando están sobrios. Cuando él habla, las palabras son cortas. Eso. Más. Espera. Ahora. Sí. Ahora. No se dicen palabras cariñosas, no se los ve en público. Cuando se lo encuentra en el pueblo es reservado, hasta antipático. Doireann también, aunque una vez en el pub se descuidó cuando él tomó su primer trago de cerveza. La asaltó un recuerdo de

la noche anterior, cuando él le había liberado un pecho de la taza rígida del sostén y le había lamido el pezón.

Cuando Paul y ella estaban intentando tener un bebé, el sexo era un trabajo pesado. Ella apenas podía lidiar con el programa, porque así lo llamaba él, cuando estaba ovulando. Lo peor no había pasado aun, cuando el médico de él le dijo que debían tener sexo a lo largo del mes. Mucho sexo. Paul compró un Nutribullet y la alimentaba con una baba verde asquerosa al amanecer. Con la cara seria, la montaba día y noche, bombeaba sin alegría e insistía en que ella se quedara prendida *hasta recibirlo todo*, una tarea que a ella le parecía tan erótica como retorcer un trapo de piso. Él le dijo una noche que había leído en Internet que, si levantaba las piernas después, las chances de fertilización aumentaban. Ella lloró y le dijo que si pudiera inseminarla como una vaca, lo haría. Él no la contradijo.

Mes tras mes, Doireann soportó la decepción de Paul frente al envoltorio del tampón. La mirada dolida cuando su madre le preguntaba si había novedades y mascullaba que bastaba con que PJ, que Dios lo guarde en su gloria, tirara sus pantalones encima de la cama para hacerle seis hijos, uno después del otro. Doireann terminó por despreciar la necesidad de Paul, la vanidad frustrada. La manera en que él decía que ella era suficiente para él cuando los dos sabían que no era cierto. Le dijo que necesitaba un recreo, solo por unas semanas, pero no anticipó el alivio que sentiría cuando se ató el cinturón de seguridad y puso la valijita en el asiento del acompañante. O la euforia cuando retiró del Credit Union los fondos para la reproducción asistida y huyó.

Ahora se acuesta con Tim Gallagher. Se lo toma a la ligera. *¿Cómo va el sexo casual?*, pregunta su hermana. *lol*[11], responde Doireann, sin reírse. Para sí misma, desestima la relación con él, sea lo que sea. Cuando él va a Derry, la perturba pensar que él está viéndose con una mujer y tiene que sacarse la idea de la cabeza. ¿Y qué si así fuera? No es su novio. Esto no tiene importancia, es funcional. ¿No es cierto?

Trepa a las dunas. Escondidas por los pastizales, hay criaturas pequeñas y errantes que se alteran. Se tropieza, la bota se queda apretada en una madriguera de conejo; esquiva vicias y orquídeas abeja, zanahorias silvestres e hinojo. Pequeñas aves gorjean, invisibles y nerviosas, como si hubiera disparado una alarma. Saca el teléfono y abre la aplicación de fotos, inclina y cliquea, trata de atrapar las sombras que hacen las nubes que llegan del mar.

Baja a la orilla otra vez, cruzando las rocas negras. El viento está detrás de ella, la marea sube. Al final de la playa, sube el camino de cemento y entra en el patio de juegos. Unas gemelas con anoraks amarillos gritan al unísono para que las hamaquen. Su madre, con aspecto de agotada, alza los ojos al cielo y le hace una mueca a

Doireann, que le sonríe.

Está en el sendero otra vez, puede oír los golpes tenues del martillo de Tim Gallagher. Una gaviota chilla en lo alto, un sonido horrible que la atraviesa. En las últimas dos semanas todo se siente más intenso, los pastos que la rasguñan, las gotas de lluvia como agujas. Se detiene por encima de la cabaña de madera. Tim Gallagher está arrodillado sobre la madera fresca abriendo un tarro de creosota. Si sabe que ella está ahí, no lo demuestra. Una ráfaga de viento la deja sin aire y siente una palpitación, un aceleramiento en la panza. Baja la cabeza y sigue caminando.

Su cabaña está desordenada. En el alféizar de la ventana de la cocina hay un bol de conchas de almejas que ella podría usar para el marco de un espejo o de una fotografía. Tiene libros y notas apilados en la mesa. Hay algo esperanzador en el desorden, como si le diera la posibilidad de convertirse en algo mejor. Prepara un té y lo trae a su estudio. En el escritorio, carga las fotos del teléfono en la computadora, las mira una por una. Como de costumbre, son decepcionantes.

Cada día trata de capturar la paleta de la costa, los tonos suaves, cambiantes, cautivos de la luz y la hora y el agua. Pero no hay manera de capturar el calor del sol en su cara o el silbido del viento.

Fija papel al tablero y traza las líneas de la cabaña, dibujando hacia los bordes para agregar el lecho seco del estuario. No ha intentado un paisaje marino desde el colegio y le toma casi todo el día armar un boceto. A las cuatro va a la cocina. Abre la puerta de la heladera y siente una arcada. Hay un queso de cabra envuelto que ella planeaba comer con pasta. Normalmente le encanta el olor a queso de cabra, pero hoy le parece fuerte y químico, como amoníaco. Lo saca y lo tira a la basura. Las mujeres embarazadas no tienen que comer queso sin pasteurizar y, según las cuatro varas de plástico que guarda escondidas en el baño, ella es una mujer embarazada.

Pone tomates Cherry en una bandeja y los unta con mantequilla y sal y tomillo. Mientras se asan, hace pasta fresca, cuelga las cintas harinosas del respaldo de las sillas de la cocina. Siempre hay algo de actuación en los preparativos cuando él va a venir, como si estuviera armando una escena. Tim Gallagher sólo cocinó para ella una vez, parecía arrepentido de la invitación para cuando ella llegó. Lo felicitó por cómo había puesto la mesa y eso pareció mortificarlo. Sacó una copa de un estante polvoriento y le sacó una mosca muerta con el dedo y se fastidió cuando ella no quiso usarla. No la dejó ayudar y ella se había sentado a la mesa, tomando sorbos de vino de la copa sucia. Había ramos de hortensias, girasoles y lunarias secándose en floreros improvisados, y cada vez que él dejaba caer turba en el fuego barría rápidamente la chimenea. Cocinaba con una lata de galletas Family

Circle a un lado donde tenía guardadas hierbas y especias y cubitos de caldo, y cuando llenaba la jarra o pelaba verduras tenía gracia y economía de movimientos. Era casi insoportable de mirar; algo gentil, casi femenino en su manera de moverse por la casa, un hombre acostumbrado a ocuparse de sí mismo.

Cuando no está con él, ella repasa la intimidad que tienen. La forma en que él le empuja con el talón de la mano la clavícula hacia la garganta. El pequeño sonido tenso que surge de la parte de atrás de su lengua cuando acaba. No puede reconciliar la manera en que la toca con la manera en que la desestima. Menos le da él, más quiere.

Se pone un vestido de algodón, gris oscuro con pequeñas margaritas blancas. Se le hincharon los pechos y la parte del corpiño le aprieta donde le quedaba holgado. Se pone máscara de pestañas y se cepilla el pelo y se sienta en el sillón a esperarlo. Llega a las siete, como siempre, golpea dos veces a la puerta con los nudillos y entra. Ella se pone de pie. Él mira la pasta en las sillas y un gesto de irritación le pasa por la cara por no tener donde sentarse.

Ella busca un bol y empieza a recoger los fideos. Le gustaría que él la besara.

Lindo vestido, dice él, pero deberías cuidarte.

¿Por qué?

Las mujeres con tetas como las tuyas suelen engordar. Tira la chaqueta en el sillón y va al estudio. Doireann mira la mesa; no le trajo nada. Lo sigue, parándose detrás de él, que examina el dibujo. Ella dejó un espacio en blanco en la cabaña, la silueta encorvada de él agachándose para buscar los binoculares en su bolso. Es difícil saber si lo borró o si piensa dibujarlo más tarde.

Le sirve una copa de vino y él se para cerca de ella para mirarla cocinar. Pisa anchoas con un tenedor y las mezcla con los tomates colapsados, agrega más mantequilla, muele pimienta. La hace sentir ama de casa.

Él come con el ceño fruncido.

¿Te gusta?, dice ella.

Sí.

Es lo único que le va a decir.

En el cuarto, ella cruza los brazos por delante para sacarse el vestido por encima de la cabeza. Se mete debajo de las cobijas y lo mira sacarse la ropa. Se saca cada cosa lentamente, acomoda la camisa y los pantalones en el respaldo de la silla Lloyd Loom que está en el rincón, hace un huevo con sus medias. Se sienta en el borde de la cama.

Este cuarto me da miedo, dice.

¿Qué quiere decir eso?

Me pone presión. Como si estuviera en un útero.

Por un momento, ella piensa que se va a ir, pero él levanta la colcha. La recorre con la boca y con las manos hasta que está empapada.

Cuando se despierta, él se ha ido. Mira el otro lado de la cama para encontrar algún signo de que él estuvo ahí, pero la almohada está lisa e inflada, como si nadie hubiera dormido allí. No se quedó lo suficiente como para dejarle una marca. Se levanta y se pone el vestido sobre el cuerpo desnudo. Camina por la cocina descalza y va al estudio. Toma un lápiz y agrega una bandada de golondrinas, alzando vuelo. Mira la cabaña, el espacio que dejó para Tim Gallagher y empieza a rellenar las paredes y el piso hasta que no queda ni un indicio de él. Él tenía razón. No va a durar el invierno.

KEVIN BARRY

Traducción de Matías Battistón

Kevin Barry (County Limerick, 1969) ha publicado *There Are Little Kingdoms* (2007), *City of Bohane* (2011), *Dark Lies the Island* (2012), *Beatlebone* (2015), *Night Boat to Tangier* (2019) y *That Old Country Music* (2020).

En castellano, pueden leerse *Ciudad de Bohane* (traducción de Javier Calvo; Rayo Verde, 2015), *Beatlebone* (traducción de Dídac Gurguí; Rayo Verde, 2016), *Oscura yace la isla* (traducción de Dídac Gurguí; Rayo Verde, 2018) y *Nocturno a Tánger* (traducción de Héctor Castells Alvareda; Alpha Decay, 2021).

A LAS COLINAS

En este país es así, dijo él, alguien te ve caminando por alguna colina y ya te tilda de energúmeno. Sólo porque no estás en un pub o delante del televisor viendo cualquier basura. Te digo una cosa, Teresa, prefiero salir a caminar por las colinas antes que escuchar a algunos de los idiotas que hay dando vueltas por aquí.

Teresa asintió con la cabeza, suspiró y soltó un graznido.

Fue una buena caminata la de hoy, dijo. Estuvieron bien, ustedes dos. ¿Qué tal las North Face? Sí, bueno, ¿qué les había dicho? La North Face es una marca de botas excelente. Una buena bota vale la pena. No tiene sentido engañarse comprando botas baratas, Teresa. El Gore-Tex es un material impresionante, ya se sabe, te lo dice todo el mundo. Confiable. Yo no usaría otra cosa ni muerto. ¿Las frutas deshidratadas les sirvieron? Bien. Son mejores que una barrita de chocolate Mars, ¿no te parece? Las frutas deshidratadas y los frutos secos te van dando energía de a poco, justo lo que uno necesita al final de un circuito de caminata difícil, de nivel cinco.

Él tenía unas cejas furiosas que sobrevolaban una nariz catastrófica, y un casco de pelo rubio, pajoso. Medía casi un metro ochenta.

Bueno, Teresa, dijo, estamos en Wicklow, en marzo, ¿qué esperaban, exactamente? No son las islas Canarias. Además, con ropa polar ni se nota. Por las cosas que decían ustedes dos, pensé que estaban acostumbradas a las colinas. ¿Eh? Es lo que me hicieron creer, Teresa.

Se habían conocido en el club de senderismo de montaña en Dublín ese invierno. El club dejaba volantes en los locales que vendían ropa deportiva y accesorios para acampar, y a veces publicaba algún aviso pequeño en el diario. Los encuentros eran los martes, durante todo el año, en un bar cafetería de las afueras: todo el mundo era bienvenido. En general asistía gente del campo, que ya había dejado atrás sus años mozos. Eran unas dos horas de charla tímida, acompañada de tragos que se bebían sin prisa. A decir verdad, a Teresa y su amiga, Marie, no les interesaban mucho las colinas, pero sí los hombres en forma, y Brian parecía sensato, tenía un buen trabajo en los laboratorios de la universidad, no bebía mucho y era alto y delgado. Él no hubiera adivinado que era un buen partido, pero así son estas cosas.

Supongo que podría decirse que no tengo don de gentes, Teresa,

dijo él. Te voy a ser honesto, las mujeres siempre me resultaron difíciles. Hace mucho tiempo que no estoy en una relación. Palabra que odio, además. Con mis compañeros de trabajo estamos tomando algo o almorzando, lo que sea, y siempre es mi relación esto, mi relación lo otro, blablablá. Otra es pareja. ¡Dios! Cómo odio esa palabra. Mi pareja esto, mi pareja lo otro, puedo llevar a mi pareja, estás en pareja. No jodan. ¿Se entiende lo que digo? ¡No jodan! Pareja, qué sé yo, parece que están hablando de un partido de bádminton.

Estaban desnudos en la cama, después de no haber tenido sexo.

Te voy a ser perfectamente franco, Teresa, ¿para qué te voy a mentir? No estoy con una mujer desde hace catorce años. Mala racha no es exactamente la expresión que yo usaría para describir lo mío, Teresa. A esta altura ya te estarás preocupando, desde luego. Estarás pensando: ¿a éste qué le pasa? Pero no, quiero que me escuches, por favor. Esto es algo muy sorprendente para mí. Es como si no supiera qué está pasando. Estar acá acostado a tu lado me parece increíble.

El plan había sido: estacionar en Wicklow, caminar por el circuito de nivel cinco hasta Tobar Pass, comer algo, tomar un par de tragos, pasar la noche en un *bed and breakfast* y volver caminando a la mañana siguiente. Reservaron tres habitaciones. Fue todo un tema. Brian, por supuesto, iba a dormir en una habitación aparte, pero ¿y las chicas? Si compartían una habitación, eso significaba que iban a pasar la noche las dos juntas, ¿y si surgía algo, qué? Reservaron una cada una. Mejor que cada una tenga su habitación, dijeron, es barato. Fue una declaración de guerra tácita. Dos alternativas se presentaron entonces ante Brian, aunque él no estaba del todo seguro de que fuera el caso.

La dueña del *bed and breakfast* era una mujer bajita que hablaba por la madrugada —todas las noches— con una tía que llevaba veinte años muerta. Cuando entraron esa tarde, ella se puso los anteojos y con mucha ceremonia abrió su libro de reservas. Era algo que la hacía estremecerse de placer. La ponía alegre, juguetona. Cuando abría aquel libro, era como un gato con un ovillo de lana. Les preguntó a Marie y a Teresa si no preferían compartir una habitación, tenía una doble muy buena en el fondo, les saldría más barato. Las chicas la fulminaron con la mirada, le dijeron no, gracias, no, preferimos las individuales. Brian se puso colorado.

¡Qué ganas de tirar la plata!, dijo él.

Un disparate, dijo la mujer.

Se fueron todos a sus habitaciones, contentos de tener un momentito para sí. Eran tres personas solteras, de más de cuarenta, que habían vivido solas durante muchos años, y pasar una mañana tan larga con otra gente no les había sido fácil. Las habitaciones eran prácticamente idénticas. Todas tenían una cama estrecha con un

colchón lleno de bultos. Todas tenían un ropero, una cómoda, un vaso, una taza, un plato, una jarra eléctrica y unos saquitos de café marca Bewley que estaban ahí desde el milenio pasado. Todas venían con un baño privado, con las paredes revocadas al tuntún por el sobrino de la dueña, un hombre de mediana edad de un alcoholismo salvaje, con una adicción al jarabe para la tos y una mirada rencorosa y tiroidea. La de Marie tenía vista al techo de chapa galvanizada del cobertizo en el fondo de la casa. Se sentó en la cama y se quedó mirando el empapelado verde, donde se veía una escena selvática. Era verde para inspirar paz. Podía escuchar la ducha en la habitación contigua, la de Teresa.

Mejor no sacarle los ojos de encima a esa hija de puta, pensó.

Si me preguntaras de dónde viene todo esto, Teresa, dijo Brian, si me pusieras en un diván y me dijeras: Bueno, ¿de dónde viene todo esto? ¿Me podrías hablar un poco de tu infancia, todas esas estupideces? Está bien, de acuerdo, todo viene obviamente de ahí.

¿Ah, sí?, dijo Teresa.

Mi papá se murió de golpe, dijo él, cuando yo tenía ocho años. Sí, ya sé, ni que fuera el único, ¿no? Pero lo peor fue cómo se murió. Fue algo muy repentino, muy chocante. Una hemorragia cerebral. Estábamos de vacaciones. ¡En la playa! Sí. En un momento está ahí acostado en traje de baño, y un segundo después está ahí muerto. Mi hermano y yo estábamos jugando en los médanos. ¿Alguna vez fuiste a Lahinch, Teresa? Tiene unos médanos increíbles, y ahí estábamos, revolcándonos en la arena, jugando a que éramos Buck Rogers en la luna o lo que fuera, y pasado un rato dijimos volvamos con mamá y papá para tomar una Coca y comer unas papitas fritas, y cuando volvimos ella estaba arrodillada en la arena, llorando. Gritando: ¡John! ¡Ay, John, John! Y mi papá estaba ahí tirado sobre el toallón, con el cuello lleno de sangre. Una cantidad de sangre que no te podrías imaginar.

¿Sabías eso, Teresa?, dijo él. ¿Sabías que en esos casos te sale sangre de los oídos?

¿No me digas?, dijo Teresa.

En realidad, el recuerdo que más me quedó grabado en la memoria no es en la playa, es en Sligo al día siguiente. Mi hermano y yo estábamos en *shock*, supongo, pero éramos inocentes: de lo único que podíamos hablar mientras lo estaban poniendo en el coche fúnebre en Lahinchera era cuánto iba a tardar un coche fúnebre en llegar a Sligo. Hicimos el cálculo. Si va a ocho kilómetros por hora y Sligo está a ciento veinte kilómetros, ¡son veinte horas! Nunca se nos ocurrió que el coche iría a una velocidad normal hasta llegar a su destino. Pensamos que cruzaría todo Clare y todo Galway al ritmo de un cortejo fúnebre. Y eso es lo que más recuerdo, ¿no es raro? Estamos en

el auto, detrás del coche, con mi mamá empastillada a más no poder, totalmente ida, y mi tío al volante, y el conductor del coche fúnebre debe ir a unos ciento diez kilómetros por hora. Y lo único que recuerdo es el ataúd saltando de un lado al otro en la parte trasera del coche mientras yo pensaba: "Dios, esto no puede estar bien".

A los pocos días con mi hermano ya estamos jugando a la pelota otra vez, Teresa, somos chicos, somos Buck Rogers, y uno sigue con lo suyo, haciendo lo que hacen los chicos, es así. ¿Pero cómo no te va a afectar con el tiempo?

Después de la larga caminata matutina, y de haber llegado a Tobar Pass, fueron a almorzar a un pub. Sopa, tostadas, tazas de café. El pub se había llenado de dinero gracias a los senderistas y acababa de ser renovado. Una cafetera nueva gorgoteaba a todo volumen, como una tía entusiasmada. De la marea de clientes del mediodía quedaba poco y nada, y las lentas horas de la tarde despuntaban con cierta beligerancia, a puro bostezo. Los que se vuelven locos empiezan enloqueciendo por la tarde. Estaba el resabio usual de bebedores diurnos, con los ojos vidriosos, una labia imperiosa y una alegría que parecía llena de culpa. Entre los tres senderistas se había instalado un silencio brutal, recio, que no aflojaba.

Bueno, dijo Brian al fin, no sé ustedes, pero yo voy a salir para exprimir hasta la última gota de luz del día.

¿No me digas que vas a seguir caminando?, dijo Marie, todavía sin aliento por el ejercicio de la mañana. Era una mujer bonita pero apagada, con ojos llenos de espanto y lluvia.

¿Por qué no?, dijo él. Para descansar va a sobrar el tiempo bajo tierra.

Ay, Dios, dijo Marie, se me van a caer las piernas. ¿No notaron los gemelos? Yo los tengo como un corredor olímpico.

¡Ah, vamos!

¡Están disfrutando de lo lindo en el cementerio hoy!, dijo Teresa.

Exactamente, dijo Brian. Mejor aprovechar mientras se tiene la oportunidad. Podemos volver hasta Drumeenaghadra nada más, y después bajar al pueblo. ¡Vamos, Marie, por Dios! Te va a hacer bien.

Ay, miren, no sé, dijo ella. Puede que antes vuelva y descanse un poco. No sé. ¡No les puedo seguir el paso!

¡Marie, vamos!, dijo Brian.

Te vemos más tarde entonces, dijo Teresa.

Bueno, así que no solo se pasaron otras tres horas caminando ellos dos solos, sino que además pasaron otra hora juntos en el pub, bebiendo unas Smithwick's, mientras Marie estaba sentada en su habitación mirando la selva del empapelado verde. Fue a orinar a su baño privado y, cuando estaba en el inodoro, una nubecita de yeso se

desprendió del techo, espolvoreándole suavemente la cabeza. Ya eran las ocho —¡las ocho!— cuando volvieron al *bed and breakfast*. Trató de tomárselo a la ligera, de verdad.

¡Pensé que se habían muerto en algún pantano! Pensé que íbamos a tener que llamar a los rescatistas.

No es para tanto, dijo Brian, todo colorado.

Era difícil tomárselo a la ligera. Marie tenía algo parecido al odio en la mirada. Los tres fueron a comer carne en un restaurante en la parte trasera del pub. Marie pensaba: ¿voy a dejarme ganar así como así? Teresa pensaba: ella es mucho más linda que yo, siempre fue mucho más linda, ¿me estoy engañando? Brian pensaba: de lo único que hablan hoy en día las revistas para mujeres es del rendimiento sexual.

Si fuera por mí, me serviría una vaca entera en el plato, dijo Brian.

No me extrañaría nada, respondió Marie, que se había bajado media botella de un rioja decente en siete minutos.

Da gusto ver a alguien con tanto apetito, dijo Teresa.

Se la ve muy callada y sonriente, pensó Marie. ¿Qué habrá pasado en esa caminata?

Lo que había pasado en esa caminata era que Brian había recapacitado. Marie, dedujo, era demasiado hermosa para él; no tenía la menor oportunidad. Teresa, en cambio, parecía haber quedado de última en la fila el día que repartían mentones y tenía ojos de cuervo. Eso seguramente le jugaba a favor a él, ¿no? Bien versado en los crueles ardides de la selección natural, Brian sabía que el animal más atractivo era la alternativa obvia, pero la selección natural es algo fácil de ignorar cuando uno pasó los cuarenta y se masturba dentro de un calcetín a la luz gris de la mañana en un dos ambientes, con sala de estar, comedor y cocina todo en uno.

Y así fue que Brian y Teresa entablaron algo semejante a un coqueteo en el camino de regreso al pueblo.

Por Dios, Brian, hoy sí que estamos con ganas de hacer ejercicio, dijo Teresa.

Unas ganas locas, dijo Brian.

Eso, para lo que él acostumbraba, para lo que solía ser su vieja usanza, era un intercambio más que provocador. Y de repente ella parecía estar caminándole muy cerca. El brazo de Teresa rozaba apenas el suyo, y el mero contacto gomoso de Gore-Tex contra Gore-Tex era suficiente para excitarlo. ¿Eso es todo lo que se necesita?, pensó él. ¿Hacer un comentario oportuno?

Qué carne, dijo Brian.

Buenísima, dijo Teresa, y en el punto justo.

No hay nada mejor que un buen pedazo, dijo Marie, mientras hacía

formas en el plato con la cebolla frita. ¡Camarera! Otra botella de lo mismo, por favor.

¡Estás dándole con todo esta noche, Mar!, dijo Teresa.

¿Y por qué mierda no voy a darle?, preguntó Marie. ¿Alguien tiene cambio para un cigarrillo?

No sabía que fumabas, Marie, dijo Brian.

Tengo muchos talentos ocultos, respondió ella.

Él le dirigió una mirada furtiva a Teresa, quien puso una cara que decía: no seas malo, querido, hay que rechazarla sin romperle el corazón. Brian ya estaba empezando a descifrar las miradas de cuervo de Teresa.

Después de la cena pasaron una hora más en el pub, una tortura. Cerveza de a sorbos para Teresa y Brian, un vodka tras otro para Marie. Teresa y Brian se prepararon juntos concienzudamente para la copiosa noche que tenían por delante.

Una vez de vuelta en el San Ignacio de Loyola B&B, se dijeron buenas noches, nos vemos mañana, ¡bien tempranito! Brian enfiló hacia la habitación nueve, y Marie y Teresa, hacia la seis y la siete.

Te conviene tomarte un vaso de agua antes de acostarte, Mar, dijo Teresa.

Por qué no te vas a cagar, dijo Marie.

Media hora después, Marie oyó que Teresa salía de su habitación. No la oyó volver. Se quedó ahí sentada, con la luz encendida y un vago dolor de cabeza. Se levantó de la cama, le sacó la batería al detector de humo y se acostó de nuevo a fumar.

¡El primer bus! Lo dijo en voz alta.

Miró la escena selvática del empapelado. Probablemente sea algún lugar tipo Mozambique, pensó. Le vino a la mente una canción publicitaria absurda. Um Bongo. Um Bongo. Lo beben en el Congo.

¿No te molesta si esperamos un poco, no?, dijo él. Gracias, linda. Es que todo esto es muy repentino para mí, ¿te das cuenta? Pero te… eh… te imaginarás que me encanta que estemos acá los dos juntos, ¿no? ¡Eso nadie lo puede negar!

Nadie, dijo Teresa, tímida.

Teresa había decidido que la estaba pasando de mil maravillas. Una situación tan íntima, sintió, era algo muy poderoso. Sí, estaba disfrutando mucho de toda la experiencia, pero la disfrutaría todavía más si estuviera en casa, en su sofá, a solas con su gato, con las luces bajas y una copa llena hasta el borde y el programa nocturno de música lírica sonando por lo bajo en la radio. Ahí sí que la saborearía al máximo.

En la cocina se oía el sonido del agua que empezaba a hervir, de alguien que se hacía un té, de un par de pies enfundados en pantuflas

que cruzaban el piso de linóleo.

Estoy pensando en pintar las paredes de azul, Minnie, dijo la mujer bajita. ¿Qué te parece, Minnie? ¿Un azul?

La cosa es así, Teresa, dijo Brian. Estoy totalmente preparado para intentarlo otra vez. No tengo ningún problema en volver al ruedo. A ver, ¿podrías acercarte? Ah, esto es mágico.

COLIN BARRETT

Traducción de Jorge Fondebrider

Colin Barrett (Alberta, Canadá, 1982) ha publicado *Young Skins* (2014) y *Homesickness* (2022).

En castellano, *Glanbeigh* (traducción de Celia Filipetto; Sajalín, 2016).

VAMOS A MATARNOS

Intentar encender un cigarrillo húmedo puede llevar a un hombre al borde de las lágrimas. Mi último Marlboro había sido alcanzado por un copo de nieve justo cuando iba a meterlo en la comisura de mis labios, mojándolo. Pasé los siguientes cinco minutos aplicando, con poco efecto, la llama de mi encendedor descartable al extremo empapado y mis manos sin guantes comenzaban a ponerse de un rosa vivo y brillante. Estaba bajo cero, y la nieve seguía cayendo, en penachos pesados, húmedos, del tamaño de una polilla. Miré mi reloj pero no había ningún reloj en mi muñeca. Me pasé las manos por el pelo y recordé que era una persona.

Estaba parado en la parte trasera del refugio de autobuses del Pearl Hotel en el centro vacío de la ciudad de Dunvale una noche muerta de viernes. Fin de diciembre, fin de año. Me rodeaba el plexiglás por tres lados; una barra fluorescente incrustada en el techo del refugio se encendía y apagaba sobre mi cabeza mojada. Mi maltratado bolso de lona estaba apoyado en un rincón, cargado con un semestre de cuadernos con páginas dobladas, una acumulación de tres meses de ropa maloliente y la última traducción, exorbitantemente anotada, de los *Pensées* de Blaise Pascal, sobre los que tenía que entregar un trabajo en algún momento del año entrante.

No advertí el auto hasta que casi lo tuve encima. Lo oí acercarse en la última y laboriosa curva antes de que el camino se enderezara para atravesar el pueblo de Dunvale. La calle estaba vacía en ambas direcciones y brillaba con una flamante capa de escarcha. El automóvil, un Pinto compacto color verde menta, salió de la curva muy rápido y viró repentinamente hacia el carril opuesto. El conductor intentó corregir el rumbo, pero ya era demasiado tarde; lo que probablemente había parecido un ajuste ínfimo y completamente equilibrado en el momento en que se hizo, llevó al Pinto directamente contra la pared de ladrillo rojo del estacionamiento de The Pearl, justo al otro lado de la calle donde yo estaba parado.

Para entonces, había abortado el encendido de mi cigarrillo (aunque todavía lo tenía pegado a los labios como si fuera un pedazo de banderín) y me frotaba las manos y me movía de un pie a otro en un intento de reactivar la circulación. Tal vez habían pasado diez minutos desde que había salido cojeando de la humedad submarina de un autobús repleto de Dublín al aire frío de Dunvale. Iba a casa para Navidad.

Los perros de las casas cercanas, sacudidos de su sueño canino, lanzaron un coro de ladridos en el silencio que siguió. Pude distinguir pasos a lo lejos y, en algún lugar cercano, el murmullo del río Mule. Recordé las historias que había oído de niño, sobre los antiguos granjeros de Dunvale; la reputación que tenían de llevar a sus burros agotados —aquéllos que ya no podían cumplir con su diario trabajo de burro—, a la orilla del río; la manera en que les golpeaban las ancas con varas o ramas de sauce y arrojaban a las pobres criaturas al agua.

Los restos humeaban y rechinaban en la nieve. Agarré mi bolso de lona —tenía el hábito de nunca dejarlo desatendido— y crucé la calle. Los copos de nieve me salpicaron la chaqueta, dejando manchas oscuras como los negativos de las fotos de las estrellas. El auto era un desastre. El eje delantero se había aflojado y salido hasta liberarse parcialmente del chasis; la rueda más lejana había atravesado el chasis del Pinto y se había enterrado en las entrañas del compartimiento del motor. Podía oler el humo en el aire.

Mientras me acercaba, la puerta del pasajero chirrió en su gozne. Salió un tipo, dio dos pasos vacilantes hacia mí y luego se detuvo. Se quedó allí, y me tomó un momento darme cuenta de que me estaba mirando. Probablemente ambos estábamos tratando de averiguar cuál era la aparición de quién.

Claro, fue mi primer pensamiento, *claro que debía ser alguien a quien conoces*.

En la escuela secundaria, al comienzo de cada almuerzo, mis amigos —D, Brian Brennan y Sean Timlin— y yo nos reuníamos al otro lado de la calle frente a las puertas de entrada de la escuela, junto al puente Mule, y nos dirigíamos al centro del pueblo. Era en cuarto año, cuando todavía le permitíamos a Matty Crollis que anduviera con nosotros. Él era el chiste, el blanco, de nuestra pandilla; el niño regordete y de respiración entrecortada con el que podías meterte sin temor a represalias, y por alguna razón siempre era el último en llegar. Cuando lo veía acercarse, encorvado por el camino bordeado de robles de St Carmichael, le daba un golpe a quien estuviera parado más cerca de mí y le hacía un gesto con la cabeza en su dirección.

—Mierda. Ahí viene. Rápido: antes de que llegue. ¡Vamos a matarnos!

Y con una gran sonrisa en mi rostro, hacía como que saltaba al Mule.

Faltaban unas pocas semanas para el final del trimestre y los cinco estábamos parados afuera de Luther's, un bar que tenía salón de billar y uno de nuestros lugares favoritos. D acababa de despacharnos a todos (salvo en el caso de Crollis, cuya ineptitud con el taco era tal que ya no le permitimos participar en nuestros juegos eliminatorios) en un torneo de billar al mejor de tres partidas. Habíamos derrochado

el dinero del almuerzo y estábamos hurgando en nuestros bolsillos traseros, con la esperanza de obtener suficientes monedas entre nosotros para una bolsa de papas fritas.

Un springer spaniel rasposo, marrón y blanco, recorría el pavimento en busca de sobras. Se acercó a nuestro grupo y comenzó a olisquear con entusiasmo en nuestras manos y bolsillos. Tenía el pelo enmarañado con estalactitas de tierra y la lengua le colgaba de las fauces como un calcetín rosado todo mojado. Apestaba tanto como un montón de toallas de baño usadas, y claramente se había extraviado. Timlin agarró juguetonamente su reluciente hocico negro. Se inclinó a un lado de su cabeza y le dijo “Vete a la mierda”, pero muy suave y de manera monocorde, como si fuera un cariño. El perro se dispuso a lamerle la cara y él le golpeó suavemente la mandíbula. D terminó de contar las monedas que le habíamos puesto en las manos.

—Nos faltan 20 peniques para un paquete grande de papitas de queso con curry. Qué cagada.

Crollis había estado observando a D contar inútilmente las monedas.

—Miren, chicos, mi mamá nos da cinco libras los viernes. Tengo suficiente dinero como para que compremos una bolsa de papas fritas —intervino—; quiero decir que pueden devolverme el dinero la próxima semana o cuando sea.

Nos volvimos hacia él y al unísono le dijimos: “¡Vete a la mierda!”.

—¡Acabo de romperles el culo a todos en el billar, me compraré mis propias putas papitas! —dijo D y le golpeó el hombro a Crollis, indignado.

Crollis palideció.

—Sólo pensé…

El spaniel se había puesto detrás de Crollis, y en ese momento comenzó a olisquearle el bolsillo del pantalón; Crollis dio un paso atrás, gritó “¡Vete a la mierda!” y le pateó el estómago. El perro se levantó un poco del suelo, luego se marchó aullando por la calle.

—¡Pedazo de imbécil! —gruñó Timlin, empujando a Crollis.

—¿Qué? —gritó. Le brotaron lágrimas de los ojos y las mejillas se le empezaron a poner moradas.

—Tú… *¡discúlpate con ese puto perro!* —rugió Timlin. Timlin era un tipo amable, generalmente moderado, pero grande, con esa predilección de los tipos grandes por las cosas físicas cuando creen que son necesarias. Con un movimiento desganado del brazo, agarró con el puño un pedazo del abrigo extremadamente grande de lana gruesa de Crollis y lo lanzó contra la ventana a oscuras de Luther’s. Los anteojos de Crollis cayeron ruidosamente al suelo.

—¡Pedirle disculpas por qué al perro! ¡Es un perro! ¡Sólo quería

comprarles papas fritas! —suplicó Crollis. Ahora estaba llorando. Timlin mantuvo el brazo extendido, al final del cual se retorcía la cara morada de Crollis como un globo agujereado, sus ojos sin lentes reducidos y arrugados, chinos de angustia. Brennan le puso una mano en el hombro a Timlin.

—Basta, Sean.

Timlin soltó a Crollis.

Crollis se agachó y recogió los anteojos. Mantuvo la cabeza gacha mientras los reacomodaba en su rostro. Jadeando y farfullando, se agarró el puente de la nariz y trató de recuperar la compostura. Timlin giró sobre sus talones.

—Listo, vámonos.

Los cuatro empezamos a caminar. Detrás de nosotros se ahogó un sollozo y una vocecita dijo: “Esperen un segundo, chicos”.

Fui el primero en darme vuelta. Nunca antes había hecho algo así, pero Crollis se había confiado de una manera que ninguno de nosotros estaba preparado para resistir o soportar. Cerré el puño y le di a su mejilla hinchada surcada de lágrimas.

Después de eso, Crollis dejó de andar a nuestro alrededor. Comenzó a tomar rutas cada vez más tortuosas hacia y desde el negocio de pescado y papas fritas, en parte para evitarnos, en parte simplemente para matar el tiempo. En las raras ocasiones en que se topaba con nosotros, yendo en sentido contrario por la calle principal de Dunvale o cruzando el puente Mule, miraba hacia adelante y, como si no nos viera, el viento soplando en su cara redonda y estoica, con un paquete de papas empapadas debajo del brazo, como un amante despechado con su ramo de flores marchitas.

Hacía media década que no veía a Crollis, supongo que desde nuestro baile de graduación, pero parecía estar más o menos igual, de pie frente a mí, vivo y aparentemente intacto. Seguía siendo bajo, más fornido ahora que regordete, con el mismo cabello castaño arena partido por una raya severa que, incluso después del accidente, sólo estaba marginalmente desordenado. Los cristales de sus anteojos estaban rotos, los marcos le colgaban en ángulo de la cara. Tenía las mejillas moradas.

—¿Cómo estás? —fue todo lo que pude decir después de una pausa —. Quiero decir, ¿estás bien, Matty…?

—… Tweedy —sonrió Crollis, y luego miró distraídamente el auto del que acababa de salir. La nieve seguía cayendo.

—Me parece que Duckie está muerto —suspiró—. Me parece que Duckie posiblemente esté muerto.

Resultó que Duckie era Duckie Reape, un traficante de segunda de

“por allá en el parque”, siendo “el parque” el lado malo de la ciudad, y “por allá en el parque” la parte más mala de esa parte antes nombrada. Duckie no estaba muerto, pero se había roto la clavícula, fracturado tres costillas y lastimado el hígado, y estaba tirado, inconsciente, sobre el volante del Pinto, con el cuero cabelludo afeitado salpicado de fragmentos de vidrio del parabrisas roto.

Un miembro del personal de The Pearl había hecho la llamada de emergencia. Oportunamente, llegaron un camión de bomberos, una ambulancia y un par de patrulleros. Crollis y Duckie fueron atados a camillas naranjas y llevados al hospital del condado. Uno de los guardias me tomó una breve declaración mientras otros tres improvisaban un cordón. Mi madre, que llegó tarde a la parada del autobús porque mi hermano menor había vomitado la cena justo cuando estaba a punto de venir a buscarme, redujo la velocidad del Corolla mientras le contaba lo sucedido. En la cocina me tomé dos cervezas y le conté el evento por segunda vez a mi papá. Me acosté en un colchón en el piso de mi dormitorio de infancia —requisado en mi ausencia por el que me seguía en edad—, luchando contra una curiosa sensación de euforia.

Una semana más tarde, la noche previa a mi vuelta a Dublín, me topé con Crollis en Luther’s. Yo estaba encorvado en un rincón junto a las mesas de billar, en la trastienda renovada y ampliada. No había nadie jugando, y las filas de tapetes verdes impecables brillaban como parques municipales en miniatura. Un Best Of de AC/DC resonaba y progresaba a bajo volumen en la máquina de discos. D estaba apoyado en un taburete a mi lado, otro miembro de la diáspora universitaria que regresaba siguiendo la estación. Estábamos viendo entrar a los habitués de nuestra edad, tratando de ver a quién conocíamos, fingiendo vaguedad. Tomé un sorbo de mi pinta y evité admitir mi patente alivio por lo mucho y lo fácil que nos habíamos alejado de estos pobres hijos de puta, sin salida al mar y bloqueados en el tiempo. D, estoy seguro, estaba pensando exactamente lo mismo.

—Estos chicos no cambian más. Aunque algunos de ellos engordaron —dijo finalmente D.

Crollis acababa de aparecer a mi lado. Tenía una pinta en una mano, una chica que se había levantado en la otra.

—Bueno, muchachos. Ésta es Imelda… Imelda, Scott, D. Scott presenció el choque. Vio al pobre Duckie hacer mierda contra esa pared de ladrillos el modelo noventa y seis de su mamá.

—Tuvieron suerte. Tuviste suerte —me corregí. Por lo que sabía, Duckie todavía estaba en tracción en el Hospital General de Castlebar, pero ya habían empezado a circular rumores referidos a su nivel de

sobriedad la noche del choque. No era algo que le fuera a preguntar a Crollis, ni tampoco cómo había terminado por asociarse a tal personaje. Nada dijo sobre mi comentario, se limitó a mirarme y a mirar a D, chupando con constante vehemencia la espuma de su Guinness, como si fuera una herida llena de veneno.

—De todos modos, no se te ve demasiado mal —dijo D.

—Ah, ahí ando, ¿sabes? Sin embargo, aprendí mi lección.

—La aprendió —dijo Imelda, que se inclinó mareada. Su aliento estaba curtido y era fuerte, perfumado con nicotina, vodka y lima. Dos placas de zafiro habían sido pintadas en los huecos sobre sus ojos color avellana. Estaba tratando de ubicarla, y con una punzada de nostalgia erótica la recordé (o a alguien muy parecido a ella) a los quince o dieciséis años, con aparatos de ortodoncia y colitas, una de las muchas chicas del convento que tomaba mi autobús a casa, con quien alguna vez podría haberme hecho ilusiones.

Pasó un momento, pero ni ella ni Crollis sintieron la necesidad de dar más detalles sobre la naturaleza de la lección evidentemente aprendida. “Bueno”, dijo Crollis finalmente, mirando por encima de nuestras cabezas hacia el salón de adelante. La luz le dio en la mejilla, el borgoña descolorido de un moretón. Me di cuenta de que no estaba usando sus anteojos. Ceremonialmente chocamos nuestras pintas y Crollis, con Imelda a la zaga, se alejó.

Más tarde, el camarero me trajo otra y, cuando le pregunté quién la había pagado, señaló con el pulgar a Crollis. Estaba parado en un círculo de personas al frente del bar, metido en una conversación. Cuando le mandé una (el barman reduciendo su humanidad temblorosa a lo largo de la barra bruñida, por entre un bosque de codos plantados e inclinados), Crollis, después de un cortés intervalo, me envió otra cerveza. Así seguimos durante un rato, llamando al barman con esos gestos breves que sólo el personal del bar puede percibir y descifrar correctamente, llevando y trayendo bebidas, como si cada una fuera una disculpa o una refutación, tal vez incluso una especie de exhortación al otro para que pare, se detenga y simple y finalmente deje de existir.

SHEILA ARMSTRONG

Traducción de Matías Battistón

Sheila Armstrong (County Sligo, 1988) ha publicado *How to Gut a Fish* (2022) y *Falling Animals* (2023).

EL POZO

La grieta en el suelo aparece primero al atardecer, en el centro de un círculo de piedras en un campo. Una pequeña arboleda rodea los montículos de tierra, y las raíces expuestas de un tejo enmarcan las losas de un antiguo dolmen.

El campo le pertenece a un granjero que piensa que este rincón en realidad no le pertenece en lo más mínimo, y que prefiere ni acercarse al fuerte de hadas. Por precaución, nunca se desvía del viejo recorrido que hace su ganado cuando pasa por ahí, y de noche directamente evita el lugar, porque el pasto está hambriento y es posible que no lo deje irse.

En verano florecen los espinos blancos y en otoño crecen círculos de hongos, armando formaciones pardas. Pero este año el invierno vino tan húmedo que no ha parado de llover, y la napa subterránea creció lo suficientemente como para presionar contra la superficie, amasando la tierra, dejando su marca, como hace una marea suave con la orilla. Varias capas del suelo se han desprendido de la grieta entre las piedras, aflojando a su vez varias capas más.

Sobre el campo, la luz de diciembre se retira hacia el horizonte rojizo, y luego el horizonte mismo se apaga. Se oye la brisa entre la hierba, mientras despunta la noche más larga del año.

El centro de las piedras se vuelve más oscuro y la capa superior del suelo se viene abajo, abriendo de golpe un pozo profundo bajo la luz del ocaso. El aire vibra como una chapa torcida.

*

Una pared de piedra separa el campo de un camino rural, atravesado por una franja verde, y el concreto se hunde en el medio, como una torta sacada del horno antes del punto justo. El camino se inundó por la lluvia torrencial, dos metros a lo ancho y a un palmo de profundidad. El charco se fue helando durante las últimas noches, pero la temperatura es un poco más alta ahora en comparación con el frío inclemente de noviembre, así que al atardecer no llega a congelarse del todo.

Un auto cruza el agua y el volante se estremece, pero como las ventanillas están cerradas el conductor apenas si nota las salpicaduras. Volver por este atajo, después de la fiesta de Navidad en el salón de la

parroquia, le queda cómodo: hace que el viaje pase de llevarle cinco minutos a llevarle quince, así que es un antiatajo, mejor dicho. Sin embargo, no hay posibilidad de que lo paren para hacerle ningún control de alcoholemia, y eso significa que, después de haber tomado varias copas de vino caliente, puede pisar a fondo el acelerador sin molestar a nadie, salvo a los dos burros, que ya están acostumbrados a los borrachos que se demoran para acariciarles el hocico y que cada tanto duermen hechos un ovillo adentro de sus autos, estacionados en la banquina, hasta que amanece.

En la luz crepuscular, una liebre sale furtivamente de la arboleda y salta la pared; otra la sigue, y luego otra. Las tres liebres saltan hasta llegar al medio del camino, girando para mirar tranquilamente la luz de los faros.

El conductor ya ha usado la linterna para cazar conejos y zorros antes, asomándose por la ventanilla con el viento casi huracanado retumbándole en los oídos, tratando de que no noten que se acerca el vehículo, mientras el haz rojizo de la linterna recorre el campo. Sabe reconocer el brillo dorado de los ojos de los animalitos cuando los ilumina; sabe que los paraliza la luz. Pero las tres liebres, plantadas frente al auto que se les acerca velozmente, con las orejas para atrás y las narices en alto, no parecen aturdidas ni asustadas en lo más mínimo.

El hombre considera pisarlas durante un segundo, solo un segundo, y después clava los frenos. Una de las liebres sacude la cabeza de lado a lado, como si estuviera tratando de sacarse las orejas. Las tres giran al mismo tiempo y vuelven por donde vinieron, saltando sobre la barriga de la pared. Lentamente, el conductor apaga el motor, abre la puerta y sale para seguirlas por el campo.

El atardecer es una escala de grises, pero los ojos de las liebres son agujeros del color del cobre.

*

Oscurece temprano en diciembre; la luna es un círculo pálido en el cielo. La tarde fue lúgubre, con nubes bajas y cargadas de lluvia, pero ahora que se ha despejado la noche es casi tan luminosa como el día.

Dos adolescentes de catorce años pasean por el camino. Ninguno quería ser el que sugiriera ir a aquel sitio, así que después del cine deambularon por las afueras de la ciudad durante una hora, besándose en los rincones, jugando a preguntar: “¿Qué preferirías…?”, inventando situaciones cada vez más depravadas. Ahora la excusa de una vejiga llena los conduce hasta el fuerte de hadas.

La chica se apoya sobre la pared y se arremanga los *jeans*, antes de

empezar a trepar con mucho cuidado las piedras derruidas. El chico levanta un brazo para ayudarla, pero ella ni lo mira y baja de la pared dando un gran salto. Luego desaparece para orinar contra la oscura silueta del tejo.

El chico la llama una vez y después otra, más fuerte. Empieza a temblar bajo el abrigo de lana, inquieto en medio de los suaves sonidos de la noche. El verano pasado habían encontrado un gato quemado y colgado de la cola en un árbol de la zona. Según los rumores, el asesino de gatos va a la misma secundaria que ellos; camina por la ciudad, encorvado, con una mano en el bolsillo, y se toca frente al puesto de diarios.

Otros mitos espeluznantes parecen desprenderse de las piedras como el polen —niños reemplazados en la cuna por las hadas, perros fantasmales, criaturas que te siguen a tu casa para meterse en tu cuerpo y comer tu comida desde adentro—, pero el suelo de todos modos está lleno de latas abolladas, porque es un buen lugar para hacer fogatas a resguardo del viento y, sobre todo, hay una losa dura y chata que, en las charlas de vestuario de la escuela, es muy conocida como el colchón.

La chica sale de atrás del tejo, y él se lleva la mano contra la frente y se tambalea, simulando desmayarse por la sorpresa. Ella le sonríe, una sonrisa lenta y salvaje, mientras el pelo se le vuela de la cara por una correntada súbita. La noche vuelve a inhalar y ella parece tomar una decisión.

El pulóver grueso de la chica se levanta un poco cuando ella gira para enfilar hacia el fuerte de hadas, dejando al descubierto el ombligo con el *piercing*, un agujero oscuro que devora la luz de la luna. El chico abre la boca para llamarla y siente el gusto metálico en el aire. Empieza a trepar para seguirla, tan rápido que se le tajean las palmas de las manos contra las piedras ásperas de la pared.

*

Horas de silencio, y los árboles exhalan. Varios tocones bordean el camino, troncos cortados en la base con largos vástagos que se curvan y vuelven a enterrarse en el suelo: un ejército de arañas muertas. Esos nuevos brotes son delgados y altos, y el granjero piensa usar la madera del avellano en un par de años para su chimenea, si los árboles se lo permiten.

Un tejón hembra olfatea entre los tocones y empieza a escarbar, con cierto nerviosismo, alrededor de los bordes del pozo que acaba de abrirse, en busca de larvas. Está acostumbrada a cavar; hace poco empezó una nueva madriguera donde ya había otra anterior, debajo

del tejo, desenterrando el cráneo de un pariente lejano que había muerto cuando colapsó el techo de tierra. Pero hay algo desagradable en el aire esta noche.

El tejón empieza a caminar en círculos lentos y cada vez más grandes alrededor del pozo, moviendo el hocico hacia la derecha, hacia abajo, hacia la izquierda y hacia abajo de nuevo, provocando casi imperceptibles temblores con las patas. Siente en la panza la aspereza del suelo, marcado por las pezuñas del ganado, y en algunos lugares el pasto está cubierto de escarcha.

Después de un rato, un tejón macho emerge de los setos y trata de montar a la hembra cuando le pasa cerca. Ella lo aparta girando las ancas, y después lo conduce en la dirección contraria, bajo el manto de las zarzas. La pila de derrubios fuera de la nueva madriguera todavía es pequeña, pero no seguirá creciendo; el aspecto del pozo espantó al animal, que buscará un lugar mejor para tener a sus crías.

En el cielo, las constelaciones se van congregando y fijando alrededor del arco de la luna.

*

Pasada la medianoche, un hombre que vuelve a su casa en bicicleta dobla por el camino rural. Está de mal humor: tuvo una discusión en el pub, o algo más breve y distendido que una discusión; un parroquiano lo bautizó como “el gran desertor”, antes de tararear un par de versos de una canción.

Después de tres años en Irlanda, el hombre está acostumbrado a cosas así, y a otras peores incluso, pero la mujer que lo acompañaba se ofendió más que él y lo hizo hablar durante una hora sobre sus padres y el hijo de seis años que tenía en Corea del Sur. Ella tomaba vino tinto y parecía decepcionada de que él apenas sorbiera su segunda pinta de Guinness, y de que la saludara con la mano en vez de darle un beso en la mejilla.

Pero la madre de su hijo ha programado una videollamada desde Seúl para dentro de una hora: su hijo está nervioso porque tiene una nueva maestra y todas las mañanas hay que suplicarle que vaya a la escuela. El hombre detesta a su exmujer, detesta la pantalla brillante de su portátil, detesta lo lejos que está su propio hijo; a veces desearía que la pantalla se rompiera y poder estirar la mano por ese portal, atravesando los continentes que los separan para sacarlo de ahí y tenerlo una vez más entre sus brazos.

La luz de la luna se refleja en la superficie del charco como si fuera un espejo, y él se desvía hacia el campo para evitar el agua, enfilando por un pasaje estrecho, muy transitado por los ciclistas en el mismo

trance durante las últimas semanas. Las ruedas vacilan en el terreno irregular y él siente que la bici se le va de las manos, gravitando hacia el fuerte de hadas. Los neumáticos patinan en el barro y dejan de hacer contacto con el suelo: un momento largo, donde el tiempo parece estirarse mientras él vuela por los aires y su cráneo se siente ligero y frágil como papel mojado, antes de que la línea de amarre que lo une a la vida —su hijo— vuelva a tensarse y la bicicleta recupere el equilibrio.

Suelta una carcajada y luego otra, y otra, hasta que ya está alejándose a toda velocidad por el camino, alejándose del círculo de piedras, aullándole de alivio a la luna. *Vivo, vivo, vivo*, jadea al ritmo de cada pedaleada.

*

Un noctámbulo viene a eso de las cuatro de la mañana con su detector de metales. Está convencido de que hay tesoros antiguos esperándolo justo debajo de los túmulos: torques de oro retorcido, puntas de flecha de bronce, la copa ancha de un cáliz grabado.

El que le vendió el aparato le dijo que la ley no era muy clara al respecto *—estás en tu derecho de encontrar algo, pero no lo busques—* y le guiñó un ojo, como el villano rico de algún dibujo animado. No es que le dé miedo que lo descubran exactamente, le dice a su esposa, prefiere salir a rastrear de noche, nada más: es más fácil oír el pitido sutil del detector de metales a esa hora. Ella está durmiendo cuando él sale, o simula estar durmiendo, y le parece mejor así. Su esposa tiene un amorío con una mujer más joven en la oficina, pero para él es un alivio. Ese cuerpo cada vez más fofo ya no le interesa, si es que alguna vez le interesó, y en su opinión ellas pueden hacer lo que quieran: la noche y sus tesoros le corresponden a él y a nadie más que a él.

La lámpara que lleva en la frente oscila de un lado al otro mientras él tiembla por el aire frío de diciembre, examinando la delgada capa de tierra que lo separa de lo suyo. Abre una aplicación para aficionados a la arqueología en el teléfono y desliza un pulgar mugriento por la pantalla en busca de nueva información. Hay flechas rojas clavadas en el mapa, que indican los hallazgos señalados por otros noctámbulos. Bajo sus dedos saltan descripciones de una oración, un párrafo o apenas una palabra: metal, madera, hueso.

En la oscuridad, los montículos de piedras del fuerte de hadas son casi invisibles, pero el hombre estacionó el auto a propósito en el camino principal, a un kilómetro, para que sus ojos tuvieran tiempo de adaptarse. Ve el pozo nuevo en el centro de los círculos de barro y empieza a caminar alrededor, curioso: una lengua explorando el

espacio que dejó un diente caído.

La bobina del detector de metales pasa por encima del agujero sin inmutarse, y el hombre la pasa otra vez, y otra vez, tratando de hacer surgir una moneda, una tapa de botella —cualquier cosa— a pura fuerza de voluntad. De repente se escucha un pitido muy fuerte y su esternón salta como un salmón fuera del agua; ahoga un grito, un sonido seco y agudo que queda atrapado en su laringe. Vuelve a pasar la bobina sobre la cavidad, pero lo único que indica la pantalla son dos puntos a sus pies: las punteras de metal de sus propias botas.

Sus pulsaciones disminuyen justo cuando siente que el suelo cede bajo su peso, con la tierra haciéndose eco del mar.

*

Un auto lleno de recolectores de hongos aparece antes del primer rayo de sol; todo el grupo tiene resaca, porque viene de celebrar el solsticio de invierno en una reunión que se extendió hasta las dos de la mañana. El amanecer es el mejor momento para buscar hongos, según había dicho la anfitriona de la reunión, mientras bebían tragos con gin; como el verano había tardado en llegar y el invierno había sido húmedo y templado, abundarían los hongos de pie azul y los aguja de oro, y también otros, de una clase más mágica, si es que podían encontrarlos. Al ver que sus amigos se mostraban escépticos, sugirió que salieran juntos a buscarlos, y después se quedó fumando en el balcón, encaprichada, hasta que los demás estuvieron de acuerdo.

Las tres mujeres y los dos hombres bajan del auto en silencio y se estiran mientras la oscuridad empieza a virar del negro al gris pizarra. Comparten un termo de té y hablan por lo bajo, como si estuvieran asistiendo al último ensayo de una obra de teatro a puertas cerradas antes del gran estreno. Los árboles parecen cubiertos de delgadas capas de gasa, y la neblina les oprime y castiga los pulmones.

La experta en hongos se recoge el pelo canoso en una colita y después empieza a caminar siguiendo la pared, trastabillando un poco entre las marcas de pezuñas en el suelo. Los demás vuelven a estirarse y se ponen en marcha, alejándose del recorrido del ganado y adentrándose en la hierba virgen, separándose como los dientes de un rastrillo.

Un hombre de botas altas de goma espera al lado del auto para encender un porro bien grueso, mientras mira cómo sus siluetas se encorvan y se enderezan, se encorvan y se enderezan. Sabe que en el camino de regreso el auto se llenará del hedor a semen de los hongos, y espera que su estómago revuelto aguante hasta poder llenarlo con un sándwich de panceta en la cafetería.

La mujer canosa se da vuelta para mirarlo y él, con el porro en la boca, le muestra ambos pulgares hacia arriba para señalarle que todo está perfecto. Una peculiaridad genética le ha dado pulgares que se curvan demasiado hacia atrás, de modo que ahora la punta de cada dedo gordo le señala la cara.

*

A medida que el cielo sigue aclarando hacia tonos del sepia, el ruido de un tractor al encenderse espanta a una bandada de estorninos, que sale volando enseguida, plegándose y reformándose: una nube pulsante de limaduras imantadas.

El sonido del motor atraviesa el campo y ellos levantan la vista, avergonzados, pero el granjero está acostumbrado a la gente rara que se reúne con sus cuadernitos alrededor del antiguo dolmen: *ellos se lo buscan*, piensa.

Cuando el tractor pasa de largo, el granjero levanta la mano en señal de saludo y ellos le devuelven el gesto. El tractor se arrima a la banquina para dejar pasar a una combi. La combi está llena de jugadoras de camogie que viajan a la ciudad por una semifinal, bostezando y ya con algo de náuseas por haberse despertado tan temprano. Una apoya la frente contra la ventanilla húmeda para saludar al granjero, pero él tiene la vista fija en el campo. La chica mira entonces al hombre con las botas por las rodillas, que tira algo al suelo y después se trepa a la pared, pasa al otro lado, bordea unos yuyos y avanza hacia las piedras caídas. Se da vuelta para señalárselo a la chica en el asiento de al lado, pero su amiga está dormida.

Por encima de la combi, la bandada negra de pájaros cambia de forma, recortándose contra el cielo.

*

Amanece, y el sol queda inmóvil justo debajo del horizonte, antes de que el planeta empiece a girar lentamente de nuevo hacia él. La noche más larga del año ha pasado.

El buscador de hongos camina sin rumbo, viendo si hay algún lugar para sentarse hasta que la tierra deje de darle vueltas, fluctuando como en oleadas. Esquiva unas ortigas y llega a los montículos de tierra del antiguo fuerte de hadas.

Ve el pozo: un iris verde de pasto alrededor de una pupila oscura, con bordes que van desde el color de los cultivos quemados hasta el de la turba parduzca. El estrépito que causa la combi al pasar hace

que el suelo en el centro de las piedras no colapse más, sino todo lo contrario: reconstruyéndose por su cuenta, los bordes del pozo se van aproximando entre sí.

El hombre da un paso, y luego otro, más urgente, cuando la abertura empieza a cerrarse más rápido. El pasto tintinea y chasquea a medida que se derrite la escarcha bajo la luz matutina, y la humedad cae por el orificio cada vez más pequeño, bajando por la cavidad y perdiéndose en las profundidades de tierra.

Se queda parado en el borde mismo, y sus botas se empiezan a hundir.

NICOLE FLATTERY

Traducción de Jan de Jager

Nicole Flattery (County Westmeath, 1990) ha publicado *Show Them a Good Time* (2019) y *Nothing Special* (2023).

DULCES PALABRAS

Todo ese verano, las moscas fueron una irritación. Nos estorbaban las cenas, así que instalamos un mosquero, una tira de papel matamoscas pegajoso y naranja que exhibía sus repulsivos cadáveres. Mi padre me decía que yo me las tragaba de noche; descendían por mi garganta y se me asentaban en el estómago. A la mañana, antes de acicalarme, yo me revisaba la boca para descubrir evidencias de corrupción: manchas negras en la base de los dientes, un ala rota debajo de la lengua.

Los hombres vivían en la caravana. Llegaban de a tres —mudos, poco amigables, sin sonreír— y era la tarea de mi madre avisarles cuando habían terminado. Mi padre le decía: “Ve a hacerlo”, y ella cruzaba el prado. Si los hombres le habían caído bien, si les había hablado y habían estado en la casa, ella se tomaba el tiempo de escribirles una carta personal; con su letra infantil les ofrecía unas elementales conmiseraciones. Si en cambio no le importaban demasiado, simplemente les decía: “Muchachos, junten sus cosas”.

Mi padre usaba cualquier excusa para echarlos. Le disgustaban las evidencias de esfuerzo, y aborrecía la vanidad masculina. Le parecía antinatural. Le molestaban esos extraños hoscos, el toque de cera en el cabello, su buena tez. Usualmente no se preocupaba por conocer sus nombres. Y tan sin ceremonia como habían llegado, se retiraban por la senda de grava. Algunos tenían maletas, o mochilas grandes; otros llevaban sus cosas en bolsas de plástico. Yo observaba su partida desde la ventana de mi dormitorio porque parecía importante: familiarizarme con las espaldas frustradas de los hombres, ver sus sombras en retirada.

Ese verano, el verano que cumplí catorce, fue caluroso. No teníamos palabras para el clima. Dábamos vueltas como gente agobiada y señalábamos al cielo. Las mujeres desaparecidas de los Midlands nos miraban desde los periódicos; sus rostros vagos y desvanecidos parecían comprender el tedio del calor. Todas estas mujeres habían desaparecido de lugares de nada. Era una larga caminata hasta el pueblo desde nuestra casa, un pueblo con un rumor denso de tránsito oscuro. Yo hacía esta caminata todos los días, a veces con zapatos, a veces sin ellos. Había adoptado un uniforme de blusas ligeras con tirantes, y pantalones pirata con dijes cosidos a los bajos de manera extraña e incómoda. Me cepillaba el pelo de forma suelta y me hacía collares de cuerdas multicolores. La gente me preguntaba si yo era *hippie* y yo les decía, sí, soy.

Estaba contenta con el receso de la escuela; me había vuelto demasiado buena en ser lo que era. Cuando una de las chicas más populares hizo una felación junto a la estatua de la Virgen María que estaba afuera de la escuela, manifesté que no me impresionaba el obvio simbolismo, y otras opinaron lo mismo. Yo tenía un cierto arrastre en ese sentido. Especulaban con que, debajo de mi uniforme escolar, debía tener unos senos considerables, pero esa no era una carta que yo quisiera jugar, así que no le di cabida a esa discusión. Había ligeras fisuras en nuestro universo —las chicas desaparecidas, la felación—, pero nada se rompía de la manera que queríamos. Pinzábamos nuestras faldas para hacerlas más ajustadas, nos atábamos el pelo en estrictas colas de caballo. Ese verano, mirábamos películas de terror que elegíamos con descaro en la parte de atrás del videoclub. De noche, con la mente fílmica a toda marcha, nos dormíamos con las manos en la cintura de la otra.

En los límites del pueblo estaban construyendo un barrio nuevo —el primero de muchos— y eso trajo una sensación de novedad. Había chicos en esas casas de construcción barata, chicos que tuvieron que cambiar de escuela, chicos que tuvieron que dejar ciudades apresuradamente, y todas mentíamos sobre nuestros niveles de experiencia. Esas unidades de tres ambientes daban a un sector de pasto irregular y duro, y los chicos lo llamaban el prado. Siempre nos los repartíamos de acuerdo con algún tipo de jerarquía que nunca supe entender y yo me quedé con el chico más callado, más amable, el que había pasado menos tiempo en un centro correccional juvenil. Él me bajaba el bretel del corpiño, me lo subía, me lo bajaba otra vez como diciendo: Y no, yo tampoco tengo idea de lo que está pasando.

A la noche, cuando mis amigas y yo estábamos solas, hablábamos de las chicas desaparecidas. Estábamos de acuerdo en que algunas de ellas eran poco atractivas. Antes de la llegada del australiano, las chicas desaparecidas eran el tema principal. Habían sido tragadas por un cielo rojo sangre, sumidas a un hueco en llamas abierto en el suelo. El que se las llevó era Freddy Krueger, su mano como garra extendida desde un coche silencioso, rodeando brazos delgados. Nos chorreábamos crema helada en el regazo, en el vientre. Las chicas le decían “Candyman” tres veces a un espejo implacable. Nos sentábamos en los muros, salticábamos por los callejones. Paseábamos con los hombros descubiertos, esperando que los coches nos tocaran bocina, buscando cualquier pequeña confirmación de que estábamos vivas.

Mi madre, sintiéndose amenazada por la modernidad del nuevo barrio, había decidido refaccionar la cocina. El australiano le fue recomendado a mi padre por un amigo, pero fue obvio de entrada que no sabía lo que hacía. Sus talentos alcanzaban a dibujar elaborados

bocetos de una cocina revestida en madera, pero no más que eso. Escudriñaba esos garabatos con un aire de salvaje concentración, pero se resistía a hacer ningún tipo de auténtico trabajo físico. A mi padre le caía bien esa manera en que los hombres que no dicen mucho se caen bien entre sí. Lo premió con una llave para la caravana y mi padre insistía en que cuando empezase a trabajar en la granja —una vez que se asentara— sería un excelente trabajador. El proyecto de la cocina fue abandonado, como mi madre siempre supo que pasaría.

Tenía treinta y pocos, y si no lo conocieras habrías supuesto que era estúpido. Tenía una de esas caras que se pueden describir como boquiabiertas, y se reía como rebuznando. También tenía un triste y perezoso modo de confirmar las bajas expectativas que de él tenía la gente. En los días buenos, era un extraño encantador. Los otros días, era un fulano que estaba parado en nuestro jardín, bizqueando. No llevaba la ropa muy cuidada: faltaba algún botón, una manga raída o rota, la tela desteñida en partes por el sol. No tenía pasiones, nada de lo que de pronto se pusiera a hablar con entusiasmo. Hace falta una mente muy especialmente laboriosa para caer por alguien tan inevitable y claramente ordinario.

—Estoy enamorada —le anuncié a mi madre, sin dar más detalles.

Yo tenía un trabajo de niñera en el pueblo de al lado, algo que conseguí en un esfuerzo por desprenderme de mis padres. El australiano me pasaba a buscar todas las noches en el coche mugriento de mi padre y yo soportaba viajes de cinco minutos que se sentían como un verdadero dolor físico. Me asombraba lo insípida que resultaba mi propia conversación. Le preguntaba sobre la longitud de los viajes en tren que él había hecho por Europa. Si viajaba en una cabina común o en una cabina de noche. Si servían comida a bordo. Si era veloz.

Mis amigas y yo teníamos pensamientos ociosos acerca de que deberíamos estar en otro sitio —en los pequeños y mezquinos campamentos locales de verano, quizás, para mejorarnos—, pero las descartábamos. Si nos sentíamos con energía, considerábamos la idea del tenis, pero solamente la idea. Corríamos y nos dispersábamos, corríamos y nos dispersábamos. Ensayábamos, una y otra vez, las historias de las chicas desaparecidas. Nos dibujábamos corazones de amor en la piel con crema solar. Siempre estábamos proyectando futuros: dejaríamos el colegio, viviríamos en caravanas, criaríamos a nuestros hijos colectivamente y con pocas reglas. En mi cumpleaños catorce fuimos al único pub que nos dejó entrar y nos apoyábamos en las mesas de *pool* como si estuviésemos trabajando por propinas.

Una noche, cuando me pasó a buscar, el australiano vio a mis amigas y me di cuenta de que estaba considerándoles la ropa y el andar astuto y provocador.

—Esas chicas te van a meter en problemas —dijo.

Me encogí de hombros, como impaciente.

(Él tenía razón. Tres años después, en época de exámenes, me meterían en una habitación sin aire, me taparían de papeles y una monja me diría: “Bueno, ahora las cosas no parecen tan divertidas, ¿verdad?”. “Es una vergüenza —diría la monja—, porque cuando llegaste a esta escuela pensábamos que ibas a lograr grandes cosas. Ahora, nos sorprendería que lograras cosa alguna”. Y, no sería la última vez de mi vida, me maldije por reírme cuando no había nada gracioso, o por quedarme quieta cuando debería moverme, o por moverme cuando me tendría que haber quedado quieta).

Cuando mis padres salían, le daban instrucciones a él de que pasara cada tanto por la casa grande para ver en qué estaba yo. Se suponía que serían visitas breves, pero siempre se nos iba el tiempo; dos personas conscientes de estar haciendo algo impropio, pero sin saber cómo nombrarlo. Una noche, le rogué que se quedara a ver *El exorcista*. Como incentivo, le ofrecí pizza de microondas.

—¿Tienes edad suficiente? —preguntó, refiriéndose a la película.

—Sí —le dije, contrariada.

La película era truculenta, pero yo pensé que iba a ser más truculenta, morbosa. En realidad era una de curas, curas en circunstancias inusuales.

Él bostezó y se recostó en el sofá de cuero, mostrando una cicatriz larga que iba desde el borde de los pantalones hasta el ombligo, estaba curada pero todavía se la veía roja y fiera. La miré y él se bajó la camiseta

—¿Qué cosas te dan miedo? —me preguntó.

—Nada —es lo que hubiese querido decir, pero no se por qué se me había metido en la cabeza que no hay que mentirle a las personas que amas. Así que le dije—: Sabía que la manera en la que yo hablaba con mis amigas era tonta, que el hombre que se llevaba a las chicas desaparecidas no tenía un garfio por mano. Probablemente era normal, y tendrías que ser idiota para pensar lo contrario. Y así sería siempre: la gente que nos hace daño se vería normal y sería normal, excepto por una cosa que significaba que no lo eran.

—Son unos pensamientos curiosos para una chica de trece —dijo.

—Catorce —lo corregí.

Me arrimé a él en el sofá pensando en cómo se sentirían sus manos debajo de mi ropa. En la pantalla, la actriz vomitaba y yo expliqué que era sopa de arvejas. Yo quería que él entendiera que a otra gente se la puede engañar, pero, a mí, no.

*

Leíamos en voz alta un artículo de una revista femenina y nos reíamos. “En su vida, una mujer tiene un promedio de doce amantes”. Para nosotras, en ese entonces, doce nos parecía un número extraordinario. ¿Qué les diríamos a todos esos hombres? ¿Qué les diríamos sin ropa? Pensábamos en las chicas desaparecidas. ¿Cuántos novios tuvieron antes de ser raptadas? ¿Uno? ¿Ninguno?

Invitó a una mujer a quedarse con nosotros, y ella, increíblemente, aceptó. Su nombre era Genevieve. Él no la llamaba su novia, no hacía falta. Fue mi primer encuentro con los celos y esto me provocó un vívido interés. Y, por solidaridad, también a mis amigas. Entre todas la odiábamos con toda la saña que pudimos acumular. Odiábamos su corte de pelo, que sospechábamos sería un corte taza pero con los pelos de punta. Un corte taza secreto. Odiábamos sus piernas largas y delgadas que exhibía en *shorts*. Odiábamos la colorida ropa interior de seda que ella tendía a secar afuera de la caravana. Esta ropa interior era tan obviamente corrupta que nos preguntábamos a qué figura de autoridad podíamos recurrir al respecto. ¿Qué cubría? ¿Dónde se podía comprar? Odiábamos su acento australiano y su expresión de amable y calma aceptación. Cuando los chicos del prado preguntaban por ella —la habían visto dando zancadas por el pueblo— casi perdíamos la cabeza de indignación. Ella era un vejestorio. Tenía veinticuatro.

Yo le revisaba las cosas, sus cremas y lociones, como si, bien empleadas, pudieran revelarme sus secretos. Me había vuelto experta en esta escandalosa práctica siendo niñera para una familia que me pagaba muy poco, o a veces me pagaba con chocolate, o, lo más frecuente, no me pagaban nada. Discretamente les fui desmantelando la casa, como si hacer eso fuese un deber formal. Estudié recibos, les inspeccioné aburrida la ropa, investigué los rincones escondidos de sus mesitas de noche. Si me quedaba con algo, no sentía culpa. Me decía a mí misma que es porque eran advenedizos, porque tenían más dinero que mi familia, porque habían vivido. O me decía que esos objetos preferían venir conmigo, que yo les daría un hogar mejor.

Esos padres carecían curiosamente de rostro para mí. Me confiaban a su hijo, lo cual probablemente no deberían haber hecho. Él corría por la casa, desnudo, exhibiendo su diminuto pene, y yo no hacía nada para detenerlo. A menudo me escondía con la esperanza de que mi desaparición y dramática reaparición lo calmarían. O cerraba los ojos y deseaba que al volver a abrirlos él ya no estuviera. Esto funcionó una vez, y esa vez mi cuerpo se apagó. Empecé a correr por la casa, con unos *shorts* nuevos que me resultaban feos y tontos, gritando su nombre. Al final lo encontré afuera, jugando en ese trecho de tierra que llamaban el prado.

Esa noche, volviendo a casa, confundiendo mi horror con sensibilidad, el australiano felicitó mis silencios. Dijo que la mayoría de la gente no sabía cuándo callarse. Yo estuve de acuerdo y me acurruqué contra la puerta del coche. No pude decirle que había hecho desaparecer un niño por arte de magia, que yo era malvada, que mis piernas se veían rechonchas en *shorts*. Pasando las misteriosas luces de calle, en las calles desiertas, parecíamos una fotografía de un folleto instructivo que advertía sobre los peligros de los hombres desconocidos. O sobre los peligros de las niñeras. O el mayor folleto nunca jamás escrito: una advertencia sobre el peligro romántico de estar sola en un coche con alguien que te atrae.

Un voluntario silencio obrando en mi favor; él dijo:

—Genevieve quiere que me case con ella.

Yo sospechaba que ella lo había seguido hasta aquí con ese propósito. A menudo la vi mirar de forma desagradable las carteleras de los supermercados, inspeccionando avisos de trabajos de jardinería o de secretaria de tiempo parcial, y volviendo a dejarlos.

—A la gente le gusta hacer eso —le dije, como si yo ya hubiese descartado la opción matrimonial para mí.

—¿Te parece que debo hacerlo? —sonrió la sonrisa inútil, vacilante, de los eternos indecisos. Me miró, con urgencia, como si fuese una decisión que tomaríamos juntos.

—Deberías hacer lo que quieras hacer, le dije.

Hace poco me había probado corpiños y resulta que mis pechos son bastante grandecitos. Sin duda, pronto empezaríamos a ir a discotecas. Yo tenía varias faldas. Estaría bien.

El problema de Genevieve es que vino a Irlanda en busca de su novio, aquel que conoció allá, pero ese ya no existía. Había cambiado. “Ay qué cosa”, le dije irónicamente a mi madre. Todos tenemos complicaciones. “Ay qué cosa”, sentenció mi madre. “Hasta que te toca a ti”.

Genevieve frecuentaba la casa grande, comiendo alguna cosita, intercambiando consejos sobre delineador de ojos con mi madre. Su presencia solamente confirmaba lo que siempre había sabido sobre mi madre: que ella hubiese sido una clase de mujer muy diferente si mi padre y yo la hubiésemos dejado. Mi padre y yo teníamos algo en común que ni falta hacía mencionar, y la excluíamos. En esa cocina calurosa y podrida, con las moscas que conspiraban sobre nosotros, mi madre le hablaba a Genevieve sobre su vida como si todavía fuese una obra en construcción. Hablaba de forma condescendiente sobre la gente del pueblo, como si fuesen los personajes de un libro que había empezado a leer y pronto abandonó, aburrida. Era perturbador. Una semana más con Genevieve y creo que mi madre habría perdido toda

inhibición, y diría: “¿Sabes qué? Odio este sumidero y toda la gentuza que vive aquí”. Hay varias cosas que no soportaría oír, pero esta era la que se llevaba el premio.

Estábamos seguros de que Genevieve no duraría hasta el fin del verano, pero nos confundió a todos lo pronto que se fue. Yo la observaba cuando estaba afuera de la caravana la mayoría de las noches y, a pesar de mí misma, la compadecía. Se sentaba en una vieja reposera, fumaba cigarrillos armados y cantaba bajito, sosteniendo las notas altas. Tomaba cerveza y dejaba las botellas alejarse rodando. Yo nunca había oído canciones como esas, no eran canciones de rock ni de la radio, y ella nunca se sabía toda la letra.

Si esperaba que él saliera para estar con ella, él nunca lo hacía. La última semana se peleaban a menudo y a los gritos. Su cara tomó el aspecto de quien se acostumbró a pedir disculpas.

Esta fue, según mi madre, la única historia; la mujer se comportó de forma desesperada, fue castigada, se puso fea. Él le llevó la maleta hasta el portón, pero no se quedó ahí con ella. Le pregunté si tenía un plan y ella dijo: “Dios mío, no, no tengo puta idea de a dónde estoy yendo”, y esa respuesta pareció valiente y demente al mismo tiempo. Mis amigas y yo celebramos su partida como si fuese un asombroso atraco que hubiésemos cometido. Fuimos al pub y nos pusimos codiciosas con el alcohol que quedaba en los vasos abandonados. Eso nos puso solemnes. Genevieve era alta y con la edad ideal. Tenía buenas piernas. Esperábamos que no hiciera autostop.

Poco después de que se fue, mi madre entró al baño cuando yo estaba en la bañera y se sentó en el borde. Recogí las rodillas. Nuestra bañera estaba rajada y era de plástico y, si yo salpicaba, el agua inundaba el piso, se derramaba por el pasillo, goteaba en la cocina y alguien, no importa quién, gritaba.

—¿Te parece que Genevieve estaba embarazada? —me preguntó.

Era así mi madre: toda la gente estaba o bien embarazada o muriéndose.

—No, le dije, mientras mojaba las puntas del pelo en el agua. Las miraba flotar informes como algas.

—Embarazada, no —le dije, preocupada—, apenas irritante.

(A los dieciséis alguna de nosotras quedaría embarazada. Las estadísticas indicaban que sería una de nosotras y las estadísticas cumplen su triste voluntad).

Un hombre fue atrapado estuprando a una mujer en un coche, no lejos de casa. La mujer se escapó. El hombre pasó a ser un sospechoso del caso de las chicas desaparecidas y nos agolpamos alrededor de los periódicos usados de nuestros padres. Estuprando, estuvimos de acuerdo, era una palabra graciosa y anticuada. Cuando interrogaron a

este hombre, dijo de la mujer que se escapó: “Tiene suerte: está viva”. Abrimos los ojos grandes y nos miramos, todavía valientes, todavía despiadadas. “¿Lo puedes creer?”, repetíamos. Tiene suerte: está viva.

El verano se me iba escapando, me fui a la caravana. Él no estaba ahí, pero las luces estaban encendidas y entré. Estaba húmedo y rancio y con un aire de haber sido arreglado apresuradamente. El acolchado era de un viejo conjunto que reconocí de la habitación de mis padres. No había horno, sólo un anafe conectado por un tubo a una garrafa que estaba afuera. No había casi nada colgado del tendedero. Y nada de fotos ni postales. Yo pensé que él iba a volver a ser el mismo, feliz otra vez, después de la partida de Genevieve, pero ocurrió lo contrario. Observaba horarios raros, se quedaba levantado toda la noche y volvía de los campos todo arrugado, sonriendo de manera maníaca. Cometía errores con los animales. Compró un mazo de cartas y me dejaba ganarle, aullándole en burla a la luna. Me tocaba la cara, me decía que yo era una buena chica.

En el baño, las cremas de Genevieve todavía colmaban las repisas. Me afirmé en mi intención cuando las vi. Me senté frente a la angosta tira de espejo del baño. Tenía una cara infantil que ningún maquillaje podría transformar. Me quité el top. Me quité los pantalones y de pronto, sorprendiéndome, me vi en ropa interior. Mi corpiño y bragas estaban gastadas, baratas y con aspecto infantil, así que también me las quité. Hacía frío porque no había una verdadera ventana, solo dos tablones que mi madre había clavado ahí.

Afuera, oí el conocido crujido de la reposera y supe que él había vuelto. Hubo un chasquido de fósforos encendiéndose, uno tras otro. Sentí algo revoloteando entre mis dientes. Me metí la mano en la parte de mi boca que no conocía, saqué de un tirón toda una tira de moscas muertas; negra, larga y pegajosa. Las descarté y me quedé esperando.

SOBRE LOS EDITORES Y TRADUCTORES

Sinéad Mac Aodha es la directora ejecutiva de Literature Ireland, la organización financiada por el gobierno de Irlanda que promueve la literatura irlandesa en el extranjero. Entre sus proyectos recientes en Literature Ireland se menciona la edición de una antología de cuentos irlandeses para su publicación en Egipto y una antología de poesía para su publicación en Georgia. Además de moderar regularmente la serie de pódcasts Talking Translations de Literature Ireland, que presenta el trabajo de escritores irlandeses y sus traductores contados por ellos mismos, forma parte del jurado del Premio Rooney. Es miembro del comité directivo del Festival de Literatura Franco-Irlandés y del comité de gestión de la Ciudad de Literatura Unesco de Dublín. Recientemente, se desempeñó como experta irlandesa en el Grupo de Trabajo sobre Traducción y Multilingüismo de la OMC de la Unión Europea. Fue distinguida como Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres por el gobierno francés por su contribución a las relaciones culturales franco-irlandesas. Se desempeñó como directora general del Centre Culturel Irlandais entre 2016 y 2017. Es la curadora de la representación irlandesa en la Feria del Libro de Guadalajara 2023, donde la Unión Europea es Invitada de Honor.

Jorge Fondebrider (Buenos Aires, 1956) es poeta, ensayista y traductor. Su obra poética incluye *Elegías* (1983), *Imperio de la luna* (1987), *Standards* (1993), *Los últimos tres años* (2007), *La extraña trayectoria de la luz. Poemas reunidos 1983-2013*, prólogo de Fabio Morábito (2016), *Las cosas escondidas por el sueño. Antología 1983-2016* (2021) y *La suerte que nos toca* (2022). Como ensayista, publicó *La Buenos Aires ajena. Testimonios de extranjeros de 1536 a hoy* (2001), *Versiones de la Patagonia* (2003), *Licantropía. Historias de hombres lobo de Occidente* (Buenos Aires; Adriana Hidalgo, 2004 y 2013), *La París de los argentinos* (2010), *Música y poesía*, prólogo de Darío Jaramillo (2014), *Historia de los hombres lobo* (2015 y 2016), *Dublín* (2019), *Seis de Borges* (2020) y *Una traducción de París* (2023). Realizó tres antologías de poesía argentina contemporánea (2008, 2010 y 2013), editó las obras completas de César Fernández Moreno

(1999) y Joaquín O. Giannuzzi (2009), y diversos libros colectivos. Sus principales traducciones incluyen ediciones anotadas de *Madame Bovary, Tres cuentos* y *Bouvard y Pécuchet*, de Gustave Flaubert (2014, 2018 y 2023, respectivamente), de *Corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad (2021), de *Once cuentos de Klondike*, de Jack London (2016), *Tentativa de agotar un lugar parisino, Nací* y *Lo infraordinario*, de Georges Perec (2012 y 2013, respectivamente), *Recorre los campos azules, Antártida, Tres luces* y *Cosas pequeñas como esas*, de Claire Keegan (2008, 2009, 2011 y 2021, respectivamente), *Catástrofes*, de Patricia Highsmith (2010), *Abrir una caja, El desayuno del vagabundo* y *Ciudades y recuerdos*, de Richard Gwyn (2013, 2014 y 2016, respectivamente), *Aves de invierno y otros poemas*, de Moya Cannon (2015), *Intervalo*, de Owen Martell (2016), *Caída de la noche*, de Antoine Choplin (2016), *Matemáticas íntimas*, de Lori Saint-Martin (2017), *Los países de los otros*, de Patrick MacGuinness (2018), *Antología poética* y *Kambuja y otros poemas*, de Yves di Manno (2000 y 2019, respectivamente), las antologías *Poesía francesa contemporánea (1940-1997)* (1997) y *Poesía irlandesa contemporánea* (1999) (en colaboración con Gerardo Gambolini), entre otros textos. Fundador y director del Club de Traductores Literarios de Buenos Aires, en 2003 recibió las Palmas Académicas del gobierno de Francia por los servicios prestados a la cultura francesa.

Matías Battistón (Buenos Aires, 1986) es ensayista y traductor del inglés y del francés. Como traductor, publicó *Postpunk. Romper todo y empezar de nuevo*, de Simon Reynolds (2013) (en colaboración con Agostina Marchi), *Palabras nuevas*, de George Orwell (2014), *Las artes decorativas & La filosofía del vestido*, de Oscar Wilde (2014), *Carsick*, de John Waters (2014), *Generación Hip-Hop*, de Jeff Chang (2014), *Inédito*, de Marshall McLuhan (2015), *La sangre se esparce rápidamente*, de Ed Wood (2015), *El pescador y su alma*, de Oscar Wilde (2015), *Los estudios culturales*, de Fredric Jameson (2016), *Bug-Jargal*, de Victor Hugo (2016), *Marcel antes de Proust*, de Marcel Proust (2016), *El innombrable*, de Samuel Beckett (2016), *Del matrimonio como una de las bellas artes*, de Julia Kristeva, *Philippe Sollers* (2016), *La insurrección en Dublín*, de James Stephens, (2016), *Ritmo etc.*, de John Cage (2016), *Autorretrato*, de Édouard Levé (2016), *Noviembre*, de Gustave Flaubert (2016), *La inteligencia*, de Henri Bergson (2016), *Cómo paga sus deudas un genio*, de Charles Baudelaire (2016), *Un mensaje sin código. Ensayos completos en la revista Communications*, de Roland Barthes (2017), *La risa*, de Stendhal (2017), *Elogio del amor*, de Jean-Luc Godar (2017), *Suicidio*, de Édouard Levé (2017), *Enamorarse*, de Robert Louis Stevenson (2017), *Hacer el amor con música*, de D. H. Lawrence (2017), *Obras*, de Édouard Levé (2018), *El defensor*, de G. K. Chesterton (2018), *El arte contemporáneo*, de Catherine Millet (2018),

Recuerdos, apuntes y pensamientos íntimos, de Gustave Flaubert (2018), *Magia*, de W. B. Yeats (2018), *La casa natal*, de Henry James (2019), *Otro Manhattan*, de Donald Antrim (2020), *Diario*, de Édouard Levé (2020), *Molloy*, de Samuel Beckett (2020), *Malone muere*, de Samuel Beckett (2020), *Silencio*, de John Biguenet (2021), *La bahía*, de Cynan Jones (2022), *Pasión por la ignorancia*, de Renata Salecl (2022), *Las excéntricas*, de Virginia Woolf (2022), *La vida después*, de Donald Antrim (2022), *En busca del cielo*, de Nathalie Léger (2022), *El vestido blanco*, de Nathalie Léger (2023), y *Jim Click o la invención maravillosa*, de Fernand Fleuret (2023).

Jan de Jager (Buenos Aires, 1959) es narrador, poeta y traductor del nerlandés, el afrikáans y el inglés. Publicó *Juego de Copias* (2002), *Casa de Cambio, Vol. I, II y III* (2004, 2005 y 2006), *Noticias del '75* (2009), *Relámpagos, Vol. I y II* (2014 y 2016). Entre sus principales traducciones se mencionan *Somos paralelas y otros poemas*, de Maud van Hauwaert (2015), *Antología poética*, de I. K. Bonset (Theo van Doesburg) (2018), *Cantos completos*, de Ezra Pound (2018), *El silencio circular*, de Alejandra Slutzky (2021), *Poemas en construcción*, de Shelly Bhoil (2023), *A vista de cuervo*, de Yi Sang (2023), y *Poesía completa*, de E. E. Cummings (en preparación).

Andrés Ehrenhaus (Buenos Aires, 1955) es escritor, traductor y editor. Reside en Barcelona desde 1976. Ha publicado narrativa: *Subir arriba* (1993), *Monogatari* (2001), *La seriedad* (2001), *Un obús cayendo despedaza* (2014), *El hombre de lenguas* (2016); novela: *Tratar a Fang Lo* (2006); y poesía: *Los 154 haikus de Shakespeare* (2018) y *Cantar las 44* (2020). Ha traducido más de cincuenta títulos, entre ellos la *Poesía completa* de William Shakespeare (2016), *Selección natural*, de F. Barthelme (1993), *Desolation Blues y otros poemas*, de Jack Kerouac (2000), *Heliconia/Invierno*, de Brian Aldiss (2003), *Shakespeare*, de Bill Bryson (2007), *Por su propio cuento* y *Un españolito en obras*, de John Lennon (2009), *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carroll (2013), *El curso del corazón*, de M. John Harrison (2014), *Dido, reina de Cartago* y *La masacre de París*, de Christopher Marlowe (2015), *El cuervo y otros textos poéticos*, de Edgar Allan Poe (2020), y *Tabla analítica de cornudos*, de Charles Fourier (2021).

Inés Garland (Buenos Aires, 1960) es narradora, dramaturga y traductora. Sus libros son *El rey de los centauros* (2006), *Una reina perfecta* (2008), *Piedra, papel o tijera* (2009), *El jefe de la manada* (2014), *La arquitectura del océano* (2014), *Los ojos de la noche* (2016), *Una vida más verdadera* (2017), *Lilo* (2019), *Con la espada de mi boca* (2019), *De la boca de un león* (2022). Como traductora, entre sus principales traducciones se mencionan *La rabdomante*, de Tiffany Atkinson (2015), *La materia de este mundo. Antología de poemas*, de Sharon Olds (2015), *Ni puedo ni quiero*, de Lydia Davis (2014), *Quién*

se hará cargo del hospital de ranas, de Lorrie Moore (2019), *Los cuentos de Linnet Muir*, de Mavis Gallant (2019), *Autobiografía de mi madre*, de Jamaica Kincaid (2021), *Las listas del pasado*, de Julie Hayden (2021), *Lucy*, de Jamaica Kincaid (2022), y *S-3 Una memoria*, de Bette Howland (2022).

Pedro Serrano (Montreal, 1957) es poeta, ensayista y traductor del inglés y del francés. Sus libros de poesía incluyen *El miedo* (1986), *Ignorancia* (1994), *Desplazamientos* (2006), *Turba* (2005), *Nueces* (2009), *Cuentas claras* (2014), *Lo que falta* (2019); sus ensayos son *La construcción del poeta moderno. T. S. Eliot y Octavio Paz* (2012) y *Defensas* (2014). Con Carlos López Beltrán, realizó *359 Delicados* (*Con filtro*). *Antología de la poesía en México* (2012) y tradujo *La generación del cordero. Antología de poesía actual en las Islas Británicas* (2000) y *No arroje piedras a ese letrero*, de Matthew Sweeney (2001). Otras traducciones realizadas son *King John*, de William Shakespeare (2001), *Aligeren la oscuridad* y *Gabriel. Un poema*, de Edward Hirsch (2012 y 2017, respectivamente), *Figuras en el paisaje*, de Anna Crowe (2018), *El día anticipado*, de Pierre-Yves Soucy (2022). Ha traducido ensayos de Salman Rushdie y Paul Valéry, y poemas de Harriette Mullen, Michael Hoffman, Wallace Stevens, Margaret Atwood, W. B. Yeats y el poeta provenzal Jaufré Rudel, entre otros.

SOBRE LOS TITULARES DE DERECHOS

Let's Go Kill Ourselves (2009, Issue 14 Volume Two, *The Stinging Fly*), C&W; Sheila Armstrong, Hole, *How to Gut a Fish* (2022, Bloomsbury), Bloomsbury Publications; Nicole Flattery, Sweet Talk, *Show Them A Good Time* (2020, Bloomsbury), Wylie Agency.

Cuentos irlandeses contemporáneos

se compuso en caracteres *ITC Berkeley Oldstyle* y *Avenir Next*
y se presentó a los lectores en el marco de la Feria Internacional del
Libro de Guadalajara, México.





NOTAS

[1] El espectro de la publicación abarcó tanto la crítica política como la ficción breve de las décadas de 1940 y 1950. Así, en su libro *The Bell Magazine and the Representation of Irish Identity* (Four Courts Press, 2012), Kelly Matthews señala que esa revista “promovió conscientemente una versión multifacética de la identidad irlandesa, que iba tanto de las realidades rurales a las urbanas, de las influencias gaélicas a las europeas continentales, las tradiciones del norte y del sur, las clases sociales ricas y pobres y muchas otras voces aparentemente contradictorias que constituyen la cultura irlandesa”.

[2] Esas páginas, en 1989, migraron al *Sunday Tribune*, donde el editor y periodista Ciaran Carty continuó defendiendo el género y presentándolo a un amplio público. Posteriormente, las páginas se trasladaron durante un breve período a *The Irish Independent* y luego a *The Irish Times* hasta que, en 2018, dejaron de salir.

[3] Prueba del afecto que se tiene por ese libro en Irlanda es el hecho de que Gill lo volvió a publicar en 2011, en una edición facsimilar que recreaba la primera.

[4] N. del T. *Beannacht libh*, ‘hasta luego’ en irlandés.

[5] N. de la T. En el original, se habla de una silla *sugawn*, palabra de origen irlandés para ‘paja’ o ‘soga’. Este tipo de sillas eran características de los hogares irlandeses más tradicionales, especialmente en el campo. La estructura de fresno o alerce y el asiento tejido de paja o cáñamo les da una solidez y una tonalidad clara de gran belleza.

[6] N. de la T. Palabra irlandesa para ‘pedacitos de madera’.

[7] N. de la T. Literalmente, algo así como ‘campos de buen corazón’. Se refiere a campos con buen trébol y pasturas verdes.

[8] N. del T. ‘Mujer’ en gaélico.

[9] N. del T. Famosa marca de whiskey irlandés.

[10] N. de la T. Palabra que refiere a la vieja tradición rural irlandesa en la que la gente de una comunidad se reunía para ayudar a un vecino a salvar la cosecha o algún otro trabajo con espíritu

comunitario.

[11] N. de la T. En la jerga de las comunicaciones virtuales, es apócope de *laugh out loud*, que significa 'reírse a carcajadas'. Se usa para comunicar diversión.